

DOSSIER

“40 AÑOS DESPUÉS: MEMORIAS DEL GOLPE ”

Introducción: La conmemoración como búsqueda de sentido

ARTÍCULOS

Isabel Piper Shafir

Contrarrevolución fascista y democracia neoliberal. El golpe y la transición en Chile desde una perspectiva polanyiana.

Paula Valderrama

Sobre las posibilidades de una reconstrucción crítica de la oposición discursiva dictadura-democracia en Chile

Iván Torres Apablaza
Claudio Figueroa Grenett

El Tercer Gobierno Peronista y la Unidad Popular frente al incremento interno de las fuerzas e ideas autoritarias

Nicolás Molina Vera
Omar Sagredo Mazuela

Memoria, imaginación, archivo. Una aproximación a las metáforas de la memoria

Lior Zylberman

Memorias del golpe: La función de la memoria y la posición simbólica

Jaime Coloma Andrews

ENTREVISTA

Ely Orrego Torres
Gonzalo Zúñiga

El desafío de la memoria en la historia de Chile y América Latina: Entrevista a Steve J. Stern

RESEÑAS

Matías Wolff Cecchi

Eden Medina. Revolucionarios cibernéticos. Tecnología y política en el Chile de Salvador Allende. Santiago: LOM Ediciones. 2013.

Nicolás López Pérez

Tzvetan Todorov. Los enemigos íntimos de la democracia. Barcelona: Galaxia Gutenberg. 2012.

ARTÍCULOS LIBRES

Laura Quintana

Institución y acción política: Una aproximación desde Jacques Rancière

ENTREVISTA

Valeria Campos

Violencia, verdad y justicia: Entrevista con Gianni Vattimo.

Revista Pléyade (ISSN: 0718-655X) es una revista de carácter internacional y arbitrada, publicada por el Centro de Análisis e Investigación Política (www.caip.cl) en Santiago de Chile. Su periodicidad es bianual en formato papel y digital. Desde su fundación el año 2008, la revista promueve la discusión sobre lo político desde las ciencias sociales y humanidades.

DIRECTOR RESPONSABLE: Felipe Torres (ftorres@caip.cl)

EDITOR: Patricio Morales (pmorales@caip.cl)

ASISTENTES EDITORIALES: Fernando Carreño
Valentina Fuenzalida

CORRECCIÓN DE ESTILO: Javiera Herrera

TRADUCCIÓN: Ernesto Feuerhake

COMITÉ EDITORIAL

Gonzalo Bustamante	Universidad Adolfo Ibáñez
Isaac Caro	Universidad Alberto Hurtado
Rossana Castiglioni	Universidad Diego Portales
Míreya Dávila	Universidad de Chile
Carlos Durán	Universidad Arcis
Andreas Feldmann	Pontificia Universidad Católica de Chile
Joaquín Fernandois	Pontificia Universidad Católica de Chile
Arturo Fontaine	Centro de Estudios Públicos
Oscar Godoy	Centro de Estudios Públicos
John Griffiths	Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos
Pedro Güell	Universidad Alberto Hurtado
Alfredo Joignant	Universidad Diego Portales
Juan Pablo Luna	Pontificia Universidad Católica de Chile
Aldo Mascareño	Universidad Adolfo Ibáñez
Eduardo Molina	Universidad Alberto Hurtado
Luis Oro	Centro de Análisis e Investigación Política
Eduardo Ortiz	Instituto de Estudios Avanzados
Ernesto Ottone	Universidad Diego Portales
Pablo Oyarzún	Universidad de Chile
Fabián Pressacco	Universidad Alberto Hurtado
Pablo Salvat	Universidad Alberto Hurtado
Willy Thayer	Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación

COMITÉ ASESOR INTERNACIONAL

Ulrich Beck	Ludwig-Maximilians-Universität München (Alemania) /London School of Economics (Inglaterra)
Daniel Chernilo	Loughborough University (Inglaterra)
Marc Crépon	École Normale Supérieure (Francia)
Ignacio Fariás	Wissenschaftszentrum Berlin für Sozialforschung (Alemania)
Luis Lobo-Guerrero	Keele University (Inglaterra)
Cristina Lafont	Northwestern University (Estados Unidos)
Vanessa Lemm	University of New South Wales (Australia)
Fabián Ludueña	Universidad de Buenos Aires (Argentina)
Alexandre Ratner	Universidade Estadual Paulista (Brasil)
Steve J. Stern	University of Wisconsin-Madison (Estados Unidos)
Miguel Vatter	University of New South Wales (Australia)
Gianni Vattimo	Università degli Studi di Torino (Italia)

REVISTA PLÉYADE

NÚMERO 11

Presentación CAIP
Nota Editorial

vii
viii

DOSSIER

“40 AÑOS DESPUÉS: MEMORIAS DEL GOLPE ”

Isabel Piper Shafir

La conmemoración como búsqueda de sentido
The Commemoration as Quest of Meaning

1

ARTÍCULOS

Paula Valderrama

Contrarrevolución fascista y democracia neoliberal. El golpe y la transición en Chile desde una perspectiva polanyiana
Fascist Counterrevolution and Neoliberal Democracy. Chilean Coup d'état and transition on a Polanyian perspective

13

Iván Torres Apablaza y Claudio Figueroa Grenett

Sobre las posibilidades de una reconstrucción crítica de la oposición discursiva dictadura-democracia en Chile
On the Possibilities of a Critical Reconstruction of the Discursive Opposition Dictatorship-Democracy in Chile

37

Nicolás Molina y Omar Sagredo Mazuela

El tercer gobierno peronista y la Unidad Popular frente al incremento interno de las fuerzas e ideas autoritarias
The Third Peronist Government and the Popular Unit Facing to the Internal Increase of the Forces and Authoritarian Ideas

55

Lior Zylberman

Memoria, imaginación, archivo. Una aproximación a las metáforas de la memoria

83

Memory, Imagination, Archive. An approach to the Metaphors of Memory

Jaime Coloma Andrews 97

Memorias del golpe: La función de la memoria y la posición simbólica
Memories of the Coup: The Function of Memory and the Symbolic Position

ENTREVISTA

Ely Orrego Torres y Gonzalo Zúñiga 117

El desafío de la memoria en la historia de Chile y América Latina:
Entrevista a Steve J. Stern
*The Challenge of Memory in the History of Chile and Latin America: An
Interview with Steve J. Stern*

RESEÑAS

Matías Wolff Cecchi 133

Eden Medina. Revolucionarios cibernéticos. Tecnología y política en el
Chile de Salvador Allende. Santiago: LOM Ediciones, 2013.

Nicolás López Pérez 137

Tzvetan Todorov. Los enemigos íntimos de la democracia. Barcelona:
Galaxia Gutenberg, 2012.

ARTÍCULOS LIBRES

Laura Quintana 143

Institución y acción política: Una aproximación desde Jacques Rancière
Institution and Political Action: an Approach from Jacques Rancière

ENTREVISTA

Valeria Campos Salvaterra 159

Violencia, verdad y justicia: Entrevista con Gianni Vattimo
Violence, Truth and Justice: Interview with Gianni Vattimo

Instrucciones a los autores 171

Convocatoria Revista Pléyade n° 12 178

Convocatoria Revista Pléyade n° 13 179

REVISTA PLÉYADE

Revista Pléyade (ISSN: 0718-655X) es una revista internacional y arbitrada publicada por el Centro de Análisis e Investigación Política (CAIP) de Chile. Su periodicidad es bianual (junio-diciembre) en formato papel y digital. Desde su fundación en 2008, la publicación incentiva la discusión académica de temas provenientes de las ciencias sociales y humanidades. *Revista Pléyade* recibe colaboraciones bajo la modalidad de artículo, ensayo, reseña y entrevista, escrito en español o inglés.

Revista Pléyade, con la intención de diversificar y promover sus publicaciones, se encuentra indizada en los siguientes catálogos electrónicos:

Dialnet (Universidad de La Rioja, España)
Latindex (Universidad Autónoma de México)
e-Revistas (España)

CAIP

El Centro de Análisis e Investigación Política CAIP, es una corporación de derecho privado sin fines de lucro que tiene como objetivo la producción de conocimiento sobre lo político, mediante el desarrollo de investigaciones, docencia y actividades de extensión en el área de las humanidades y las ciencias sociales.

Es un centro de estudio que se caracteriza por su vocación pública, el pluralismo, la autonomía y la excelencia tanto en la conformación de su equipo, compuesto de jóvenes investigadores, como también en el desarrollo de sus actividades. CAIP Chile no es financiado por partidos políticos, universidades o empresas, con el objetivo de mantener la autonomía y el libre desarrollo de los intereses de investigación. Su composición se distingue por un conjunto de investigadores y socios de las más diversas tendencias políticas, todas ellas enmarcadas en los ideales de la democracia, la libertad y los derechos humanos.

El modelo financiero de CAIP replica experiencias exitosas en otros países y consiste en la recaudación de donaciones de particulares e instituciones de Chile y el extranjero, de aportes de cuotas ordinarias y extraordinarias de los miembros, de la adjudicación de proyectos de investigación social, y la venta de productos que difundan y fomenten la creación de conocimiento como libros académicos, revistas científicas, encuestas de opinión y actividades académicas.

Si desea recibir mayor información de las actividades del Centro de Análisis e Investigación Política escribanos a nuestro e-mail: contacto@caip.cl

INTRODUCCIÓN: LA CONMEMORACIÓN COMO BÚSQUEDA DE SENTIDO*

INTRODUCTION:
THE COMMEMORATION AS QUEST OF MEANING

ISABEL PIPER SHAFIR**
UNIVERSIDAD DE CHILE

I. CONMEMORACIONES

“Toda Sociedad, como toda ciudad, y como todo, tiene dos límites: donde empieza y donde termina. Donde empieza recibe el nombre de creación, fundación, centro, inauguración u origen; donde termina, pues recibe el nombre de que ahí-se-acabó, o de destrucción, fin, o como sea, total, para cuando eso sucede ya no hay nadie a quien le importe ponerle nombre. Las sociedades grandes, como la romana, empiezan con un mito, un acto sagrado, un ritual, es decir, con un movimiento de masas o multitudes, y terminan con la destrucción de sus murallas, de sus caminos, de su idioma, y sus habitantes vagando por cinco siglos en la noche de la Edad Media” (Pablo Fernández Christlieb).

Conmemorar es sumergirse en la experiencia de la memoria colectiva, es poner en práctica el recordar haciendo presente aquello que nuestra sociedad sintió y pensó. Pero no se conmemora cualquier acontecimiento si no aquel que le otorga significado a lo que somos, y que suele coincidir precisamente con que la sociedad identifica con sus límites: su inicio y su final. La memoria se hace en el presente, a partir de lo que ahora es

* Este artículo se ha elaborado en el marco del proyecto Har2011-23490 del Ministerio de Innovación y Ciencia de España.

** Es psicóloga, de la Universidad Diego Portales y doctora en Psicología Social, de la Universidad Autónoma de Barcelona, España. A su vez, es magíster en Psicología Social y diplomada en Estudios Superiores Especializados en Psicología Social, de la Universidad Autónoma de Barcelona, España. Es especialista en Psicología Social, y como tal, ha participado de investigaciones y publicado diversos artículos científicos sobre: derechos humanos, memoria colectiva y lugares de memoria. E-Mail: ipiper@u.uchile.cl

INTRODUCCIÓN

importante para nosotros, de lo que sentimos, o como dice Barlett de un esquema que es, sobre todo una 'actitud'¹.

Recordar es buscarle significado a lo que somos y para ello construimos un relato que se inicia en el origen y acaba en el presente. Como afirma Fernández Christlieb cuando alguien pregunta ¿por qué?, lo que hace es pedir que le cuenten una historia pues esta le da significado a algo para lo cual no hay concepto o explicación que resulte satisfactoria².

El narrador tiene que ir hacia donde empezó la historia, allá donde comienzan las cosas, que es donde radica el significado de lo que sucedió después: si no se encuentra el lugar de donde surgen las narraciones, éstas carecen de sentido. Gadamer dice que 'la comprensión del significado es una especie de reconstrucción de lo originario' (...) En todo caso, el punto de origen donde el resto de la sociedad va a empezar a suceder resulta más importante que el desenlace, porque sin aquél ningún acontecimiento posterior tiene razón de ser...³

De esta manera, recordamos el golpe y la dictadura no sólo porque estos acontecimientos nos resulten inexplicables, sino también porque nos resulta incomprendible aquello que somos como sociedad. Ello nos lleva a relatarlos una y otra vez, en el campo de lo público y lo privado, con imágenes y palabras, con tristeza y enojo, construyendo aquellas narraciones que llamamos memoria colectiva.

El análisis de las tramas narrativas que chilenos y chilenas construimos del golpe de estado y de los años de dictadura militar que le siguieron, me ha llevado a sostener que, a pesar de las diferencias de contenido y valoración política y ética, éstas tienen el efecto de configurarlos como límites de nuestra sociedad. El 11 de septiembre de 1973 (día del golpe) es recordado con mucho detalle y relatado desde los afectos y sensibilidades involucradas. Cada año es conmemorado por algunos/as (y celebrado por otros/as) re-poniendo en la escena pública la convicción que circula en nuestra sociedad de haber sido un día decisivo, aquel en el que es interrumpido el camino que la sociedad chilena seguía hacia la construcción de una sociedad distinta. Lo que conmemoramos es el fin de una sociedad y la fundación de otra.

Dichas narraciones operan como una *retórica de la marca*, sosteniendo la convicción de que la violencia de la dictadura constituye un lugar

1 F.C. Barlett, *Los factores sociales en el recuerdo*. En: Proshansky, H. & Seidenber, B. (Eds.) *Estudios básicos de Psicología Social* (Madrid: Tecnos, 1973).

2 Aunque el autor hace distinguir entre memoria e historia, para efectos de este texto no estoy considerando dicha distinción. P. Christlieb Fernández, *La Sociedad Mental*. (Barcelona: Ed. Anthropos, 2004).

3 *Ibíd.*, 142.

de quiebre, una cicatriz de individuos y sociedad, que opera como determinación de lo que somos como sociedad y de la identidad de sus víctimas directas. Las narraciones sobre nuestro pasado reciente señalan a la dictadura como una enorme irrupción que habría dividido el camino de la historia de Chile dejando atrás una gran grieta, que la divide en un antes y un después. Se le otorga a la violencia-dictadura una fuerza tal, que ésta parece haber modificado tanto el destino del país, como la manera de ser de chilenos y chilenas. La violencia-dictadura aparece así como un poder supremo, que habría introducido un sello permanente determinando lo que somos como país y como personas. La vivencia de situaciones de violencia nos habría marcado de tal manera que ya nunca habríamos vuelto a ser los y las mismos/as⁴.

La memoria es regresar al acto, y/o reproducir el sentimiento de creación de algo, desandar el camino hasta llegar al punto central del origen. A este respecto, Maurice Halbwachs formuló la curiosa ley de condensación de la Memoria Colectiva, según la cual todos los objetos implicados en el recordatorio de un evento tienden a reunirse física o imaginariamente en el espacio para estar más pegados unos con otros, y así hacer más sólido y cohesivo el recuerdo, más intenso el sentimiento, porque convergen en un punto central⁵.

Es análogo a la condensación de los sueños de Freud, con la diferencia que no ocurre nada más en sueños, sino incluso, como muestra Halbwachs, en el urbanismo: todos los símbolos de un hecho se juntan en un mismo punto⁶.

En la conmemoración se recuerda lo que nos mantiene unidos, como si se pusiera a prueba nuestra existencia como sociedad, poniendo en escena símbolos comunes, estéticas compartidas y las creencias, puntos de referencia, ideas y valores que operan como referentes de identificación. Esto se lleva a cabo a través de acciones reiteradas constreñidas a ciertas normas, constructoras de identidades, en las cuales confluye, o más bien se desdibujan los límites entre la artificialidad y lo real⁷. Las conmemoraciones son la escenificación pública de un guión (en nuestro caso la retórica de la marca) que se repite aun cuando cambie el escenario y/o los y las participantes, y cuya fuerza está en la afectividad colectiva. Las conmemoraciones son una práctica de memoria constituida por estéticas, afectos, discursividad,

4 I. Piper, *Obstinaciones de la memoria: La dictadura militar chilena en las tramas del recuerdo*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2005.

5 M. Halbwachs, *A topographie légendaire des Évangiles en Terre sainte*. Paris: PUF, 1971, 145s.

6 P. Fernández Christlieb, *La afectividad colectiva* (Ed. Taurus: México, 2000), 166.

7 D. Taylor, "El espectáculo de la memoria: trauma, performance y política". Conferencia realizada en el coloquio Políticas del Recuerdo: dimensiones performativas de las conmemoraciones. Universidad ARCIS: Santiago, Chile, 2005.

INTRODUCCIÓN

políticas y normas. Las personas no vamos a cualquier conmemoración sino a aquellas a las que nos sentimos pertenecer.

En el caso de las conmemoraciones de la dictadura militar en Chile, estas son *dirigidas* (organizadas, convocadas y guionizadas) casi siempre por las agrupaciones o colectivos de víctimas de las violaciones a los Derechos Humanos, y a ellas asisten grupos y personas afines, o bien que adoptan dicha afinidad con el fin de formar parte del guión establecido. Este año 2013, en el que se cumplen 40 años del Golpe de Estado, hemos sido testigos de la irrupción en la escena pública de múltiples tipos de actos, seminarios (académicos y no académicos), lanzamiento de libros, películas, obras de teatro, reportajes especiales, recitales de música, exposiciones de arte, números monográficos de revistas (como este), encuentros culturales, etc., referidos al golpe y a la dictadura. A medida que se acerca Septiembre dichas acciones prometen aumentar de tal manera que se hace imposible, no sólo participar en ellas, sino siquiera seguirles la pista. Yo me considero una persona sumamente interesada y comprometida con el tema, sin embargo ya me ha llegado a saturar la referencia a “los 40 años”, y me atrevo a asegurar que en el año 2014 se llevarán a cabo un mínimo de actividades si se las compara que con las que sucederán en el 2013.

Aunque no ha llegado Septiembre, ya estamos siendo testigos de las imágenes y los discursos que se apropian de los espacios conmemorativos. Podremos escuchar sobre Allende y la Unidad Popular, sobre los enfrentamientos entre partidarios y opositores de ella, el bombardeo a La Moneda y el último discurso del presidente, las caras de Víctor Jara y Miguel Enríquez, las imágenes de la Junta de Gobierno, los asesinatos, las torturas y las persecuciones, las campañas del NO y el SI, algunos monumentos y memoriales como la Villa Grimaldi, Londres 38 y el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. El relato es sobre una historia de ideales y pasiones, en la cual chilenos y chilenas trabajábamos para construir una sociedad mejor – democrática, justa y solidaria– cuando irrumpió mediante un golpe de estado la violencia que habría puesto fin a esa historia, constituyendo la gran *fractura* de nuestra sociedad. Estos relatos construyen y reproducen la retórica de la marca.

Las conmemoraciones constituyen unos de los recursos fundamentales de la institucionalización de la memoria, buscando por un lado marcar un momento cronológico, y por otro dotar de sentido específico a determinados acontecimientos⁸. Las acciones rituales definen un pasado que explica y da sentido al presente. Es como si se hiciera la siguiente suposición: *lo que somos en el presente se debe y está en deuda con el pasado y en él encontramos las bases del futuro*. Así la institucionalización busca garantizar la continuidad tratando de conservar experiencias pasadas a fin de legitimar la situación presente y

8 Halbwachs, *A topographie légendaire des Évangiles en Terre sainte*.

de que se prescriban, de algún modo, las expectativas de futuro⁹.

Nuestras prácticas conmemorativas tienen la capacidad de reproducir versiones del pasado a través de la realización de acciones de ritualidad social. En la repetición de actos, discursos, debates, signos, objetos u otras formas de recordar, se contribuye a fijar ciertas memorias llegando a menudo a escindirlas de las prácticas de poder que las producen, y promoviendo ideologías, afectos, comportamientos e identidades. La conmemoración se convierte así en un referente de verdad que legitima las identidades hegemónicas del presente a partir del pasado, en la medida en que no sólo se organizan para recordar algo, sino también para tratar de determinar, ratificar y reiterar qué se debe recordar y cómo se debe ser en este orden social.¹⁰

Como decía antes, no participamos de cualquier conmemoración, y cuando lo hacemos respetamos sus normativas estéticas, de comportamiento y de uso del espacio: nos vestimos de determinada manera, cantamos determinadas canciones, asumimos una actitud solemne, llevamos determinadas pancartas, levantamos el puño izquierdo cuando el guión así lo establece, y nos movemos dentro del límite del espacio impuesto por las autoridades. Pero como afirma Fernández, no se puede decir que las conmemoraciones promuevan o logren la homogeneidad de sus participantes, de hecho habitualmente no es así pues en ellas coexisten multiplicidad de posiciones de sujeto, ya sea en diálogo, en paralelo o en conflicto¹¹. Sin embargo lo hacen bajo el alero un guión común que opera como una versión hegemónica del pasado.

Sin embargo, y tal como afirman Vázquez y Muñoz hacer memoria colectivamente, es más que compartir un patrimonio de experiencias¹². Nuestros recuerdos pueden reproducir los sentidos del pasado, y al mismo tiempo tienen el poder de transformar las condiciones que harán (o no) posibles nuevos procesos de significación. Esta es una de las cualidades que le otorgan a la memoria su carácter de subversión, su poder de romper los límites establecidos por las versiones hegemónicas del pasado. Las conmemoraciones, en tanto práctica de memoria, tiene ambas posibilidades: la fijación y la subversión, constituyendo por tanto un espacio privilegiado para entender los procesos de disputa y hegemonización de ciertas versiones

9 P. Connerton, *How societies remember* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989) y F. Vázquez, y J. Muñoz, "La memoria social como construcción colectiva. Compartiendo significados y acciones". En F. Vázquez (Ed.): *Psicología del comportamiento colectivo* (Barcelona: UOC, 2003).

10 F. Vázquez, *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario* (Barcelona: Paidós, 2001).

11 R. Fernández, *Memoria Y Conmemoración Del Golpe De Estado De 1973 En Chile: La Marcha Del 11 De Septiembre Desde Una Perspectiva Auto Etnográfica*. Tesis de maestría. Universidad ARCIS -Universidad Autónoma de Barcelona, Santiago de Chile, 2006.

12 F. Vázquez, y J. Muñoz, "La memoria social como construcción colectiva".

INTRODUCCIÓN

del pasado, las identidades en juego y los intentos de elaboración de los hechos violentos.

Las conmemoraciones tienen el poder de producir múltiples significados. Aunque por una parte, son un referente de las versiones hegemónicas del pasado, por otra parte son prácticas a través de las cuales es posible tensionar dichas versiones construyendo nuevos sentidos para la memoria. Su sentido puede ser “apropiado y resignificado por actores sociales diversos, de acuerdo a las circunstancias y al escenario político en el que se desarrollan sus estrategias y sus proyectos”¹³. Para Del Campo la memoria colectiva se inscribe teatralmente en entornos espaciales, discursivos, visuales y rituales.

Cada acto de conmemoración constituye, en su manejo espectacular, una nueva propuesta de versión oficial/pública de ese pasado histórico que intenta – desde el estado o desde los grupos subalternos – redefinir el accionar futuro a partir de este constante proceso de construcción y reconstrucción de imágenes, de resemantización de los símbolos ya cargados con una historia de prácticas tradicionales¹⁴.

Es precisamente su potencial de resignificación donde radica el potencial subversivo de la memoria. Pero no porque ésta implique recordar aquello que las versiones oficiales de la historia niegan, ni tampoco por el efecto normativo de relatar y señalar aquello que no debería volver a ocurrir; sino porque la memoria, sus prácticas y artefactos constituyen un campo de conflicto donde lo que está en pugna no son sólo las interpretaciones del pasado, sino los significados de lo que somos como sociedad y de nuestros futuros posibles. La fuerza simbólica de la memoria es enorme en la medida en que contribuye a producir sujetos, relaciones e imaginarios sociales; y es ese mismo poder el que la convierte en potencial fuente de resistencias, inestabilidades y transformaciones. Pero el mero hecho de recordar u olvidar determinados acontecimientos no garantiza el carácter transformador de la memoria. Este depende de la capacidad de sus prácticas de tensionar las versiones hegemónicas que imperan de un determinado orden social.

Para poder entender la memoria desde su potencial transformador, es fundamental pensarla como un producto cultural y una acción social. Esto implica entenderla como proceso y producto de las prácticas y relaciones humanas, por lo tanto simbólica y culturalmente definida, relacionada con el lenguaje de manera inmanente y constitutiva de subjetividades¹⁵.

13 Elizabeth Jelin, comp. *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas infelices* (Madrid: Siglo XXI Editores, 2002), 2.

14 A. Del Campo, *Teatralidades de la memoria: rituales de la reconciliación en el Chile de la transición* (Santiago: Mosquito Comunicaciones, 2004), 70.

15 F. Vázquez, y J. Muñoz, “La memoria social como construcción colectiva”.

También quiere decir que son los valores, las normas, los imaginarios, las ideologías que prevalecen en cada orden social los que condicionan su configuración. Por tanto, si bien la memoria habla del pasado, éste es siempre precario y transformable. Recordar es un acto de comprensión y creación de sentido, lo que implica que el pasado se interpreta y resignifica, es decir cambia en función del presente¹⁶. Es ahora que hacemos memoria, en un proceso que va fijando de manera parcial y efímera las versiones de los acontecimientos que produce. No hacemos memoria de cualquier cosa, sino de aquellos acontecimientos que nos importan, que nos afectan (en el sentido afectivo) en el presente. Y si miramos el ímpetu con el que nuestra sociedad conmemora los 40 años del golpe, podemos suponer que esto se relaciona con lo desconcertados/as y descontentos/as que estamos con nuestro presente, lo que nos lleva a construir a la dictadura como hecho fundacional de esta sociedad que no es a la que queremos pertenecer.

Entender las memorias y las subjetividades que se producen como prácticas sociales en constante producción abre posibilidades emancipadoras, en la medida en que las presenta como un proceso interior a las relaciones sociales. Nosotros/as somos las memorias que construimos y las subjetividades que producimos, y por lo tanto somos nosotros/as quienes, por medio de la articulación de prácticas diferentes, estamos en poder de transformarlas.

II. AFECTIVIDAD

“... constituer una multitud significa fundar una realidad colectiva, inventar una sociedad, lo cual implica a su vez transmutar a mil o dos personas separadas en un solo inseparable sentimiento de carne y hueso, en una persona masiva, y por supuesto, trémulamente lunática, porque sólo siente y nunca piensa, y porque la lógica de los sentimientos es distinta a la lógica racional. El tiempo y el espacio de los sentimientos, y por lo tanto todo lo demás, es ubicuo y eterno, de una sola pieza, monolítico, indivisible, de modo que resultan falsas todas las divisiones entre aquí y allá, antes y después, y también entre tú y yo, bueno y malo, realidad y fantasía, o cualquier otra forma de partir la vida en mitades. Lo que a fin de cuentas quiere toda masa es disolver, prohibir, el

tiempo y el espacio, lo cual es querer volver a ese punto de radio cero donde empezó el

16 G.H. Mead, “La naturaleza del pasado”, *Revista de Occidente* 100 (1929): 51-62; D. Lowenthal, *The Past is a Foreign Country* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995); D. Middleton, y D. Edwards, “Recuerdo conversacional. Un enfoque sociopsicológico”. En D. Middleton, y D. Edwards, *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y el olvido* (Barcelona: Paidós, 1992), 38-62; F. Vázquez, *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario* (Barcelona: Paidós, 2001).

INTRODUCCIÓN

universo, a ese centro donde comienza una ciudad..." (Pablo Fernández Christlieb)

La dictadura militar de Pinochet terminó hace casi 30 años, pero las violaciones a los Derechos Humanos que en ella ocurrieron siguen siendo un tema que a nuestra sociedad le duele y le preocupa. Algunos/as hablamos de ella con amigos/as y familiares, otros escuchamos sus relatos a través de los medios de comunicación y aprendemos lo que se enseña en la escuela. Sigue estando presente en la cultura de nuestro país bajo distintas formas –películas, novelas, poemas, obras de teatro, canciones, afiches, fotos, camisetas, entre otros- y nos topamos con ella cuando andamos por la calle o usamos las plazas y parques de nuestras ciudades.

Las diversas prácticas de memoria implican también distintas estrategias y soportes de expresión. Se recuerda con palabras pero también con imágenes, con olores, con sonidos y con silencios, y es precisamente la comprensión de lo no hablado lo que permite incorporar aquellas dimensiones afectivas de la memoria cuya indistinción no puede ser dicha por medio de las categorías racionales del lenguaje, que en su especificidad discreta, olvidan el carácter continuo del afecto¹⁷.

Los afectos son constituyentes de la memoria. Tienen forma, ritmo y movimiento, son etéreos, cambiantes, están compuestos de relaciones que la configuran y que la hacen aparecer como un todo sin fisuras. En los recuerdos se entrelazan palabras, silencios, imágenes, artefactos, ritmos, cuerpos, movimientos, lugares, etc. y es precisamente la relación (siempre cambiante) entre ellos la que contribuye a construirlos¹⁸. La dimensión afectiva del recuerdo está constituida por su forma no verbal: su forma estética, donde lo que se gesta es una trama de relaciones que hacen emerger una situación. Si tratamos de suponer o inferir aquello que –por ejemplo el silencio– oculta, olvida o trata de decir, estaríamos transformándolo en palabras desarmado su forma y haciendo desaparecer el afecto. Para la memoria forma y contenido son indistinguibles, recordar algo es decir al mismo tiempo qué es lo que se recuerda y cómo se lo recuerda, delimitando un momento específico en un cierto tejido o trama de sentido. Cuando recordamos no nos preguntamos qué estamos construyendo, más bien estamos sintiendo esa nueva realidad; tampoco hay un ejercicio consciente del cómo ese recuerdo está adquiriendo forma, porque estamos inmersos en este acontecimiento, en esas relaciones; estamos sumergidos en una experiencia estética¹⁹.

17 Fernández Christlieb, *La afectividad colectiva*.

18 Piper, *Obstinaciones de la memoria*.

19 *Ibid.*

Fernández Christlieb lo dice de la siguiente manera “la afectividad es por ley el silencio que queda antes, dentro, entre o después del lenguaje”²⁰. El mismo autor afirma que

toda memoria es un evento afectivo y remite a un acontecimiento afectivo, como lo ha planteado Halbwachs, porque de otra manera sería sólo un recuento de hechos. (...) los acontecimientos afectivos dejan, al pasar, una especie de eco, de aura, huellas, indicaciones, marcas, etc., que constituyen la estructura básica, el esqueleto, del objeto originario, pero que tienen que ser reconstruidos, recreados, con la ayuda lógica, o dentro del impedimento lógico, del lenguaje²¹.

Un recuerdo vendría a ser una forma análoga a la forma originaria o recordada. “Ser análoga significa, no que sea idéntica, sino que su estructura, armonía, etc., es la misma, de modo que afectiva y estéticamente sean comparables. La memoria no es la reproducción de datos o de información, sino la duplicación de un afecto”²².

¿Qué consecuencia tiene esto para la investigación en torno a procesos de memoria colectiva? En primer lugar es necesario considerar que su estudio y comprensión implica necesariamente el reconocimiento de la inmensa variedad de formas de recordar y nos obliga a buscar nuevas y mejores maneras de enfrentarnos a esta amplia y cambiante realidad. En segundo lugar, es importante considerar que cuando se escribe un texto sobre memoria colectiva (como este y los otros que este número contiene) el o la investigador/a hace una especie de trasposición a lenguaje transformando el sentimiento en pensamiento, la forma en lenguaje, la estética en lógica, lo visto en escrito, manteniendo la analogía entre pensamiento y memoria. Es decir, “el lenguaje con que está dicho lo indecible contienen la misma estructura, las mismas pausas, la misma velocidad, la misma profundidad, la misma textura, intensidad, luz, tamaño, etc., que el objeto imitado²³, o sea, que estéticamente tienen la misma forma, una hecha en objeto, la otra construida en lenguaje, con lo cual se puede notar que entonces el lenguaje, el pensamiento, la conciencia y la investigación son, además de lo que son, también un objeto”²⁴. Esto supone, que la escritura de las investigaciones sobre memoria colectiva son también una práctica de ella, por tanto esa

20 Fernández Christlieb, *La afectividad colectiva*, 95.

21 *Ibid.*, 182.

22 *Ibid.*, 95.

23 Lo curioso es que todos estos factores de la analogía no se presentan en el contenido explícito del discurso, sino que aparecen en sus silencios, precisamente, otra vez, en lo que no se dice de lo que se dice: el estilo, la sintaxis, la prosodia, etc., no se mencionan en el discurso: son “solamente” su forma.

24 *Ibid.*, 96.

INTRODUCCIÓN

escritura – que es también un objeto estético- debe mantener su forma experiencial y cotidiana, sin caer en los vicios del lenguaje científico que también es estético pero no tiene la forma de la memoria.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barlett, F.C. *Los factores sociales en el recuerdo*. En: Proshansky, H. & Seidenber, B. (Eds.) *Estudios básicos de Psicología Social*. Madrid: Tecnos, 1973.
- Connerton, P. *How societies remember*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.
- Del Campo, A. *Teatralidades de la memoria: rituales de la reconciliación en el Chile de la transición*. Santiago: Mosquito Comunicaciones, 2004.
- Fernández Christlieb, P. *La afectividad colectiva*. México: Ed. Taurus: 2000.
- Fernández Christlieb, P. *La Sociedad Mental*. Barcelona: Ed. Antrhopos, 2004.
- Fernández, R. *Memoria Y Conmemoración Del Golpe De Estado De 1973 En Chile: La Marcha Del 11 De Septiembre Desde Una Perspectiva Auto Etnográfica*. Tesis de maestría. Universidad ARCIS –Universidad Autónoma de Barcelona, Santiago de Chile, 2006.
- Fernández Christlieb, P. *La Crónica sentimental de una sociedad*” <http://dialogosaca.blogspot.com/2008/04/la-crónica-sentimental-de-la-sociedad.html> Publicado 17 de abril de 2008.
- Halbwachs, M. *A topographie légendaire des Évangiles en Terre sainte*. Paris: PUF, 1971.
- Jelin, Elizabeth comp. *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas infelices*. Madrid: Siglo XXI Editores, 2002.
- Lowental, D. *The past is a foreign Country*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- Middleton, D. & Edwards, D. “Recuerdo conversacional. Un enfoque sociopsicológico”. En *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y el olvido*, D. Middleton & D. Edwards, 38-62. Barcelona: Paidós, 1992.
- Mead, G.H. “La naturaleza del pasado”. *Revista de Occidente* 100 (1929): 51-62.
- Piper, I. *Obstinaciones de la memoria: La dictadura militar chilena en las tramas del recuerdo*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2005.

- Taylor, D. "El espectáculo de la memoria: trauma, performance y política". Conferencia realizada en el coloquio Políticas del Recuerdo: dimensiones preformativas de las conmemoraciones. Universidad ARCIS: Santiago, Chile. 2005.
- Vázquez, F. *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós, 2001.
- Vázquez, F. y Muñoz, J. "La memoria social como construcción colectiva. Compartiendo significados y acciones". En F. Vázquez (Ed.): *Psicología del comportamiento colectivo*, 159-258. Barcelona: UOC, 2003.

CONTRARREVOLUCIÓN FASCISTA Y DEMOCRACIA NEOLIBERAL EL GOLPE Y LA TRANSICIÓN EN CHILE DESDE UNA PERSPECTIVA POLANYIANA*

PAULA VALDERRAMA**
FREIE UNIVERSITÄT BERLIN

RESUMEN

¿Puede calificarse al golpe de Estado en Chile (1973) como un episodio fascista? ¿Cuál es el rol que juega la doctrina neoliberal implantada por los Chicago Boys? Utilizando el marco teórico ofrecido por Karl Polanyi, se argumenta que la dictadura militar posee rasgos similares a lo que este autor llama “contrarrevolución fascista”. El golpe de Estado fue una respuesta totalitaria a la contradicción real entre la política democrática y la economía de mercado; es decir, un esfuerzo de aniquilación total de la democracia con el fin de “salvar” al capitalismo mediante un Estado autoritario. El régimen militar intentaría lograr el sometimiento total de la población; primero, mediante el uso del “terror” y, luego, con una estrategia de “pacificación” del ciudadano. Con este fin, se utilizaron tácticas clásicas de los movimientos fascistas. Por un lado, recurriendo a la proclamación de una “totalidad” anterior a todo individuo. Por otro, utilizando el principio del “vitalismo”; es decir, el uso absoluto de los sentidos como herramienta para evitar la reflexión racional. Este fue el papel asumido por la doctrina neoliberal de Chicago, la cual fomentaría un consumo ilimitado y proclamaría el sometimiento de la política a la “realidad de mercado”.

PALABRAS CLAVE: dictadura militar, Chile, fascismo, neoliberalismo, democracia, Karl Polanyi.

FASCIST COUNTERREVOLUTION AND NEOLIBERAL DEMOCRACY CHILEAN COUP D'ÉTAT AND TRANSITION ON A POLANYIAN PERSPECTIVE

Can the coup d'état in Chile 1973 be catalogued as a fascist episode? Which role does the neoliberal doctrine implemented by the Chicago Boys play within it?

* Artículo recibido el 27 de marzo de 2013 y aceptado el 27 de mayo de 2013. Versión final: 10 de junio de 2013.

** Ingeniero comercial de la Pontificia Universidad Católica de Chile y magíster en Filosofía y Economía de la Humboldt-Universität en Berlín. Ha trabajado como analista de proyectos, haciendo tutorías y realizando investigaciones macroeconómicas y políticas sobre países en desarrollo, especialmente en Latinoamérica. Actualmente realiza un doctorado en el área de filosofía política en la Freie Universität en Berlín. E-Mail: Paula.valderrama@fu-berlin.de

CONTRARREVOLUCIÓN FASCISTA Y DEMOCRACIA NEOLIBERAL

Using the theoretical framework offered by Karl Polanyi, it will be argued that the Chilean military government shares some of the main elements of what the author calls a “fascist counterrevolution”. The coup d’état was a totalitarian response to the real contradiction between democratic politics and the market economy, i.e. an attempt to completely eliminate democracy in order to “save” capitalism through an authoritarian state. The military regime aims to achieve total control of the citizens by first using “terror” as a mean to promote fear, second, through a strategy to “pacify” the people. For this goal, different tactics –known from passed fascist episodes– were used. On the one hand, the importance of the “totality” as against individuality was proclaimed. On the other hand, the principle of “vitalism” was applied: the absolute use of the senses as means of avoiding rational thought. This was the role assumed by the neoliberal doctrine of Chicago, which proclaimed the subordination of politics to the “reality of the market” and promoted an unlimited consumption.

KEY WORDS: Military dictatorship, Chile, fascism, neo-liberalism, democracy, Karl Polanyi

I. INTRODUCCIÓN

La formación de la memoria colectiva de los pueblos es un proceso dinámico en el que confluyen distintas vertientes de opinión e interpretaciones de los sucesos pasados. Este artículo debe entenderse como una contribución teórica a dicho proceso de formación que aporta herramientas de reflexión con el fin de lograr comprender mejor nuestra historia reciente. Para este fin, utilizaré el marco teórico propuesto por Karl Polanyi (1886-1964), quien nos ofrece una variedad de conceptos analíticos –entre ellos, el concepto “fascismo”– con los cuales es posible evaluar los acontecimientos históricos con mayor precisión y desde nuevas perspectivas.

El instrumental analítico de Karl Polanyi fue especialmente desarrollado en el periodo de entreguerras, cuando el autor trabajaba en Viena como redactor y coeditor del periódico político-económico *Der Österreichische Volkswirt* (1924-1933). En el año 1933, después de que el nacionalsocialismo tomara el poder, Polanyi hubo de emigrar a Inglaterra por razones políticas¹. En Londres, se dedicó a la docencia, continuó escribiendo artículos para el *Volkswirt* y para otras revistas británicas, y también participó en la Asociación de Cristianos de Izquierda (Christian Left Group). En el libro *Christianity and Social Revolution* (1935), coeditado por el autor, Polanyi presentó su artículo “The Essence of Fascism”², en el que realiza un análisis detallado de la filosofía y sociología del fascismo basándose especialmente en el caso

1 McRobbie y Polanyi-Levitt, *Karl Polanyi in Vienna* (Montreal/New York/London: Black Rose Books, 2006), 5.

2 Este artículo ha sido recientemente traducido al castellano y recogido en *Textos Escogidos*, ed. José Luis Coraggio et al. (Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento/CLACSO, 2012), 203-229.

alemán. Este texto, junto con otros manuscritos de la época, constituye el punto de partida del análisis que se realiza en el presente artículo.

En primera instancia, argumentaré con Polanyi que el fascismo europeo surgió como respuesta a la crisis político-económica que los países industrializados vivieron durante el periodo de entreguerras; fue, en especial, una reacción a lo que Polanyi llama “el problema del Gobierno popular”³. Recordemos que, en esta época, el aparato productivo se encontraba destrozado en su práctica totalidad tras la Primera Guerra Mundial y que, además, se instauraron democracias “de masas” por vez primera; es decir, con un sufragio de una extensión mucho mayor a la del hasta entonces practicado. Los frentes populares, partidos socialdemócratas, socialistas y comunistas adquirieron poder político tanto en Europa como en otras partes del mundo, incluyendo Chile y Latinoamérica. Realizaron reformas sociales que, si bien buscaban lograr una sociedad más justa, colisionaron con la recuperación y desarrollo del aparato productivo. Polanyi observa en este conflicto un antagonismo inherente entre las demandas sociales y las del mercado, y define al fascismo como una respuesta totalitaria a esta polaridad, como un intento de eliminar completamente las instituciones democráticas en aras de “salvar” al sistema capitalista⁴.

Polanyi utiliza los términos “contrarrevolución” o “revolución en contra de la democracia” para calificar el fascismo, a sabiendas de que estos términos pueden causar confusión si se consideran bajo la terminología marxista predominante en la época⁵. En esta tradición, comenta Polanyi, el concepto “revolución” solo se utiliza para señalar que las bases capitalistas de la sociedad han sido radicalmente removidas⁶. En este sentido, el fascismo *no* puede ser catalogado como una revolución, pues su “*raison d’être*” es, de hecho, “mantener el sistema económico vigente”⁷. El fascismo tiene como objetivo principal “salvar al capitalismo”⁸ organizándolo a través de un Estado autoritario. Así, también es erróneo considerar que el fascismo –empleando una terminología “seudomarxista”– proviene de una contradicción entre democracia y mercado⁹, pues, en esta sociología, la democracia no es más que la “supraestructura” correspondiente al nivel material de la producción capitalista¹⁰. Sin embargo, añade Polanyi, los

3 Karl Polanyi, *The Great Transformation* (Wien: Suhrkamp, 1978), 297.

4 Karl Polanyi, “Die geistigen Voraussetzungen des Faschismus”, en *Chronik der großen Transformation. Band 3*, ed. Michele Cangiani et al. (Marburg: Metropolis, 2005), 219.

5 Karl Polanyi, “El fascismo y la terminología marxista”, en *Textos Escogidos*, ed. José Luis Coraggio et al. (Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento / CLACSO, 2012), 231.

6 *Ibid.*

7 *Ibid.*

8 Polanyi, “Die geistigen Voraussetzungen”, 219.

9 Polanyi, “Terminología marxista”, 232.

10 *Ibid.*

acontecimientos históricos nos demuestran los límites de esta terminología¹¹. El fascismo es, *de hecho*, una política en contra del poder de la clase obrera basada en la conciencia de una polaridad fundamental entre la economía capitalista y la política democrática.

Paradójicamente, añade Polanyi, el propio Marx fue el primero en percatarse de esta contradicción¹². Marx no solo entendió que la característica principal del capitalismo liberal es la “separación institucional entre la esfera económica y la esfera política en la sociedad”, sino que, además, comprendió que el principio de la democracia debía extenderse a toda la sociedad para que pudiese ser realmente humana; en especial, al ámbito de la economía¹³. Marx supo ver con antelación la base del fascismo: un intento por detener el progreso humano eliminando a la democracia y totalizando la esfera económica¹⁴.

Esta reestructuración total de la sociedad y la constitución de un Estado autoritario “radicalmente económico”¹⁵ merecen ser calificadas, según Polanyi, como una “completa ruptura del sistema social”¹⁶ y, por ende, como una “contrarrevolución”¹⁷. El fascismo europeo –a pesar de su tendencia “corporativa” y a pesar del uso de una retórica “anticapitalista”– nunca pretendió abolir la producción capitalista. Por el contrario, el Estado es el que sufre la mayor transformación al perder totalmente su autonomía y carácter político.

Este “virus antidemocrático”¹⁸ propagado por las clases privilegiadas aspira a romper la larga tradición de democracia basada en el postulado de la “igualdad de los individuos en cuanto tales”¹⁹. Rechazar este principio implica, lógicamente, rechazar la convicción de que *cada* individuo tiene un valor único²⁰. El fascismo es, por tanto, una doctrina radicalmente *anti-individualista*²¹ que no solo aspira a reorganizar la sociedad, sino también, y particularmente, a transformar la *conciencia* del ser humano de forma

11 *Ibíd.*

12 Karl Polanyi, “Marx sobre el corporativismo”, en *Textos Escogidos*, ed. José Luis Coraggio et al. (Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento / CLACSO, 2012), 243.

13 *Ibíd.*

14 *Ibíd.*

15 Michel Foucault utiliza este término para describir el carácter del Estado neoliberal alemán después de la guerra. En este aspecto, el neoliberalismo se asemeja esencialmente al fascismo. Michel Foucault, *Die Geburt der Biopolitik. Geschichte der Gouvernementalität II* (Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 2004), 126.

16 Polanyi, “Terminología marxista”, 233.

17 Polanyi, “Die geistigen Voraussetzungen”, 219.

18 Karl Polanyi, “Der faschistische Virus”, en *Chronik der großen Transformation, Band 3*, ed. Michele Cangiani et al. (Marburg: Metropolis, 2005), 278.

19 Karl Polanyi, “La esencia del fascismo”, en *Textos Escogidos*, ed. José Luis Coraggio et al. (Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento / CLACSO, 2012), 208.

20 *Ibíd.*, 211.

21 *Ibíd.*, 208.

radical²². De ese modo, el proyecto fascista lleva implícito un intento de *reeducar* totalmente a los individuos con el fin de que estos se transformen en un medio adecuado para sostener a la sociedad fascista perfecta.

Los pensadores fascistas Othmar Spann y Ludwig Klages ofrecen, según Polanyi, dos opciones a seguir para crear un nuevo nivel de conciencia²³. Basándose en la filosofía de Hegel, Spann promocionará el concepto de la “totalidad” como una entidad superior a todo individuo, mientras que Klages, basado en la filosofía de Nietzsche, criticaría el uso de la “razón” para priorizar los sentidos y la vida “orgiástica”. Polanyi concluye afirmando que –mediante estas interpretaciones arbitrarias de otras filosofías– los filósofos fascistas aspiran a crear un individuo totalmente *inconsciente* de sí mismo y, particularmente, inconsciente del hecho de que la sociedad y el mundo son una consecuencia parcial de sus actos²⁴.

Analizando el caso chileno, nos damos cuenta de que existen bastantes paralelismos con la experiencia fascista europea. El golpe de Estado constituyó una oposición radical a la revolución social “allendista” con el objetivo de salvar al capitalismo mediante un Estado autoritario. Esta contrarrevolución no solo fue dirigida contra el socialismo, sino que también lo fue contra la fuente de la que esta ideología proviene; es decir, la idea de democracia basada en el principio de igualdad de derechos.

En un principio, la dictadura militar chilena utilizó la herramienta del “terror” para lograr el sometimiento absoluto de la oposición. Posteriormente, al igual que en las dictaduras fascistas europeas, aspiró a lograr un “consenso nacional”, una aprobación del sistema mediante una “reeducción” radical de la población. Este fue el fin de la *manipulación mediática* realizada en Chile durante los años de la dictadura militar: la propagación de la idea de que la modernidad solo podría alcanzarse pagando el precio de *limitar* la democracia mediante las leyes de las ciencias económicas. En nuestro análisis, veremos que la proclamación de las “leyes de mercado” como “última realidad” revela el mismo carácter que la convicción fascista sobre la “totalidad” como ente superior al individuo.

La historia reciente en Chile está marcada por la declaración del “mercado” como colectivo prioritario y por el consiguiente sometimiento de la política a esta “realidad”. Asimismo, esta se encuentra también impregnada por un cierto *conformismo* ciudadano producido por el bienestar material y el consumo a crédito ilimitado. El consumismo en Chile no debe ser considerado como una mera consecuencia del modelo económico, sino como parte de una estrategia para “apaciguar” al ciudadano²⁵. En términos

22 *Ibid.*, 212.

23 *Ibid.*, 212s.

24 *Ibid.*

25 O'Donnell ofrece un argumento similar cuando se refiere a la “domesticación” de las clases populares. Guillermo O'Donnell, “Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, n.º 1 (1977): 15.

de la filosofía fascista de Klages, es un medio de “éxtasis”, una herramienta que fomenta la vida “orgiástica” y, por consiguiente, un estado permanente de *falta de reflexión*. El presente artículo concluye señalando que las dos estrategias fascistas mencionadas por Polanyi –totalidad y vitalidad– han sido retomadas por el neoliberalismo en Chile con el fin de conseguir un ciudadano inconsciente, conformista y adaptado a las exigencias del mercado.

II. EL CONTENIDO DEL FASCISMO Y SUS CONDICIONES MATERIALES E INTELECTUALES

“¿En qué se diferencia el fascismo de otras contrarrevoluciones?”, se pregunta Polanyi²⁶. La respuesta es: en el hecho de que el fascismo acepta la necesidad de usar el terror y la violencia contra sus propios ciudadanos en aquellos momentos concretos en que su existencia, instauración y sostenimiento estén en juego; de lo contrario, intentará lograr la “aceptación de las masas”²⁷. El fascismo quiere ser, por ende, una “convicción” (*Gesinnung*)²⁸; es decir, una ideología aprehendida por la gente y no un poder externo. En este aspecto, el fascismo se diferencia *esencialmente* de otras dictaduras militares y gobiernos autoritarios, que solo aspiran a lograr el sometimiento popular por la fuerza.

Además, el fascismo es un fenómeno *internacional*, y este hecho debe ser incorporado en el análisis para comprender su esencia. El antisemitismo, tan típico del nacionalsocialismo alemán, *no* es un elemento esencial del fascismo, ya que no se dio en todos los países donde hubo contrarrevoluciones fascistas²⁹. Sin embargo, el antisemitismo no se contradice con la esencia fascista; es más, puede entenderse como una consecuencia lógica o una extensión radical del postulado fascista básico de la *desigualdad*.

Lo que sí define al fascismo es su carácter de “religión *política*”³⁰, una religión cuyo contenido involucra a todos los ámbitos de la sociedad;

26 Polanyi, “Die geistigen Voraussetzungen”, 216 (traducción propia).

27 *Ibid.*

28 *Ibid.*

29 *Ibid.* En este texto, Polanyi se refiere a los Estados fascistas de Alemania e Italia, pero también menciona a Lituania. En la *Gran Transformación*, Polanyi ofrece una lista de “contrarrevoluciones” en la que incluye: Austria (1920, 1934), Bulgaria (1923, 1934), Estonia (1918, 1926), Finlandia (1918), Alemania (1920, 1933), Hungría (1919), Yugoslavia (1926, 1929), Letonia (1918, 1934), Lituania (1918, 1926), Polonia (1926) y Rumanía (1926). Polanyi divide los episodios en “repúblicas burguesas”, “Estados autoritarios”, “Estados militares” y “gobiernos de un partido”. Como “contrarrevolución fascista”, cataloga solamente a Bulgaria (1923). Polanyi, *The Great Transformation*, 359.

30 Polanyi, “Die geistigen Voraussetzungen”, 217 (cursiva en original).

especialmente, a la política, la economía y la normatividad³¹. En el ámbito de la *política*, el fascismo se posiciona abiertamente en contra de la democracia parlamentaria y representativa, y de los valores de libertad individual e igualdad. Por el contrario, defiende el principio de la autoridad y el liderazgo, como también métodos dictatoriales, con el fin de “salvar” al colectivo³². La “nación” tiene prioridad ante toda demanda individual en el discurso fascista. En el sector de la *economía*, el fascismo está directamente dirigido en contra del comunismo y el marxismo, pero también de un capitalismo liberal de *laissez-faire*. El nuevo capitalismo fascista queda garantizado por un Estado fuerte que organiza la producción capitalista desde arriba; en el caso europeo, mediante la constitución de corporaciones productivas. El estatus de este Estado regulador de la economía es paradójico: aunque es un Estado autoritario, no es un Estado fuerte *en términos políticos*. El Estado corporativo fascista elimina la política como esfera de la sociedad para dejarse dominar completamente por las ramas industriales³³. La retórica “anti-capitalista” del discurso fascista no es más que una estrategia populista para obtener la aceptación de las masas. El fascismo europeo se dirige en contra de un capitalismo *liberal*, pero solo en contra de este. El capitalismo *en sí* no es lo que está en juego y, por ello, la oposición al mismo no constituye un elemento esencial de las doctrinas fascistas.

El último sector en que el fascismo actúa es en el de la normatividad o, como Polanyi lo llama, el ámbito de la “metafísica”³⁴. Se trata del ámbito de los valores, normas e ideales que conforman la base de todo discurso operante en una sociedad. En sus distintas versiones, los “valores” del fascismo favorecen el derecho natural, la raza, la sangre, lo heroico, lo vital y lo brutal, a los que subordinan la relevancia de la razón humana, el intelecto, el derecho positivo, los derechos universales y la conciencia³⁵.

Aquellos aspectos conforman el *contenido* del fascismo. Sin embargo, para obtener un mejor entendimiento de lo que el fascismo es, debemos comprender cuáles son sus *condiciones*; es decir, bajo qué circunstancias es posible y probable que se desarrolle. Polanyi considera la crisis político-económica de la década de 1920 como la *condición material* para el surgimiento del fascismo³⁶. Tanto la economía como la democracia estaban en “crisis” en esa época, y ambas esferas eran cuestionadas por los distintos sectores de la sociedad. Por un lado, existía una fuerte crítica al liberalismo económico proveniente del siglo XIX, que no solamente era criticado por pensadores socialistas –quienes adscribían a esta ideología la formación de

31 *Ibid.*

32 *Ibid.*

33 *Ibid.*

34 *Ibid.*

35 *Ibid.*

36 *Ibid.*, 217 y ss.

monopolios y la tendencia imperialista que, finalmente, llevó a la Primera Guerra Mundial–, sino también por los mismos pensadores liberales – como Alexander Rüstow, Wilhelm Röpke, Walter Lippmann y Friedrich Hayek– que declararon obsoleto el principio de *laissez-faire* y razón única del “fracaso” de la economía liberal capitalista. Por otro lado, también se criticaba el desarrollo de la democracia representativa, considerada como la causa fundamental del mal funcionamiento de la economía. La contradicción entre las demandas económicas (por reducción del gasto social, mayor apertura y flexibilidad en los mercados) y las democráticas (por mejores sueldos, más seguridad y controles de precios) se hizo evidente durante la década de 1920, agudizándose después de la crisis de 1929.

Polanyi cita pasajes tanto del conocido discurso de Hitler en Düsseldorf como de la *Dottrina* del Duce con el fin de demostrar que ambos líderes fascistas identificaron la “absoluta incompatibilidad” entre el sistema democrático y el económico como fuente de la crisis vivida en la época³⁷. Según Polanyi, estas crisis –tanto la de la democracia parlamentaria como la de la economía– impregnaron a toda la realidad social hasta sus más profundas raíces³⁸. No es de extrañar, entonces, que ellas se hayan vuelto parte del *contenido intelectual* de las “soluciones” propuestas durante el periodo para superar el conflicto³⁹.

El fascismo es, por tanto, la búsqueda de una “salida” al problema real que constituye la relación antagónica entre las demandas del mercado y las demandas democráticas⁴⁰. Es un esfuerzo de aniquilación total de las instituciones democráticas (como fuente de demandas populares y reformas sociales) con el objeto de asegurar la producción capitalista. El Estado fascista, que alardea de ser fuerte, es, en verdad, una “anulación” total de Estado político y la consiguiente “encarnación de la totalidad social en la esfera económica”⁴¹. El “Estado corporativo” (*Ständestaat*) –promulgado por la revolución fascista europea– es, a fin de cuentas, un Estado en el que los sectores económicos organizados tienen la palabra final y en el que no hay cabida para las ideas políticas de libertad, justicia e igualdad⁴².

El fascismo es, en su *esencia*, un intento de “salvar al capitalismo”, un rescate del sistema económico que se lleva a cabo mediante una “transformación revolucionaria”⁴³ de la sociedad. Dicho rescate se caracteriza por un rechazo al capitalismo liberal de *laissez-faire* y por la

37 Polanyi, “Esencia”, 227.

38 Polanyi, “Die geistigen Voraussetzungen”, 218.

39 *Ibid.*

40 O'Donnell también considera la “rápida activación política del sector popular” y las “numerosas manifestaciones de crisis económica” como parte de las causas del surgimiento de los Estados burocráticos-autoritarios en Latinoamérica. Guillermo O'Donnell, “Reflexiones”, 14.

41 Polanyi, “Die geistigen Voraussetzungen”, 220 (traducción propia).

42 *Ibid.*, 219.

43 *Ibid.*

consiguiente instauración de un *capitalismo organizado*⁴⁴. El fascismo fomenta una “economía planificada” que no está liderada por un Estado democrático, sino por un Estado dominado por los mismos capitalistas que conforman las ramas industriales⁴⁵. Polanyi concluye que este tipo de transformación radical es “revolucionaria –en el sentido de una contrarrevolución–”, ya que las funciones del Estado deben ser establecidas desde la esfera económica por vez primera en la historia⁴⁶.

La revolución fascista se caracteriza, asimismo, por un *accionismo* radical que está basado en la convicción de que la sociedad es resultado de la acción humana y que, por tanto, cambiar su dirección es cuestión de *voluntad*. La doctrina fascista es *voluntarista* y, en este aspecto, se opone directamente a la ideología marxista con sus característicos determinismo y materialismo⁴⁷. Los fascistas han reconocido que la historia no está simplemente determinada por leyes naturales o sociales, sino que son ellos mismos quienes hacen esas leyes y determinan el curso de la historia. También han reconocido el hecho de que las bases materiales no son las que determinan la sociedad, sino que la realidad de esta se encuentra constituida por las *ideas* sobre dichas bases materiales⁴⁸. Esta es, según Polanyi, la fortaleza real del movimiento fascista; que sus artífices no “esperan” que sucedan los acontecimientos, sino que los producen. La “falsa conciencia” del movimiento laboral socialista –determinada por la ideología marxista basada en el “determinismo”, “naturalismo” y “materialismo”– es, para Polanyi, la principal *condición intelectual* para que se desarrolle el fascismo⁴⁹.

III. EL NEOLIBERALISMO COMO NUEVO “VIRUS ANTIDEMOCRÁTICO”

El “virus fascista” no es, de acuerdo con Polanyi, una enfermedad totalmente nueva, sino más bien una mutación del histórico “virus antidemocrático” latente desde los principios de la era industrial⁵⁰. En esta época, ya se escuchaban ataques verbales abiertos contra la influencia de la clase laboral en los asuntos políticos llevados especialmente a cabo por las clases privilegiadas, que temían la pérdida de poder y patrimonio. Cualquier avance radical en las reformas sociales exigidas por los trabajadores produce,

44 Ibid.

45 Ibid.

46 Ibid.

47 Ibid., 220.

48 Claus Thomasberger aplica esta conclusión polanyiana al movimiento neoliberal. Véase *Das neoliberale Credo: Ursprünge, Entwicklungen, Kritik* (Marburg: Metropolis, 2012), 57-68.

49 *Ibidem*.

50 Polanyi, “Virus”, 278.

según Polanyi, un inmediato retroceso forzado por las clases capitalistas y el “régimen de pánico” del capital⁵¹.

Polanyi distingue tres grandes fases en la “lucha entre democracia y capitalismo”⁵². La primera etapa se caracteriza por las advertencias de los pensadores liberales clásicos, quienes abiertamente señalan que el poder en manos del pueblo es un peligro. Tanto Malthus como Ricardo consideran la realidad del “hambre” y los “bajos salarios” como elementos esenciales para un desarrollo “natural” de los mercados. Las demandas democráticas que reclaman seguridad social y mejores condiciones de trabajo son, en este sentido, contrarias a la “naturaleza”, destruyen el avance conseguido por la economía de mercado⁵³. Estos economistas son los primeros que establecen el “axioma” de la incompatibilidad entre democracia y capitalismo con la consiguiente convicción: el florecimiento del capitalismo y el bienestar de las naciones solo pueden lograrse *a costa* del bienestar de los trabajadores⁵⁴.

En una segunda etapa –la caracterizada por el sistema imperial y la expansión de los mercados–, se produjo por vez primera una especie de “armonía” entre democracia y capitalismo, lo que conduce a una aceptación temporal del principio democrático⁵⁵. Esta etapa no duró mucho, ya que llevó a la Primera Guerra Mundial y, por consiguiente, a la tercera fase de la lucha entre democracia y capitalismo. El periodo de entreguerras, como ya hemos visto, estuvo caracterizado por un sufragio masivo, alto desempleo e inestabilidad económica. Esta época destacó nuevamente por un ataque abierto contra la democracia representativa y el consiguiente surgimiento del fascismo⁵⁶.

A esas tres etapas mencionadas por Polanyi en la década de 1930, les siguieron otras dos, la última de las cuales el autor no alcanzó a vivir. Tras la Segunda Guerra Mundial, surgió en los países desarrollados la llamada época *fordista*, mientras que, en Latinoamérica, lo hizo la del Estado *desarrollista*. Ambos modelos se caracterizaron por un cierto compromiso entre clases y, adicionalmente, por una aceptación temporal de la democracia representativa como aspecto elemental de la sociedad capitalista. Sin embargo, la crisis energética de 1979 desató la nueva “contrarrevolución”; esta vez, *neoliberal*. La lucha entre democracia y mercado volvió al escenario; sin embargo, tuvo lugar de una forma más refinada. Los ataques neoliberales

51 *Ibíd.*, 280.

52 *Ibíd.*, 279.

53 *Ibíd.*, 285.

54 *Ibíd.* Estos pensadores se oponen ciertamente al optimismo de Adam Smith. El pensamiento de Ricardo, con su “pesimismo”, sentará las bases de la teoría posteriormente desarrollada por Karl Marx.

55 *Ibíd.*, 281. Polanyi se refiere a la llamada “Belle Époque” europea que, ciertamente, no fue armónica para todos; sin embargo, la opinión pública y gran parte de los medios la percibieron así.

56 *Ibíd.*, 281 y ss.

contra la democracia ya *no* se realizan abiertamente y, por tanto, no están dirigidos a la eliminación de sus instituciones “oficiales” (Parlamento, elecciones periódicas, etc.). Las reformas neoliberales (desregulación de los mercados financieros, flexibilización de las leyes de protección laboral, comercio abierto y reducción del Estado benefactor) aspiran, más bien, a reducir la participación real de los ciudadanos en la constitución de la sociedad. La “posdemocracia”⁵⁷ neoliberal se caracteriza, por un lado, porque las elites económicas vuelven a adquirir poder político⁵⁸ y, por otro, por el hecho de que la política se “tecnifica” y es llevada a cabo por un gremio de “expertos” no elegidos de forma representativa⁵⁹.

Aunque Polanyi no vivió esta era de reformas neoliberales, fue capaz de prever una renovación del liberalismo económico en varios de sus textos. Este “nuevo liberalismo” –como lo llamó– es un liberalismo *planificado* y, por tanto, fundamentalmente distinto al liberalismo clásico del *laissez-faire*⁶⁰. Se trata de un movimiento que, como el fascismo, busca crear un Estado autoritario que organice la economía de mercado desde arriba para así poder salvar al capitalismo.

Los “liberales de la escuela de Mises” –comenta Polanyi– se han percatado, al igual que los fascistas, de la contradicción entre democracia y mercado⁶¹. Estos economistas consideran que la democracia representativa es una “interferencia en el sistema de precios”⁶². Mediante tales afirmaciones, asegura Polanyi, “el fascismo se justifica, entonces, como la salvaguardia de la economía liberal”⁶³.

Friedrich Hayek, alumno de Ludwig von Mises en aquel entonces y considerado hoy en día una de las figuras más importantes del movimiento neoliberal⁶⁴, publicó algunos años más tarde su conocida obra *Camino a la Servidumbre* (1944), donde desarrolla exactamente la tesis prevista por Polanyi⁶⁵. Hayek critica tanto al socialismo como al Estado benefactor; sin embargo, defiende la necesidad de ir en contra del anticuado principio

57 El filósofo francés Jacques Rancière utilizó este término por vez primera. Años más tarde, sería mundialmente popularizado por el científico y político británico Colin Crouch.

58 Colin Crouch, *Postdemokratie* (Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 2008), 10.

59 Jacques Rancière, *Das Unvernehmen. Politik und Philosophie* (Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 2002), 105-120. Un argumento similar se encuentra en O'Donnell, “Reflexiones”, 14.

60 Karl Polanyi, “Liberale Wirtschaftsreformen in England”, en *Chronik der großen Transformation. Band 1*, ed. Michele Cangiani et al. (Marburg: Metropolis, 2002), 90. En este aspecto, véase también Foucault, *Geburt der Biopolitik*, 172.

61 Polanyi, “Esencia”, 227.

62 *Ibid.*

63 *Ibid.*

64 Véase, por ejemplo, Foucault, *Geburt der Biopolitik*, 117, 152.

65 Es importante recalcar que ambos actores desarrollan su pensamiento –claramente opuesto– en el mismo contexto histórico: la Viena de entreguerras, donde varios grupos intelectuales dominaban el debate público; entre ellos, el Austromarxismo, el Círculo de Viena y la Escuela Austríaca de Economía Nacional, liderada por Ludwig von Mises. McRobbie y Polanyi-Levitt, *Karl Polanyi in Vienna*, 4.

liberal de *laissez-faire*⁶⁶. Un liberalismo moderno –argumenta Hayek– debe reconocer la necesidad de una planificación, y esta tener como objetivos la instauración y sostenimiento de una economía de mercado competitiva⁶⁷. Además, Hayek afirma que todas las demandas por justicia social son exigencias totalmente incompatibles con el funcionamiento del mercado. Una democracia moderna, dirá Hayek, no es un fin en sí, sino solo un método de decisión a utilizar únicamente cuando las bases económicas de la sociedad ya han sido determinadas. Para Hayek, la economía de mercado *no* es una opción, sino la *condición* de la democracia⁶⁸.

El neoliberalismo es, por ende, un *proyecto político* para organizar la sociedad y el mundo *como si fueran* un gran mercado. Este proyecto implica una transformación radical del carácter del Estado, el cual se vuelve, en palabras de Foucault, “radicalmente económico”⁶⁹. El Estado neoliberal solamente existe con el fin de garantizar la libertad de los mercados, esa es su legitimación⁷⁰. Para ello, paradójicamente, llevará a cabo todo tipo de *intervenciones*, tanto económicas como políticas⁷¹. El liberalismo “anarquista” americano, como lo llama Foucault, no se diferencia del liberalismo alemán del “Ordo” *en este sentido*⁷². Es más, debe ser considerado como una extensión radical del neoliberalismo europeo, ya que no tiene como único objetivo transformar al Estado, sino –y sobre todo– reformar la *sociedad entera*, la cual debe ser mercantilizada en la totalidad de sus aspectos⁷³.

Este requerimiento, tanto del fascismo como del neoliberalismo, de eliminar o reducir el contenido de la democracia se opone frontalmente a la tradición de la Ilustración, con sus ideales de *libertad, igualdad y fraternidad*. Estos ideales –según Polanyi, provenientes de la tradición cristiana bajo el concepto “hermandad”– representan, en verdad, una sola idea: la del *valor intrínseco de la persona*⁷⁴. El concepto “igualdad”, que se encuentra en la base de nuestra democracia occidental es un término que *no* implica la prioridad de una colectividad sobre el individuo, sino, al contrario, una *igualdad individual* o, como señala Polanyi, “una igualdad de los individuos en cuanto tales”⁷⁵.

Este es el tipo de igualdad en contra de la cual se posiciona el movimiento fascista y, de una forma más indirecta, el neoliberal; una igualdad que es inseparable del concepto de “dignidad humana”⁷⁶. Comenta Polanyi que

66 Friedrich Hayek, *The Road to Serfdom* (London: University of Chicago Press, 2007), 71.

67 *Ibid.*, 86-90.

68 *Ibid.*, 110.

69 Foucault, *Geburt der Biopolitik*, 126.

70 *Ibid.*, 168, 174.

71 *Ibid.*, 105, 186y ss.

72 *Ibid.*, 105, 169.

73 *Ibid.*, 304 y ss.

74 Polanyi, “Esencia”, 211.

75 *Ibid.*, 208.

76 *Ibid.*, 208, 211.

la afirmación “los hombres tienen alma” solo es otra forma de decir que “tienen un valor infinito como individuos”⁷⁷, mientras que aseverar que son *iguales* “no es sino reafirmar que poseen alma”⁷⁸. La “hermandad” es, por tanto, una doctrina individualista que afirma el valor de todos y *cada uno* de los individuos como tales. Implica, también, que la comunidad es una relación entre personas y que “la personalidad no es real fuera de la comunidad”⁷⁹. Polanyi lo expresa así:

El descubrimiento del individuo *es* el descubrimiento de la humanidad. El descubrimiento del alma individual *es* el descubrimiento de la comunidad. El descubrimiento de la igualdad *es* el descubrimiento de la sociedad. El descubrimiento de la persona es el descubrimiento de que la sociedad consiste en una relación de personas⁸⁰.

En su esfuerzo por *limitar la democracia*, el fascismo y el neoliberalismo muestran un rechazo radical al principio de igualdad entre las personas. Este rechazo no puede llevarse a cabo sin rechazar también el reconocimiento del valor intrínseco del individuo. Es por esta razón que tanto el fascismo como el neoliberalismo son ideologías fundamentalmente *antiindividualistas*, al contrario de lo que se piensa comúnmente, ya que *no* reconocen el valor individual de las personas. Ambas toman la “realidad” de la sociedad como dada, pero no logran comprenderla en su *esencia* como comunidad; es decir, como conjunto de relaciones entre personas.

El fascismo y el neoliberalismo se oponen, así, a una larga tradición de progreso moral y, por ello, deben acudir a una propaganda agresiva y a una compleja estrategia de argumentación para poder manipular a la opinión pública. Si quieren sobrevivir, tendrán que crear, como asegura Polanyi, individuos que se encuentren en nuevos “planos de la conciencia”⁸¹. En una sociedad fascista, los individuos deben actuar movidos por “la unidad del todo”; estos deben creer en la “sociedad” antes que en la “comunidad”. El individuo fascista se caracteriza por no poseer conciencia de sí mismo o, en otras palabras, por tener una conciencia *vacía* que no le haga darse cuenta de que él mismo es parte activa de la sociedad en que vive.

IV. TOTALIDAD Y VITALISMO: LAS NUEVAS FORMAS DE CONCIENCIA

El fascismo se despliega en un nivel de conciencia distinto al de la conciencia humana, caracterizada por la tradición del individualismo. La pregunta que

77 *Ibíd.*, 211.

78 *Ibíd.*

79 *Ibíd.*

80 *Ibíd.*

81 *Ibíd.*, 212.

el fascismo debe responder es: ¿Cómo crear individuos *inconscientes de sí mismos*, inconscientes de la constitución de la sociedad e inconscientes de su propia voluntad y deseos?⁸². “¿Cómo puede concebirse una sociedad que no sea una relación de personas y, por tanto, que no tenga al individuo como unidad?”, se pregunta Polanyi⁸³. En otras palabras, ¿cómo lograr individuos que renuncien voluntariamente a su derecho a participar en la construcción del orden en el que viven? El fascismo alemán plantea dos opciones para lograr este objetivo: por un lado, la filosofía del “totalitarismo”, ofrecida por Othmar Spann; por otro, la filosofía del “vitalismo”, defendida por Ludwig Klages. El fascismo se mueve entre la una y la otra, y ambas no son otra cosa que soluciones parciales al “problema de la conciencia”.

Spann, indica Polanyi, toma la idea de Hegel del “espíritu absoluto” y la introduce en sus reflexiones “sin dialéctica”⁸⁴. Para Spann, los individuos como tales desaparecen y solamente adquieren un estado de realidad los entes colectivos, como el Estado, las corporaciones económicas, el derecho y la nación. Especialmente, la *sociedad* consigue un carácter absoluto de “totalidad” prioritaria. Spann es –según Polanyi– un “romántico” que idealiza el sistema de estamentos de la Edad Media creyendo poder aplicarlo al presente⁸⁵. El filósofo no se da cuenta de que, mediante el intento de suplantar al individuo por entes colectivos mayores, este se ve privado de toda su personalidad y, por tanto, de cualquier posibilidad de conseguir la libertad.

Polanyi explica este aspecto recurriendo al análisis de la reificación de las relaciones humanas de Marx. Precios, capital e intereses son llamados “objetivaciones”; es decir, entes que adquieren un nivel de realidad mayor al de las personas que interaccionan y que son sus causas⁸⁶. Los precios y las leyes de mercado, explica Polanyi, no son realidades esenciales –pero sí fenómenos reales– que derivan de una realidad esencial: la relación entre las personas. Estos fenómenos, que el mismo ser humano produce a través de sus acciones, “asumen una apariencia de vida” para luego desempeñar un rol dominante en la sociedad⁸⁷. Las mercancías “siguen sus propias leyes, entran y salen del mercado, cambian de lugar; parecen ser las dueñas de su propio destino. Estamos en un mundo espectral, mas en un mundo en el que los *espectros son reales*”⁸⁸. En este mundo, el ciudadano debe someterse al “mercado” y a sus leyes; es decir, a su propia creación fantasmagórica.

82 *Ibíd.*

83 *Ibíd.*

84 *Ibíd.*, 214.

85 Karl Polanyi, “Othmar Spann, der Philosoph des Faschismus”, en *Chronik der großen Transformation. Band 3*, ed. Michele Cangiani et al. (Marburg: Metropolis, 2005), 222 y ss.

86 Polanyi, “Esencia”, 215.

87 *Ibíd.*

88 *Ibíd.* (cursiva en el original).

Para Marx, como para Polanyi, es evidente que debemos tener conocimiento de las relaciones que formamos para poder adquirir una libertad basada en la responsabilidad de nuestros actos. En el sistema capitalista, por el contrario, estas “objetivaciones” se convierten en la última realidad, la cual no permite obtener ningún tipo de conocimiento sobre las relaciones humanas reales que la conforman. Actuamos, entonces, en un mundo en el que no podemos conocer las consecuencias reales de nuestros actos y en el que, precisamente, este estado de *alienación* respecto a nuestras obras se declara como la realidad total y única fuente de libertad⁸⁹. La táctica de Spann, como filósofo fascista, será exactamente identificar este estado de autoalienación y esclavitud como el ideal⁹⁰.

La filosofía del “vitalismo” de Ludwig Klages aporta el segundo pilar de la justificación fascista. Se basa en una versión reducida de Nietzsche, un Nietzsche, como dirá Polanyi, “sin el superhombre”⁹¹. Esta estrategia de retomar solamente la filosofía “orgiástica” de Nietzsche y dejar fuera “el resto” tiene sentido según nuestro autor, pues Klages parece entender que, incluso un pensador tan libre como Nietzsche, no logró desprenderse totalmente del pensamiento racional; específicamente, del pensamiento ético tradicional. Klages interpreta a Nietzsche como un rebelde que, de hecho, invierte la ética cristiana. Sin embargo, en esta estrategia de “dar la vuelta a los valores”⁹², el filósofo sigue estancado en el marco de un pensamiento racional ético. Por eso, Klages se dedica a “descontaminar” la filosofía de Nietzsche retomando únicamente lo que a él le parece pertinente para la sociedad fascista⁹³. La figura del “superhombre” no es el centro del pensamiento de Klages, sino el papel de la vida, lo estético, lo irracional, lo animal y lo inconsciente. El ser humano se eleva a sí mismo no en una extensión de su intelectualidad y de su conciencia, sino en el “éxtasis” de los sentidos⁹⁴. Esta filosofía se puede encontrar en el uso de términos fascistas que apuntan a una “naturalidad” de los acontecimientos: la superioridad de la sangre, la raza, la fuerza, el poder y, sobre todo, la desigualdad *natural* tanto entre individuos como entre naciones.

Polanyi concluye de la siguiente manera:

El vitalismo es preconsciente y prehistórico; el totalitarismo es postconsciente y posthistórico. En el primero, la historia no ha comenzado; en el segundo, ‘ya ha sido’. En el vitalismo no hay necesidad de cambio; en el totalitarismo no hay posibilidad de cambio. [...] El

89 Ibid.

90 Ibid.

91 Ibid., 214.

92 Ibid., 216.

93 Ibid.

94 Ibid., 213.

vitalismo coherente significa el fin de la civilización y de la cultura de cualquier tipo. El totalitarismo implica perpetuar la pérdida de libertad en la autoalienación y la irrealidad; el vitalismo, el retorno a la torpe ceguera de la caverna⁹⁵.

V. EL CASO CHILENO: EL GOLPE Y LA TRANSICIÓN

El golpe de Estado de 1973 en Chile ha sido históricamente catalogado como “fascista” por agrupaciones de izquierda y críticos del régimen militar. Esta denominación ha sido empleada prácticamente como un mero insulto y, frecuentemente, sin una base conceptual definida⁹⁶. Es por este “mal uso” o “uso popular” del concepto “fascismo” que muchos prestigiosos autores de las ciencias políticas –como Guillermo O’Donnell o Juan J. Linz– han optado por limitar este término a los casos específicos de Alemania e Italia y, a veces, también a Japón⁹⁷. De esta manera, dichos autores prefieren analizar a los gobiernos autoritarios de Latinoamérica bajo otros conceptos, como el del Estado burocrático-autoritario (BA) ofrecido por O’Donnell⁹⁸.

Mi intención en este artículo no es “expandir” el concepto de fascismo de tal forma que no tenga sentido y se convierta en “inutilizable” para el debate académico-político⁹⁹. Al contrario, lo que pretendo es solamente enriquecer la discusión y el entendimiento de los fenómenos recurriendo a las categorías conceptuales utilizadas por Polanyi en su análisis del fascismo. Mi objetivo primordial, por eso, no es evaluar si el golpe de Estado en Chile puede ser, o no, catalogado como fascista, sino más bien contribuir a una mayor comprensión de los *rasgos esenciales* tanto de este como de la realidad actual. Después de todo, la pregunta “¿puede existir algo *similar* al fascismo en nuestros días?” no puede ser contestada con un simple “no”¹⁰⁰. El debate sobre qué ideologías cumplen una “función equivalente al fascismo”¹⁰¹ hoy en día sigue en pie.

La principal característica que diferencia una contrarrevolución fascista de una intervención militar cualquiera, de acuerdo con Polanyi, es que el uso del “terror” inaugural va *acompañado* con un agresivo intento de conseguir

95 *Ibíd.*, 220.

96 Un argumento similar aplicado al uso general del concepto del fascismo se encuentra en Robert O. Paxton, “The Five Stages of Fascism”, *Journal of Modern History*, vol. 70, n.º 1 (1998): 8.

97 O’Donnell, “Reflexiones”, 47; Juan J. Linz, “Fascism, Breakdown of Democracy, Authoritarian and Totalitarian Regimes: Coincidences and Distinctions”, Working Paper (2002), 2.

98 O’Donnell diferencia el caso de Alemania e Italia con otros casos en Europa y Latinoamérica; principalmente, empleando el criterio del nivel de industrialización. O’Donnell, “Reflexiones”, 47-48.

99 Linz, “Fascism”, 2.

100 Paxton, “The Five Stages of Fascism”, 22.

101 *Ibíd.*, 23.

la aprobación ideológica de las masas. *En este sentido*, podemos catalogar el episodio chileno como un acontecimiento con rasgos claramente fascistas. Por una parte, el “terror” –causado especialmente mediante la persecución a los enemigos políticos durante los primeros años de la dictadura militar– fue una de las herramientas clave para instaurar el nuevo sistema. Por otra, se intentó obtener la aprobación total de la ciudadanía desde el comienzo. El Golpe se justificó como la “única salida” y la “salvación de Chile”; es decir, como una intervención *necesaria* para garantizar el bien del “país” y de todos los chilenos.

Oficialmente, el golpe militar se produjo para evitar el surgimiento y desarrollo del comunismo y el marxismo en Chile. Estos fueron sus enemigos *directos*, los mismos que pretendía combatir el fascismo europeo. Sin embargo, tales ideologías serían inconcebibles *sin* la idea y la institución política de la democracia basada en el postulado de la *igualdad de derechos*. Lo que aquí está en juego es, por tanto, la substancia esencial de la democracia entendida como un orden social que se constituye mediante la participación real y consciente de sus ciudadanos. El rechazo absoluto a la participación democrática y demandas sociales, típico de las experiencias fascistas en Europa, equivale a la descripción que O’Donnell hace de los “sistemas de exclusión política” como característica del Estado BA. Estos “apuntan a cerrar los canales de acceso al Estado al sector popular y a sus aliados, así como a desactivarlo políticamente”¹⁰². El surgimiento de los BA, según este autor, proviene de la percepción de que la participación popular es una “amenaza”¹⁰³ para el orden establecido.

El golpe de Estado en Chile debe ser entendido como una “contrarrevolución” opuesta a la “amenaza” que supuso la revolución social de Allende. Como el propio Golpe, esta última fue un intento de *remodelación radical* de la sociedad¹⁰⁴ que experimentó problemas propios en su funcionamiento, los cuales se acentuaron con la reacción de las clases privilegiadas (boicot de la producción). Tal reacción es lo que Polanyi llama “régimen de pánico”¹⁰⁵ del sistema capitalista: la organización de las clases propietarias para bloquear toda reforma social.

La diferencia entre la revolución social de Allende y el Golpe consiste –en términos de Polanyi– en que la primera fue un intento por priorizar los valores políticos (igualdad, justicia social, etc.) frente a los requerimientos del mercado, mientras que la segunda se tradujo en la absolutización de la esfera económica por sobre lo político. Aunque la dictadura militar chilena consistiese en un Estado autoritario, este no llegaría a tener fortaleza en

102 O’Donnell, “Reflexiones”, 13.

103 *Ibid.*, 14.

104 Juan Gabriel Valdés, *Pinochet’s Economists. The Chicago School in Chile* (New York: Cambridge University Press, 1995), 7.

105 Polanyi, “Virus”, 280.

términos *políticos*. Por el contrario, el Estado político desapareció para dar cabida a otro dominado por los grupos económicos y por las “leyes del mercado”. El proceso ocurrido en Chile es comparable con el que fue llevado a cabo durante las dictaduras fascistas europeas: no solo desapareció *la política* con sus respectivas instituciones (Parlamento, elecciones periódicas, etc.), sino que también –y particularmente– lo hizo *lo político* en términos de Chantal Mouffe; es decir, el antagonismo inherente a toda sociedad, que concierne a la pluralidad de opiniones sobre el mejor sistema de organización¹⁰⁶.

Es importante destacar que esta *despolitización* no solo caracteriza a la etapa de la dictadura militar en Chile, sino también a la de la transición y, por consiguiente, al “Chile actual”¹⁰⁷. Esta despolitización se lleva a cabo a través de la instauración de la doctrina de Chicago como verdad absoluta, la cual “tecnifica” la política y transforma el carácter del Estado radicalmente¹⁰⁸. Los fines de este Estado ya no son debatidos ni definidos de forma democrática, sino que son *fines económicos* determinados por la “ciencia económica”. En términos de Foucault, la política neoliberal convierte al Estado en uno “cuya raíz es completamente económica”¹⁰⁹. A partir de ese momento, la legitimación del Estado proviene exclusivamente del logro del “crecimiento del producto interno bruto”. Los Chicago Boys predicarán la “libertad de mercado” y, con este fin, realizarán la mayor *intervención política* de la historia de Chile, remodelando radicalmente la sociedad chilena mediante el uso de principios completamente *ajenos* a su tradición¹¹⁰.

En tal contexto, he de destacar que el golpe y posterior dictadura militar en Chile fueron abiertamente reconocidos como un intento para “salvar al capitalismo”. En este sentido, se *diferenció* de las dictaduras fascistas europeas, que debieron “camuflar” este principio para poder obtener el apoyo de los ciudadanos. La doctrina de Chicago tampoco contiene rasgos del “corporativismo” europeo. Sin embargo, es esta una ideología que –tras su careta de *laissez-faire*– fomenta, al igual que el corporativismo, un Estado organizador de la economía y dominado por grupos económicos¹¹¹. Este Estado reduce sus labores sociales y su papel como agente económico y, por tanto, pierde su calidad *en términos políticos*, pero el hecho de que reforme la sociedad radicalmente lo convierte en un Estado poderoso y autoritario, uno que determina la organización de la sociedad *sin* la participación de sus

106 Chantal Mouffe, *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. (Barcelona: Paidós, 1999).

107 Tomás Moulian, *Chile Actual: anatomía de un mito* (Santiago: LOM Ediciones, 2002).

108 O'Donnell, “Reflexiones”, 14.

109 Foucault, *Geburt der Politik*, 126.

110 Valdés, *Pinochet's Economists*, 13.

111 Thomasberger, *Das neoliberale Credo*, 23.

ciudadanos¹¹².

El Estado neoliberal completamente tecnificado establecerá las medidas que deberán tomarse respecto a un fin previamente estipulado. Dicho Estado se basa en la premisa de que “los fines y objetivos, las metas de una sociedad, se formulan de un único modo racional” y que, por tanto, las medidas políticas necesarias no deben pensarse ni discutirse, sino simplemente “deducirse”¹¹³. Esto implica la declaración del “carácter inmutable de los fines” de la sociedad y, lo que es aún peor, la identificación de “apreciaciones de valor” como “juicios de hecho”¹¹⁴. Moulian concluye al respecto:

Si existe una posibilidad de que las decisiones políticas se deriven de juicios científicos desaparece el principio fundante de la democracia, la política como deliberación entre ciudadanos, con niveles muy distintos de instrucción y educación, pero a quienes se les supone una capacidad de juicio equivalente para decidir, porque no discuten sobre cuestiones científicas ni técnicas, sino sobre cuestiones en las cuales están implicadas preferencias, valores¹¹⁵.

“Olvidar que la democracia es una deliberación sobre finalidades”, como escribe Moulian, fue propagado teóricamente por Friedrich Hayek. Hayek, que además participó en la concepción intelectual de la Constitución chilena de 1980, recalcará que la democracia no es una forma organizativa con valor intrínseco, sino un método de decisión por mayoría que se aplicará únicamente si la economía de mercado ya ha sido instaurada¹¹⁶. El Estado neoliberal debe ser, según Hayek, el *garante* de la economía de mercado y, en caso necesario, tendrá que aplicar métodos autoritarios para limitar las demandas democráticas. A largo plazo, sin embargo, el sistema necesitará sostenerse mediante la *aprobación tácita* de los ciudadanos.

En Chile, los argumentos de la Escuela de Chicago sirvieron para *unificar* a la opinión pública en torno a la creencia de que solamente era bueno para el país aquello que favoreciese al mercado¹¹⁷. Las medidas propuestas se presentaron como la única solución “científicamente comprobada”, una convicción que hoy, tras cuarenta años del Golpe, parece seguir latente.

La falsa base “científica” del neoliberalismo ha sido tratada por varios autores y no es tema de mi artículo¹¹⁸. Mi intención aquí es solamente

112 O'Donnell considera este aspecto como uno de los más relevantes del BA. Este debe garantizar el orden y la estabilidad socioeconómica. O'Donnell, “Reflexiones”, 25.

113 Moulian, *Chile Actual*, 13.

114 *Ibíd.*

115 *Ibíd.*

116 Hayek, *Road to Serfdom*, 110.

117 Valdés, *Pinochet's Economists*, 11, 31.

118 Véase como ejemplo Claus Thomasberger, *Das neoliberale Credo*, 71-177.

señalar que este cientificismo es parte de la estrategia de *reeducción* popular que caracteriza tanto a las dictaduras fascistas como a las democracias neoliberales. Al respecto, O'Donnell comenta que el Estado BA “transforma profundamente la sociedad buscando controlarla y hacerla predecible no de cualquier manera, sino en la forma en que hace posible obtener las transfusiones de capital externo”¹¹⁹.

En la doctrina neoliberal, las leyes de mercado se declaran como una “realidad absoluta”, una realidad que debe ser considerada en toda medida política. Juan Gabriel Valdés cita un artículo de José Piñera en *The Economist*, donde este autor recalca que la justicia social no puede lograrse sin considerar la constitución del “mundo real”¹²⁰. Este se encuentra formado, según Piñera, por las “leyes de las ciencias económicas”, las cuales revelan “aspectos objetivos de la realidad” que no pueden ser ignorados por la política¹²¹. Lo que más resalta de estas aseveraciones es el carácter de la “totalidad” del mercado como ente anterior y superior a los individuos. Los mercados “tienen vida propia” y parecen desarrollarse, según el discurso neoliberal, *sin* intervención política y *no* como consecuencia de las acciones de los individuos. La realidad, sin embargo, relata otra historia. Por un lado, el mercado abierto en Chile no se desarrolló “naturalmente”, sino que fue consecuencia de decisiones políticas destinadas a instaurar un mercado global competitivo. Las privatizaciones y la legislación de comercio abierto no pueden catalogarse como una política de *laissez-faire*, sino que deben ser percibidas como una política estatal activa para instaurar mercados en ámbitos anteriormente no existentes. Esta política neoliberal se presenta bajo una careta de “determinismo económico”¹²². Sin embargo, en su esencia, se asemeja mucho más al *accionismo* fascista mencionado anteriormente.

El fomento de la creencia en una realidad total anterior al individuo debe entenderse como una estrategia que, como vimos anteriormente, tiene como objetivo *cambiar la conciencia humana*. Declarar que el “mercado” es el ente colectivo prioritario y la última realidad no es sino confundir un estado de autoalienación con un estado de “libertad”.

El segundo pilar de esta transformación de la conciencia humana –el que se corresponde con el principio del vitalismo fascista– se da en Chile mediante el fomento de un consumo extremo con una base ilimitada de crédito. El ciudadano chileno neoliberal, catalogado como “ciudadano week-end” o “ciudadano credit-card” por Moulian¹²³, se encuentra en un permanente estado de “éxtasis”. Este estado no le permite reflexionar sobre

119 O'Donnell, “Reflexiones”, 25.

120 Valdés, *Pinochet's Economists*, 31.

121 Ibid.

122 El mismo Valdés comenta las afirmaciones de Piñera señalando que estas suenan a terminología marxista. Ibid.

123 Moulian, *Chile Actual*, 103 y ss.

sí mismo ni tampoco sobre cuál es su rol en la sociedad en la que vive. Es un ciudadano –como señalan Polanyi y Moulian– enormemente conformista¹²⁴, pero, sobre todo, absurdamente *inconsciente*. No sabe cómo funciona el flujo económico del que también forma parte y no entiende que sus actos tienen consecuencias en la situación de otras personas. Es un ciudadano que no parece entender que la criminalidad aumenta con las desigualdades socioeconómicas, y tampoco que la riqueza de algunos es posible gracias a la miseria de otros. Es un ciudadano que sigue creyendo en el argumento neoliberal del “chorreo” (si ganan los de arriba, también ganan los de abajo), basado en la premisa falsa y obsoleta de que el crecimiento puede ser ilimitado.

Este ser humano es, como temía Polanyi, absolutamente inconsciente de las consecuencias de sus actos, de los efectos nacionales e internacionales que se derivan de su “simple” acto de comprar. Cabe destacar que tamaña inconsciencia no es involuntaria, sino que fue promovida *políticamente* por las sociedades fascistas y *teóricamente* por los modelos neoliberales¹²⁵. Gracias a ellos, el ser humano es tratado como alguien *sin* valor único; como una parte insignificante de una gran “masa” que no debe pensar ni discutir, sino solamente consumir mientras la elite rige. Este ser humano se siente “libre”, pero solo puede serlo en términos de una falsa “independencia” de los otros. Tal independencia es ilusoria, ya que procede únicamente de la incapacidad de la persona para comprenderse a sí misma como una *parte integral* de la sociedad en que vive.

VI. CONCLUSIONES

En su análisis del fascismo, Polanyi diferencia entre el “contenido”, las “condiciones materiales e intelectuales” y la “esencia” del fascismo. Además, enfatiza su carácter de “virus antidemocrático” proveniente de la conciencia del antagonismo real entre los requerimientos de la producción capitalista y las demandas sociales. El fascismo es, por ende, un intento radical de salida de esta contradicción, una política de aniquilación de la “amenaza” popular en vistas a mantener un orden preestablecido. Polanyi no diferencia los casos fascistas/autoritarios de acuerdo con el *nivel* de industrialización como sí hace O’Donnell. Ciertamente, estas diferencias existen y son relevantes; sin embargo, no conforman un aspecto de importancia radical para el tipo de análisis que Polanyi realiza. Para él, la contradicción entre democracia y

124 *Ibid.*, 118 y ss.

125 Hayek considera la falta de conocimiento sobre las causas y consecuencias de los precios como una “ventaja” del sistema de mercado. Hayek, “The Use of Knowledge in Society”, *The American Economic Review*, vol. 35, n.º 4 (1945): 525.

mercado es más fundamental y no depende del nivel de industrialización, sino que es parte *inherente* de toda sociedad compleja organizada a través de un sistema de mercado. Este antagonismo está siempre presente, pero se radicaliza en caso de crisis económicas y sociopolíticas, y también produce soluciones radicales, como el fascismo.

Para asegurar el orden capitalista a largo plazo, el fascismo no solo debe aplicar el terror y la violencia contra sus ciudadanos, sino aspirar a ser una *convicción* aprehendida por estos. Para la sociedad fascista, el ser humano debe ser un *medio* y no un *obstáculo*. Con este fin, los filósofos fascistas –Spann y Klages– desarrollaron los modelos de la *totalidad* y del *vitalismo*. El primero apunta a dar prioridad al colectivo –la sociedad, la nación– con respecto a los derechos y deseos individuales; el segundo, por su parte, subestima el intelecto frente a los sentidos y fomenta la falta de reflexión.

Aunque no predominó el discurso de la raza, la sangre o lo natural durante la dictadura militar en Chile, se encuentran otros aspectos que sí la relacionan con los eventos que Polanyi cataloga como fascistas. El Golpe fue un intento de bloquear de forma definitiva las reformas sociales y la participación popular con el fin de restablecer el orden capitalista. Para esto, no bastó con erradicar la amenaza a corto plazo mediante el uso del terror, sino que también fue necesario cambiar la conciencia del ciudadano chileno a mediano y largo plazo. Así, el ciudadano fue “domesticado” mediante el consumo a crédito e instruido sobre la prioridad del mercado por la propaganda mediática.

No he definido claramente las diferencias entre el Golpe en sí, la dictadura y la posterior transición en este artículo. Más bien, he tratado de entrelazar estas etapas destacando los aspectos asociativos entre ellas. En el Golpe y durante los primeros meses de la dictadura, ya se pudo observar un intento de manipular a la opinión pública: la Junta fue presentada como la “salvación” de la nación frente al fantasma del comunismo. En una segunda etapa, predominaron los argumentos económicos ofrecidos por el grupo neoliberal de Chicago, economistas que pretendían ser “expertos” y que proveerían “asistencia técnica” al Gobierno. Ciertamente, no apoyaban al fascismo en ninguna de sus facetas; no obstante, comprendían la “necesidad” de erradicar temporalmente la política democrática con el fin de realizar las reformas estructurales pertinentes. Estos economistas utilizaban el discurso del *laissez-faire*; sin embargo, realizaron una de las mayores intervenciones políticas de la historia de Chile. Aunque la ortodoxia económica se suavizó tras la crisis de deuda a principios de la década de 1980, la ideología (camuflada como ciencia) continuó siendo la predominante durante la época de la transición¹²⁶.

126 Este discurso ha sido recientemente puesto en duda por la opinión pública tras las grandes manifestaciones populares acaecidas en 2011.

Fascismo y neoliberalismo son doctrinas fundamentalmente diferentes, pero tienen en común que ambas dan prioridad a la producción capitalista frente a las demandas populares. En este sentido, las dos forman parte de lo que Polanyi llama “el virus antidemocrático” inherente a toda sociedad de mercado. Si bien la política neoliberal no destituye oficialmente al Parlamento, sí disminuye su influencia real para la constitución de la sociedad al traspasar decisiones democráticas al gremio de los “expertos”. Esta reducción o exclusión de la participación popular es, en términos de Polanyi, un ataque a la substancia de la democracia y, por ende, a la dignidad, libertad e igualdad de los individuos como tales. El Golpe, la dictadura y, en un menor grado, la transición neoliberal comparten con el fascismo su carácter antidemocrático esencial y, de ese modo, pueden ser consideradas como “formas institucionalizadas del desprecio al ser humano”¹²⁷.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Crouch, Colin. *Postdemokratie*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 2008.
- Foucault, Michel. *Die Geburt der Biopolitik. Geschichte der Gouvernementalität II*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 2004.
- Hayek, Friedrich A. *The Road to Serfdom*, ed. Bruce Caldwell. New York: University of Chicago Press, 2007.
- Hayek, Friedrich A. “The Use of Knowledge in Society”. *The American Economic Review*, vol. 35, n.º 4 (1945): 519-530.
- Linz, Juan J. 2002. “Fascism, Breakdown of Democracy, Authoritarian and Totalitarian Regimes: Coincides and Distinctions”, Working Paper 2002/179. [Consultado en línea el 6 de junio 2013]. Disponible en http://www.march.es/ceacs/publicaciones/working/archivos/2002_179.pdf
- McRobbie, Kenneth y Kari Polanyi-Levitt (eds.). *Karl Polanyi in Vienna. The Contemporary Significance of The Great Transformation*. Montreal/New York/London: Black Rose Books, 2006.
- Mouffe, Chantal. *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Moulian, Tomás. *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Buenos Aires/Santiago: LOM ediciones, 2002.
- O'Donnell, Guillermo. “Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario”. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, n.º 1 (1977): 9-59.
- Paxton, Robert O. “The Five Stages of Fascism”. *The Journal of Modern History*, vol. 70, n.º 1 (1998): 1-23.

127 Polanyi, “Virus”, 294.

- Polanyi, Karl. *The Great Transformation*. Wien: Suhrkamp, 1978.
- Polanyi, Karl. "Marx sobre el corporativismo". En *Textos Escogidos*, ed. José Luis Coraggio, Margerite Mendell, Kari Polanyi-Levitt y Jean-Louis Laville, 241-250. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento/CLACSO, 2012.
- Polanyi, Karl. "La esencia del fascismo". En *Textos Escogidos*, ed. José Luis Coraggio, Margerite Mendell, Kari Polanyi-Levitt y Jean-Louis Laville, 203-230. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento/CLACSO, 2012.
- Polanyi, Karl. "El fascismo y la terminología marxista". En *Textos Escogidos*, ed. José Luis Coraggio, Margerite Mendell, Kari Polanyi-Levitt y Jean-Louis Laville, 231-234. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento/CLACSO, 2012.
- Polanyi, Karl. "Spanns faschistische Utopie". En *Chronik der großen Transformation. Band 3*, ed. Michele Cangiani, Kari Polanyi-Levitt y Claus Thomasberger, 222-232. Marburg: Metropolis, 2005.
- Polanyi, Karl. "Die geistigen Voraussetzungen des Faschismus". En *Chronik der Großen Transformation, Band 3*, ed. Michele Cangiani, Kari Polanyi-Levitt y Claus Thomasberger, 216-221. Marburg: Metropolis, 2005.
- Polanyi, Karl. "Der faschistische Virus". En *Chronik der Großen Transformation, Band 3*, ed. Michele Cangiani, Kari Polanyi-Levitt y Claus Thomasberger, 279-295. Marburg: Metropolis, 2005.
- Polanyi, Karl. "Liberale Wirtschaftsreformern in England". En *Chronik der Großen Transformation, Band 1*, ed. Michele Cangiani y Claus Thomasberger, 90-94. Marburg: Metropolis, 2002.
- Rancière, Jacques. *Das Unvernehmen. Politik und Philosophie*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 2002.
- Thomasberger, Claus. *Das neoliberale Credo. Ursprünge, Entwicklung, Kritik*. Marburg: Metropolis, 2012.
- Valdés, Juan Gabriel. *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*. New York: Cambridge University Press, 1995.

SOBRE LAS POSIBILIDADES DE UNA RECONSTRUCCIÓN CRÍTICA DE LA OPOSICIÓN DISCURSIVA DICTADURA-DEMOCRACIA EN CHILE*

IVÁN TORRES APABLAZA**
UNIVERSIDAD DE CHILE

CLAUDIO FIGUEROA GRENETT***
UNIVERSIDAD DE CHILE

R E S U M E N

El siguiente artículo se propone reconstruir críticamente la oposición tradicional dictadura-democracia con la cual la teoría social ha interpretado la transición democrática en Chile. Para conseguir este propósito, se procede exponiendo los principales presupuestos del debate, desde un lugar fronterizo entre sociología y filosofía política, que permita situar el valor analítico de la noción de *excepción* formulada por Giorgio Agamben para la interpretación de los procesos sociopolíticos de las últimas décadas del siglo XX en nuestro país.

PALABRAS CLAVE: Dictadura, democracia, transición, excepción

ON THE POSSIBILITIES OF A CRITICAL RECONSTRUCTION OF THE DIS- CURSIVE OPPOSITION DICTATORSHIP-DEMOCRACY IN CHILE

* Artículo recibido el 28 de marzo de 2013 y aceptado el 27 de mayo de 2013. Versión final: 10 de junio de 2013.

** Psicólogo, magíster © en Sociología por la Universidad de Chile. Docente cátedra Psicología y Sujetos Sociales en la Universidad Diego Portales. Sus áreas de investigación son subjetividad, teoría crítica y biopolítica. Actualmente desarrolla la investigación de maestría "Sociedad de control y gobierno de la vida: derivas postfoucaultianas en el estudio del poder". E-mail: ivantorresapablaza@gmail.com

***Psicólogo, magíster © en Sociología por la Universidad de Chile. Profesor ayudante cátedra Grupos e Instituciones en la Universidad de Arte y Ciencias Sociales y asistente editorial de la *Revista Latinoamericana de Psicología Social*. Sus áreas de investigación son subjetividad y teoría crítica. Actualmente desarrolla la investigación de maestría "Modernidad, Sociedad y Sujeto en el debate Foucault/Habermas: sobre la posibilidad de autonomía en la deriva crítica". E-mail: psclaudiofigueroa@gmail.com

SOBRE LAS POSIBILIDADES DE UNA RECONSTRUCCIÓN CRÍTICA

The following article, is proposed to critically reconstruct the traditional opposition dictatorship-democracy, with which social theory has interpreted the transition to democracy in Chile. To achieve this purpose, we proceed by exposing the main assumptions of the debate, from the border between sociology and political philosophy, which allows us to situate the analytical value of the concept of *exception* made by Giorgio Agamben for the interpretation of socio-political processes of the last decades of twentieth century in our country.

KEY WORDS: Dictatorship, democracy, transition, exception

I. PRESUPUESTOS E INSCRIPCIONES

Liberación de la imagen en el gesto. Es justamente esto lo que en Grecia expresaban las leyendas sobre estatuas que rompían los lazos que las retenían y empezaban a moverse; pero tal es también la intención que la filosofía confía a la idea, que no es en absoluto, como pretende la interpretación común, un arquetipo inmóvil, sino más bien una constelación en que los fenómenos se conciertan en un gesto¹.

La teoría es un “conjunto de proposiciones acerca de un campo de objetos, y esas proposiciones están de tal modo relacionadas unas con otras, que de algunas de ellas pueden deducirse las restantes”². Las proposiciones aquí, en el caso ideal, debieran coincidir con la realidad, de lo contrario habrá que considerar nuevamente ya sea la teoría, ya la realidad. En las ciencias sociales, ya se trate de un saber enraizado en los principios o en los hechos, siempre queda por un lado el saber, formulado en el pensamiento y, por otro, el estado de cosas que se debe aprehender, y “este acto de subsumir, de establecer la relación entre la simple percepción o comprobación del hecho y la estructura conceptual de nuestro saber, es su explicación teórica”³, escisión fundamental que encarna a la teoría tradicional.

Desprenderse de la signatura de una teoría tradicional implica suspender la abstracción neutral en torno a lo dado para reconstruir la teoría apelando a la praxis social o al marco de producción de la vida social, de modo tal de definir que el modo en que se ve y se oye no es separable del proceso social desarrollado en el tiempo. Por ello, una reconstrucción crítica en torno al discurso que instala la oposición dictadura-democracia en Chile exige tensionar lo dado mediante un ejercicio reflexivo sobre la teoría. Consiste en un ejercicio de apertura que inviste de historicidad al pensamiento, dotándolo de contingencia y eximiéndolo de necesidad.

1 Giorgio Agamben, *Medios sin fin. Notas sobre la política* (Valencia, Pre-Textos: 2010), 52-53.

2 Max Horkheimer, “Teoría tradicional y Teoría Crítica”. En *Teoría crítica* (Buenos Aires, Amorrortu: 2003), 223.

3 *Ibíd.*, 227.

En este marco, nos aventuramos a definir que una cierta teoría tradicional en Chile ha reconstruido la historia política local sorteando una analítica de la ruptura o discontinuidad. En este marco comprensivo, el único elemento que irrumpe el cierre de la memoria histórica es la agudización de los conflictos iniciada en los sesenta y consumada en el golpe de Estado de 1973. Lo anterior se sustenta en la idea de una continuidad democrática y republicana desbordada por la Unidad Popular e interrumpida por el golpe de Estado⁴.

Por extensión a dicha comprensión tradicional, y extrapolando una noción foucaultea, se ha organizado una suerte de *episteme*⁵, que ha generado un cúmulo de saberes, comúnmente conocidos en ciencias sociales como transitología o saber transicional, que en el caso chileno, ha orientado discursivamente la modernización neoliberal en el umbral de la transición redemocratizadora. Por ejemplo, José Joaquín Brunner, en una elaboración teórica sobre el autoritarismo, lee el golpe de Estado como una contrarrevolución frente al desborde de la Unidad Popular, que no viene solo a restaurar un orden precedente, sino más bien a institucionalizar una cultura autoritaria caracterizada por “la ideología de mercado, la doctrina militar y el tradicionalismo religioso”⁶, imponiendo un nuevo universo cultural e ideológico en el país.

El Golpe entonces no sería una fuerza que restaura, sino una fuerza que instituye y, es de aquello que se instituyó de lo que debemos desprendernos. Este punta pie inicial contiene una hipótesis de análisis histórico implícita que abre el desarrollo del discurso de lucha en el contexto “democrático”; la contraposición entre una cultura autoritaria y una cultura democrática constituye el a priori histórico desde el cual se despliega un saber transicional constituido como hermenéutica de los conflictos sociopolíticos.

Partiendo de esta problematización, el presente trabajo pretende atender a la *episteme* del saber sociológico que, abrigado en las ciencias sociales, construyó una discursividad específica en torno a la idea de transición y de Golpe que posibilita prácticas discursivas específicas como los enunciados de “la política en la medida de lo posible”, “la democracia de los acuerdos” y aquellas modalidades hegemónicas de entender y practicar la política posdictadura. Desde esta perspectiva, no se proyecta evaluar la verdad de las construcciones históricas sobre el pasado desde una disposición normativa, sino más bien describir la discursividad y definir su

4 Los principales exponentes de esta elaboración comprensiva se encuentran por ejemplo en José Joaquín Brunner, *Un espejo trizado* (Chile: FLACSO, 1988) y Manuel Antonio Garretón, *Dictaduras y democratización* (Santiago: FLACSO, 1984), 22.

5 *Episteme* se puede entender como un a priori histórico que organiza el saber de una época o como la retícula de una mirada que organiza la propia visibilidad. En definitiva se trata de la condición oculta que hace posible las modalidades de conocimiento y creación de teorías. Ver Michel Foucault, *Las Palabras y las Cosas* (México: Siglo XXI, 2010), 9-18.

6 José Joaquín Brunner, *Cultura autoritaria en Chile* (Chile: FLACSO, 1981), 79.

SOBRE LAS POSIBILIDADES DE UNA RECONSTRUCCIÓN CRÍTICA

matriz, sus efectos políticos y limitaciones y, en dicho ejercicio, erosionar aquello que se ha estipulado como necesario en el campo de la historia y la política. Se trata, en este preciso sentido, de un ejercicio de *teoría crítica*⁷.

Situando el valor analítico de la categoría de *excepción*, este trabajo se encuentra en una zona fronteriza entre saber sociológico y filosofía política, lugar desde el cual se intenta reconstruir críticamente el modo en que el saber transitológico en Chile ha planteado la oposición tradicional dictadura-democracia, operando con ello la apertura hacia un campo de problemas que permita pensar abordajes metodológicos y conceptuales alternativos al análisis sobre la constitución histórico-política del presente.

II. SITUACIÓN DEL PROBLEMA: EL SABER SOCIOLÓGICO EN TORNO A LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

Modernamente, la *transición* es conceptualizada como marcando un trayecto, un pasaje de un lugar a otro. Remite a la experiencia de la revolución y del cambio, donde un predicado es extraño a un sujeto y no existe relación de determinación ni identidad entre uno y otro⁸.

Esta aproximación semántica propuesta por Willy Thayer resulta particularmente interesante si se contrasta con el modo en que en Chile se ha re-presentado lo propiamente transicional. Al respecto, la sociología ha llamado *transición* al proceso de redemocratización de la sociedad luego del término de la dictadura militar. Este proceso se habría iniciado con el fin de la dictadura y aún mantendría tareas pendientes. Así, Garretón afirma que el inicio del periodo de transición “coincide con la fase final del régimen militar [...] se desencadena en el plebiscito autoritario de 1988 [...] y culmina en la inauguración del gobierno democráticamente elegido en diciembre de 1989”⁹. Esta comprensión de lo transicional coincide con el sentido general con que la transitología aborda los tránsitos a la democracia, mapeando un campo empírico y levantando tipologías transicionales.

En este sentido, los análisis sobre la democracia del último decenio del siglo XX en Chile convergen en cuanto a caracterizarla como una democracia restringida o incompleta¹⁰, encontrando las causas de dicha forma en factores tales como el agotamiento de la coalición gobernante; la

7 En la reflexión de Horkheimer, la teoría crítica nace por la exigencia de pensar en una “concepción en que la unilateralidad, que inevitablemente sobreviene cuando procesos intelectuales parciales son aislados del conjunto de la praxis social, sea a su vez suprimida y superada”. Ver Horkheimer, *Teoría tradicional y Teoría Crítica*, 232.

8 Willy Thayer, *La crisis no moderna de la universidad moderna* (Santiago: Cuarto Propio, 1996).

9 *Ibíd.* 174-175.

10 Ver Manuel Antonio Garretón, “La democracia incompleta en Chile: la realidad tras los rankings internacionales”, *Revista de Ciencia Política*, vol. 30, n.º1 (2010): 115-148; Jorge Larraín,

ausencia de un proyecto político capaz de dirigir y conducir la sociedad; la existencia de una institucionalidad constrictiva o presencia de *enclaves autoritarios*; crisis generalizada de representación, y disminución de la identificación de la ciudadanía con los partidos políticos. Esta amplia variedad de explicaciones y descripciones, sin embargo, se vuelve compleja cuando se imbrican matrices causales articuladas como una hipótesis de análisis histórico que opone radicalmente la democracia al autoritarismo, clausurando, en consecuencia, el debate y la posibilidad de problematizar los términos de dicha oposición.

Al respecto, José Joaquín Brunner¹¹, en la década de los ochenta, establece una matriz epistemológica para la posterior transitología chilena, a propósito de una tesis sobre el autoritarismo. Brunner define el golpe de Estado como una revolución capitalista-autoritaria que reorganiza los procesos de acumulación sobre la base del disciplinamiento de la sociedad, y entre cuyas características fundamentales se encuentra la presencia de una ideología de mercado, una doctrina militar y un tradicionalismo religioso que, articuladamente, imponen un nuevo universo cultural e ideológico. El golpe, para este autor, sería una excepción en la historia de Chile, ejercido como contrarrevolución y proceso de modernización, que dio origen a una cultura autoritaria enfrentada a una matriz esencial de la historia política del país: la cultura democrática.

La primera inflexión a esta forma de abordar el problema es constatar el énfasis casi exclusivo de la sociología en determinar el pasaje desde el autoritarismo a la democracia como un trayecto de transformación de un régimen político y un determinado modelo de desarrollo, dando cuenta con ello de transformaciones estructurales en las relaciones Estado-sociedad civil y en las formas de producción, acumulación y distribución del capital en el país. Se trata de un nivel de análisis que inscribe el problema en un registro propiamente sociológico, subsumiendo las preguntas por las condiciones de posibilidad de los cambios descritos y su relación con las formas históricas del ejercicio de la *gubernamentalidad*¹² y la legitimidad sistémica en el país.

Al respecto, Manuel Antonio Garretón¹³, en la década de los ochenta

Identidad chilena (Santiago: LOM, 2001); Tomás Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito* (Santiago: LOM-ARCIS, 1997).

11 Brunner, *Cultura autoritaria en Chile*.

12 La gubernamentalidad, como categoría analítica, alude a una forma específica de ejercicio del poder centrada en el gobierno de las personas y las cosas, para responder al problema de cómo limitar al máximo el poder del Estado y conducir la sociedad. Para ello es necesario el desarrollo de un saber específico sobre lo social y sus procesos, a la vez que la organización de un dispositivo que asegure la producción y reproducción permanente de la población. Para un desarrollo más detallado de esta noción, ver Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006).

13 Manuel Antonio Garretón, "Transformación social y refundación política. Notas sobre problemas de alternativas en el capitalismo autoritario", *Materiales de Discusión* n.º 12 (Santiago:

argumenta que la caracterización de las transiciones como el paso de un *régimen autoritario* a uno de tipo *democrático*, involucra asumir una estrategia parcial de abordaje que no da cuenta del contenido de dichos procesos. En este sentido, este autor propone efectuar distinciones analíticas sobre lo que hasta ese entonces se ha caracterizado como régimen autoritario. La primera, relativa a la naturaleza de las relaciones entre Estado y sociedad civil, de allí el perfil y definición de estos regímenes como autoritarios; la segunda, mirar esos regímenes como fase particular del desarrollo capitalista dependiente, cuyo énfasis se sitúa en “las necesidades de acumulación capitalista, en un determinado momento del sistema de división internacional del trabajo o del proceso de industrialización nacional”¹⁴.

Siguiendo esta reflexión, Garretón propondrá la hipótesis de que “estamos en presencia de intentos de revoluciones capitalistas tardías desde el Estado”¹⁵. La distinción es en cuanto a la apariencia formal, autoritarismo, y a su contenido específico, capitalismo tardío de Estado: tardío, en tanto “alude a las condiciones de inserción nacional en un sistema capitalista mundial ya constituido y en determinada fase de desarrollo y división internacional del trabajo, como a un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas, sociales y políticas nacionales”¹⁶.

En segundo lugar, es necesario advertir que la *teoría del autoritarismo* ha sido la matriz que dentro de las ciencias sociales ha extendido y legitimado una interpretación particular de las dictaduras latinoamericanas, con sus principales desarrollos en Chile y Brasil en autores como Brunner y Cardoso respectivamente¹⁷.

Dicha teoría en la práctica ha funcionado como un dispositivo de interpretación histórica que caracteriza a las democracias posautoritarias como procesos de transición conservadores en cuyo interior se detectan constricciones estructurales que obstaculizan su extensión y profundización.

Sin embargo, el problema de este modelo reside en los términos en que se formula la oposición dictadura-democracia: la democracia liberal posautoritaria es puesta como una solución necesaria e inevitable contra el autoritarismo, luego de asumir que ambos regímenes son antagónicos sin haberlo demostrado o, por lo menos, explicado en qué sentido se afirma que lo son. El atolladero en este punto posiblemente resida en que esta forma de plantear el problema permanece anclada en el registro exclusivo de la disciplina sociológica, razón por la cual se expulsan las preguntas filosófico-políticas relativas al lugar de la oposición, la excepción, el exceso, y su valor constituyente en una *historia reversa de la legitimidad política* en Chile.

FLACSO-Chile, 1981).

14 Manuel Antonio Garretón, *Dictaduras y democratización* (Santiago: FLACSO, 1984), 22.

15 *Ibid.*, 3.

16 *Ibid.*, 3.

17 Idelber Avelar, *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo* (Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2000).

Para autores como Brunner, por ejemplo, la oposición entre el régimen militar y las fuerzas sociales que se opusieron a él se sitúa en la relación descrita, de manera que la historia de las luchas del pasado es subsumida en la historia del presente como discursividad democrática. El relato sociohistórico de esta forma específica de *episteme* argumenta que la lucha por la democracia neoliberal constituyó el eje de la movilización social en el periodo de dictaduras militares comprendido entre los años setenta y ochenta en Latinoamérica. Con esto, la democracia representativa se transforma en un fin en sí mismo y pierde la perspectiva de la “demo-cracia”, un proceso incalculable, no lineal. De manera que “una vez alcanzada la democracia, la sociedad civil deja su espacio de acción a la sociedad política, la cual asume las causas y los intereses de la sociedad civil y monopoliza las funciones de la representación legítima”¹⁸. Sin embargo, siguiendo la línea de argumentación de Idelber Avelar¹⁹, podríamos señalar que esta oposición discursiva cumple la función precisa de asignar historicidad al proyecto democrático burgués posautoritario, dotarlo de un lugar en la historia y de un sentido cuyo papel estructural es organizar su legitimidad.

Esta forma de analizar las transformaciones añade dificultades para comprender con precisión frente a qué tipo de cambios se ha enfrentado la sociedad chilena en las últimas décadas del siglo XX, de manera que la posdictadura solo resulta imaginable como transición democrática. Al respecto, Avelar argumenta que “la refundación transnacional capitalista de Chile no se podría haber logrado en un régimen democrático [...] [significando con ello] el hecho histórico y contingente de que la instalación epocal del mercado exigió una dictadura militar”²⁰.

La hipótesis, en este sentido, es que el autoritarismo constituyó la condición de posibilidad de la democracia, de manera que su proyecto de alguna manera “ya estaba escrito” a mediados de la década de los setenta en la región. Se trataría así de un proyecto de alcances mucho más globales, donde “el final de las dictaduras no se puede [...] caracterizar como un proceso transicional [...] [ya que] las verdaderas transiciones son las dictaduras mismas”²¹.

Una posibilidad para superar este obstáculo posiblemente resida en asumir el estudio de la democracia posdictadura en relación con la genealogía del Estado, es decir, con el modo en que la institución estatal

18 Evelina Dagnino, Alberto Olvera y Aldo Panifichi, *La disputa por la construcción democrática en América latina* (México: Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales Universidad de Veracruzana, 2006), 16.

19 *Ibid.*

20 Avelar, *Alegorías de la derrota*, 80.

21 *Ibid.*, 84-85. Respecto a este punto, resulta pertinente señalar que la base técnico-jurídica de la dictadura –su constitución política– estableció la manera específica en que se produciría la “transición democrática”, sus campos de articulación institucional, sus límites y su normatividad específica.

se ha formado en distintos ciclos y periodos políticos, normalizando e instituyendo prácticas de exclusión e inclusión, representaciones de lo deseable, de lo posible y necesario para una sociedad. Esta propuesta, como ha señalado, por ejemplo, Guillermo O'Donnell²², implica que no se puede estudiar la democracia si no se estudia el Estado, sus transformaciones, su gubernamentalización o las relaciones entre instituciones estatales y regímenes de gobierno.

De este modo, comprender el sentido de la democracia posautoritaria, y su crisis de legitimidad y representación, supone que es necesario vincular la crisis que experimentan los Estados nacionales con la globalización del capital, su emergencia anémica y fragmentada, y la descripción de su conversión en agentes de los procesos de mundialización²³.

Una entrada complementaria a esta estrategia de análisis es la de incorporar a la dimensión organizativa/institucional del Estado –más allá del impacto que provoca el terror autoritario en los resultados de la propia analítica transicional– su especificidad situada en los procesos de modernización neoliberal, cuya función es la de asegurar la acumulación capitalista y producir legitimidad con respecto al conjunto de la sociedad, preservado con ello la gobernabilidad²⁴. Se prefiguran así los límites del régimen de gobernabilidad, su definición y articulación.

Sin embargo, ambas estrategias analíticas persisten en situar el problema dictadura-democracia, desde el ámbito de las descripciones sociológicas, en el primero de estos términos (dictadura), haciendo de la historicidad un complemento interpretativo a las oposiciones conceptuales con las cuales se ha fundado retroactivamente, en la *episteme* transitológica, el a priori histórico de la legitimidad del orden social contemporáneo: esta manera de situar los problemas, siempre retorna a la dictadura como matriz generadora del presente, negando la posibilidad de la emergencia en el enfrentamiento de las tensiones del régimen democrático²⁵.

La transición estructural puede ser comprendida entonces como el proceso de modernización y tránsito desde el Estado nacional moderno al mercado transnacional postestatal. Es por tanto la dictadura la que operará el tránsito del Estado al mercado. En otras palabras, el significado específico de la transición a la democracia es el de la legitimación jurídico-electoral de la transición llevada a cabo por el régimen autoritario.

22 Dagnino, Olvera y Panifichi, *La disputa por la construcción democrática en América latina*.

23 Fernando Calderón, "Notas sobre la crisis de la legitimidad del Estado y la democracia", en *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos* (Buenos Aires: Alfaguara, 2004).

24 Dagnino, Olvera y Panifichi, *La disputa por la construcción democrática en América latina*.

25 Para una ampliación de este análisis ver Aldo Mascareño, "Sociología del golpe", en *Diferenciación y contingencia en América Latina* (Santiago: Universidad Alberto Hurtado, 2010).

III. LA EXCEPCIÓN COMO MATRIZ DE RUPTURA CON LA DICOTOMÍA DICTADURA-DEMOCRACIA

Si el significado específico de la transición a la democracia es una suerte de legitimización jurídico-electoral de la “verdadera” transición llevada a cabo por el autoritarismo, se abre el espacio para la problematización respecto a que el proyecto autoritario se encuentra en estado de latencia, no cancelado y con la forma de un peligro o amenaza permanente en el presente de la democracia representativa chilena. Sin embargo, concebir de este modo el problema tiene como consecuencia política adoptar, coherentemente, una lucha por la redemocratización, asumiendo, por ejemplo, la existencia de *enclaves autoritarios* en el régimen democrático. Desde este punto de vista, la idea de una democracia limitada externamente desde una temporalidad *otra*, ejerce un efecto de captura discursiva que impide repensar la oposición binaria dictadura-democracia en su propio componente normativo.

Excediendo el discurso sociológico heredado de la década de los ochenta, la oposición dictadura-democracia puede ser reformulada situando la dictadura en el lugar de lo que Giorgio Agamben ha definido como la *excepción*²⁶, es decir, el golpe como condición de posibilidad no solo de la democracia actual, sino también de todo régimen democrático. El núcleo o enclave autoritario no es, en este sentido, la mancha obscena dentro de un régimen de gobierno democrático esencial, sino su condición ontológica, su posibilidad efectiva de funcionamiento²⁷. La excepción así caracterizada es, por tanto, una exterioridad interna.

Si para la instalación de la democracia posdictadura y del proyecto neoliberal fue necesaria una excepción y toda una reconfiguración de la sociedad expresada desde Brunner con el nombre de “cultura autoritaria”, cabe reflexionar sobre el rendimiento político que tiene pensar el fundamento del Estado como la posibilidad de la excepción, es decir, atender a la radicalidad agambeneana que concibe la excepción soberana como “*la misma condición de posibilidad de la validez de la norma jurídica y, con ésta, el propio sentido de la autoridad estatal*”²⁸.

Desde este punto de vista, la peculiaridad del poder soberano consiste en que posee la facultad de proclamar el *estado de excepción* frente a la necesidad de producir una situación en la cual puedan tener validez los preceptos jurídicos, como lo amerita la amenaza de un caso particular que excede al ordenamiento jurídico. Por ello, si la instalación del proyecto neoliberal y la democracia representativa solo fue posible gracias al *estado de excepción* ejercido por el golpe, la autorepresentación soberana en la Constitución

26 Giorgio Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (Valencia: Pre-textos, 2003), 27-44.

27 Jacques Rancière, *El odio a la democracia* (Buenos Aires: Amorrortu, 2000).

28 Agamben, *Homo sacer*, 29.

Política de Chile de 1980²⁹ es signo de la aporética institucionalización de una excepcionalidad que nos incluye.

La separación radical y necesaria entre regímenes autoritarios y democráticos es erosionada cuando apelamos a una discursividad que instala la violencia como elemento inmanente a la propia democracia y, en su movimiento, se problematiza la redemocratización como horizonte normativo obligatorio. El Golpe puede ser reconstruido críticamente como una suspensión del orden jurídico que deviene régimen autoritario o *campos*, momento de suspensión de los derechos, en el que se decide sobre la implicación de las relaciones de vida de que tiene necesidad el Estado³⁰.

Cabe precisar, sin embargo, que desde esta lectura el Golpe no constituiría una excepción en el sentido de un paréntesis dentro de una historia democrática, continua y homogénea en Chile, cuestión que desacredita la idea de un restablecimiento de la democracia. Lo que exige el carácter ontológico de la elaboración de Agamben es una reconstrucción de la memoria histórica en el marco de las ciencias sociales: la democracia siempre fue un “estado excepción hecho regla”³¹.

Lo anterior permite desprenderse de la matriz sociopolítica tradicional para pensar la historia de Chile no como un *continuum* en el cual la aparición del Golpe constituye una interrupción, un paréntesis o una anomalía, sino más bien instalar la figura de la excepción como algo inmanente a la propia historia democrática-autoritaria, es decir, la historia como un cúmulo de catástrofes y barbaries. La idea de una historia de progreso aunque con ciertos pasajes conflictivos que luego son erradicados es, así, desplazada por una historia como barbarie, catástrofe y desastre. Se trata de una noción de historia que permite reformular la lucha. Como lo formula más claramente Walter Benjamin: “La tradición de los oprimidos nos enseña entretanto que el estado de emergencia en que vivimos es la regla”³².

29 Isabel Cassigoli, “El derecho del Estado (de excepción) y la política del hombre”, en *Políticas de la interrupción: Ensayos sobre Giorgio Agamben*, ed. Rodrigo Karmy (Santiago: Escaparate, 2011), 133.

30 La noción de *campo* remite a una reducción de la vida a su condición puramente biológica, que puede o no coincidir con un espacio físico y donde su característica fundamental es el ejercicio del poder sin ningún tipo de mediaciones que obstaculicen el derecho soberano de hacer vivir y dar muerte a un conjunto de vidas en su *conditio inhumana*, identificadas como adversarios o enemigos. Las analogías son claras en el contexto de la dictadura chilena, en relación con la racionalidad y los procedimientos mediante los cuales se identificó como “enemigos de la patria”, “humanoides”, “antisociales”, “terroristas” o incluso como un cáncer –aludiendo a una metáfora biológica– a los adversarios políticos, a quienes se torturó, asesinó e hizo desaparecer sus cuerpos. Concebirlos como expresiones de un cáncer implica que la sociedad es un cuerpo enfermo que es necesario curar e inmunizar contra nuevos peligros que amenacen su integridad. Para la noción de *campo* ver Giorgio Agamben, *Medios sin fin. Notas sobre la política* (Valencia: Pretextos, 2010), 37-43.

31 Willy Thayer, “El golpe como consumación de la vanguardia”, en *El fragmento repetido. Escritos en estado de excepción* (Santiago, Metales Pesados: 2006), 21.

32 Walter Benjamin, *Conceptos de filosofía de la historia* (La Plata: Caronte Terramar, 2007), 69.

En un mismo sentido, nuestra hipótesis de trabajo es que la discursividad transitológica que se sustenta en una matriz que separa radicalmente democracia y dictadura opera en el marco de un dispositivo que mantiene la actualización de una excepción devenida regla. La transitología, aceptando la redemocratización y, por lo tanto, la naturalización de la separación dictadura-democracia, niega la historia como discontinuidad o acumulación de catástrofes, y afirma el progreso como necesidad histórica. Al respecto, resulta pertinente repensar la bandera de lucha heredada por el discurso sociopolítico de los años ochenta, problematizando una construcción histórica del país como ejemplar, republicana, y democrática. En efecto, si aquello que posibilita la continuidad de la barbarie es el fundamento de la propia autoridad estatal, habrá que considerar la profecía de Agamben en torno a *la política que viene*: “Una lucha entre el Estado y el no-Estado (la humanidad)”³³. Y esto invita a exceder la idea de que el único problema que tenemos que resolver es la redemocratización del país.

IV. ELEMENTOS PARA UNA INSCRIPCIÓN RECONSTRUCTIVA

Uno. La matriz dictadura-democracia, con la que se interpreta el conflicto sociopolítico de las últimas décadas del siglo XX en Chile, establecerá las condiciones de posibilidad para fundar la acción política como lucha por la redemocratización, cuya expresión será un modelo político consensual nominado la “democracia de los acuerdos”, marcando un desplazamiento desde la política como antagonismo a la política como transacción, y haciendo del consenso su garantía normativa, su clave operacional. Nelly Richard³⁴ argumenta, al respecto, que el consenso buscó limitar ciertos desbordes forzando una unanimidad en torno a la racionalización formal y tecnificada del acuerdo: desbordes de vocabulario, desbordes de cuerpos y de experiencias, desbordes de memorias. Frente a esto se precisa erosionar la discursividad que sustenta la política de acuerdos incluyendo nociones teóricas y metodológicas que reconozcan el conflicto (*polemos*), la discontinuidad y lo contingente de los saberes y prácticas que definen aquello que somos y podemos llegar a ser.

En esta dirección, si la retórica de la redemocratización sitúa al sistema electoral y a las instituciones representativas como ejes centrales de la democracia, intentando que ni los actores autoritarios ni la sociedad civil rebasen-excedan los límites de acción situados por el pacto democrático, se puede pensar dicho eje como una tecnología de control-estabilización de un orden. Desde estas consideraciones, la democracia posautoritaria

33 Agamben, *Medios sin fin*, 75.

34 Nelly Richard, *Crítica de la memoria (1990-2010)* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2010).

fundaría una sociedad sin historicidad, de manera que las posibilidades de cambio son siempre expansión y nunca transformación. La democracia buscó conjurar los fantasmas y excesos del pasado pre-autoritario. Como lo expresa con claridad Nelly Richard,

el paradigma de normalidad y legitimidad política [...] hizo necesario disciplinar antagonismos y confrontaciones [...] toda objetividad social presupone necesariamente la represión de aquello que su instauración excluye. La discursividad oficial de la transición reprimió las fuerzas negativas de lo excluido que inquietan permanentemente los límites de normalización de lo político fijados a través del consenso [...] el consenso oficial de la transición desechó la memoria conflictiva de los desacuerdos previo a la formalización del acuerdo [...] el discurso de la transición chilena eliminó de su repertorio de significados *convenidos* la memoria histórica del antes del consenso político-social³⁵.

Nuestra postura en este punto es que el autoritarismo consigue reorganizar la sociedad a través de su disciplinamiento, y que esta reorganización es necesaria para fundar y sostener un orden sincrónico con el nuevo modelo de desarrollo capitalista. En general, la dictadura en Chile se constituyó como un régimen de disciplinamiento y ajuste de un proceso de modernización neoliberal forzado, mientras que la democracia profundizó los controles sociales necesarios dispuestos por el régimen autoritario. En este sentido, tal vez sea posible afirmar que lo que hubo fue un pasaje desde estrategias de disciplinamiento a estrategias de control, articuladas como una continuidad al servicio de una revolución tecnocapitalista. Una no conduce a la otra, sino que ambas forman parte de un régimen de gubernamentalidad neoliberal, que solo podría operar como una excepcionalidad permanente. La despolitización en democracia se entiende así como una estrategia de control de la acción política de características también globales.

En este sentido, es preciso enfatizar que, más que interpretar la democracia como el producto de una revolución capitalista tardía desde el Estado, o una genealogía en búsqueda de un origen, interesa un análisis de la procedencia³⁶, es decir, de aquello que nos permite encontrar bajo la forma de una oposición monolíticamente binaria, el espesor de una clausura, la discontinuidad y los accidentes en que se ha fundado su teleología. Genealogía sin origen y destino previsible, seguro, que nos proteja contra la angustia de la indeterminación y lo incalculable. Genealogía como arte

35 *Ibíd.*, 41-42.

36 Michel Foucault, "Nietzsche, la genealogía, la historia", en *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta, 1979).

de gobernar, como gubernamentalización del Estado, donde el golpe y el binarismo analítico dictadura-democracia puedan ser pensados en el marco de una gubernamentalidad neoliberal en formación en la región, que inaugura una nueva economía de las relaciones de poder, administrando la libertad y gestionando la diferencia para introducir la vida en una relación económicamente productiva³⁷. Solo en este escenario podríamos situar un momento del terror fundador y otro de la paz fundada.

Dos. Garretón en 1981 –en un análisis sobre el nuevo orden instituido en Chile que resulta particularmente inquietante si se proyecta como descripción de la democracia posdictadura– identifica como un problema crucial “su dificultad para crear una pauta de relación entre Estado y sociedad de tipo estable y consensual”³⁸. A lo cual agrega que la investigación debiera concentrarse “no tanto en la forma de régimen político, sino en el contenido de la dominación, que no se puede divorciar de esta forma”³⁹. Asimismo, identifica un proceso de institucionalización de la dominación autoritaria a nivel de la sociedad y del régimen político, “pero donde no está ausente la propuesta futura, diferente de las formas iniciales del régimen militar: una democracia de tipo conservadora, donde la política ha perdido su relación de masas y donde el orden jurídico institucional ha excluido opciones ideológico políticas, restringiendo sectorial y globalmente la participación y se ha dotado de mecanismos de salvaguardia [...] contra cambios sustantivos del orden social”⁴⁰.

Este punto es relevante, ya que sitúa como contradictor del nuevo orden su incapacidad de generar consensos que permitan una organización social estable. Habría que problematizar, sin embargo, qué referencia se utiliza para pensar la relación consenso-estabilidad social, dando la impresión de que a la base de este tipo de argumentaciones se encuentra una noción de la política orientada por la capacidad de articularse como un referente universal y necesario en la tarea de coordinar la acción social en relación a ciertos fines. El problema de esta forma de entender la política es que precisamente el nuevo orden es capaz de coordinar la acción social sin necesidad de la política, prescindiendo de ella y situando en su lugar el monopolio de la violencia de Estado (represión del antagonismo), y un relato sobre la seguridad y la unidad nacional que para existir exterioriza su contradictor y lo vuelve a incorporar en la forma de un objeto de intervención que instala determinados fines y prioridades en nombre de toda la sociedad. Si a esto se añaden las transformaciones del modo de producción (industrial-financiero), lo que obtenemos es una estrategia disciplinaria

37 Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007).

38 Garretón, *Transformación social y refundación política*, 4.

39 *Ibid.*, 4.

40 *Ibid.*, 6.

de lo social que es capaz de generar consenso y estabilidad suficientes para producir la revolución capitalista que el mismo autor identifica al caracterizar el contenido de las transformaciones que articulan el nuevo orden. La estabilidad del consenso, desde estas consideraciones, no se mide por su extensión temporal dentro de una coyuntura histórica, sino por su efectividad en el agenciamiento de las transformaciones de largo plazo que orientan la formulación de su proyecto como una revolución capitalista. Nuevamente, se trata de la operatividad que alcanzan las definiciones del proyecto autoritario en Chile, cuando este logra formularse, al finalizar la década del setenta, como neoliberal. Por otro lado, tanto el autoritarismo como la democracia se encuentran frente al mismo dilema: ¿cómo generar el consenso? Nuestra postura en este punto es que el autoritarismo lo consigue disciplinando lo social, mientras que la democracia lo hace utilizando estrategias de control consensual (construcción de un relato histórico en la forma de una memoria única, práctica de la política como “democracia de los acuerdos” y “en la medida de lo posible”, etc.). Para la democracia ya no es necesario disciplinar (aunque continúa haciéndolo), sino controlar el antagonismo. Para que exista consenso es necesario que a su vez exista un antagonismo basal, o a lo menos posturas contrapuestas que es necesario consensuar (imaginarios, proyectos, prácticas políticas, etc.). La democracia frente a esta “materia del consenso” levanta un relato que da garantías de estabilización (futuro) y estabilidad (presente). Para ello reconstruye simbólicamente su pasado, se separa discursivamente de sus matrices constitutivas (autoritarismo) e interviene la memoria colectiva del antagonismo en una épica triunfalista de conquista democrática o posibilidad de redemocratización. Controlar es intervención y regulación-administración, disciplinar, en cambio, es castigo, imposición, doctrina. La disciplina necesita operar sobre los cuerpos (castigo) y legitimarse en relatos generalmente morales, doctrinales. El control en cambio opera administrando lo diferente, es incluso capaz de tolerarlo, pero lo hace en clave instrumental⁴¹. La sociedad se integra tanto en el diseño como en el consenso. Se integra en la integración y en la desintegración: en la primera como unidad y en la segunda como diferencia⁴². La condición trágica de la democracia, en este sentido, es que no necesita ocuparse de reprimir la diferencia, porque esta ni siquiera alcanza a formularse como tal.

Tres. En el discurso sociológico transicional permanece ausente el análisis de la *excepción*, de manera que la democracia posdictadura es interpretada como carente de algo, imperfecta, en relación con las formas autoritarias heredadas de la dictadura. Aquí es posible localizar las reflexiones respecto a la democracia como restringida, de baja calidad y asediada por enclaves autoritarios. Lo que no se advierte es que esta falta o

41 Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*.

42 Mascareño, *Diferenciación y contingencia en América Latina*.

ausencia es parte del orden efectivamente inaugurado por la legitimación de la excepción. No estamos únicamente frente a dos momentos o fases del desarrollo del Estado y del capitalismo, sino a la forma precisa que asume el orden y el diagrama de poder fundado en la excepción. Siguiendo la línea de argumentación de Agamben⁴³, la excepción se da su propio orden como objetivo estratégico. Cuando se caracteriza la democracia actual como imperfecta, la descripción no puede sino sostenerse en un lugar *otro*, disidente, alterno; sin embargo, en nuestra propuesta, más que persistir en la estrategia utilitaria del perfeccionamiento del proyecto democrático⁴⁴, el lugar crítico residiría en la reconstrucción crítica de los presupuestos mismos en que se ha fundado el orden democrático, de manera que el análisis se desplace desde la crítica de la dictadura a la crítica de la democracia. Se hace necesario, frente a las principales formas contemporáneas de malestar sociopolítico y cultural en el país, abandonar el lugar de la crítica identificada con el terror autoritario de la dictadura y sus múltiples determinaciones (fantasmáticas)⁴⁵, para desactivar el dispositivo que ha clausurado la posibilidad de pensar la democracia como expresión de un régimen de gubernamentalidad neoliberal que no tan solo hereda, sino que legitima e inaugura nuevas formas de control y dominación social⁴⁶.

La matriz dictadura-democracia fundamenta la transitología en el discurso redemocratizador, pero, si la verdadera transición es el Golpe, se visibiliza ahora una suerte de continuidad entre el momento autoritario y el momento democrático. El autoritarismo finalmente fue una condición para la consolidación de un proyecto neoliberal democrático. Sin embargo, no solo fue necesario, sino que la propia excepcionalidad puede ser pensada como la condición de todo agenciamiento democrático, por

43 Agamben, *Medios sin fin*.

44 Siempre se vuelve la mirada sobre un núcleo traumático, excedente, heredado por la dictadura, de manera que el problema es siempre la dictadura y nunca la democracia. Dicho en otras palabras, el problema es siempre la herencia, nunca lo que se ha hecho con ella.

45 En este punto, nos resultan de singular relevancia algunas expresiones estético-políticas y académicas que han intentado resignificar y pensar de un modo distinto estos fantasmas: 1) la marcha del rearme organizada durante el año 2005 con motivo de invertir el recorrido habitual de la marcha del 11 de septiembre desde la plaza pública al cementerio, proponiendo ir desde el cementerio a la plaza pública como acto de resignificación política de la memoria social; 2) la publicación de los textos *La crisis no moderna de la Universidad moderna* (Willy Thayer, 1996); *Chile actual, anatomía de un Mito* (Tomás Moulian, 1997), y, más recientemente, *Crítica de la memoria* (Nelly Richard, 2010).

46 Peter Siavelis, "Enclaves de la transición y democracia chilena", *Revista de Ciencia Política*, vol. 29, n.º 1 (2009). El autor complementa la noción de enclaves autoritarios de Garretón, proponiendo que la interacción del sistema electoral y la estructura de competencia posautoritaria han creado un conjunto similar de enclaves de transición. Los enclaves autoritarios preservan el poder y las prerrogativas de las fuerzas aliadas con el régimen militar y la derecha. Los enclaves de la transición, en tanto, diferencian el poder y la influencia de las elites democráticas enraizadas. De todos modos, ambos enclaves se encuentran al servicio de la reproducción del poder en la clase política burocratizada.

SOBRE LAS POSIBILIDADES DE UNA RECONSTRUCCIÓN CRÍTICA

lo tanto, la excepción no es 1973 sino la propia historia política del país como un cúmulo de catástrofes. Lo anterior invita a repensar la política de la redemocratización para avanzar en una política alterna de aquello que posibilita la continuidad de la barbarie, es decir, la propia autoridad estatal y las formas de gubernamentalización neoliberal contemporáneas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2000.
- Agamben, Giorgio. *Homo Sacer: el poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos, 2003.
- Agamben, Giorgio. *Estado de excepción. Homo sacer II*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2004.
- Agamben, Giorgio. *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia: Pre-Textos, 2010.
- Benjamin, Walter. *Conceptos de filosofía de la historia*. La Plata: Caronte Terramar, 2007.
- Brunner, José Joaquín. *Cultura autoritaria en Chile*. Chile: FLACSO, 1981.
- Brunner, José Joaquín. *Un espejo trizado*. Chile: FLACSO, 1988.
- Calderón, Fernando. "Notas sobre la crisis de la legitimidad del Estado y la democracia". En *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, 193-213. Buenos Aires: Alfaguara, 2004.
- Cassigoli, Isabel. "El derecho del Estado (de excepción) y la política del hombre". En *Políticas de la interrupción: Ensayos sobre Giorgio Agamben*, editado por Rodrigo Karmy, 113-154. Santiago: Escaparate, 2011.
- Dagnino, Evelina; Alberto Olvera y Aldo Panifichi. *La disputa por la construcción democrática en América latina*. México D.F.: Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad de Veracruzana, 2006.
- Foucault, Michel. "Nietzsche, la genealogía, la historia". En *Microfísica del poder*, 7-29. Madrid: La Piqueta, 1979.
- Foucault, Michel. *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Foucault, Michel. *Las Palabras y las Cosas*. México D.F.: Siglo XXI, 2010.

- Garretón, Manuel Antonio. "Transformación social y refundación política. Notas sobre problemas de alternativas en el capitalismo autoritario". En *Materiales de Discusión*, n.º 12. Santiago: Programa FLACSO-Chile, 1981.
- Garretón, Manuel Antonio. *Dictaduras y democratización*. Santiago: FLACSO, 1984.
- Garretón, Manuel Antonio. "La indispensable y problemática relación entre partidos y democracia en América Latina". En *La Democracia en América Latina*. Buenos Aires: PNUD, 2004.
- Garretón, Manuel Antonio. "Transformación de la matriz sociopolítica y desarrollo en Chile". *Revista Democracia, Estrategia y Política*, n.º 9 (2009).
- Garretón, Manuel Antonio. "La democracia incompleta en Chile: la realidad tras los rankings internacionales". *Revista de Ciencia Política*, vol. 30, n.º 1 (2010): 115-148.
- Horkheimer Max, "Teoría tradicional y Teoría Crítica". En *Teoría crítica*. Buenos Aires, Amorrortu: 2003.
- Larraín, Jorge. *Identidad chilena*. Santiago: LOM Ediciones, 2001.
- Mascareño, Aldo. *Diferenciación y contingencia en América Latina*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado, 2010.
- Moulian, Tomás. *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago: LOM Ediciones-ARCIS, 1997.
- Rancière, Jacques. *Política, policía, democracia*. Santiago: LOM Ediciones, 2006.
- Rancière, Jacques. *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu, 2000.
- Richard, Nelly. *Crítica de la memoria (1990-2010)*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.
- Salazar, Gabriel. *La violencia política popular en las "Grandes Alamedas"*. Santiago: LOM Ediciones, 2006.
- Siavelis, Peter. "Enclaves de la transición y democracia chilena". *Revista de Ciencia Política*, vol. 29, n.º 1 (2009): 3-21.
- Thayer, Willy. "El golpe como consumación de la vanguardia". En *El fragmento repetido. Escritos en estado de excepción*, 15-46. Santiago: Metales Pesados, 2006.
- Thayer, Willy. *La crisis no moderna de la universidad moderna (Epílogo del conflicto de las facultades)*. Santiago: Cuarto Propio, 1996.

EL TERCER GOBIERNO PERONISTA Y LA UNIDAD POPULAR FRENTE AL INCREMENTO INTERNO DE LAS FUERZAS E IDEAS AUTORITARIAS *

NICOLÁS MOLINA VERA **
UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

OMAR SAGREDO MAZUELA ***
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE

R E S U M E N

El presente artículo analiza los principales sucesos sociopolíticos ocurridos en los últimos gobiernos democráticos de los años setenta en Argentina y Chile: el tercer gobierno peronista y el gobierno de la Unidad Popular, respectivamente. La hipótesis que pretende desarrollar el estudio se desprende de los postulados de Huntington que consideran al autoritarismo en América Latina como una respuesta frente a la incapacidad de las instituciones democráticas para contener la movilización social y política. Se sostiene, en concreto, la posibilidad de establecer un patrón de análisis común para ambos casos con respecto al crecimiento exponencial del poder de los elementos conservadores y del autoritarismo como idea y práctica política, al interior de los gobiernos y sus agentes asociados. Para efectos de estudio, se utiliza un esquema de análisis comparado que se estructura de acuerdo al método de los *sistemas más semejantes*, cuyos objetivos de investigación son la dinámica y configuración de los sistemas políticos, centrando la atención en el proceso de gobierno y el sistema de partidos. Se concluye con el análisis sobre las principales diferencias derivadas del cruce de la información comparada sobre el caso argentino y su trayectoria a la derechización, y el caso chileno y la polarización de su sistema de partidos.

PALABRAS CLAVES: Argentina, Chile, tercer peronismo, Unidad Popular, derechización, polarización

* Artículo recibido el 28 de marzo de 2013 y aceptado el 27 de mayo de 2013. Versión final: 10 de junio de 2013.

** Cientista político. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. E-Mail: nicomoliver@gmail.com

*** Cientista político. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Magistrando en Estudios Internacionales. Universidad de Santiago de Chile. E-Mail: omar_sagredo@yahoo.es

THE THIRD PERONIST GOVERNMENT AND THE POPULAR UNIT FACING TO THE INTERNAL INCREASE OF THE FORCES AND AUTHORITARIAN IDEAS

This article analyzes the major socio-political events that occurred in recent democratic governments in the seventies in Argentina and Chile: The third Peronist government and the Popular Unity government, respectively. The hypothesis that aims to develop the study shows the Huntington postulates that consider authoritarianism in Latin America as a response to the failure of democratic institutions to contain social and political mobilization. It argues, in particular, the possibility of a common pattern analysis both with respect to the exponential growth of the power of the conservative elements and authoritarianism as an idea and political practice within the Governments and their associated agents. For purposes of study, we use a benchmarking scheme that is structured according to the method of the *most similar systems* research, whose objectives are the dynamics and configuration of political systems, focusing on the process of government and the system party. We conclude with a discussion of the main differences arising crossing the comparative information on the Argentine case and the rightward path, and the Chilean and the polarization of the system party.

KEY WORDS: Argentina, Chile, Third Peronism, Popular Unity, Rightward, Polarization

I. INTRODUCCIÓN

La historia contemporánea de América del Sur se encuentra atravesada por una serie compleja de temáticas comunes a todos los Estados que la componen, y que resultan controversiales al momento de su estudio y debate. A la luz del siglo XX, algunas de estas dimensiones se relacionan, principalmente, con el desarrollo y la lucha contra la pobreza, la integración política regional y la seguridad conjunta¹. Sin embargo, en el marco de los macro-temas continentales, es posible destacar el desarrollo de un aspecto sensiblemente especial para la historia del Cono Sur y la evolución de sus democracias actuales: el análisis sobre el quiebre de los regímenes democráticos en los años sesenta y setenta.

Entre 1964 y 1976 se produjeron siete golpes de Estado en esta zona del continente, a partir de los cuales se instauraron regímenes autoritarios liderados por las Fuerzas Armadas. Dos golpes ocurrieron en Argentina (en 1966 y 1976), uno en Chile (en 1973), uno en Uruguay (también en 1973), dos en Bolivia (en 1964 y 1971) y uno en Brasil (en 1964). En los hechos, la coincidencia en cuanto al ideario político de los gobiernos militares propició su alianza político-estratégica conocida como *Operación Cóndor*, la cual les permitió operar en el largo plazo a escala regional².

1 Acerca de la situación actual de América del Sur, ver Raúl Bernal Meza, "América del Sur en el sistema mundial hacia el siglo XX", en *Argentina, Chile y sus vecinos*, tomo II, comp. Pablo Lacoste (Córdoba: Editorial Caviar Bleu, 2005), 191-248.

2 El marco explicativo de las acciones y el comportamiento político de los regímenes autoritarios exige una referencia directa a la vigencia de la Guerra Fría en el escenario global, a

Puntualmente, con respecto al deterioro de las democracias y la instauración de regímenes militares existen, al menos, dos grandes etapas analíticas que permiten abordar posibles esquemas explicativos sobre la década de los setenta suramericana. La primera tiene que ver, justamente, con la descripción de los regímenes autoritarios militares, sus funciones y la repercusión de sus políticas para los gobiernos democráticos posteriores³. Una segunda perspectiva se relaciona con la reconstrucción de los escenarios políticos, sociales y económicos que enfrentaron los últimos gobiernos democráticos, previos al autoritarismo. Esta última dimensión comprende una de las piezas basales en el trabajo de estudio de las ciencias sociales, ya que implica contraponer visiones antagónicas acerca de las causas y consecuencias de los golpes de Estado.

Existen, por supuesto, realidades que difieren de manera evidente en cuanto a la fortaleza o debilidad históricas de los regímenes democráticos, o en la existencia o ausencia de un golpe de Estado como hito fundacional del autoritarismo posterior. Con todo, el conflicto referido a la reconstrucción histórica del periodo preautoritario de los años setenta, es uno de los principales obstáculos para lograr una plataforma explicativa de los sucesos ocurridos previamente a los golpes de Estado. Precisamente, las distintas formas de comprensión del pasado reciente en la historia son uno de los más importantes escenarios de tensión para la configuración de la memoria de aquel periodo⁴.

En cuanto a la reconstrucción de la memoria histórica y política, Argentina y Chile representan casos de enorme relevancia académica en el marco del cumplimiento de cuarenta años de uno de sus principales hitos históricos contemporáneos. Argentina, por un lado, en 1973 iniciaba el tercer gobierno peronista presidido, en primera instancia, por Héctor Cámpora. Se trató de un proyecto sumamente complejo en cuanto a su programa y, especialmente, a su formación de base. También en 1973, Chile experimentaba un proceso político determinante. El 11 de septiembre de aquel año, por medio de un golpe de Estado, se ponía fin al gobierno de la Unidad Popular. Este último fue, al igual que el gobierno de Cámpora, una experiencia única: los primeros gobiernos puramente de izquierda que alcanzaron el poder de manera democrática⁵.

partir de lo cual es posible dar cuenta, a su vez, de dos de las principales variables involucradas: el terrorismo de Estado, como herramienta de control por parte de los nuevos gobiernos, y el apoyo norteamericano en respuesta a su política de seguridad nacional y la lucha anticomunista. Alejandro Paredes, "La Operación Cóndor y la guerra fría", *Revista UNIVERSUM* 19 (2004): 122-123.

3 Para una revisión completa sobre los regímenes autoritarios, los autores recomiendan revisar Alan Rouquié, *El Estado militar en América Latina* (Buenos Aires: Emecé, 1984).

4 Gabriela Águila, "Dictadura y Memoria. El conflicto contrapunto entre las memorias de la dictadura en Rosario", *PROHISTORIA* 11 (2007): 97.

5 Rosendo Fraga, "Las fuerzas de centro-derecha en Chile y Argentina (1946-1996)", en *Argentina-Chile ¿Desarrollos paralelos?*, comp. Torcuato Di Tella (Buenos Aires: Grupo Editor

Por cierto, el propio desafío que significa intentar explicar la conjugación de las fuerzas políticas desatadas de manera previa a las dictaduras militares ha representado un potente llamado para continuar con las investigaciones al respecto en la presente década para los casos de Argentina y Chile⁶. Muchos esfuerzos, además, han superado la visión analítica limitada por las fronteras nacionales y se han concentrado en la historia conjunta de ambos países⁷. Todo aquello refleja el vivo interés por la comprensión global de las democracias golpeadas por el síndrome autoritario y el poder de las fuerzas conservadoras.

Considerando estos análisis realizados con anterioridad acerca del desarrollo sociopolítico argentino y chileno, el objetivo de este estudio es aportar a la comprensión de los escenarios sociales y de gobierno que experimentaron ambos países previamente a sus respectivos quiebres institucionales. Justamente, cuando se cumplen cuarenta años del inicio del último gobierno del general Perón en Argentina y del fin del gobierno de Salvador Allende en Chile, es un momento clave no solo para actualizar elementos del debate, como la identificación de actores políticos y la categorización de los periodos sociopolíticos, sino que, además, es una óptima etapa para discutir acerca de las ideas y evaluaciones que existen sobre las democracias en cuestión durante la década de los setenta. Por una parte, en Argentina el análisis puede ser útil para comprender la responsabilidad de los civiles, legítimos y no oficiales, durante la última fase del gobierno peronista en cuanto al aumento de la violencia. En Chile, por otro lado, el estudio puede aportar a la formación de certezas acerca de la división política que determinó los esquemas polarizados de la Unidad Popular y, en el largo plazo, a la evaluación que los actores políticos vigentes efectúan en relación al quiebre de 1973. Precisamente, todas aquellas ideas dan forma al análisis que se desarrolla en estas páginas.

Desde esta última perspectiva, el presente estudio intenta aportar al trabajo constante que significa describir y analizar, a partir del enfoque

Latinoamericano, 1997), 206.

6 La nutrida bibliografía acerca de temas específicos y sensibles del periodo preautoritario en ambos países es pieza clave en el desarrollo de este trabajo. De vital relevancia para el estudio de esta etapa son las investigaciones de Gustavo Fontanals, "Diagnósticos Autoritarios en la Argentina reciente: de la modernización a la reacción. La revolución argentina y el camino al proceso de reorganización nacional", *Rev. Esc. Hist.* vol. 8, n.º 1 [online] (2009); Alicia Servetto, "El sentido político de las intervenciones federales en el tercer gobierno peronista: "desplazar" a los infiltrados y "depurar" el peronismo", *Rev. Esc. Hist.* vol. 8, n.º 2 [online] (2009).

7 Ver Alejandro Paredes, "Las Prácticas Políticas de los exiliados chilenos en Mendoza y su incidencia en Chile (1970-1989)", *Revista UNIVERSUM* 18 (2003): 133-146; Pablo Lacoste, "Argentina y Chile. Entre las esferas de influencia y la cooperación (1810-2000)", en *Argentina, Chile y sus vecinos*, tomo I, comp. Pablo Lacoste (Córdoba: Editorial Caviar Bleu, 2004), 29-92; Joaquín Fernandois y Michelle Leon, "¿Antinomia entre democracia y gobierno militar? Chile y Argentina en el momento de incertidumbre (1955-1973)", en *Argentina, Chile y sus vecinos*, tomo II (Córdoba: Editorial Caviar Bleu, 2005), 93-142.

comparado en clave politológica, los gobiernos democráticos de Argentina y Chile en la década de los setenta. El método se basa en la lógica comprada de los *sistemas más semejantes*, por medio del cual, se asumen como similares los aspectos relacionados con el régimen político⁸ y se destaca la variable ligada al proceso sociopolítico de los gobiernos de Perón (Cámpora, Perón e Isabel, respectivamente) y Allende⁹. El esquema teórico desplegado se deriva del diagnóstico de Huntington acerca de la causalidad de los autoritarismos como resultado de la incapacidad de la institucionalidad política latinoamericana para manejar el cambio social, político y económico de sus propias sociedades¹⁰. Sobre este supuesto teórico, se desglosa la hipótesis que pretende entender el incremento de las fuerzas conservadoras en los sistemas políticos de ambos países en estudio como una condición clave para la posterior imposición de los autoritarismos. Se analizan los sistemas políticos argentino entre 1973 y 1976, y chileno entre 1970 y 1973, en forma comparativa con el fin de dilucidar el desarrollo de las fuerzas políticas y sus diferencias, en el marco del crecimiento del autoritarismo entre las corrientes partidistas y sociopolíticas.

La estructura del estudio comienza con una breve revisión de las explicaciones e interpretaciones que han sido elaboradas acerca de los procesos sociopolíticos argentino y chileno en el marco del análisis de la degradación de las democracias y las posibles causas de los golpes de Estado. En segundo lugar, se describe el escenario sociopolítico previo a los gobiernos en estudio. En tercer término, se analizan las principales tendencias similares que ambos casos comparten en cuanto al ingreso de los elementos conservadores al poder, examinando comparativamente las consideraciones de cada uno de ellos. Finalmente, se presentan las conclusiones derivadas del contraste en las propiedades de cada proceso.

EXPLICACIONES FRENTE AL QUIEBRE DE LAS DEMOCRACIAS. BREVE REVISIÓN TEÓRICA

Las interpretaciones acerca del término de los gobiernos democráticos representan una parte esencial en el intento por lograr una comprensión integral de los fenómenos sociopolíticos suramericanos en la década

8 La posibilidad de aplicar la clausula comparada del *ceteris paribus* se sustenta en las similitudes en cuanto a programa e ideología de los gobiernos de Salvador Allende y Héctor Campora, calificados como los únicos gobiernos puramente de izquierda en la historia de ambos países en el siglo XX. Fraga, "Las fuerzas de centro-derecha en Chile y Argentina (1946-1996)", *Ibíd.*

9 El esquema comparado que utiliza el presente estudio deriva de las instrucciones acerca de cómo comparar dictadas por Giovanni Sartori, "Comparación y método comparado", en Leonardo Morlino y Giovanni Sartori, *La comparación en Ciencias Sociales* (Madrid: Alianza, 1994), 40.

10 Samuel Huntington, *El orden político de las sociedades en cambio* (Buenos Aires: Paidós, 1991), 16.

de los setenta. En este sentido, es posible hallar explicaciones en cuanto a la degradación interna de las democracias¹¹, a la asincrónica entre modernización sociopolítica e institucionalización democrática¹², al desajuste entre lecturas gubernamentales y procesos reales¹³ y, en especial, acerca de la dinámica del sistema de partidos¹⁴.

Con todo, central para el análisis propuesto en este estudio es la tesis de Huntington acerca del autoritarismo como una respuesta no solo a la violencia de los procesos sociopolíticos, sino que, sobre todo, a la ineficacia de las instituciones políticas de las sociedades en desarrollo. En el siglo XX, sería posible observar cómo se correspondió el subdesarrollo político y económico (visualizados en el desorden y el poco crecimiento) con los procesos ocurridos en países de América Latina, Asia y África. Su evolución se vio atravesada por una serie de conflictos de clases, episodios de violencia urbana y/o rural, golpes de Estado perpetrados por las Fuerzas Armadas, protagonismo de dirigentes personalistas, corrupción gubernamental, incapacidad e ineficacia gubernamental, fragmentación partidista¹⁵, entre otros¹⁶. Aquella inestabilidad y violencia pueden ser expresadas, en términos del autor, como “el resultado del rápido cambio social y de la veloz movilización política de nuevos grupos, junto con el lento desarrollo de las instituciones políticas”¹⁷.

En específico, la configuración de esta ecuación enmarca la asincrónica entre desarrollo económico y cultura política asociativa. Las instituciones, en definitiva, se retrasaron en su tarea de enmarcar los cambios socioeconómicos y, sobre todo, políticos. Esta tesis asume que la modernización económica y social es un elemento que genera inestabilidad política. En concreto, la

11 Con respecto al estado de las democracias y las condicionantes relacionadas con su desgaste, el estudio de Linz ha dado luces importantes. El autor describe la situación de las democracias a partir del estado de la confianza que existió sobre estas y con respecto a la polarización del sistema de partidos. Juan Linz, *La quiebra de las democracias* (México DF: Editorial Alianza Mexicana, 1990), 42-43.

12 Huntington, *El orden*, 16.

13 Guillermo O'Donnell, “Estado y alianzas en la Argentina: 1956-1977”, *Desarrollo Económico*, vol. 16, n.º 64 (1977).

14 En términos generales, Linz afirma que son cuatro los factores más relevantes para la salud de las democracias desde la perspectiva del sistema de partidos: la polarización, las tendencias centrifugas, la irresponsabilidad de la oposición y la superoferta del gobierno (Linz, *La quiebra*, 55-56). Para el caso chileno, se revisaron los trabajos de Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos* (Madrid: Editorial Alianza, 2000); y Timothy Scully, *Los partidos de centro y la evolución política chilena* (Santiago: CIEPLAN, 1992).

15 Para el análisis del autor, es relevante considerar el rol de los partidos (al igual que Linz), en el proceso de modernización en materia de participación. A mediados del siglo XX, gran parte de las sociedades latinoamericanas contaba con partidos que organizaban la participación de los campesinos y obreros, y los sistemas de partidos resultantes de la inclusión de los actores subalternos alteraron la estabilidad de los sistemas políticos. De hecho, la estabilidad se condicionó a la fuerza del sistema de partidos (Huntington, *El orden*, 353).

16 *Ibid.*, 14-15.

17 *Ibid.*, 16.

respuesta de la institucionalidad con respecto al proceso de modernización de las sociedades fue el autoritarismo. Frente a un escenario más complejo, en el que las fuerzas se hacían heterogéneas, las instituciones políticas se decantaron hacia su lado más autoritario¹⁸.

Ahora bien, con respecto a los casos de estudio, el análisis empírico sobre el proceso argentino de los años sesenta y setenta ha convergido en torno al estado de la económica como un elemento clave para la interpretación de la situación política. Esta perspectiva es la desarrollada principalmente por O'Donnell, quien argumentó que las crisis económicas, a partir de los sesenta, fueron expuestas como clivajes políticos que atravesaron las propiedades del Estado y se presentaron como escenario de conflicto en distintos grados y con diferentes resultados para la elite¹⁹; ²⁰. El análisis de este autor comienza con la descripción del periodo comprendido entre 1956 y 1976 como una etapa de reformulación de las alianzas de poder. Con el peronismo proscrito desde 1955, las principales fórmulas de gobierno argentinas se sustentaron entre la burguesía agraria pampeana, la pequeña burguesía urbana y los grupos civiles y obreros. Por su parte, el Estado argentino presentó rasgos de debilidad, y su autonomía se vio mermada por el poder de los agentes políticos ligados a la gran burguesía y las Fuerzas Armadas²¹.

Para O'Donnell, la situación argentina desde 1966 estuvo encabezada por una "alianza defensiva" entre los sectores populares y la pequeña burguesía. Los sustentos de aquella asociación fueron la Central General de Trabajadores (CGT) y los sindicatos vinculados a ella, y la Confederación General Económica (CGE), representante gremial. Su expresión fundamental fue el peronismo, y su discurso recogió el nacionalismo manifestado principalmente en la defensa del mercado interno, comprendido como la necesidad de impulsar la actividad económica nacional y la reducción del poder de los capitales extranjeros²². Observada como una alianza cíclica, atravesada por el policlasismo de su composición y la constante búsqueda de posicionamiento del poder de cada facción en términos políticos y económicos, la asociación iniciada en 1966 fue un experimento que tendió a la búsqueda de la reconstrucción de los mecanismos de acumulación y el esquema de distribución del poder. Su triunfo más relevante, la elección

18 *Ibid.*, 22.

19 Guillermo O'Donnell, *El Estado burocrático autoritario. Triunfos, derrotas y crisis* (Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1982).

20 Recientemente, la tesis de O'Donnell ha sido enmarcada desde otra perspectiva por Fontanals, quien cuestiona, entre otros aspectos, el rol protagónico del factor económico como variable explicativa del golpe de Estado argentino de 1976. Para este autor, resulta de mayor relevancia el esquema político de aquel periodo, diseñado a partir de los objetivos de los actores, así como su propia configuración asociativa. Fontanals, "Diagnósticos autoritarios", 11-15.

21 O'Donnell, "Estado y alianzas", 553.

22 *Ibid.*, 545-546.

como presidente de C ampora en 1973, se vio opacada por el predominio de la gran burguesía y la burguesía agraria pampeana y su alianza con los militares. El exacerbado poder de los sindicatos y los agentes extremistas provoc o la salida del pacto de la pequeña burguesía, con lo cual el discurso economicista se diluy o frente al protagonismo de las reivindicaciones políticas sobre la antigua institucionalidad, dejando al Estado en el centro de la disputa²³.

Para el caso de Chile, el estudio del sistema de partidos existente ha sido un aspecto mucho más desarrollado con respecto a Argentina. Su análisis para el periodo 1970-1973 arroja una visión determinante sobre la condición polarizada del régimen de partidos. Sartori, en este sentido, señala cómo el esquema partidista chileno pas o de ser un sistema con "pluralismo extremo polarizado", durante la coyuntura electoral de 1970, a un sistema atomizado en los meses previos al quiebre constitucional de 1973²⁴. El criterio sobre la atomización de los partidos se cumple cabalmente para el caso chileno, con un sistema que durante el gobierno de la Unidad Popular (UP) cont o con cinco partidos "fuertes": el Partido Nacional (PN), el Partido Democatacristiano (DC), el Partido Radical (PR), el Partido Comunista (PC) y el Partido Socialista (PS). Existían, además, varios partidos menores que actuaban dentro y fuera del sistema, llegando incluso a un total de nueve partidos en 1973, según algunas estimaciones²⁵.

Las características del pluralismo polarizado que define Sartori para el caso chileno comienzan con una referencia respecto a la presencia importante de partidos o grupos antisistémicos. El segundo rasgo es la existencia de oposiciones bilaterales, es decir, la actuación de dos oposiciones que son mutuamente excluyentes. Un tercer criterio es la ausencia de un partido de tendencia centrista en la dimensión izquierda-derecha²⁶, fenómeno que en la experiencia chilena, da cuenta del rol del Partido Democatacristiano. Hasta inicios del gobierno de la Unidad Popular, la DC ocup o el lugar de centro político; sin embargo, en el proceso de gobierno, abandona su puesto mediador y se al a con la derecha, hecho que llev o, de manera paulatina, a la atomización del sistema de partidos chileno²⁷.

Con todo, la característica fundamental del esquema chileno residi o en la existencia de un sistema político que contuvo oposiciones antisistema y bilaterales, las que desalentaron la competencia centrípeta. Estos  ltimos

23 *Ibid.*, 553-554.

24 Sartori. *Partidos*, 164.

25 Rafael Gumucio y Claudio V azquez, *El desafío de la soberanía popular* (Santiago: CESOC, 1988), 67.

26 *Ibid.*, 165-168.

27 En su lugar, otros partidos asumen parte de su discurso como movimientos de izquierda de raíz cristiana; los más relevantes, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y, posteriormente, la Izquierda Cristiana.

rasgos son, a juicio del autor, los principales desencadenadores del sistema polarizado.

En síntesis, algunos de los principales aspectos tratados sobre los procesos políticos argentino y chileno se relacionan con la desvalorización de la democracia y la desconfiguración del sistema de partidos, respectivamente. La atomización del esquema partidista, la polarización de la sociedad, el deterioro de la confianza en los procesos institucionales, el incremento de la violencia, entre otros, son las más relevantes propiedades destacadas en la literatura en ambos casos de estudio. En un análisis comparado sobre el régimen partidista de Argentina y Chile, De Riz señala las diferencias medulares²⁸. La autora describe al sistema argentino en términos de su centralidad en torno al carisma de Perón y, sobre todo, en función de la ausencia de un régimen de partidos. Se trata de la debilidad de los partidos frente a un modo de hacer política que ligaba las corrientes partidistas a fuerzas extrapartidistas de los caudillos. En Argentina predominó el patrón organicista de la acción política, pues lo político se fundió en la generalidad del país, entendido como nación y Estado²⁹. Chile, por su parte, es descrito como un sistema de partidos atravesado por el dilema de la continuidad institucional y la discontinuidad social, cuya mayor expresión fue el gobierno de la Unidad Popular. El sistema chileno se habría caracterizado por la imposibilidad de que alguna fuerza política consiguiera imponerse sobre las demás, debido al fuerte papel del centro político³⁰. En este sentido, los esquemas tradicionales de la lucha político-partidista habrían sido quebrados por la radicalización ideológica del periodo comprendido entre 1964 y 1973.

II. EL TERCER GOBIERNO DE JUAN DOMINGO PERÓN

El Partido Peronista se encontraba proscrito desde 1955, como resultado del plan de las Fuerzas Armadas golpistas, que ese mismo año derrocaron el segundo gobierno del general Perón y provocaron el exilio del líder³¹. La estrategia de los militares y las fuerzas conservadoras argentinas, ligadas principalmente a la oligarquía terrateniente, fue eliminar al peronismo, por un lado, a través de los métodos autoritarios como la persecución de militantes y la infiltración y represión sindical y, por otro, mediante la política consensuada, de acuerdo a la cual la Unión Cívica Radical debía

28 Liliana de Riz, "Política y Partidos. Ejercicio de Análisis comparado: Argentina, Chile, Brasil, Uruguay", *Desarrollo Económico*, vol. 25, n.º 100 (1986): 26-27.

29 *Ibid.*, 20.

30 *Ibid.*, 17.

31 Para una completo y detallado análisis del primer y segundo gobierno peronista, los autores recomiendan revisar Eduardo Basualdo, "Los primeros gobiernos peronistas y la consolidación del país industrial: éxitos y fracasos", *CENDES* 22 (2005): 113-151.

absorber las demandas de los sectores populares, acercándolas al centro político y a la identidad de la clase media.

Ambos experimentos fracasaron. La debilidad de la democracia “protegida” por los militares y administrada por los radicales impidió que las fuerzas políticas se equilibraran de manera realista. El peronismo, si bien no fue apartado de la conciencia de las masas, sufrió transformaciones. Una de las más importantes tiene que ver con la dinámica de los sindicatos agrupados en la Central General de Trabajadores (CGT), en términos puntuales, con la adaptación del liderazgo sindical peronista a la lógica de participación entre trabajadores y Gobierno, con un claro sentido reformista³². Esta práctica generó un progresivo distanciamiento entre la dirigencia y las bases, situación que terminó en el quiebre de la CGT en 1968, a partir de lo cual se formaron dos organizaciones: la CGT *Azopardo* (que reunió a los antiguos líderes) y la CGT de los Argentinos (expresión de la izquierda peronista que se desmarca del sindicalismo moderado)³³.

La *izquierdización* de los movimientos sociales, obreros y, sobre todo, del peronismo de base, fue un fenómeno en aumento desde finales de los años sesenta. La mayor expresión de la tensión social argentina fue la serie de protestas conocidas como el “Cordobazo”. En aquellas jornadas de manifestación, iniciadas en mayo de 1969, fue posible observar las primeras actuaciones de los nuevos grupos políticos de la izquierda más radicalizada: los Montoneros y la Juventud Peronista (JP), agrupados en torno a la idea de la “patria socialista”³⁴, y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de tendencia trotskista^{35, 36}. El rol de las nuevas generaciones es un aspecto clave con respecto a la revitalización del peronismo. El espíritu revolucionario de la época fue simbolizado en el peronismo

32 Torcuato Di Tella, *Historia argentina. Desde 1830 hasta nuestros días* (Buenos Aires: Editorial Troquel, 1993), 305.

33 Desde su exilio, Perón exige la subordinación de los sindicatos a la CGT tradicional, entregando su apoyo a los líderes sindicales ortodoxos. Ver Julieta Bartoletti, “La CGT de los argentinos y los dilemas de la izquierda peronista”, *Rev. Esc. Hist.* vol. 10, n.º 2 [online] (2011): 9.

34 Liliana De Riz, “De la movilización popular al aniquilamiento (1973-1976)”, en *Argentina, 1976: estudios en torno al golpe de Estado*, comp. Clara Lidia et al. (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008), 36.

35 El plano combativo de la izquierda peronista lo completaron las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Peronismo de Base. Mónica Gordillo, “Sindicalismo y radicalización en los setenta: las experiencias clasistas”, en *Argentina, 1976: estudios en torno al golpe de Estado*, comp. Clara Lidia et al. (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008), 66.

36 El rol de los partidos y organizaciones de izquierda que no desarrollaron actividad guerrillera es analizado por Daniel Campione, “La izquierda no armada en los años setenta: tres casos, 1973-1976”, en *Argentina, 1976: estudios en torno al golpe de Estado*, comp. Clara Lidia et al. (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2008). El autor señala que los principales agentes de esta tendencia fueron el Partido Comunista, Comunista Revolucionario y Socialista de los Trabajadores, los cuales condenaron la actividad guerrillera pues la consideraron lejana a las necesidades de los obreros y responsable de servir a los intereses represivos de la derecha (Ibid., 86).

debido, principalmente, a su propiedad como idea de resistencia. A ella se sumaron los jóvenes sin experiencia política previa, que vieron en la figura de Perón un símbolo de contestación³⁷. El propio Perón, desde su exilio en España, fomentó la participación de las juventudes bajo la idea de ampliar los escenarios de lucha y de presión contra el gobierno de facto de los militares que gobernaba el país desde 1966. La estrategia del líder peronista fue combinar las disímiles fuerzas del sindicalismo negociador, los movimientos sociales y el extremismo guerrillero³⁸.

Desde el “Cordobazo” se gestó un consenso antiautoritario que se fortalecería con el retorno del peronismo³⁹. La escalada de violencia, derivada fundamentalmente de la actividad guerrillera, y la incapacidad de la represión para controlarla debilitó al gobierno militar. Su líder, el general Lanusse, ideó el “Gran Acuerdo Nacional”, un sistema de alianza política que serviría para buscar un candidato único contra el peronismo. No obstante, el plan no se concretó, y las elecciones fueron decretadas para inicios de 1973, con la autorización para que el peronismo volviera a la legalidad.

Las fuerzas políticas se alistaron para la prueba electoral de marzo de 1973. Los peronistas establecieron la fórmula Héctor Cámpora–Vicente Solano Lima: el primero como candidato a la presidencia, y el segundo, a la vicepresidencia. La candidatura fue ampliamente respaldada por los Montoneros y la JP. Los radicales, por su parte, se dividieron. Ricardo Balbín fue el candidato oficial, pero el frondizismo apoyó a Cámpora. Los defensores del régimen de Lanusse presentaron dos candidaturas, mientras que la izquierda se organizó en una alianza entre el Partido Intransigente, el Partido Comunista y parte de la Democracia Cristiana⁴⁰.

Bajo el lema “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, la fórmula electoral peronista alcanzó la victoria en las elecciones. No obstante, el triunfo ocultó la profunda tensión que conjugaba esta configuración política, en especial acerca del significado de la figura de Perón entre sus propios adeptos⁴¹. De todas las perspectivas presentes, serían las fuerzas conservadoras las que, finalmente, verían su espacio asegurado con el regreso de Perón al país y la consolidación de su tercer gobierno.

37 Luis Romero, *Breve Historia Contemporánea de la Argentina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1994), 247.

38 Di Tella, *Historia*, 309.

39 Romero, *Breve*, 243-244.

40 Di Tella, *Historia*, 311.

41 Para los sectores más tradicionales del peronismo sindical, Perón representaba un regreso al Estado proteccionista y distributivo. Para los jóvenes, el líder simbolizó la liberación nacional, la marginación de las facciones moderadas y el camino definitivo hacia el socialismo. Por último, para las clases medias y altas, Perón fue considerado un pacificador, un líder con capacidad de superar las diferencias y conflictos que atravesaban a Argentina, y llevar al país al desarrollo. Romero, *Breve*, 260-261.

III. DERECHIZACIÓN DEL PERONISMO: HITOS Y DESARROLLO

El gobierno de Cámpora intentó representar a todas las fuerzas peronistas. Su gabinete fue un reflejo de las corrientes en juego⁴². Sin embargo, la tensión no disminuyó como resultado de este intento por equilibrar las fuerzas, y la violencia se hizo parte del proceso. Las divisiones se agudizaron con el regreso definitivo de Perón a Argentina en junio de 1973. A su llegada, la ceremonia de recibimiento se transformó en una masacre pues se abrió fuego entre las facciones de izquierda y los conservadores, en el marco de la disputa por la ocupación del lugar más cercano al escenario desde donde Perón declamaría. Desde aquella jornada, el ala conservadora del peronismo se forjó un lugar privilegiado en la lucha por el espacio más próximo al líder. Con todo, el establecimiento de Perón en el país había desatado el conflicto por la hegemonía de la verdadera identidad peronista.

Mientras Perón negociaba con sindicalistas, militares y radicales, disminuía el poder efectivo del gobierno electo. A las pocas semanas de su formalización como jefe de Estado, y a raíz de esta situación, Cámpora renuncia a su cargo y nuevas elecciones son convocadas. En esta ocasión, Perón no tendría problemas en posicionarse como candidato a la presidencia. El punto de quiebre se generó por el nombramiento de su compañero de lista, ya que debido a la avanzada edad del líder histórico, la cuestión acerca de su posible sucesión era un aspecto clave⁴³. La JP se apresuró en exigir la designación de Cámpora como candidato a la vicepresidencia, como un intento por conservar su espacio en el gobierno⁴⁴. Sin embargo, Perón decide superar las divisiones, nombrando a su esposa, María Estela Martínez de Perón (conocida como "Isabel"), como candidata a la vicepresidencia.

Como resultado de las negociaciones políticas previas, Perón logró formular el "Pacto social", un acuerdo entre sindicalistas y empresarios, con el fin de apoyar las políticas gubernamentales en materia económica. En términos políticos, el retornado líder configuró la idea de la "democracia integrada", de acuerdo a la cual se intentaba dar cabida a todas las fuerzas políticas, incluso a las extremistas. En este contexto, la fórmula electoral Perón-Perón, obtiene la victoria en las elecciones de septiembre de 1973. Se iniciaba así, el tercer gobierno del General Perón. No obstante, las estrategias pactadas por el líder histórico no tuvieron el resultado esperado, lo cual

42 El ministro del Interior, Esteban Righi, representaba a la tendencia juvenil de izquierda; los ministros de Economía, Educación y Justicia, José Gelbard, Jorge Taiana y Adolfo Benítez, respectivamente, eran representantes del peronismo histórico; y José López Rega, ministro de Bienestar Social, representaba la facción conservadora y nacionalista. De Riz, "De la Movilización", 36.

43 Di Tella, *Historia*, 316.

44 De Riz, "De la Movilización", 40.

significó, en la práctica, el deterioro del equilibrio de fuerzas en beneficio de los sectores conservadores del peronismo.

QUEBRE CON LA IZQUIERDA PERONISTA E INTERVENCIÓN EN LOS GOBIERNOS PROVINCIALES

El primer aspecto clave en el proceso de derechización del gobierno tiene relación con el deterioro de las relaciones entre los movimientos y grupos extremos del peronismo y el propio Perón. La candidatura de Cámpora había sido apoyada por la JP y los Montoneros, y el propio presidente electo se mostraba cercano y “tolerante” con sus dinámicas violentistas. No obstante, el incremento del extremismo y la guerrilla, que el mismo Perón había alentado desde su exilio, comenzaron a ser un punto de crítica recurrente.

La victoria electoral de marzo de 1973 dio paso a la lucha por acceder al poder de los sectores que se reconocían como parte de la “tendencia revolucionaria del peronismo”. En el gobierno de Cámpora, estos alcanzaron espacios importantes en el Estado. Con los sindicalistas momentáneamente marginados de las listas de gobierno, accedieron a las gobernaciones claves de Buenos Aires, Mendoza y Córdoba, al anteriormente mencionado Ministerio del Interior, y al gobierno de varias universidades, entre otros espacios. Sin embargo, la salida de Cámpora y el establecimiento del gobierno de Perón transformaron la relación de fuerzas. Los primeros espacios perdidos fueron los ministeriales. Luego, la retirada de la tendencia revolucionaria fue progresivamente mayor, especialmente, en el área sindical.

El ERP, por su parte, que luego de la salida de los militares del gobierno en 1973 dio por terminada su tregua con los peronistas y retomó la vía de la lucha armada, consolidó su accionar revolucionario. Uno de sus mayores ataques fue contra una central militar en Buenos Aires, a raíz del cual, en enero de 1974, Perón exigió la renuncia del gobernador de aquella provincia. La acción guerrillera fue utilizada como un aliciente por parte de Perón, para determinar la depuración de otros gobiernos provinciales, en el marco del proceso en curso ligado al retorno de la ortodoxia peronista. Además de Buenos Aires, también fueron intervenidas las administraciones de las provincias de Mendoza, Formosa, Córdoba, Santa Cruz y Salta, todas ellas acusadas de “infiltración marxista”⁴⁵. Las intervenciones, basadas en el argumento de la represión subversiva, no solo se enfocaron en la guerrilla. También sufrieron detenciones ilegales y asesinatos dirigentes sindicales y

45 Alicia Servetto, “El sentido político de las intervenciones federales en el tercer gobierno peronista: “desplazar” a los infiltrados y “depurar” el peronismo”, *Rev. Esc. Hist.* vol. 8, n.º 2 [online] (2009).

EL TERCER GOBIERNO PERONISTA Y LA UNIDAD POPULAR

opositores políticos. En los casos de Mendoza y Córdoba, los interventores fueron militares designados por el Partido Justicialista, los cuales llevaron a cabo una cruenta política de exterminio de dirigentes políticos de izquierda (no tan solo peronista), a través de prácticas ligadas al terrorismo de Estado, como la creación de campos de concentración⁴⁶.

El quiebre definitivo de Perón con los Montoneros, la JP y gran parte de la tendencia revolucionaria, se produjo el 1 de mayo de 1974, durante el acto público que concentró a todos los peronistas frente a la Casa de Gobierno. En aquella ocasión, el presidente increpó a los sectores extremos, entre otros aspectos, por su intención de sobrepasar a los dirigentes tradicionales (sobre todo a los sindicales), los cuales, a su juicio, poseían mayor peso histórico y, por tanto, mayor espacio en la negociación y el proceso de gobierno. Desde aquel momento, los Montoneros se relegaron en la clandestinidad para continuar con sus actividades siempre ligadas al extremismo. Pretendieron asumir la herencia de Perón y fundaron el Partido Peronista Auténtico, sin mayor impacto⁴⁷.

MILITARIZACIÓN DE LA LUCHA ANTISUBVERSIVA

Sin espacio de poder en el gobierno, la tendencia revolucionaria se lanzó a lo que se denominó “guerra de aparatos”, en el marco de la cual se batieron contra los sindicalistas moderados y las facciones derechistas ligadas a Perón, todos estos considerados “traidores”. El terrorismo desatado cobró la vida de importantes dirigentes sindicales de la CGT por parte de los Montoneros. El gobierno respondió a la actividad extremista del peronismo de izquierda y a la guerrilla desarrollada por el ERP con la formación de un frente paramilitar conocido como Alianza Anticomunista Argentina (Triple A). Esta organización estuvo compuesta por los cuadros de extrema derecha del peronismo, matones sindicales y empleados del Ministerio de Bienestar Social, liderados por el propio ministro López Rega⁴⁸.

Desde el plano jurídico, no solo las penas legales sobre la represión de las manifestaciones se endurecieron, sino que se legitimó la intervención militar en los conflictos nacionales contra la guerrilla, en el marco de la doctrina “la Nación en Armas”. Perón confió esta misión a las Fuerzas Armadas lideradas por el general Anaya⁴⁹.

Con la muerte de Perón en julio de 1974, el poder pareció difuminarse, sin embargo, el verdadero proceso de incremento de la fuerza de los conservadores se había iniciado. La figura de López Rega adquirió más

46 *Ibíd.*, 11.

47 Romero, *Breve*, 280.

48 *Ibíd.*, 279-280.

49 De Riz, “De la movilización”, 42.

peso que en la primera fase del gobierno y las actividades terroristas de la izquierda y la Triple A se acrecentaron en una espiral de violencia creciente⁵⁰. Asume la presidencia la viuda de Perón, María Estela Martínez, y el círculo de confianza del gobierno se reduce de acuerdo a las instrucciones de López Rega, único hombre de confianza de la nueva jefa de Estado. Al Gobierno, arriban políticos ajenos al peronismo pero muy cercanos al ministro de Bienestar Social, así como también los sectores empresariales y otros ligados a las Fuerzas Armadas. Los lazos tradicionales que había construido Perón comienzan a ser destruidos.

Para lograr la confianza de sus aliados militares y gremiales, Isabel comprometió el exterminio de la guerrilla y el disciplinamiento sindical⁵¹, concretando así el giro a la derecha del gobierno. Para ello, removió de su cargo al general Anaya y designó en su lugar a Numa Plane, bajo el compromiso del apoyo militar a la democracia. En materia económica, prometió el desplazamiento de la CGT y el tránsito hacia una economía de mercado.

QUEBRE CON EL SINDICALISMO ORTODOXO

El último gran hito en la derechización del gobierno peronista se relaciona con el quiebre entre este y el sindicalismo, tradicional aliado y pieza fundamental del peronismo original. Con Perón se había producido la ruptura con la CGT de los Argentinos. Ahora, con Isabel, se gestaría el término de las relaciones con la GCT Azopardo.

En el marco de las negociaciones por la redefinición del Pacto Social en 1975, el gobierno se enfrentó a una nueva puja distributiva de los sindicatos. El gobierno, inicialmente, accedió a la demanda salarial. No obstante, el nuevo ministro de Economía designado por López Rega, Celestino Rodrigo, puso en marcha un plan devaluativo que pretendió paliar la desbordada inflación del momento. Esta acción diluyó los aumentos salariales, a raíz de lo cual los sindicatos se volcaron nuevamente a la lucha. Los empresarios planearon conceder los aumentos, como una táctica para aumentar la presión sobre el gobierno⁵². Sin embargo, la presidenta decidió no respaldar la homologación salarial en apoyo al plan del ministro Rodrigo. El rechazo gubernamental provocó un paro sindical de dos días. Fue la primera vez que los sindicatos ortodoxos se sumaban a las movilizaciones contra un gobierno peronista. El quiebre entre el gobierno y el sindicalismo moderado debilitó su alianza contra la lucha antissubversiva.

50 Di Tella, *Historia*, 318.

51 De Riz, "De la movilización", 50.

52 Romero, *Breve*, 275.

EL TERCER GOBIERNO PERONISTA Y LA UNIDAD POPULAR

Finalmente, Isabel accede a las demandas laborales y López Rega y Rodrigo renuncian a sus respectivos cargos. Desde aquel momento, el gobierno perdió a todos sus aliados. Ya no contaba con el respaldo de los trabajadores (moderados o exaltados), así como tampoco con el del sector conservador y empresarial, el cual se desligó de las negociaciones de la CGE.

Las Fuerzas Armadas, por su parte, sintieron la salida de López Rega, su nexa con el gobierno, aunque, de todos modos, su accionar contra la guerrilla durante la administración del renunciado ministro fue bastante autónomo⁵³. En marzo de 1976, y como reacción al plan del Partido Radical para encontrar una salida democrática a la crisis, los militares se alistaron para ocupar el lugar de poder que el Ejecutivo no representaba. El general Rafael Videla fue nombrado comandante en Jefe como respuesta al final del periodo en que los militares serían fieles al gobierno. Finalmente, la salida pactada entre el Ejecutivo y el Parlamento no se concretó. La presidenta fue depuesta por los militares a través de un golpe de Estado ocurrido el 24 de marzo de 1976.

IV. EL SISTEMA POLÍTICO CHILENO: LA DINÁMICA DEL SISTEMA DE PARTIDOS

En Chile, desde las primeras décadas del siglo XX, el sistema de partidos políticos se estructuró bajo la denominada triada izquierda, centro, derecha, esquema que generó paulatinamente a lo largo del siglo, lo que "Sartori clasifica como un sistema de pluralismo extremo y polarizado"⁵⁴. A la derecha, se posicionaron el partido Conservador y el Liberal, en el centro, el partido Radical y, en la izquierda, los nacientes partidos marxistas (Comunista y Socialista). Tal como señala Valenzuela, "la continuidad ha sido a partir de 1925, notable"⁵⁵, configurando un orden que se mantuvo de esta forma hasta mediados de la década del cincuenta. En este periodo el partido Radical deja de ser el único centro político y pasa a compartir su espacio con la naciente Falange Nacional, facción desprendida de la juventud conservadora que posteriormente sería el Partido Demócratacristiano y que apostó por el electorado de la clase media.

El desplazamiento del partido Radical se dio tanto por la fuerza de la naciente DC, como por la fluctuación "ideológica" del mismo radicalismo que en un primer momento hizo alianzas con sectores de la izquierda y, luego, con los partidos de derecha. Efecto de esta oscilación fue la pérdida de legitimidad del PR⁵⁶. En concreto, la DC pasó a ocupar el puesto como

53 Di Tella, *Historia*, 319.

54 Samuel Valenzuela, *Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile* (Santiago: Estudios Públicos, 1995), 8.

55 Valenzuela, *Orígenes*, 10.

56 Este aspecto fluctuante del centro político es para Scully el rasgo clave del sistema de partidos de Chile en el siglo XX. T. Scully, *Los partidos*, 183.

partido de centro dominante. En los hechos, su fuerza se expresa en 1964, ocasión en la que logra la presidencia de la República sin la necesidad de formar coalición con otros partidos.

El apoyo que le brindó la derecha a la candidatura reformista de Frei, principalmente, por temor al avance de la izquierda, fue manifestación clara de la crisis por la que cruzaba el sector conservador. Tanto así que entre 1965 y 1966 los partidos Conservador y Liberal terminan por fusionarse con elementos nacionalistas y forman el Partido Nacional. Como lo señala Yoczelevzky,

en la derecha ocurrió un realineamiento ideológico que incorporó al sistema de partidos elementos que habían hecho vida política más o menos marginal, fundamentalmente a algunos nacionalistas, los que asumieron posiciones de liderazgo en el nuevo partido Nacional, que agrupó a partir de 1966 a conservadores y liberales con el movimiento de Acción Nacional⁵⁷.

El reagrupamiento de la derecha en el Partido Nacional vino a juntar a dos corrientes de esa tendencia que hasta el momento de la fusión eran casi irreconciliables, el mundo liberal y el nacionalista. Así lo señala Corvalán Márquez, diciendo que “la creación de este conglomerado vino a significar una verdadera penetración de la derecha nacionalista en la derecha tradicional, tanto en lo ideológico, en lo político, como en sus liderazgos”⁵⁸. Esta unión traería consecuencias para la política chilena por las características confrontacionales de su actuar político.

Por su parte, la Unidad Popular surge como una coalición conformada por el PS y el PC en su núcleo central, formada en 1969 y enfocada en las próximas elecciones presidenciales de 1970. Esta coalición de partidos y fuerzas políticas de izquierda relevó al Frente de Acción Popular. Además de los partidos ejes, la coalición se nutrió de nuevos partidos de izquierda que fueron surgiendo en Chile a fines de la década del sesenta y comienzos de los setenta. Estos partidos nuevos fueron el MAPU (1969) y la Izquierda Cristiana (1971). En alianza conjunta con los partidos antes mencionados estuvieron, además, el Partido Radical y otros grupos menores de izquierda. En las elecciones presidenciales, el candidato de la UP, el socialista Salvador Allende, logra la victoria con el 36,3%, venciendo a la candidatura de derecha (34,9%) y a la Demócrata Cristiana (27,8%). Esta victoria mínima implicó que el Congreso ratificara el triunfo de Allende, no sin antes negociar una serie de aspectos con la DC, en las llamadas garantías constitucionales.

57 Ricardo Yoczelevzky, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990* (Santiago: Fondo Cultura Económica, 2002), 62.

58 Luis Corvalán, *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile* (Santiago: Editorial Sudamericana, 2002), 23.

V. POLARIZACIÓN: HITOS Y DESARROLLO

LA DERECHA NACIONALISTA

El primer hito que marca la polarización del sistema político chileno fue la reagrupación de los partidos de derecha tradicional con los nacionalistas agrupados hasta ese entonces en Acción Nacional. El PN, fundado en este periodo, logra cautivar a sectores altos y medios y, en especial, a una gran parte del electorado femenino.

Durante el gobierno de la UP, el PN actuó como una férrea oposición, movilizándolo a amplios sectores sociales y gremiales, y generando con ello la desestabilización del gobierno de Allende. Desde el comienzo de la administración de la UP, el PN buscó generar una alianza, primero instrumental en el Parlamento con la DC y, luego, dando un paso más allá y conformando la Confederación Democrática (CODE). De igual forma, desde un comienzo, el PN genera una salida rupturista, es decir, busca producir ingobernabilidad utilizando mecanismos institucionales como las reiteradas acusaciones constitucionales contra ministros, además de practicar un lenguaje tendiente a la generación de temor en sectores de la población. Una de las más habituales prácticas, en este sentido, fue la de apoyar paros y manifestaciones, muchas de ellas, caracterizadas por la violencia⁵⁹.

EL VACÍO EN EL CENTRO POLÍTICO

Un segundo hito que identificamos en el proceso de polarización es el lugar que juega la DC, partido de corte centrista que durante el gobierno de la UP comienza a desplazarse paulatinamente hacia la derecha. Primero, apoyándola en algunas acusaciones constitucionales contra ministros, luego, haciendo una alianza electoral en la Confederación Democrática.

La inclusión de la Democracia Cristiana en el bloque opositor durante el gobierno de la UP es de suma importancia, ya que su paso del centro a la derecha se dio bajo pugnas internas entre sectores “progresistas”, liderados por Radimiro Tomic, y sectores “conservadores”, liderados por Frei y Patricio Aylwin. Dentro de estas disputas por el control de la colectividad

⁵⁹ Cabe destacar que durante el consejo general de este partido realizado en Osorno en 1972, el PN “resolvió afirmar una concepción nacionalista” (...) además de llevar una “oposición integral”, vale decir, en todos los planos tanto dentro del aparato estatal como en la sociedad civil”. De esta estrategia, se desprende la organización y apoyo a paros y huelgas que llevo adelante la oposición, tanto la del PN como la de sectores democratacristianos. Tras el golpe de Estado, el PN decide autodisolverse dejando en manos castrenses la dirección del país (Ibíd., 181).

es que se produce una fuga de militantes que forman el partido Izquierda Cristiana (IC), el cual se une al gobierno.

El comportamiento de la DC, a pesar de estar en el lugar de la oposición y aliada con la derecha, siempre fue más bien oscilante; apoyaba al PN en algunas acciones y le restaba su apoyo en otras, aunque siempre estuvo con “un pie en la calle” junto al PN buscando la movilización de vastos sectores sociales. Un hecho significativo en el actuar de la DC durante la UP fue el cambio en su directiva nacional en mayo de 1973, donde el sector conservador se hizo de la dirección con Aylwin como presidente. Al asumir, el futuro Presidente de la República acuñó la tesis “no dejar pasar una al Gobierno”⁶⁰.

CLIVAJES AL INTERIOR DE LA UP

El tercer hito identificado es la disputa que se dio en el seno de la coalición gobernante. Este conflicto se dio en relación con la velocidad con que se debía llevar adelante el proceso de cambios que el programa de gobierno establecía. La confrontación se generó entre los dos partidos ejes de la coalición, es decir, entre el PC, que pretendía consolidar las reformas ya efectuadas antes de seguir profundizando el proceso y, en contra parte, el PS que apelaba a la profundización del proceso.

El bloque oficialista era una coalición de seis partidos, dirigidos por el programa de gobierno, un documento de compromiso destinado a satisfacer a las diferentes tendencias de la asociación (que iban desde la moderación democrática del Partido Radical hasta la corriente “leninista” del PS). Por cierto, de suma importancia eran las diferencias entre socialistas y comunistas en relación con la velocidad de realización del programa y el equilibrio político entre movilización popular, por un lado, y la necesidad de infundir confianza a los sectores de clase media, por otro⁶¹.

Precisamente, los partidos que conformaban la UP se fueron agrupando bajo estas dos corrientes prevaecientes. Por un lado, la idea del PC de “consolidar el proceso” antes de seguir avanzando y, por otro, la idea del PS de “avanzar sin transar”. Algunos autores (como Corvalán y Yocelvezky) clasifican las dos posturas que convivían dentro de la UP de la siguiente manera: la visión rupturista del PS apoyada por sectores del MAPU y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), conocida como “polo revolucionario”, y la visión gradualista-institucional del PC que, junto a la IC y a sectores radicales que no abandonaron la coalición, además del mismo Allende, fue denominada “polo reformista”.

60 *Ibíd.*, 188.

61 Alan Angell, *Chile de Alessandria a Pinochet: en busca de la utopía* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1994), 63.

EL TERCER GOBIERNO PERONISTA Y LA UNIDAD POPULAR

Las ideas revolucionarias del PS fueron influenciadas por la revolución cubana. Según Scully,

la revolución cubana tuvo también una influencia sobre la izquierda chilena. Después que Castro tomó el poder en 1959, el PS adoptó un tono decididamente más cubano, acentuando una nueva modalidad leninista dentro del partido, este proceso llevo a los socialistas a declarar la inevitabilidad de la revolución violenta en Chile⁶².

Por su parte, el PC desde entrados los años cincuenta, abrazó abiertamente la línea reformista impulsada por el PC soviético desde su XX congreso en 1956. En el contexto nacional de la UP, el PC apeló a las tesis gradualistas sobre la vía pacífica al socialismo, aplicando una política de apertura de la izquierda hacia el centro. Es por esto que durante el gobierno de Allende buscó generar vías de diálogo con la DC, para acumular fuerzas “democráticas” y aislar a la derecha golpista.

A pesar de la dicotomía interna de la UP, las tesis gradualistas se impusieron por sobre las rupturistas. Las primeras giraban en torno a la necesidad de consolidar el proceso, insistiendo en las nociones sobre la vía institucional del proceso al socialismo en curso⁶³. Dentro de este contexto de polarización política, Allende buscó generar un cierto entendimiento, en especial, tras la destitución de ministros vía acusaciones constitucionales. Es así como el presidente llama a miembros de las FF.AA. para formar parte de su gabinete. Entre ellos destaca el general del Ejército, Carlos Prats, que asume la cartera de Interior. Prats, posteriormente asesinado en Argentina por agentes ligados a la dictadura militar chilena, se transformó en una pieza clave en el esquema de gobierno de la UP, pues fortalecía la confianza de los militares en el gobierno.

El gesto del presidente hacia las FF.AA. fue considerado como un acto conservador por los sectores más radicales de la UP. En este tema también se ven las diferentes opiniones entre los dos partidos ejes del conglomerado. Por su lado, el PS rechazó la llegada de los militares al gobierno, argumentando que el proceso debía avanzar con el apoyo de la base popular y no con sectores de la burguesía. El PC, en cambio, desconsideró el arribo de los militares al gobierno como un hecho limitante en el contexto polarizado de la época, y les brindó su apoyo.

Por otro lado, existen, además, dos grupos políticos extra sistémicos que apelan al uso de la fuerza: el Movimiento Patria y Libertad, de extrema derecha, y el MIR, de rasgos guevaristas. Ambas agrupaciones llevaron adelante acciones violentas de diferente índole. Actuó con más fuerza el

62 Scully, *Los partidos*, 186.

63 Tesis que se consolidó tras el conclave de Lo Curro, en donde “la UP se inclinó en la tesis sobre la necesidad de consolidar, reiterando a la vez sus concepciones sobre la vía institucional al socialismo”. (Corvalán, *Del Anticapitalismo*, 191).

grupo de derecha, llegando a asesinar al edecán naval de Allende, además de llevar adelante una serie de manifestaciones callejeras en las principales ciudades del país; expresiones que buscaban desacreditar el actuar del gobierno respecto a la seguridad y al orden público.

El MIR, por su parte, apoyó de manera crítica al gobierno. En las coyunturas electorales en las que no participa con candidatos, sus adherentes terminan apoyando a los candidatos de la UP, especialmente a los del PS. En las acciones violentas, el MIR apoyó la toma de terrenos urbanos y de fundos, además de llevar adelante la llamada estrategia del “poder popular” junto con el PS, apelando a la toma de fábricas para conseguir su paso al área social y posterior administración por parte de los trabajadores. Finalmente, por efecto de la polarización de los actores políticos y la presión e influencia de las elites nacionales y de grupos internacionales, el gobierno de Allende concluye con los trágicos sucesos del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.

VI. CONCLUSIONES

A cuarenta años del golpe militar en Chile y del inicio del último gobierno de Perón en Argentina, las reflexiones acerca de los procesos políticos de ambos países adquieren perspectivas densas y profundas en relación con el impacto de los autoritarismos en los regímenes democráticos, tanto a corto como a largo plazo. Lo controversial de las posibles relaciones entre gobiernos democráticos cruzados por la violencia y la inestabilidad, y la aparición de regímenes militares, se enmarca en una serie de temáticas profundamente debatidas en América del Sur. Inicialmente, se mencionó la importancia de los disensos generados por aspectos como el desarrollo, la integración y la seguridad. Sin embargo, el peso de la historia reciente ha despertado el interés no solo como una dimensión histórica, sino que como una vertiente de conocimiento con capacidad explicativa acerca del tipo de democracia actual.

La inestabilidad de los gobiernos, la fragmentación partidista, la violencia guerrillera, la polarización social y política, entre otros aspectos, confirman la tesis de Huntington, en los casos argentino y chileno, acerca de la incapacidad de las instituciones democráticas para manejar los procesos políticos derivados del crecimiento de las demandas por parte de las clases subalternas. Se refuerza, además, la idea de que el autoritarismo reemplazó a la democracia, pues esta última perdió la confianza de los actores políticos, tanto de izquierda como de derecha. En suma, sería posible afirmar que el incremento de las ideas conservadoras y las prácticas autoritarias alcanzó la hegemonía luego de los golpes de Estado, encontrado un escenario político desgastado y ocupado por los sectores más intransigentes.

EL TERCER GOBIERNO PERONISTA Y LA UNIDAD POPULAR

Sin embargo, el deterioro de la democracia en Argentina y Chile presentó diferencias claves que resultaron ser determinantes en el proceso de estudio aplicado. Mientras para la historia política chilena, el sistema de partidos ha sido un esquema fundamental para la expresión de las fuerzas políticas, en Argentina el régimen democrático puede ser explicado por el fenómeno del peronismo. Ahora bien, ambos comparten el escenario inicial de los gobiernos estudiados, en cuanto a su ideología y práctica política. Tanto en el gobierno de C ampora como el de Allende es posible reconocer la misma lucha de los actores políticos subalternos por mejorar su situación, poner en valor la justicia social y acceder al poder político. Tanto el peronismo, renovado con el espíritu del Cordobazo, como la UP fueron parte de un proceso de reivindicaciones sociales, políticas y económicas que ambos países atravesaron. Además, en sus comienzos, ambos gobiernos presentaron una situación de equilibrio de poder. En Chile se trató de una cierta armonía generada gracias al rol mediador del centro político, es decir, la DC. En Argentina, en cambio, se trató de un equilibrio gestado al interior del peronismo y derivado del amplio gabinete de C ampora que representó a todas las fuerzas peronistas.

En particular, el análisis sobre el caso argentino en el periodo estudiado permite calificar al proceso como un curso progresivo de derechización. Derechizaci n del sistema político y, en especial, del Partido Justicialista y el pensamiento peronista ortodoxo. Chile, en cambio, atravesado por las paradojas que representó la Unidad Popular, expresadas en la encrucijada de revolución o democracia, manifestó un quiebre en su estable sistema político, pero el gobierno no se transformó. La UP, a diferencia del tercer gobierno peronista, no revirtió su ideología original, así como tampoco quebr  con los grupos que la llevaron al poder, aunque se paralizó frente a la disputa interna del PC y el PS y perdió capacidad de negociación con la salida de la DC del centro político.

El gobierno de Perón no solo dio la espalada a las organizaciones políticas que lo apoyaron electoral y socialmente, sino que las expulsó de sus funciones gubernamentales y luego las persiguió y reprimió fuertemente. Las prácticas autoritarias se vuelven frecuentes y oficiales cuando el Gobierno decide respaldar a la Triple A y fortalecer el poder de los militares en su lucha contra la subversión.

En Chile, en cambio, es posible hablar, más bien, de polarización política, pues el autoritarismo crece como opción en los dos polos que se enfrentaron durante el gobierno de Allende. Se trató del radicalismo de izquierda contra el radicalismo de derecha, enmarcado en un juego de suma cero donde ninguna de las partes alcanzó la hegemonía. La UP se convirtió en un escenario de lucha entre moderados y radicales, lo que impidió que el gobierno se posicionara como el protagonista y gestor del proceso que pretendió cursar, preocupándose más por resolver temas internos que por

realizar su programa. Esta disputa se dio, principalmente, en relación con la velocidad con que se debía llevar adelante el proceso de cambios que el programa de gobierno establecía. La confrontación se generó entre los dos partidos ejes de la coalición, es decir, entre el PC, que pretendía consolidar las reformas ya efectuadas antes de seguir profundizando el proceso, y el PS, que apelaba a la radicalización del curso gubernamental y a la creación del llamado poder popular.

Por otra parte, el centro político desapareció tras el paso de la DC a la derecha. Este “cambio” de sector del Partido Demócratacristiano es un hecho central en la extrema polarización política que vivió el país, pues no existió más un mediador entre la izquierda y la derecha, quedando la lucha a dos bandas y generándose, en definitiva, un sistema bipolar en el cual no se logró conjugar el entendimiento político necesario para superar la crisis. En la derecha la polarización se gestó por la influencia del sector nacional en el PN, que vino a darle tanto una visión confrontacional que los antiguos partidos conservadores no poseían como también un fuerte carácter antimarxista. El pragmatismo también potenció a los nacionalistas, quienes en el nuevo partido, tuvieron cargos relevantes.

Es así como durante el gobierno de la UP, el sistema político chileno dejó de estructurarse en base a los tres tercios o bloques que caracterizan a las décadas anteriores. En el desarrollo de este gobierno, y producto de un proceso de polarización política e ideológica que se venía gestando en Chile desde los años sesenta, se dio paso a la imposición gradual de un sistema de partidos conformado por dos bloques polarizados y excluyentes entre sí. Estos bloques quedan conformados por el PS, PC, PR, MAPU y, luego, la IC, en el gobierno; y el PN y la DC en la oposición. La polarización llegó al extremo de que la dirección del PN, en manos de Onofre Jarpa, declaraba ilegal al gobierno constitucional y junto al movimiento de extrema derecha (con rasgos fascistas), Patria y Libertad, acuñó la tesis de la “desobediencia civil”, llegando a manifestar que si era necesaria la guerra civil para derrocarlo, esta se debía llevar adelante.

En ambos países, finalmente, la degradación de las democracias en beneficio de las ideas y prácticas autoritarias fue un aspecto clave para la introducción de las FF.AA. en los gobiernos. La lógica militar aplicada a la restauración del orden fue una de las experiencias más complejas, en términos del genocidio desatado y las transformaciones sociopolíticas y económicas posteriores. Las actuales democracias de Argentina y Chile prevalecen luego de soportar los primeros inestables años de la transición. Con ellas, también ha sobrevivido el constante ejercicio que implica determinar los factores que permitieron el consenso político sobre el ingreso del autoritarismo como idea válida. En ese sentido, la tarea es, todavía, fortalecer institucionalmente la democracia, tomando en consideración las tesis de Huntington y O'Donnell acerca de la inconsistencia de lo

gubernamental frente a los movimientos sociales modernos, y la de Sartori sobre las tendencias centrípetas disruptivas de los sistemas de partidos polarizados. Las lecciones que cada país rescata de los análisis propuestos es un asunto distinto a los objetivos de este artículo. Sin embargo, con todo, lo cierto es que el trabajo por la memoria histórica está en curso y su tratamiento es una responsabilidad compartida tanto por los gobiernos democráticos como por aquellos sectores de la sociedad civil que ensalzan las demandas de justicia legal y social.

Más aún, en el marco de los cuarenta años del inicio del autoritarismo, el curso de la política todavía da cuenta de ciertos rasgos del pasado y es por ello que la discusión en materia de responsabilidades y consecuencias no puede ser declarada como un proceso cerrado. Las experiencias recientes, de hecho, avalan la vigencia del debate. En Argentina, frente a la elección como sumo pontífice de Jorge Bergoglio, se reabrió la discusión acerca de la participación de la Iglesia Católica en la dictadura militar. La reciente muerte del General Rafael Videla, por otra parte, y el rechazo desatado con respecto al pasado dictatorial, dio cuenta del proceso que vivió Argentina en materia de desapego de las figuras políticas y del legado del régimen militar. En Chile la discusión presenta características muy propias, distintas de las del caso argentino y su condena social y judicial a los líderes militares dictatoriales.

El quiebre de la democracia chilena, por cierto, ha sido estudiado y analizado tanto desde la academia como desde las nociones políticas de los actores involucrados en dicho proceso, siendo estas últimas las instancias que causan mayor controversia. Por ello es importante que hoy, a cuarenta años del golpe de Estado, se estudie el proceso sociopolítico que vivió el país hasta llegar al evento del 11 de septiembre, principalmente, debido a dos aspectos. Primero, a la vigencia político-organizacional que hasta el día de hoy tiene la institucionalidad impuesta por la dictadura y que se refleja en la Constitución Política del país, que data de 1980. A pesar de las reformas realizadas a la carta fundamental (la más importante en 2005 durante el gobierno de Ricardo Lagos), la base constitucional chilena sigue siendo la misma impuesta por los militares y sus aliados civiles. El segundo tema, que está mayormente vinculado con los hechos analizados en este artículo, tiene que ver con la “oferta política” actual y el rescate que parte importante de la derecha, expresa con respecto al legado del régimen liderado por Augusto Pinochet y su demonización del gobierno de Salvador Allende. Este último aspecto está directamente relacionado con la relevancia del modelo sociopolítico resultante del régimen militar. Para entender por qué aún a cuarenta años del golpe de Estado está presente en parte importante de la sociedad chilena una imagen positiva de la dictadura militar, es necesario comenzar el análisis reflexionando acerca de la responsabilidad de todos los agentes de gobierno y oposición en el proceso de polarización política.

La polarización política experimentada por Chile y la derechización que desarrolló el gobierno en Argentina son, en definitiva, las principales dimensiones que explican el autoritarismo. En el proceso de gobierno de las democracias de ambos países en los años setenta restan todavía elementos por analizar y evaluar, como, por ejemplo, el rol específico en materia de desestabilización de los grupos armados con respecto al discurso legitimador de los gobiernos o la real consistencia de los programas políticos en relación con las demandas existentes. Con todo, es probable que los debates en torno a las reformas constitucionales y la posibilidad de establecer una Asamblea Constituyente en Chile, y las críticas sobre la concentración del poder del actual Partido Justicialista, en Argentina, vuelvan a centrar la atención en las experiencias de los setenta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Águila, Gabriela. "Dictadura y Memoria. El conflicto contrapunto entre las memorias de la dictadura en Rosario", *PROHISTORIA* 11 (2007): 91-106.
- Angell, Alan. *Chile de Alessandria a Pinochet: en busca de la utopía*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1994.
- Bartoletti, Julieta. "La CGT de los argentinos y los dilemas de la izquierda peronista" *Rev. Esc. Hist.* vol. 10, n.º2 [online] (2011). Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-90412011000200005&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1669-9041.
- Basualdo, Eduardo. "Los primeros gobiernos peronistas y la consolidación del país industrial: éxitos y fracasos", *CENDES* 22 (2005): 113-151
- Bernal Meza, Raúl. "América del Sur en el sistema mundial hacia el siglo XX". En *Argentina, Chile y sus vecinos*, tomo II. Córdoba: Editorial Caviar Bleu, 2005.
- Campione, Daniel. "La izquierda no armada en los años setenta: tres casos, 1973-1976". En *Argentina, 1976: estudios en torno al golpe de Estado*, compilado por Clara Lidia et al. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Corvalán, Luis. *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2002.
- De Riz, Liliana. "De la movilización popular al aniquilamiento (1973-1976)". En *Argentina, 1976: estudios en torno al golpe de Estado*, compilado por Clara Lidia et al., 35-58. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.

EL TERCER GOBIERNO PERONISTA Y LA UNIDAD POPULAR

- De Riz, Liliana. "Política y Partidos. Ejercicio de Análisis comparado: Argentina, Chile, Brasil, Uruguay". En *Desarrollo Económico*, vol. XXV, n.º 100 (1986): 659-682.
- Di Tella, Torcuato. *Historia argentina. Desde 1830 hasta nuestros días*. Buenos Aires: Editorial Troquel, 1993.
- Fernandois, Joaquín; Leon, Michelle. "¿Antinomia entre democracia y gobierno militar? Chile y Argentina en el momento de incertidumbre (1955-1973)". En *Argentina, Chile y sus vecinos*, tomo II, compilado por Pablo Lacoste, 93-142. Córdoba: Editorial Caviar Bleu, Colección Cono Sur, 2005.
- Fontanals, Gustavo. "Diagnósticos Autoritarios en la Argentina reciente: de la modernización a la reacción. La revolución argentina y el camino al proceso de reorganización nacional", *Rev. Esc. Hist.* vol. 8, n.º 1 [online] (2009). Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-90412009000100003&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1669-9041.
- Fraga, Rosendo. "Las fuerzas de centro-derecha en Chile y Argentina (1946-1996)". En *Argentina-Chile ¿Desarrollos paralelos?*, compilado por Torcuato Di Tella, 201-212. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1997.
- Gordillo, Mónica. "Sindicalismo y radicalización en los setenta: las experiencias clasistas". En *Argentina, 1976: estudios en torno al golpe de Estado*, compilado por Clara Lidia et al., 59-84. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Gumucio, Rafael y Claudio Vázquez. *El desafío de la soberanía popular*. Santiago: CESOC, 1988.
- Huntington, Samuel. *El orden político en las sociedades en cambio*. Buenos Aires: Piados, 1991.
- Lacoste, Pablo. "Argentina y Chile. Entre las esferas de influencia y la cooperación (1810-2000)". En *Argentina, Chile y sus vecinos*, tomo I, compilado por Pablo Lacoste, 29-92. Córdoba: Editorial Caviar Bleu. Colección Cono Sur, 2004.
- Linz, Juan. *La quiebra de las democracias*. México DF: Editorial Alianza Mexicana, 1990.
- Morlino, Leonardo; Sartori, Giovanni. *La comparación en Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza, 1994.
- O'Donnell, Guillermo. *El Estado burocrático autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1982.
- O'Donnell, Guillermo. "Estado y alianzas en la Argentina: 1956-1977". En *Desarrollo Económico*, vol. 16, n.º 64: 76-91. Buenos Aires, 1977.

- Paredes, Alejandro. "La Operación Cóndor y la guerra fría", *Revista UNIVERSUM* 19 (2004): 122-137.
- Paredes, Alejandro. "Las Prácticas Políticas de los exiliados chilenos en Mendoza y su incidencia en Chile (1970-1989)". *Revista UNIVERSUM* 18 (2003): 133-146.
- Romero, Luis Alberto. *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Rouquié, Alan. *El Estado militar en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Emecé, 1984.
- Scully, Timothy. *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. Santiago: CIEPLAN, 1992.
- Servetto, Alicia. "El sentido político de las intervenciones federales en el tercer gobierno peronista: "desplazar" a los infiltrados y "depurar" el peronismo". *Rev. Esc. Hist.* vol. 8, n.º 2 [online]. 2009. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-90412009000200009&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1669-9041.
- Valenzuela, Samuel. *Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile*. Santiago: Centro de Estudios Públicos, 1995.
- Yochelevzky, Ricardo. *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2002.

MEMORIA, IMAGINACIÓN, ARCHIVO. UNA APROXIMACIÓN A LAS METÁFORAS DE LA MEMORIA *

LIOR ZYLBERMAN **

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE GENOCIDIO, UNTREF/CONICET

R E S U M E N

A lo largo de la historia los diferentes pensadores que se refirieron a la memoria han empleado la metáfora como figura retórica para explicar su funcionamiento ("memoria fotográfica", "palacios de la memoria", entre tantas otras). En la actualidad quizá la metáfora que compara al cerebro con una computadora o la metáfora del archivo son las más frecuentadas. Este artículo se propone presentarlas críticamente dando cuenta de sus limitaciones; si bien ellas pueden sugerir cómo se dan los procesos de almacenamiento y sus funciones, resultan insuficientes ante la cuestión del sentido que brinda la memoria. A partir de esas críticas y estableciendo un marco teórico multidisciplinario, donde confluirán las investigaciones de neurocientíficos (Steven Rose, Gerald Edelman), estudios sobre memoria (Aleida Assmann), aportes de sociólogos (Alfred Schutz) y psicólogos (Lev Vygotsky), se apreciará la *creatividad* como elemento distintivo de la memoria dando espacio, de este modo, para pensar el lugar de la imaginación en nuestra relación con el pasado.

PALABRAS CLAVES: Memoria, archivo, metáforas, imaginación, sentido

MEMORY, IMAGINATION, ARCHIVE. AN APPROACH TO THE METAPHORS OF MEMORY

Throughout history different thinkers who addressed memory have used the metaphor as figure of speech to explain its operation ("photographic memory", "Palaces of Memory", among many others). Today, perhaps the most used are the metaphor that compares

* Artículo recibido el 18 de marzo de 2013 y aceptado incondicionalmente el 18 de mayo de 2013.

** Lior Zylberman finalizó su Doctorado en Ciencias Sociales (UBA), es magister en Comunicación y Cultura (UBA) y licenciado en Sociología (UBA). Es profesor en la carrera de Diseño de Imagen y Sonido (FADU-UBA). Actualmente es becario del Conicet y forma parte del equipo de investigación del Centro de Estudios sobre Genocidio de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Es secretario general de la Asociación Argentina de Estudios sobre Cine y Audiovisual, miembro del staff editorial de la revista Cine Documental y de la Revista de Estudios sobre Genocidio. En sus investigaciones, artículos y capítulos de libros ha abordado las relaciones entre cine, imagen, memoria, dictaduras y genocidios. E-Mail: liorzylberman@gmail.com

the brain with a computer or the archive metaphor. This article aims to present them critically pointing their limitations, they can suggest how the storage processes works and the functions of memory but they are inadequate in the question of meaning. Based on these reviews and establishing a theoretical framework where neuroscientists (Steven Rose, Gerald Edelman), memory scholars (Aleida Assmann), sociologists (Alfred Schutz) and psychologists (Lev Vygotsky) converge, we will think the memory as a creative process, giving space to think the place of imagination in our relationship with the past.

KEY WORDS: Memory, archive, metaphors, imagination, meaning

Comúnmente las ciencias apelan a comparaciones metafóricas para explicar sistemas y modelos, o con el fin de aclarar e ilustrar el funcionamiento de las complejidades que estudian en forma clara y precisa. La metáfora, siguiendo al *Diccionario de uso del español* María Moliner, es un tropo que “consiste en usar las palabras con sentido distinto del que tienen propiamente, pero que guarda con éste una relación descubierta por la imaginación”. Derivado del vocablo griego *metaphorá*, “traslado”, “metáfora” significa trasladar e identificar dos términos, de tal manera que para referirse a uno de ellos se nombra al otro: “Empleo de una palabra en un sentido parecido, y sin embargo diferente del sentido habitual”¹. La metáfora es también una figura retórica que tiene como característica denominar algo a través de su semejanza o analogía con otra cosa. Es decir, se describe o califica un objeto a partir de otro alcanzando, de este modo, un cambio semántico. Dentro de las caracterizaciones de la metáfora encontramos la explícita y la implícita, dependiendo si se nombra o no a los dos términos.

En nuestra vida diaria solemos hacer uso de metáforas para referirnos al funcionamiento de nuestra cotidianeidad y, en esa dirección, las empleamos cuando nos referimos a la memoria. Solemos decir que cuando una persona recuerda en forma vívida una escena, ella posee “memoria fotográfica”; es decir, comparamos su percepción del recuerdo con una foto, como si su recuerdo emergiera a partir de la contemplación de una foto. En el uso de esta metáfora se esconde la idea de que una persona tiene una “buena memoria”. Ahora bien cuando nuestra memoria recuerda ¿funciona como si estuviéramos viendo una fotografía en nuestro cerebro?

Este uso metafórico para referirnos a la memoria que efectuamos en nuestra cotidianeidad, no es exclusivo de ese ámbito. A lo largo de la historia las ciencias se han servido de metáforas para dar cuenta del funcionamiento y explicitar las características de la memoria. Muchas de estas metáforas se han impuesto en la vida cotidiana saltando las fronteras de las ciencias, como la idea de “lugar de memoria” o bien la comparación del cerebro y, por ende, de la memoria, con una computadora.

1 Oswald Ducrot y Tzvetan Torodov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* (México: Siglo XXI, 1991), 319.

Quizá las características en común que poseen todas las metáforas de la memoria es que se refieren a su funcionamiento, a su *almacenamiento* o a la *recuperación* de los recuerdos. Sin embargo, como señalan sus estudiosos, la memoria se caracteriza más por crear *sentido*, que por reproducir un recuerdo exacto del pasado. Así, vemos que las metáforas se vuelven ineficaces para dar cuenta del sentido.

Aleida Assmann² y Steven Rose³ han hecho, cada uno, un sugerente recorrido por las diferentes metáforas de la memoria que se han empleado a lo largo de la historia. Si bien retomaré algunas de sus consideraciones, mi propósito en el presente artículo es detenerme en dos de ellas: la metáfora de la computadora y la metáfora del archivo. La primera será revisada sucintamente, el propósito con ella es reparar en la "cuestión del sentido". Dicha cuestión es quizá la falla más común de las metáforas de la memoria; mientras se logran sugerentes comparaciones para dar cuenta del uso, guardado y recuperación de los recuerdos o información, las metáforas resultan ineficaces para explicar la producción del sentido de los recuerdos. Retomando la metáfora de la memoria fotográfica, no es lo mismo recordar un detalle visual que el sentido de ese detalle: las metáforas sirven para designar pero no para significar, cual *índices* pierceanos, las metáforas designan, "esto es", pero no dan lugar a "esto quiere decir".

En la segunda parte de este artículo me detendré a pensar algunas cuestiones en torno al archivo y su relación con el sentido y la sucesión de generaciones. Si bien la idea del archivo posee una larguísima tradición histórica, mi indagación tendrá como fin pensarlo como imagen, como índice o huella. Por último, complementaré lo expuesto en las secciones previas con el trabajo de la imaginación. Como se verá, nuestra relación con el pasado requiere de *creación*, y es allí donde la imaginación emerge como la actividad creadora por excelencia, llevándonos a repensar nuestras formas de relacionarnos tanto con nuestros contemporáneos como con nuestros predecesores.

I. LA MEMORIA COMO LA MEMORIA DE LA COMPUTADORA

Aunque la metáfora de la computadora cobró impulso desde la aparición de este artefacto, ella viene a cerrar un trayecto iniciado con Descartes. Tanto la tajante separación que el filósofo estableció entre cuerpo y alma como el quiebre que su obra significó para la ciencia moderna, hizo que su visión

2 Aleida Assmann, *Cultural Memory and Western Civilization* (Cambridge: Cambridge University Press, 2011).

3 Steven Rose, *The Making of Memory* (New York: Anchor Books, 1992).

de la memoria fuera capaz de resumir casi la totalidad de las metáforas; en Descartes las metáforas de almacenamiento y las de inscripción⁴ coinciden en la ubicación orgánica que le otorgaba a la memoria en la glándula pineal:

Así, cuando el alma quiere recordar algo, esta voluntad hace que la glándula, inclinándose sucesivamente hacia diversos lados, impulse los espíritus hacia diversos lugares del cerebro, hasta que encuentran aquel donde están las huellas que ha dejado el objeto que se quiere recordar; pues estas huellas no son otra cosa sino que los poros del cerebro por donde los espíritus salieron antes a causa de la presencia de dicho objeto, adquirieron por esto más facilidad que los otros para que los espíritus que llegan a ellos los abran nuevamente de la misma manera; de suerte que, al llegar los espíritus a estos poros, entran en ellos más fácilmente que en los otros, suscitando así un movimiento que representa al alma el mismo objeto y hace a esta conocer que es aquel que quería recordar⁵.

La metáfora cartesiana posee dos características: por un lado, da marco a muchas de las ideas modernas sobre los mecanismos de la memoria, por el otro, contiene en su interior otra metáfora, la hidráulica. En esta dirección, Steven Rose ha propuesto pensarla como un tipo de metáfora poética. A la vez, resulta sugerente recordar que, en siglo XVIII, con el descubrimiento de Luigi Galvani de la electricidad animal, el sistema nervioso dejó de ser considerado según el modelo hidráulico para ser concebido como un laberinto eléctrico. En consecuencia, el cerebro se transformó en el primer sistema de señales telegráficas y, al principio del siglo XX, en un sistema telefónico según el neurofisiólogo Charles Sherrington. Con la invención de la computadora, una nueva comparación no tardaría en llegar para explicar el cerebro humano.

La computadora, como el cerebro, puede manipular, comparar y transformar información, y en las sucesivas décadas se trató (y aún se trata) de complementar y trasladar teorías cerebrales hacia las computadora y, a la inversa, sistemas informáticos hacia modelos neuronales. El conexionismo, por ejemplo, basado en la idea de que el cerebro está compuesto por un ensamble de neuronas con múltiples conexiones entre sí, es uno de estos modelos.

4 Como sugiere Aleida Assmann, las metáforas de la memoria actúan como figuras de pensamiento antes que de habla; de este modo, según el trabajo pionero del filólogo Harald Weinrich, básicamente existen dos metáforas centrales y, posteriormente, variaciones a partir de ellas: el almacenamiento y la tabla. Para Steven Rose, los tres tipos de metáforas son: la *poética*, que provee una útil analogía visual; la *evocativa*, cuando un principio es transferido a otro, y la metáfora como afirmación de la identidad estructural o de organización (*statement of structural or organizational identity*). Rose, *The Making*, 72.

5 René Descartes, *Las pasiones del alma* (Madrid: Edaf, 2005), 88.

Reflejo de la tecnología predominante y más avanzada de nuestra época, esta metáfora se caracteriza por articular varias otras: la de archivo y almacenamiento, la del espacio y la del tiempo (debido a su inmediatez). Quizá una de las marcas más fuertes de esta metáfora sea la de la memoria *representacional*: el cerebro, y la memoria, crea imágenes dentro de sí y el recuerdo es la proyección de ellas; la representación, a su vez, se coloca a la par de la idea de *reproducción*. Por otro lado, en numerosas oportunidades la noción de *codificación* resulta confusa, pues asimila dicho proceso cerebral al que realizaría cualquier máquina. Los neurocientíficos reconocen la capacidad del cerebro de crear y darse imágenes mentales, pero Gerald Edelman⁶ advierte que no hay que confundir “sentido con representaciones mentales”. Por otro lado, la máquina presupone una igualdad de engranajes y conexiones, enlaces que permitirían una y otra vez *replicar* la acción y su resultado. Sin embargo, mientras que dos tarjetas de memoria de una computadora son exactamente iguales, las billones de conexiones del cerebro nunca son exactas: no hay dos cerebros iguales, ni siquiera el cerebro de dos gemelos. La variabilidad del cerebro humano, y sus conexiones, se encuentra íntimamente imbricada con las consecuencias históricas de su propio desarrollo y del historial *experiencial* que lo moldea en forma única. Aunque el cerebro sirve como modelo para pensar el funcionamiento de las máquinas, un microprocesador que solo utiliza complejas colecciones de algoritmos queda lejos de agotar la diversidad de operaciones que efectúa el órgano humano; así, lejos de “encajar en un slot”, las conexiones entre neuronas se establecen de manera paulatina con un importante margen de variabilidad y están sujetas a una selección por medio de ensayo y error.

Lo cierto es que la memoria no reside en una única neurona o célula, sino que la conexión entre ellas es mucho más compleja que la de la computadora. La metáfora del cerebro/computadora falla porque el sistema neuronal, a diferencia del de la computadora, es radicalmente indeterminado. La computadora puede replicar una larga cadena de números, y la memoria humana también; pero, tal como Rose lo demuestra en un simple experimento, esa cadena se recuerda ya que la misma puede ser una larga serie de números de teléfonos o fechas importantes. Es decir, si la recordamos es porque somos capaces de encontrarle *sentido* a esa cadena. Esto lleva a la conclusión de que el cerebro *no trabaja con información* en la comprensión informática del término. La memoria es más que información, es *información y sentido*. El sentido es un proceso histórico y se desarrolla debido a la interacción de la persona con su entorno natural y social; dado que cada vez que recordamos trabajamos y transformamos nuestras memorias, ellas no son un “simple llamado” al almacén que, una vez consultado, vuelve a guardar el recuerdo en forma inalterada. Como recreación, la memoria es creación.

6 Gerald Edelman, *Wider than the sky* (New Haven: Yale University Press, 2004), 105.

Curiosamente, Edelman se ha valido de una metáfora, de una analogía, para explicar su concepción de la memoria. A partir de la comparación con los procesos de fundido y congelamiento de un glaciar⁷, explica que la memoria es robusta, dinámica, asociativa y adaptativa; una memoria creativa, que busca sentido y coherencia en cada instante, siendo cada acto de memoria un acto de imaginación. Estas caracterizaciones esgrimidas por Edelman son las que se omiten en las diversas metáforas que se utilizan para hablar de la memoria.

II. ARCHIVO Y EL ARCHIVO COMO IMAGEN

La palabra archivo deriva del griego *arkhe* y posee varios significados: fuente, principio u origen; a su vez el propio término archivo (*arkheion*) se refiere en ese idioma al “registro público”. Desde el principio, entonces, el archivo traba relación con la burocracia, la escritura, los documentos y la administración pública. De hecho, como señalara John Tagg⁸, los primeros archivos visuales, a fines del siglo XIX, fueron los policiales. El archivo y los diversos sistemas de archivos, por su función, han alcanzado un lugar preponderante en las metáforas de la memoria, sobre todo en aquellas que se asocian a las del tipo de almacenamiento. Es que el archivo, por su propia naturaleza, es, a la vez, metáfora de memoria y lugar *real* de almacenamiento.

El constante acopio de objetos, escrituras e imágenes ha conformado una verdadera red de almacenamiento que ha traído problemas tanto en su funcionamiento como en su propósito mismo, es decir, el almacenamiento y guardado. Una película como *Brazil* (Terry Gilliam, 1985), por ejemplo, se ha valido de esto para dramatizar tanto la forma del almacenamiento burocrático como los problemas que conlleva. Es decir, a la vez que el archivo registra y guarda, también crea residuos preservados para un futuro indefinido. Así, como sugiere Aleida Assmann⁹, una forma económica de organización se convierte en un testigo histórico del pasado. Si aceptamos al archivo como metáfora de memoria, podríamos decir que quien controla los archivos controla la memoria. Por lo tanto, aquellas instituciones que controlan archivos poseen un poder sobre el pasado.

Ante semejante cantidad de información (el archivo es información), este puede ser estudiado a partir de tres aspectos nodales: *selección, conservación y accesibilidad*.

7 Gerald Edelman y Giulio Tononi, *El universo de la conciencia. Cómo la materia se convierte en imaginación*, (Barcelona: Crítica, 2002), 125-126.

8 John Tagg, *El peso de la representación. Ensayos sobre fotografías e historias* (Barcelona: Gustavo Gili, 2005).

9 Aleida Assmann, *Cultural Memory*, 328

Los archivos pueden estar abiertos o cerrados, con graduaciones entre medio. Y el acceso o imposibilidad de acceder no solo define el conocimiento, sino también al grupo o colectivo que puede acceder o no a él: el archivo entonces, empleando una noción del sociólogo Alfred Schutz, se refiere a una *distribución social del conocimiento*. Todo archivo, ya sea público o privado, se encuentra bajo la protección de “profesionales” de *especialistas*, de expertos para aplicar la escala de Schutz¹⁰. El profesional, el experto, es responsable de la protección del archivo, de la salvaguarda de sus contenidos, inventarios, etc., e incluso de su restauración¹¹.

Cada época posee sus propios principios de selección y evaluación, escalas de valores que no siempre son compartidas por las siguientes generaciones. Por lo tanto, el archivo debe ser pensado no solo como lugar de información y continuidad, sino también como zona de lagunas, que no siempre se deben al paso del tiempo, a catástrofes naturales, guerras u otros tipos de destrucción, sino a acciones precisas, ya sean deliberadas o inconscientemente motivadas por opciones políticas. Si bien Michel Foucault desestimó la visión de archivo con la que trabajamos, yendo más allá de una definición material, lo que plantea al respecto puede ser leído bajo la noción de proceso de selección:

El archivo es en primer lugar la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares. Pero el archivo es también lo que hace que todas esas cosas dichas no se amontonen indefinidamente en una multitud amorfa, ni se inscriban tampoco en una linealidad sin ruptura, y no desaparezca al azar sólo de accidentes externos; sino que se agrupen en figuras distintas, se compongan las unas con las otras según relaciones múltiples, se mantengan o se esfumen según regularidades específicas. El archivo [...] define desde el comienzo el *sistema de su enunciabilidad*¹².

Más allá del uso metafórico, lo cierto es que en su materialidad el archivo puede ser tanto construido como destruido. En ese sentido, su mayor problema es la acumulación. Con esta problemática podemos discutir la metafórica relación entre archivo/memoria/computadora. Si bien el archivo puede “guardarlo todo”, quedando cada movimiento burocrático registrado, la memoria humana no posee dicha capacidad, es siempre

10 Alfred Schutz, *Estudios sobre Teoría Social* (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 128

11 En las últimas décadas, a la par del auge del archivo, ha resurgido la noción de patrimonio; ello ha conllevado a que el término herencia cultural sea empleado como sinónimo de archivo. Véase François Hartog, *Regímenes de historicidad* (México: Universidad Iberoamericana, 2007), 179-224

12 Michel Foucault, *La arqueología del saber* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002), 219-220.

selección y, en cierta forma “autorregula” los desperdicios¹³. En torno a esta última cuestión, el archivo, como señala Assmann, también conlleva un problema ecológico: ¿qué hacer con los desperdicios que genera el propio archivo?, ¿qué hacer cuando el propio archivo se vuelve obsoleto?, ¿qué hacer cuando el archivo se vuelve tóxico?

Es por eso que la nueva forma de archivado digital trae consigo a la vez que un nuevo formato de guardado, nuevas prácticas de conservación, dejando de lado la materialidad tradicional y modificando la relación entre permanencia y decadencia de los objetos. Tomemos por caso a la fotografía: al reproducir copias digitales en su circulación, ya no se afecta al objeto, que incluso podría haber desaparecido hace tiempo o destruido y trastocado por su forma digital. El archivo digital abre una brecha fortaleciendo la metáfora de la computadora: ha creado la posibilidad, la ilusión, de poder “guardarlo todo”. Ante la tecnología digital, la metáfora del almacenamiento se posiciona como un gigante mecanismo de anti-olvido¹⁴.

A pesar de la fortaleza de la metáfora y su enérgica ilusión, cuando pensamos en el archivo como memoria, nos enfrentamos con la diferencia que existe entre imagen-portador e imagen-objeto¹⁵. No resulta desatinado, de este modo, pensar al archivo como una imagen; como tal, el mismo no es una representación, sino una *presentificación* de un pasado (tan lejano como inmediato). Así, la problemática que asalta a la imagen también afecta al archivo; me refiero, fundamentalmente, a su sentido. El archivo-imagen-portador no es lo mismo que el archivo-imagen-objeto. Y esta distinción no se refiere a una cuestión de formato, de soporte o de tecnologías; como imagen, el archivo se enfrenta a la triple característica analítica planteada por Gombrich¹⁶: código, texto, contexto. Al tomar un mosaico de un perro procedente de Pompeya, el historiador inglés se plantea la pregunta en torno al sentido y su interpretación: ¿era una advertencia del tipo “cuidado con el perro” o sirvió como rótulo de una taberna llamada “El Perro Negro”?

13 Ha habido casos que problematizaron la “memoria total”, como el siempre mencionado ejemplo del Funes de Jorge Luis Borges o, a partir de un paciente propio, el caso de S. estudiado por Aleksandr Luria. Véase Aleksandr Luria, *The Mind of a Mnemonist* (New York: Basic Books, 1968).

14 A pesar de la virtualidad, de la aparente inmaterialidad que generan los archivos digitales, lo cierto es que ellos han traído una nueva serie de problemas. Por un lado, los inconvenientes en torno al espacio no han sido resueltos sino trasladado, cambiados de soporte: ¿dónde guardar los cd, dvd, discos rígidos, etc., con la información? A pesar de su invisibilidad, la red conocida como Internet posee cientos de miles de servidores montados a lo largo y ancho del mundo acarreado no solo problemas de espacio, sino también de medioambiente. Al respecto, véase, por ejemplo: “Google enfriará servidores con agua de mar” <http://www.ecologiaverde.com/google-enfriara-servidores-con-agua-de-mar/> (consultado el 9 de julio de 2012).

15 Apelo a estas nociones que Lambert Wiesing tomó de Edmund Husserl: al “material”, la cosa, lo denomina “portadora de imagen” (*Bildtrager*); al objeto representado, “imagen tema” (*Bildsujet*); y a la representación visible en la imagen, “imagen objeto” (*Bildobjekt*). Lambert Wiesing, *Artificial Presence* (Stanford: Stanford University Press, 2010), 18.

16 E.H. Gombrich, *The image & the eye* (London: Phaidon, 1994).

¿Cómo interpretar, entonces, correctamente la imagen? ¿Cómo interpretar correctamente el archivo, es eso posible? Si la interpretación visual se encuentra siempre vulnerable al *ruido*, lo mismo le sucede al archivo; por lo tanto, lo que Gombrich sugiere es no dar nunca por sentado el sentido de una imagen (o archivo).

Comúnmente se define al archivo como el almacenamiento de saberes, de saberes colectivos, en pos de diversas funciones. Aquí, la noción de Alfred Schutz de *Wissensvorrat*¹⁷, de acopio o de acervo de conocimiento, posee ciertas reminiscencias que hacen pensar en el archivo. Mientras que el archivo posee cierta materialidad, ya sea objetual o digital, el acervo schutziano se refiere a algo más intangible e impalpable, pero que dirige e influye en nuestras decisiones, acciones y proyectos. Así como el archivo es producido por el paso del tiempo, el acervo social de conocimiento es el extenso resultado de las experiencias de otros, tanto contemporáneos como, por sobre todo, predecesores.

Mientras que el acervo social de conocimiento es lo que permite a la persona interpretar y vivir su vida cotidiana, Aleida Assman distingue dos tipos de archivo o de memoria-archivo: el canon y el archivo. El primero se refiere a lo que una sociedad ha seleccionado y mantenido como destacado y vital para la orientación común y el recuerdo compartido: la literatura, el currículo escolar, los museos, los feriados y fiestas patrias; en cambio, la segunda es un cúmulo de conocimiento que solo es accesible para los especialistas. En cierto sentido, lo que Aleida Assmann denomina memoria canónica se encuentra más asociada a la tradición, mientras que la archivada lo está a un saber especial. Lo rico, creo yo, de la noción de acervo de conocimiento de Schutz, es que permite estudiar y seguir las “recetas” de interpretación del mundo en forma mucho más dinámica; lo canónico, que en términos schutzianos puede ser pensado como “lo impuesto”, no necesariamente regirá los proyectos de acción de cada persona. Esta diferenciación en varias categorías y formas de memoria cultural presupone una organización desde un punto de vista, justamente, cultural. El abordaje desde Schutz permite considerar a la cultura como parte de un acervo, de un campo de experiencias, mucho más amplio y creativo. A pesar de no transitar por los mismos recorridos teóricos que los de Assmann (lo inconsciente en la memoria cultural, por ejemplo), Schutz otorga preeminencia a la comunicación, no solo en la dinámica de la sucesión de generaciones, sino entre los mismos contemporáneos. Para el austríaco, esta no se centra exclusivamente en el acto de hacer saber algo, sino en la transmisión en el tiempo; al embeberse de las teorías de George H. Mead, Schutz toma en consideración tanto los diversos medios de comunicación

17 Alfred Schutz, *La construcción significativa del mundo social* (Barcelona: Paidós, 1993).

como los gestos, el lenguaje y la experiencia como formas de constitución y circulación del acervo social de conocimiento.

Quizá la distinción que plantea Endel Tulving pueda ayudar a profundizar esta cuestión. El psicólogo y neurocientífico señaló en forma muy simple algo puntual que diferencia los sistemas de memoria vivos de los “muertos” (el archivo); por otro lado, sus reflexiones permiten aclarar los límites y precisiones de las metáforas de la memoria. Así, en una entrevista, Tulving indica:

La memoria humana difiere de un mero almacenamiento físico de información por la propia virtud del sistema de usar la información para su propia supervivencia. La Biblioteca del Congreso [de los Estados Unidos], un fragmento de un video, o una supercomputadora no se preocupan por su propia supervivencia. Así que aquellos interesados en la memoria, y que sólo miran el lado del almacenamiento, esencialmente ignoran la distinción fundamental entre sistemas de almacenamiento vivos y muertos, y eso es, ignorar la esencia de la memoria biológica¹⁸.

Como hemos visto a lo largo de esta sección, la memoria debe ser ubicada “en el medio”, entre los sistemas vivos y los sistemas muertos. Las metáforas, finalmente, nos señalan la constante necesidad de mediaciones, de “memorias muertas”, para que la memoria como tal, como acceso al pasado, sea empleada. Con todo, aún resta destacar el aspecto creativo entre estos dos extremos.

III. ARCHIVO E IMAGINACIÓN

En el guardado y recuperación, el archivo comparte también otra característica típica de la vida cotidiana: la anonimidad, otro de los grandes ejes que recorren la obra de Alfred Schutz. No es mi propósito detenerme en profundidad en esta línea; su exégeta Maurice Natanson¹⁹ le ha dedicado un trabajo completo. Quisiera, por lo pronto, distinguir brevemente algunos argumentos a fin de llevar adelante el estudio aquí propuesto.

La anonimia, crucial para la comprensión de las relaciones sociales indirectas, es característica de la vida cotidiana, y no solo de nuestra relación con los predecesores. El fundamento de ello reside en que a medida que

¹⁸ En Steven Rose, *The Making*, 318.

¹⁹ Maurice Natanson, *Anonymity. A study in the Philosophy of Alfred Schutz* (Bloomington: Indiana University Press, 1986)

descendemos a tipos ideales cada vez más bajos, es decir más típicos, se deben dar más cosas por sentadas. Cuanto más se dependa de tales tipos ya hechos para construir un tipo ideal, tanto más vaga será la explicación de este último. Esto resulta obvio cuando tratamos de analizar objetos tales como el Estado o la economía; en esa sintonía, los colectivos sociales también poseen un alto grado de anonimidad.

El archivo también posee grados de anonimidad, cuanto más alejado de su tiempo de guardado se encuentre el archivo, cuanto más anónimo sea su archivero, mayor será el grado de anonimidad y de incertidumbre que posea el archivo. De este modo, el trabajo de la imaginación se inserta allí, ayudando a concebir en forma más clara a esos tipos ideales: en la medida en que los concebimos “como pertenecientes a una o más personas reales con las cuales podría tener una relación-nosotros, mi tipo ideal es más concreto y menos anónimo”²⁰, afirmó Schutz.

Es por eso que en la memoria cultural, si bien se expresa un lugar para la imaginación, ella queda, finalmente, relegada. Ante el archivo, las operaciones de la imaginación poseen un lugar preponderante; dando lugar a lo nuevo y comprendiendo lo viejo, la imaginación puede disminuir los grados de anonimidad presentando al archivo en forma más efectiva, trazando puentes entre predecesores y contemporáneos. Desde el acervo de conocimiento, la imaginación le otorga un lugar a la experiencia y sugiere que la apropiación de la experiencia indirecta puede ser vívida. Tanto para construir la realidad presente como la pasada, para crear, mantener y sedimentar sentido, la imaginación debe operar, a partir de sus cuatro formas básicas²¹, sobre el archivo.

Empleándolo como materia prima, el archivo es acopio de experiencia, y es, entonces, lugar de las experiencias indirectas. La primera forma de relación entre imaginación y realidad se sustenta en que la primera siempre se *construye con “materiales” tomados del mundo real*, la imaginación nunca crea de la nada o sin fuentes de conocimiento que pertenecen a la experiencia pasada²². A partir de las huellas, la imaginación puede crear nuevos grados de *combinación*, mezclando primeramente elementos reales, combinando después imágenes de fantasía (la sirena, los elfos, etc.) y así sucesivamente; pero los últimos elementos que integran las imágenes más alejadas de la realidad constituyen siempre impresiones de la realidad: cuanto más rica sea la experiencia humana, tanto mayor será el material del que dispone esa imaginación. De este modo, imaginación y memoria no se contraponen, sino que se apoyan mutuamente.

20 Alfred Schutz, *La construcción*, 224.

21 Tomo aquí la caracterización de la imaginación que efectuó Lev Vygotsky. Lev Vygotsky, *La imaginación y el arte en la infancia* (Madrid: Akal, 2009)

22 Vygotsky señala que “sólo las ideas religiosas o mitológicas acerca de la naturaleza humana podrían implicar a los frutos de la imaginación un origen sobrenatural, distinto de la experiencia anterior”. *Ibíd.*, 16.

La segunda forma resulta ser una combinación diferente. Ya no se da entre los elementos de construcción imaginativa y la realidad, sino entre productos preparados de la imaginación y algunos fenómenos complejos de la realidad. Vygotsky lo ejemplifica de este modo: “Cuando yo, basándome en los estudios y relatos de los historiadores o de los viajeros, me imagino el cuadro de la gran Revolución Francesa o del Desierto del Sahara, en ambos casos el panorama es fruto de la función creadora de la imaginación”²³. Aquí, la imaginación no se limita a reproducir lo asimilado en pasadas experiencias, sino que partiendo de ellas, crea nuevas combinaciones. Esta segunda forma necesita “disponer de enormes reservas de experiencia acumulada para poder construir con estos elementos tales imágenes. Si no poseyera imágenes de la sequía, de los arenales, de espacios enormes y de animales que habitan los desiertos; no se podría, en forma alguna, crear la imagen de estos desiertos”²⁴. Al contrario de lo que muchos autores suponen, la imaginación no actúa en forma absolutamente libre, sino que las formas recién mencionadas son posibles gracias a la experiencia ajena o social (o al acervo social de conocimiento). Si nadie hubiera visto ni descrito el desierto africano ni la Revolución francesa, sería completamente imposible hacerse una idea clara de ellos. Gracias a que la imaginación se encuentra conducida por la experiencia ajena, por las preinterpretaciones de los otros, ella puede obtener dichos resultados. En estas dos formas encontramos una dependencia doble y recíproca entre realidad y experiencia: en la primera forma, la imaginación se apoya en la experiencia, en el segundo caso es la propia experiencia la que se apoya en la imaginación.

La tercera forma de vinculación entre la función imaginativa y la realidad es el *enlace emocional*. Esta forma influye de manera notoria en las posibles combinaciones entre realidad e imaginación, ya que todo lo que nos provoca un efecto emocional coincidente tiende a unirse entre sí pese a que no se vea entre ellos semejanza alguna ni exterior ni interior: así, resulta una combinación de imágenes “basada en sentimientos comunes o en un mismo signo emocional aglutinante de los elementos heterogéneos que se vinculan”²⁵. Las combinaciones se producen no porque hayan sido dadas juntas con anterioridad ni porque percibamos entre ellas relaciones de semejanza, sino porque poseen un *tono afectivo común*: alegría, pesar, amor, odio, admiración, aburrimiento, orgullo, cansancio, etc., pueden hacerse centros de atracción que agrupen representaciones o acontecimientos carentes de vínculos racionales entre sí, pero que responden a un mismo signo emocional.

La cuarta y última forma de la imaginación se vincula con las anteriores, pero a la vez difiere de ellas. Consiste en que la imaginación puede

23 *Ibíd.*, 19

24 *Ibíd.*

25 *Ibíd.*, 21.

representar algo completamente nuevo, no existente en la experiencia ni semejante a ningún objeto real, pero que luego se convierte en objeto y cobra realidad. Vygotsky ejemplifica esta forma a partir de cualquier aditamento técnico, cualquier máquina o instrumento. No es la *pura* imaginación, sino la imaginación creadora.

El archivo, entonces, necesita de la imaginación para despejar los grados de anonimidad, para traer al presente ese pasado incierto, para poder *dialogar* con él, para que el archivo cobre significatividad a ojos de los contemporáneos. Sin la imaginación, los documentos son tan solo papeles, y el mosaico al que Gombrich se refiere, una unión de “piedras”. La imaginación, en el acervo de conocimiento, permite integrar las preinterpretaciones de los otros a nuestras propias interpretaciones creando así una dinámica propia.

V. CONCLUSIONES

Las metáforas de la memoria han servido para comprender la necesidad de las mediaciones a la hora de compartir el pasado en forma tanto personal como social; si estas resultan imprescindibles, también lo es la tecnología. Por otro lado, las metáforas han expresado antes que una explicación, un deseo: la posibilidad de guardarlo todo, de conservar la experiencia originaria en forma prístina.

Al estudiarlas críticamente, llegando al archivo como metáfora contemporánea, nos enfrentamos ante la problemática del sentido, problemática que es característica de la memoria. Las metáforas han dado cuenta de modelos de guardado pero no de recuperación del sentido; entonces, es allí donde se debe observar el trabajo de la imaginación, cómo ella, a partir de sus cuatro formas, toma la “materialidad”, la huella, para combinarla y transformarla en posible recuerdo, dándole a ese pasado un sentido específico.

Señalé que la memoria es creativa, no reproductiva, y adaptativa; es decir, ni la memoria ni tampoco la imaginación dan cuenta del pasado “tal como ocurrió”. Memoria e imaginación se ubican en sintonía con el sentimiento, con la pragmática del presente para dar sentido al *aquí* y al *ahora*, pero también lo hacen a partir de expectativas y deseos. De este modo, la memoria y la imaginación en su trabajo conjunto poseen una raigambre, se sustentan, en las emociones del presente. Es así como el sentido emerge y logra sedimentarse. La transmisión, por medio del acervo de conocimiento, nunca es una réplica, el sentido se va acomodando, tensionando el pasado con el presente y con vistas al futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Assmann, Aleida. *Cultural Memory and Western Civilization*. Cambridge: Cambridge University Press, 2011.
- Descartes, René. *Las Pasiones del alma*. Madrid: Edaf, 2005.
- Ducrot, Oswald y Tzvetan Todorov. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. México: Siglo XXI, 1991.
- Edelman, Gerald. *Wider Than the Sky*. New Haven: Yale University Press, 2004.
- Edelman, Gerald y Giulio Tononi. *El universo de la conciencia. Cómo la materia se convierte en imaginación*. Barcelona: Crítica, 2002.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Gombrich, E.H. *The Image & the Eye*. London: Phaidon, 1994.
- Hartog, François. *Regímenes de historicidad*. México: Universidad Iberoamericana, 2007.
- Luria, Aleksandr. *The Mind of a Mnemonist*. New York: Basic Books, 1968.
- Natanson, Maurice. *Anonymity. A Study in the Philosophy of Alfred Schutz*. Bloomington: Indiana University Press, 1986.
- Rose, Steven. *The Making of Memory*. New York: Anchor Books, 1992.
- Schutz, Alfred. *Estudios sobre Teoría Social*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- . *La construcción significativa del mundo social*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Tagg, John. *El peso de la representación. Ensayos sobre fotografías e historias*. Barcelona: Gustavo Gili, 2005.
- Vygotsky, Lev. *La imaginación y el arte en la infancia*. Madrid: Akal, 2009.
- Wiesing, Lambert. *Artificial Presence*. Stanford: Stanford University Press, 2010.

MEMORIAS DEL GOLPE: LA FUNCIÓN DE LA MEMORIA Y LA POSICIÓN SIMBÓLICA*

JAIME COLOMA ANDREWS**
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

R E S U M E N

En el presente texto se aborda el tema de las memorias del Golpe a partir de ciertas distinciones conceptuales en lo que se refiere a la función de la memoria. Teniendo en cuenta algunos recuerdos de esa época cruenta, se alude al efecto individual y se agrega la interpretación sobre la influencia simbólica de este periodo en la cultura. Considerando cierta coincidencia entre la ocurrencia de la dictadura y el tránsito del modernismo al posmodernismo, se postula la existencia de cambios radicales en el campo de lo simbólico que reflejan a la primera como una hipertrofia valórica y violenta de ciertos rasgos del segundo.

PALABRAS CLAVE: Memoria experiencial y memoria inconsciente, hipertrofia de lo fáctico, lo traumático, "lo Otro", Sujeto de lo inconsciente y posición simbólica.

MEMORIES OF THE COUP: THE FUNCTION OF MEMORY AND THE SIMBOLIC POSITION

The following work addresses the matter of the Memories of the Coup starting from certain conceptual distinctions regarding the function of memory. Considering some memories of that ferocious time, it refers to the individual effect, no doubt, of them,

* Artículo de autor invitado

** Psicólogo clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Psicoanalista, magíster en psicología clínica. Profesor titular de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Fundador del ICHPA (sociedad chilena de psicología analítica) y miembro fundador del FLAPSIP (federación latinoamericana de psicoterapia psicoanalítica y psicoanálisis). Recientemente publicó el libro *El oficio en lo invisible*. Los derechos del paciente en la práctica psicoanalítica, donde reúne gran parte de sus artículos y pensamiento. E-mail: jcolomq@uc.cl

*** Me parece importante aclarar que el uso de conceptos lacanianos no intenta dar cuenta del pensamiento de Lacan. Su empleo está tramitado por el criterio personal del autor de este escrito, que no pretende transmitir exactitud conceptual.

MEMORIAS DEL GOLPE

thus adding to the substance of this article the interpretation of the symbolic influence of this period on culture. Taking into account the coincidence of the occurrence of the Dictatorship with the transition from Modernism to Post Modernism, this article puts forward radical changes in the field of the symbolic reflecting the dictatorship as a violent value hypertrophy of certain features of Modernism.

KEY WORDS: Experiential memory and unconscious memory, hypertrophy of the factual, Trauma, "the Other", Subject of the Unconscious and symbolic position.

I. LO CONCEPTUAL RESPECTO A LA IDEA DE MEMORIAS

La palabra *memorias*, inserta en el título de estas ponencias escritas, induce a considerar campos semánticos variados. Entiendo el tema como una demanda personal en el rescate de remembranzas, dado que me resultaría desatinado adjudicarme la capacidad de describir detalladamente el efecto cultural social de las memorias del Golpe. Al respecto solo puedo dar cuenta de mi experiencia y mi interpretación individual como testigo de esa época. Respecto al efecto a nivel cultural, me limitaré a deducir un rasgo general que quedará explicitado al terminar este artículo.

En un sentido global cabe diferenciar entre los *recuerdos* y la *memoria*, ítem, este último, en el que también habría que hacer una distinción. La *memoria evocativa* está llena de recuerdos, pero la *memoria* misma, a mi entender, se define plenamente en lo que, por ejemplo Lersch, psicólogo alemán, hace ya muchos años llamó en su libro *La estructura de la personalidad*, "memoria experiencial"¹.

Tendríamos así, *recuerdos* que aparecen en forma espontánea como situaciones particulares asociadas pasivamente a circunstancias que los despiertan, *recuerdos* activamente rescatados por la memoria evocativa y *memoria experiencial*, que abarca, en el modo como yo empleo el término, zonas amplias del sistema inconsciente freudiano y que encamina el sentido del comportamiento². En unos párrafos más adelante, al exponer el tema del *trauma* como registro de eventos dolorosos que sobrepasan los filtros con que se procesa naturalmente lo que ocurre en la vida, podremos referirnos también a lo que se llama *recuerdos traumáticos*. Estos tienen características muy especiales: se repiten figurativamente en la vida de vigilia y sobre todo en la vida onírica, produciendo sueños traumáticos y perturbando el orden representacional colindante, en aquello que se liga a la experiencia

1 Philipp Lersch, *La Estructura de la Personalidad* (Barcelona: Scientia, 1966)

2 Para ver en mayor profundidad el concepto de inconsciente, ver Sigmund Freud, "La interpretación de los sueños", en *Obras Completas vol. V* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1900).

perturbadora³.

Consciente de la gran complejidad del tema de la memoria, nombro estas distinciones en general, solo con el propósito de definir el campo sobre el cual redactaré este escrito.

Entenderé la *memoria experiencial* como lo referido a la impronta múltiple, duradera e inconsciente en las representaciones de sí mismo, de todo aquello que en la historia de la cotidianidad individual fue viviéndose significativamente. Es, en mi criterio, una memoria en la cual se dibuja, al modo como se distribuyen los agujeros de una colmena, huellas diferenciales en las que su contenido, por una parte, preserva, como una marca, lo ocurrido. No obstante esta memoria también anota los entornos que distinguen los hechos entre sí, más allá de los meros contenidos de esas referencias reales. Queda, entonces, al interior de sus perfiles, apta para ser llenada transitoriamente por el flujo de los sentimientos, emociones y acontecimientos vividos en cada instante de la vida.

Estos dibujos figurativos que imprimen la diferencia entre cada evento singular aportan el bosquejo formal sobre el cual cada vivencia nueva se ajusta a la silueta de *lo ya grabado* en el orden de esa vivencia, tanto cómo gesta *otro cuño naciente* en la paulatina construcción del modo de ser de cada individuo. Es por esto que afirmo que buena parte de esa *memoria experiencial* anida en los sistemas inconscientes freudianos, concebidos, desde Lacan, como el registro simbólico⁴. En este sentido, en la memoria experiencial imperarían articulaciones propias de lo que Freud llamó procesos primarios⁵ (en los que no se consideran ni los principios de identidad ni las constancias espaciotemporales) tanto como la posición de un Sujeto de lo inconsciente⁶.

Entiendo así la *memoria experiencial* porque me parece que en ese registro mnémico se conservan de modo indeleble, guiados por la pulsión y el deseo inconsciente (vale decir según la articulación de los procesos primarios) tanto *los hechos* ocurridos evolutivamente, es decir *su contenido*, como *el perfil con que se amalgaman esos hechos*, al modo como podría observarse un rompecabezas en su reverso, entendiendo que cada pieza se corresponde con el registro de cada evento particular, por mínimo que sea. Conservar este perfil supone afectar los modos de articulación del pensamiento y, por ende, la amplitud o reducción, la flexibilidad o rigidez de los conceptos incluidos en cada acto cognitivo.

Concebir así esta temática permite asumir que los enfoques mnésicos valen tanto por los eventos registrados como por la dinámica de las periferias conectivas que esos sucesos establecen entre sí. Entiendo que

3 Sigmund Freud, "Más allá del principio de placer", en *Obras Completas vol. XVIII* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1920).

4 Elisabeth Roudinesco y Michel Plon, *Diccionario de Psicoanálisis* (Buenos Aires: Paidós, 1998).

5 Freud, "La interpretación de los sueños".

6 Roudinesco, *Diccionario*.

esto no es menor, porque los hechos mismos se diluyen progresivamente hasta el olvido, pudiendo ser rescatados solo por la *memoria evocativa*. Pero el mapa de circuitos simbólicos que graban esos hechos queda, de ahí en adelante, encauzando de un modo diverso el registro futuro de los eventos de la existencia.

La dictadura, por ejemplo, persiste en la memoria no solo por las acciones brutales que recordamos sus opositores, sino, a la vez, por la transformación de los contornos representacionales que articulan las ideas entre sí. A partir de ese momento histórico, mucho de lo que se conocía como letra se convirtió en fáctico, abriendo así el pensar a otras posibilidades de articulación simbólica que las tradicionales hasta el momento. La vivencia de ser chileno de esa época incluyó que, v.gr., la diferencia ideológica se enlazara con la posibilidad de ser reprimido institucionalmente o con ser fuente de poder sobre aquellos que disientían.

La diferencia ideológica amplió, así, su ámbito de significación implicando, por tanto, la opción entre ser víctima o ser victimario, ser justo o perseguido, o desde otro ángulo, ser adecuado en lo intelectual o idealista poco avezado. Las conversaciones mismas se practicaron verazmente dentro de los grupos afines, reduciendo la naturalidad de lo expresado cuando se compartía con personas de diversa ideología. Vale decir, los campos semánticos de las representaciones cambiaron sus fronteras y alteraron las identidades que habían sido habituales hasta ese momento, tanto en lo referente a la identidad de las ideas como respecto a la identidad del que las formulaba. Conversar “hablando a medias” aporta una imagen de sí mismo distinta de aquella en la cual se puede dialogar con franqueza. De este modo se afectó, por lo menos en la forma en que yo lo entiendo, el registro simbólico de los sujetos y, por ende, su posición simbólica respecto a su pertenencia cultural.

Por otra parte, habría que entender la *memoria experiencial* determinada por la atemporalidad del sistema inconsciente que describió Freud⁷. Solo los recuerdos evocados se someten a una inscripción acorde con un antes y un después. La *memoria experiencial*, dado que su tejido se va hilando de un modo altamente proteico y retrospectivo, no lo hace. Pensando en esta atemporalidad, se llega a comprender que los registros de la *memoria experiencial* son cambiantes en el contenido de los recuerdos de acuerdo a la existencia, pero, a la vez, permanentes en la estructura formal por obra de esa atemporalidad. Es esta doble condición –de cambio y permanencia– la que hace que estas huellas mnémicas se entremen significativamente en las diversas posiciones simbólicas que cada persona desarrolla en forma constante.

7 Freud, *La interpretación*, 1900

La memoria experiencial debería entenderse como un *efecto de lenguaje*, en oposición al registro de los eventos diversos y particulares, que es la meta de la memoria evocativa. Y en tanto efecto de lenguaje, esta memoria experiencial afecta tanto al individuo como, por una sumatoria inductiva de las historias particulares, al grupo social y, posteriormente, a la cultura global del entorno. Esta idea de *sumatoria inductiva* me sirve para determinar que los eventos particulares se acumulan progresivamente hasta un punto en el cual la situación en juego se transforma cualitativamente, al modo como el modernismo derivó en lo que se ha denominado posmodernismo.

Así sería, por tanto, que los múltiples eventos singulares que se dieron con el Golpe confluyeron a lo largo del tiempo en una variante cultural que legitimó que el pensamiento podía ser orientado por un acto de poder. El acto de poder gestado con el “pronunciamiento militar” (término que algunos partidarios de la Junta emplean para reducir caricaturescamente la violencia de su instalación) se tradujo culturalmente en una hipertrofia de lo fáctico versus lo conceptual, dejando como confrontación preferencial el apoyo en lo que sustentaba como evidente.

Pues bien, *memorias*, entonces, se asimila por una parte a *recuerdos* plurales y por otra a *memoria* en singular. Esta *memoria* en singular se corresponde con lo que engloban los registros simbólicos. Vale decir, la demanda implícita en el tema alude tanto a los contenidos de aquellas reminiscencias como al efecto de memoria en el simbólico cultural individual y en el simbólico cultural social de este país posgolpe.

II. LO TRAUMÁTICO

La memoria involucra también, como adelantábamos en párrafos anteriores, una consideración de lo traumático. En la medida en que resiste al olvido y persiste en el enfoque emocional de aquello que cada vez es registrado como diferencia, el trauma es memoria. El trauma es el efecto de un hecho exterior violento que afecta al sujeto desarticulando sus representaciones habituales, especialmente en el área en que esas representaciones específicas se articulan entre sí. El aparato psíquico se perturba localmente, en su capacidad de asimilación y acomodación a la existencia. La vecindad representacional alrededor del trauma queda irradiada, trastornando, desde lo lesivo, la consistencia entre pensamiento y circunstancias vividas en lo referido a ese punto.

Los traumas, tal como los conceptualiza Freud, invaden los sistemas de modo que en su campo de acción perturban los ámbitos conectados con ellos⁸. Los desarticulan, les hacen perder coherencia, los imantan en torno

8 Freud, “Más allá del principio del placer”.

MEMORIAS DEL GOLPE

al evento traumático, de modo de alterar el recuerdo, transformando los hechos desde esa subjetividad dolorosa y prevalente. Entran en la memoria, ingresando en la propia identidad un tipo de violencia que hasta ese momento no se consideraba normal. La anormalidad se hace parte de la norma. Lo que parecía estable empieza a estar constantemente amenazado de inestabilidad. Este es el peso de los traumas.

Para buena parte de los chilenos, el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 fue traumático y entró en la memoria como en las pantallas de televisión de ese día se observaba el bombardeo de la Moneda. Dice Luis Buñuel en su libro *Mi último suspiro (Memorias)*: “Nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestra acción, nuestro sentimiento. Sin ella no somos nada”⁹. Ese acontecimiento nefasto cambió de ahí para siempre la memoria de este país, junto con cambiar, por ende, el modo de ser de quienes lo sufrieron.

La confrontación entre el mundo de las ideas, entre la dialéctica de las ideas y el abuso violento y homicida del poder, transformó esas coherencias, esa razón, esa acción, esos sentimientos. Todos los opositores al régimen instaurado por la fuerza fuimos, desde allí en adelante, esencialmente otros. “Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”¹⁰, dice Neruda. Por ejemplo, la vivencia del temor oscuramente amenazante se inscribió en muchas de las noches de los que sabíamos de las incursiones nocturnas que hacían los servicios de inteligencia en busca de opositores.

Al tomar el ángulo de los recuerdos, es necesario pensar en aquellos que sobreviven hasta hoy a esa historia del 73, que duró diecisiete años. En aquellos que pueden evocar. El mismo año 73 se agredió y torturó de diversas maneras a un amplio grupo etario que en un polo incluyó a niños y en el otro a octogenarios. Supongamos que aquellas víctimas del Golpe que siguen vivas se cuentan dentro del grupo más viejo, quizás alrededor de los 95 años. En un diario de hace algunos años se relató que, en un allanamiento, un niño de más o menos cinco años preguntó a un conscripto dónde estaba su papá y este le asestó un culatazo. Si está vivo, ese niño tendrá ahora 45 años. Por tanto, las memorias directas del Golpe conmueven a un grupo de opositores que actualmente oscilan entre muy pocos de más o menos 45 años y muy pocos de más o menos 95 años.

Me detengo a especificar esto porque, como profesor universitario, he notado que la rememoración de aquellos hechos aciagos no emociona del mismo modo a los veinteañeros, o aun a los treintones, que a los testigos directos de la época. Eso, por cierto, es natural. No es que sean indiferentes, sobre todo cuando son ideológicamente afines. Sin embargo, el tono de su referencia alude más bien a hechos históricos con una inclinación al plano

9 Luis Buñuel, *Mi último suspiro (Memorias)* (Barcelona: Plaza & Janes Editores, 1985).

10 Pablo Neruda, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (Santiago: Editorial Nascimento, 1924).

informativo. Y serían aquellas personas entre los 45 y los 95 años las que conservarían preferentemente las emociones del periodo violento que estamos analizando.

Pensar en el golpe de Estado de 1973 implica, para quien fue opositor, registrar una trama de recuerdos que se despliega entre la sensación de amenaza a la vida, sentimientos de miedo y experiencia de una ira, casi constantemente imposibilitada de traducirse comportamentalmente. Los recuerdos se imantan en torno a la experiencia del abuso tanto como a la sensación de incapacidad de protesta o rebelión. Comenzamos a estar inhibidos radicalmente en el derecho a disentir, a ser tratados como individuos al borde de la ilegalidad en el caso de algunos y en la ilegalidad plena en el caso de otros. Esta ilegalidad estaba determinada por cualquier forma de reprobación o resistencia ante la imposición normativa de un sector de la sociedad que decidía el modo de vivir de todos los ciudadanos.

El mero hecho de declarar en mis clases universitarias, muy ocasionalmente, mi condición de hombre de izquierda, era concebido por algunos de mis alumnos, según se me contó muchos años después, como un acto de osadía que les llamaba la atención. Imperaba el temor y la restricción expresiva en quienes estábamos reducidos por ese instrumento militar, usado para el beneficio de una clase social privilegiada en lo económico y experimentada en las ventajas culturales y concretas que ese poder le proporcionaba.

La primera presentación televisiva de la Junta de Gobierno mostró a cuatro personajes, infatuados, vestidos con la formalidad ornamentada de los uniformes que se autootorgaban por la posesión de las armas, el derecho absoluto de disponer de nuestras voluntades y de nuestro modo de vivir. Los anteojos oscuros de Pinochet, innecesarios obviamente en el lugar desde el que exponía sus determinaciones, buscaban sin duda amedrentar a sus interlocutores mediante una expresividad matonesca. De esta manera se hizo evidente el grado de irracionalidad y primitivismo mental al que, en el futuro, íbamos a estar sometidos.

Los sentimientos que tuve en esa ocasión se desplegaron entre el temor ante lo desconocido, el desprecio por el acto abusivo torpemente justificado y la perplejidad frente a la posibilidad de ser sometido por la fuerza, sin que la razón individual tuviere alguna influencia. Sin duda esto yo lo sabía por la historia leída y estudiada. Hitler, Batista. Muchos otros. Pero mi experiencia cotidiana no me había preparado para escuchar declaraciones explícitas en las que un grupo se atribuía el derecho a dominar por la fuerza a los demás sin discusión posible. Esta experiencia sostenida durante años se concretaba en la aceptación, sin debate, de múltiples señales diarias de la pérdida de la democracia. Saber por información directa e indirecta de la práctica de la tortura, de la desaparición, del encarcelamiento, de la persecución administrativa (que experimenté), fue fuente de estados

MEMORIAS DEL GOLPE

emocionales inciertos, ansiosamente expectantes ante cualquier dato que significara alguna amenaza, por mínima que fuese.

Personalmente, un día me vi sorprendido por el decreto según el cual era eliminado de mi cargo de psicólogo en el Hospital Calvo Mackenna, sin mediar explicación. Algunos años después, todavía durante la dictadura, supe por alguien que había tenido la oportunidad de ver una ficha, que la DINA o la CNI, no lo recuerdo, me calificaba como “ideológicamente irrecuperable”. Esto, sumado a la prisión de un hermano y el exilio de otro, me mantenía en una permanente incertidumbre frente al hecho de perder, en cualquier momento, mi libertad y mi dignidad.

Habría, entonces, que preguntarse en relación al golpe de Estado si implicó, a nivel global, una situación traumática para sus opositores. No cabe duda de que lo fue para quienes vivieron la tortura, la prisión y el exilio. La pregunta es atinada como tal para aquellos que, librados de estas experiencias extremas, pudimos continuar con nuestros hábitos de vida, en un entorno cultural, adverso y hostil en la medida en que expresáramos plenamente nuestra ideología y propugnáramos políticas coherentes con ella. ¿Es posible que esa habitualidad controversial, pero vivida en una aparente armonía complaciente, se hubiere constituido como traumática?

Por lo menos, en cuanto hubo una violencia objetiva y global publicitada, gestada por agentes externos altamente agresivos, vale decir, algo disruptivo y muy difícil de tramitar en lo que se consideraba normal, sí fue una situación traumática, en tanto los traumas son concebidos como el efecto de acciones agresivas externas y objetivas no procesables. Máxime en la medida que obligó, para sobrevivir, a vedar las declaraciones ideológicas y las consideraciones prácticas inspiradas por ellas. En la medida en que obligó a “hablar en voz baja” con aquellos con quienes se compartían criterios ideológicos. En este sentido sí fue traumático.

No obstante, no habría sido definitivamente traumático para quienes mantuvimos una “convivencia” tolerable con el sistema de vida cotidiana, en cuanto no hubo sucesos de una violencia tal que se repitieran en la mente al modo de los traumas. Pudieron darse sueños pesadillescos o despertares melancólicos o bruscos en medio de la noche, pero sin una persistencia suficiente para pensarlos como traumáticos. En realidad en esto solo puedo hablar por mi persona y por algunos relatos de pacientes.

III. LO OTRO Y LA POSICIÓN SIMBÓLICA

Se supone que la otredad es lo que armónicamente nos va posicionando como sujetos desde el comienzo de la vida. Nos aporta, en términos de Lacan, un registro simbólico de nuestra existencia¹¹. Esto no es menor.

11 Roudinesco, *Diccionario*.

Permite distinguir entre la idea de *posición* y la idea de *relación*. La *posición* describe un lugar simbólico que *interpreta* lo fáctico, que siempre está determinado por el discurso que proviene de los otros, en tanto cultura y en tanto familia. Se ubica tras lo observable, definiendo lo profundo de los hechos, incluyendo inevitablemente en esa condición el peso de lo subjetivo como un enfoque de las cosas, que proviene de esas posiciones del Sujeto. Lacan afirma que estas posiciones son determinadas por el lenguaje¹². Creo que esto es acertado, en tanto el lenguaje sea concebido como un evento experiencial que incluye en su construcción el peso de los sentimientos y emociones, condiciones estas últimas que no se consignan en las concepciones lacanianas. Esta totalidad entre lenguaje y emociones determinaría, según pienso con Lacan y más allá de Lacan, el ámbito en que se posiciona el Sujeto, concebido como Sujeto de lo inconsciente.

El Yo, en cambio, se define por su “relación con” el objeto. La opción del Sujeto es posicionarse en el mundo, en el entorno. La opción del Yo es el objeto, la relación de objeto. Las posiciones del Sujeto se deducen interpretativamente de un modo que no asegura su objetividad. Las relaciones objetales, aquellas del Yo, se observan, se juegan, valga la redundancia, en el campo de la objetividad o no objetividad de sus logros.

Los que fuimos víctimas del golpe de Estado experimentamos objetivamente, vale decir en nuestro Yo, el miedo y la inseguridad que se aseguraron de infundir a sus televidentes aquellos cuatro personajes ominosos que nos hablaron mostrando la precariedad básica de depender de otros. Supimos esa vez que los otros pueden marginarse radicalmente de la ley implícita de la convivencia humana y, valiéndose del abuso de las armas que se le han entregado con otros fines, pueden someternos a su particular ideología.

La otredad del lenguaje, que nos posicionó en lo simbólico desde el principio de la vida, como seres humanos, se vio alterada tardía y fundamentalmente ese 11 de septiembre por la decisión de un grupo social que temía que sus ventajas económicas y culturales fuesen amenazadas por consideraciones políticas que propugnaban la igualdad de los derechos humanos. Me refiero al derecho a la educación, a la salud, a las oportunidades, al disfrute del ocio, por mencionar solo algunos. La objetividad de los hechos que sometían la voluntad de unos a la voluntad de otros alteró las posiciones subjetivas y la experiencia simbólica de pertenecer a un mundo relativamente justo, en el cual el debate de las ideas era un derecho evidente.

La violencia se justificó en razón de otra violencia: la supuesta violencia social con que las personas de izquierda impondrían sus ideas si alcanzaban el poder. Se abordó ese supuesto teórico ideológico por la vía fáctica de la amedrentación y legalización del abuso de poder, para que la izquierda

12 *Ibíd.*

no amedrentara ni legalizara el abuso de poder. Esto conllevó que ser de izquierda fuera ser implícitamente culpable, por obra de la interpretación extremista que algunos izquierdistas hacían de esa ideología. La particular interpretación de la revolución como un futuro atropello a los sectores no partidarios de la izquierda justificó a los golpistas para imponer sus normas y concepciones dictatoriales a un alto porcentaje de chilenos que no las compartían.

Estoy intencionalmente diferenciando en el tema de *las memorias* aquello que se corresponde con las relaciones del Yo (de las interacciones de los distintos y múltiples “yoes” de la época) de aquello que altera las posiciones del Sujeto. En psicoanálisis -soy psicoanalista- el Sujeto, a diferencia del Yo, es siempre Sujeto de lo inconsciente. Lo que implica que las intenciones del Yo son permanentemente procesadas por algo que el Yo no registra como propio. La posición del Sujeto es solo *interpretable* a partir de las manifestaciones del Yo. Cuando en la vida ocurren eventos de gran envergadura social, las posiciones de Sujeto se vulneran, alterando la forma de registro de las huellas mnémicas y, por ende, la posición simbólica que estas van gestando. La historia, que en su fundamento es una historia del discurso progresivamente vigente, queda perturbada en sus cauces habituales, debiendo encontrar otros cauces configurados por estructuras nuevas y diferentes.

El golpe de Estado perturbó contundentemente en su terreno simbólico lo que ya estaba constituido en cada uno de sus opositores desde el comienzo de la vida, por obra de la evolución corriente de todo ser humano. El terreno simbólico ya estaba constituido en cada uno de nosotros, porque el registro simbólico, aunque nunca deja de modificarse por obra de la experiencia y de la edad, se establece en su base en los primeros años de vida. Lacan, como ya se dijo, afirma que el registro simbólico es aquel que define posiciones de Sujeto por obra del lenguaje extrínseco a él¹³.

Es así como la idea de Sujeto, en psicoanálisis, alude a esa condición extrínseca que determina las posiciones simbólicas inconscientes desde donde se tramitan las decisiones yoicas que se emiten desde consideraciones remitidas por lo que se llama un registro imaginario. El registro imaginario (muy en consistencia con los procesos secundarios¹⁴) alude al Yo y se articula representacionalmente conservando los principios de identidad y no contradicción sobre una constancia espaciotemporal que lo organiza. Es algo más cercano a lo que Freud llamó preconscious y define, en síntesis, el modo en que los seres humanos nos comunicamos, clasificamos y jerarquizamos racionalmente las acciones y la relación de vigilia con los objetos y con otros sujetos¹⁵.

13 Roudinesco, *Diccionario*.

14 Freud, “La interpretación de los sueños”.

15 *Ibíd.*

Destaco estas distinciones conceptuales porque considero que en las *memorias* del Golpe es necesario diferenciar entre el efecto de los atropellos múltiples de la dictadura que se registraron en el imaginario de los ciudadanos víctimas de ellos, y el efecto simbólico que estos trajeron aparejados. La experiencia del abuso violento ejercido en diversos niveles pobló los recuerdos de quienes los sufrieron, no cabe duda. Pero su ocurrencia no solo afectó esta forma de la *memoria*, sino que la marcó más estructuralmente en su condición de *memoria experiencial* que ya consignamos. Es allí donde, a mi juicio, se alteró el orden simbólico, las posiciones del Sujeto de lo inconsciente, y no solo en un campo yoico, imaginario. (Vale recordar que con *imaginario* no nos referimos a *fantasía*, sino a las articulaciones representacionales, propias de los procesos secundarios racionales).

El Yo preserva en lo evocativo diversas formas de concebir el golpe de Estado. Hay quienes lo justificaron y otros que lo padecieron. Es posible que las distintas maneras de abordarlo se acompañen de reflexiones ideológicas o de interpretaciones sesgadas de las circunstancias vividas. En el campo de lo imaginario del Yo, en el ámbito de lo conceptual, de lo articulado por los procesos secundarios que describió Freud, se hace posible la controversia, la discusión ideológica, la argumentación apoyada en el modo de concebir lo histórico. En suma, la interpretación.

No obstante, el ejercicio de la violencia a conciudadanos fue algo objetivo e innegable, algo que no puede ser objeto de interpretación, lo mismo la persecución de las personas y de las ideas. Esto es indiscutible. Y es en el realismo de estos sucesos, sostenido por años, donde pienso que se vieron afectadas en nuestro país las posiciones de Sujeto, el registro de lo simbólico.

IV. DICTADURA, MODERNISMO Y POSMODERNISMO

El golpe de Estado se dio en coincidencia con un ámbito epocal en que el modernismo transitaba a lo que algunos han llamado posmodernismo. Ahora bien, es importante tener presente algunas afirmaciones que se han hecho sobre el modernismo. En este artículo citaré exclusivamente *Modernidad y Holocausto* de Zygmunt Bauman ¹⁶, aunque la bibliografía respecto al tema es bastante amplia.

En el capítulo “La ética de la obediencia (Lectura de Milgram)” Bauman afirma que post 1945

se supo que el mal más terrible del que tenía noticia
la memoria humana no fue consecuencia de la

16 Zygmunt Bauman, *Modernidad y holocausto*, (Madrid: Sequitur, 1997)

MEMORIAS DEL GOLPE

disipación del orden, sino de una *imposición del orden* impecable, impoluta e incontestada. No fue obra de una muchedumbre incontrolable y desmandada, sino de hombres en uniforme, obedientes y disciplinados, que se ceñían a las normas y respetaban con meticulosidad el fondo y la forma de sus instrucciones¹⁷.

Y agrega que “la noticia más aterradora que produjo el Holocausto, y lo que sabemos de los que lo llevaron a cabo, no fue la probabilidad de que nos pudieran hacer ‘esto’ sino la idea de que también nosotros podíamos hacerlo”¹⁸. Esta conclusión implica que idealmente el juicio sobre las acciones de los otros debería ir acompañado por el reconocimiento de la responsabilidad que le cabe a uno mismo en la organización de la cultura que posibilita esas acciones.

Luego de comentar los conocidos experimentos de Pilgram, que fueron objeto de muchos esfuerzos por desacreditarlos, Bauman destaca una de sus conclusiones principales: “*La relación inversa entre la disposición hacia la crueldad y la proximidad de la víctima*”. De acuerdo con esto, el sufrimiento de la víctima es más perturbador cuando existe contacto corporal directo que cuando este no se puede percibir. “Es muy fácil ser cruel con una persona a la que no podemos ver ni oír”. A juicio del autor, el que ejecuta una acción cruel, puesto a distancia, “se ahorra la agonía de presenciar el resultado de sus actos”¹⁹.

Y más adelante consigna: “En una burocracia las preocupaciones morales del funcionario se alejan de la situación de los objetos de la acción”, pues lo que “importa es la rapidez y la eficiencia con que el actor hace lo que sus superiores le han dicho que haga”. Todo esto supone que tales acciones están determinadas “por el superior interés de la ciencia”, que es “el paradigma de la disociación entre fines y medios” y “el ideal de la organización racional de la conducta humana”. Según Bauman “cuanto más racional sea la organización de la acción, más fácil será causar sufrimientos y quedar en paz con uno mismo”²⁰.

Esta concepción del modernismo me convence en la medida en que alude a una verdadera disociación cultural que influyó, en buena parte del siglo XX, a las ideas entre sí, las ideas con los afectos y las ideas y su concreción fáctica. Una escisión básica entre lo que se declara y lo que se vive; entre los derechos que se defienden y los derechos que se ejercen, ya que los derechos de todos son, en verdad, los derechos de algunos. Un buen ejemplo es la Dictadura que comentamos: aseguraba proteger los derechos humanos cuando en realidad los trasgredía.

17 *Ibíd.*, 180. Énfasis mío.

18 *Ibíd.*

19 *Ibíd.*, 184

20 *Ibíd.*

En este sentido, podemos afirmar que la Dictadura emergió en el periodo de transición entre lo moderno y lo que algunos han llamado posmoderno. La precisión diferencial que han desarrollado algunos autores como Vattimo²¹ resulta, a mi juicio, convincente. De acuerdo con lo expuesto sobre el modernismo, esta manera de argumentar corresponde a las disociaciones mencionadas entre lo declarado y lo practicado que caracterizaron a este periodo cultural en nuestro país y, en general, en la cultura occidental. Pienso, de acuerdo a estas disociaciones del modernismo, que su derivación natural es lo que evolucionó como posmodernismo. Para explicarme, citaré una entrevista que di para la *Gaceta de Psiquiatría Universitaria*:

El pensamiento y el lenguaje ha sido drásticamente afectados por lo que se ha llamado la post modernidad [...] la post modernidad instala valóricamente el predominio de lo Imaginario en el devenir existencial. Imaginario que opera en desmedro de lo Simbólico, en tanto, como lo definíamos previamente, el primero alude a *relacionarse con objetos* y el segundo a *posicionarse en el mundo*.

En este sentido, entiendo que el posmodernismo confirmó y expresó en la realidad, de un modo más explícito, lo que la modernidad enunciaba más disociadamente. Por eso en la entrevista sostuve que en el tiempo presente “lo que se propugna a nivel macrosocial, vía los distintos medios de comunicación, es lo que tiene que ver con el privilegio de un *parecer* en reemplazo del valor de *ser*”, y que

hoy se busca por vía de los medios de comunicación [...] una erradicación de lo simbólico en pos de una valoración extrema de lo imaginario. Lo que implica atender y valorar todo lo que tenga que ver con la forma, con la apariencia, con distintos *modelos* de existencia que, a través de lo visual, inducen a construir un mundo evanescente, supuestamente sin lugar para la angustia, atento más a la figura que al fondo²².

Es decir, más atento a la eficiencia que a la interpretación del sentido de las situaciones.

Lo que inspiró el golpe de Estado en términos de articulación formal del ejercicio de las ideas coincide con lo que caracteriza al posmodernismo. Hoy se tiende principalmente, en nuestro país, a valorar el *aparecer* visual por sobre el *ser* interpretable. La axiología predominante destaca aquellos valores que se muestran como eficientes; un reflejo local de lo que está ocurriendo a nivel occidental. Es por esto que entiendo que el golpe de

21 Gianni Vattimo et al., *En torno a la posmodernidad* (Barcelona: Anthropos, 1990).

22 “El oficio en lo invisible. Entrevista a Jaime Coloma Andrews”, *Gaceta de Psiquiatría Universitaria*, año 9, vol. 9, n.º1 (2013).

MEMORIAS DEL GOLPE

Estado reproduce lo que es propio de la cara oculta del modernismo y abre a la faz más desembozada del posmodernismo: la preeminencia valórica de la ya mencionada apariencia de las cosas, que genera articulaciones representacionales que definen los campos semánticos ponderando sus derivaciones prácticas en desmedro de sus articulaciones lógicas.

Pensando entonces en *las memorias del Golpe*, considero que los recuerdos (como una de las versiones de la memoria) quedan, sin duda, en el registro consciente, aunque naturalmente tiendan a acercarse más a la representación que a la vivencia, a transformarse en dato histórico, aun cuando, para aquellos que hace cuarenta años padecemos la experiencia, sufran los “empaldecimientos” propios del olvido. Los eventos vividos ya no son objeto de angustia persecutoria, como ocurría cuando ser de izquierda justificaba ser perseguido y eventualmente aprisionado, con consecuencias muy inciertas, en las que la crueldad de lo perseguidores estaba legitimada.

A muchos de los apoderados y funcionarios del Colegio Latinoamericano de Integración nos tocó, primero, ser testigos del secuestro de un profesor y un apoderado por parte de Carabineros y, después, conocer que, junto a una tercera víctima, habían sido degollados. En otra ocasión, al pasar lista en una de las clases que dictaba en la Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica, noté un silencio extraño ante uno de los nombres. Se trataba de una alumna de unos veinte años que, luego de ser apresada por los llamados Servicios de Inteligencia, había sido inducida a alejarse en bicicleta portando una mochila con una bomba en su interior. Y estos eventos –un conocido fue degollado o hecho explotar– eran parte de la experiencia cotidiana.

Lo vivido se transforma en representado. La experiencia se hace recuerdo de esa experiencia. Se puede convertir en relato, como acabo de hacer en las líneas precedentes. Sin embargo, no me parece que este distanciamiento mnémico haya operado en la transformación simbólica que se da con la posmodernidad occidental y la ocurrencia del golpe de Estado en Chile. Me parece que la Dictadura, como instrumento de poder absoluto de una clase, llevó a su más dramática realización aquello que estaba en el trasfondo de las disociaciones del modernismo. En el llamado postmodernismo, el predominio del registro imaginario lidera las convicciones, las declaraciones y las acciones, lo que implica que aquello que era interpretable en la modernidad, ahora sea observable. En otras palabras, los argumentos que justifican acciones o determinaciones solo pueden sostenerse en una cierta lógica de lo concreto, en la cual los recursos cognitivos empleados no requieren de un juicio crítico sobre su sentido y se validan únicamente por los grados de eficiencia que prometen.

Postulo que el golpe de Estado, coincidiendo en la encrucijada de modernismo y posmodernismo, definió en parte aquello que, escondido

bajo la faz racional del primero, implica el dominio de unos sobre otros en función de las ventajas y desventajas de clase. Pero además inclinó el pensamiento a una forma de ligar las ideas que privilegia la eficiencia de lo fáctico. La eficiencia fáctica adquirió un carácter valórico que promovió un modo de argumentar que remite a una lógica de justificaciones poco estricta en el interior de sus enlaces.

Los que fuimos opositores tuvimos que aceptar las justificaciones débiles de un pensamiento adverso impuesto por las armas, aunque nuestra capacidad deductiva se resistiera a esa lógica que legitimaba el abuso de poder. Y tuvimos que aceptar el miedo y la rebelión que despertaba, sabiendo que expresarla traería consecuencias fatales.

V. CONTENIDO IMAGINARIO Y FORMA SIMBÓLICA

Creo que todo esto impregnó los registros de ese tiempo y configuró la forma de pensar de un modo muy diverso al que era propio de la existencia antes. En tal sentido, comprendo que las memorias del Golpe fueron encontrando, como aludí párrafos atrás, dos destinos diversos: contenido imaginario y forma simbólica. Como contenido imaginario la memoria evocativa se llenó de recuerdos, dispuestos de acuerdo a quien fuere partidario del Golpe o de acuerdo a quien lo sufrió como opositor. El relato de esa época está poblado de escenarios ominosos para algunos y justificados para otros.

Lo que me parece menos cruento, pero más eficiente culturalmente hablando, es el cambio simbólico que emergió entonces. Sin duda, la Dictadura no es causa de ello, pero se inserta en este país, y en otros del continente sudamericano, como una derivación de lo que estaba implícito y no declarado en la axiología del modernismo. Bauman, en el libro ya mencionado, señala:

Existe más que una relación fortuita entre la tecnología que se utiliza en una cadena de producción, con su visión de la universal abundancia material y la tecnología aplicada en los campos de concentración, con su visión de un derroche de la muerte.

Y más adelante continúa:

En nuestra época las crueldades, lo mismo que otros muchos aspectos de nuestro mundo, se administran de forma mucho más efectiva que antes: no han dejado de existir. Tanto la creación como la destrucción son aspectos inseparables de lo que denominamos civilización²³.

23 Bauman, *Modernidad*, 29-30.

Las implicancias culturales de la modernidad se definen, a mi entender, en lo que la posmodernidad configuró definitivamente. El golpe de Estado, aquí y en otras partes, impuso su criterio al “pensamiento correcto” como si le fuera propio, induciendo una transformación en la que la rigurosidad de lo lógico queda postergada por la potencia de los hechos. La deducción no requería justificaciones lógicas rigurosas, sino que era preferentemente validada en relación con los hechos que la conducían. Esto, así lo creo, determinaba a un sujeto posicionado de acuerdo con un lenguaje que en sus campos semánticos empieza a privilegiar lo fáctico por sobre lo deductivo.

Es por esto que la historicidad derivada del golpe de Estado está llena de recuerdos significativos, definiendo por lo menos un periodo de la historia de Chile que se destaca por su violencia racionalizada. No obstante, creo que la historia post Golpe, que entiendo como un precipitado simbólico de la historicidad, persiste activa en la escala de valores del posmodernismo. Y estos valores privilegian en la existencia aquello que *aparece* más que aquello que *es*.

Si observamos lo que se expone a nivel comunicacional, podremos apreciar lo que hemos afirmado. Un ejemplo: existen en el país 65 escuelas de Psicología. Los que conocemos esta profesión sabemos que, por lo menos, un 80% de ellas entregan una formación de una liviandad sorprendente. Esto muy probablemente tiene que ver con que se multiplicó la oferta en este campo profesional, porque “la psicología ha estado de moda”. Buena parte del alumnado escogió ser psicólogo no porque se conmoviera vocacionalmente, sino por obra de la representación social de esta profesión.

Cuando soy requerido a hablar sobre las memorias del Golpe, que solo pueden ser “mis” memorias, tengo presente la diferenciación entre memoria evocativa y memoria experiencial. Creo que los que vivimos el Golpe conservamos en la memoria experiencial, quizás con una cierta perplejidad, un cambio simbólico en el modo del pensar, donde, lo reitero una vez más, la balanza se inclina preferentemente a ponderar lo práctico por sobre lo deductivo. Lo ideológico en este panorama no tiene peso determinante alguno.

Se afirma que actualmente vivimos en democracia. Esto, en su estructura, es incuestionable. La vida política y ciudadana de hoy mantiene elecciones libres, publicidad abierta, derecho al propio pensar, acceso a la defensa legal, entre otras condiciones características contrarias a las que definían a la Dictadura. Sin embargo, a mi parecer, esta democracia no se libera del peso simbólico que dejó la Dictadura.

He postulado que el gobierno de Pinochet transita en una época en la cual el modernismo evolucionó hacia el posmodernismo. A este último le adjudiqué una tendencia potente a inclinarse al *parecer* en desmedro de la valoración del *ser*. Tal inclinación transforma, en mi criterio, la manera en que la lógica privilegia determinados enlaces representacionales. Por

ejemplo, justificar la validez de determinados hechos con argumentos en sí abstractos, como ocurrió con quienes justificaban la Dictadura, pero acotados por una interpretación de la intencionalidad de otros hechos, tomada como absoluta, como el juicio que sostenían sobre la izquierda sus opositores. Así, la toma del poder se consideró justa, en tanto defendía la democracia de los supuestos peligros revolucionarios que implicaba la izquierda.

Valiéndose del *parecer* que surgía de las declaraciones e intenciones de un grupo reducido de la izquierda, se definía la totalidad del *ser* de los partidarios del socialismo y se defendía el derecho a tomarse el poder, conculcando las libertades que se pretendía defender. Lo que, en sí, era un totalitarismo presentado como defensa de la democracia. En la medida en que se difundieron, como ideología del Golpe, las ventajas de la empresa privada en oposición a las desventajas del “sometimiento” al socialismo, se diluyó el cuestionamiento ético consecuente, en tanto lo que se defendía, por lo menos en teoría, era la protección de los individuos. El concepto de empresa privada introducía subrepticamente la idea de la libertad del individuo. Se desplazó así radicalmente la posibilidad de pensar que la libertad del individuo depende, en realidad, de la protección legal de ciertos derechos fundamentales de sobrevivencia y convivencia (el derecho a la salud, a la vivienda, a la alimentación, a la expresión de las ideas, entre otros). Estos derechos no pueden ser el resultado de circunstancias exclusivamente económicas, sino que deben serlo de una organización social que los asegura con independencia de las condiciones económicas de sus integrantes. Excluir al Estado de su defensa me resulta muy difícil de entender.

Se dio, así, un Golpe de la derecha que, obviamente constreñía el derecho a la libertad democrática de los ciudadanos, para evitar otro Golpe de la izquierda que, supuestamente conducía a la pérdida de la autonomía de las personas. Lo que para los golpistas aparecía como obvio eran ciertos hechos históricos caracterizados por el abuso de poder, sin duda existentes en otros países socialistas (la URSS, Cuba), pero que no eran propugnados por la mayor parte de la izquierda chilena (Allende ilustraba la concepción de una revolución en democracia). Esta visión de la historia les permitió, a su vez, interpretar la intencionalidad de las propuestas socialistas y justificar con el poder de las armas su particular concepción de los derechos en la vida social. La imposición por el poder de las armas orientó cognitivamente a confundir los *hechos* con la *interpretación de los hechos*, lo que redujo la revisión de los pensamientos en su coherencia lógica, privilegiando en ese ejercicio mental la determinación de *lo correcto intelectualmente* por obra de lo que se determinaba como evidencia supuestamente fáctica. La complejidad de lo reflexivo era reemplazada por la simpleza de lo “obvio”.

La evidencia fáctica, con su apoyo preferente en lo perceptual, desplaza la noción de *los hechos* a realidades objetivas que desconocen la presencia en

MEMORIAS DEL GOLPE

toda percepción del peso del sujeto, aquello que llevó a Popper a definir los hechos como *hechos teóricos*. Así se produce la ilusión de la objetividad, el imaginario de un mundo iluminado por lo sensorial como materia de validez, que desplaza el lugar de lo concepcional en el acceso a la realidad. Se desconoce el poder de la interpretación y se destaca la validación de lo visual. La objetividad siempre remite fantasiosamente al logro de elementos que parecen visibles y, por lo tanto, de acuerdo a estas nociones, reales.

Deduzco que estas transformaciones cognitivas reacomodaron las posiciones del Sujeto porque el lenguaje que lo *sujeta* a una posición en el mundo cambió la articulación de sus campos semánticos. Lo objetivo, con su fantaseada validación perceptual visual, orienta el enlace de las ideas entre sí, dando la medida de validez de la lógica empleada, en referencia a lo implícitamente perceptual y no a lo deductivo.

Así se obtiene sesgadamente una confiabilidad en la corrección lógica de argumentos intelectualmente arbitrarios que justifican la Dictadura, simulando, en el ejercicio de sus abstracciones, el peso de la defensa abusiva de condiciones de privilegio que se sintieron amenazadas. Esta contradicción manifiesta y no argumentada entre lo declarado y lo fáctico determina *las memorias* del Golpe. No solo *mi* memoria, sino el desarrollo de esta civilización actual, que consigue muchos beneficios para la especie humana al precio de ocultar, en el brillo de sus logros, que las ventajas de unos dependen de las desventajas de otros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bauman, Zygmunt. *Modernidad y holocausto*. Madrid: Sequitur, 1997 (e.o. 1989).
- Buñuel, Luis. *Mi último suspiro (Memorias)*. Barcelona: Plaza & Janes Editores, 1985.
- Coloma, Jaime. "El oficio en lo invisible. Entrevista a Jaime Coloma Andrews", *Gaceta de Psiquiatría Universitaria*, año 9, vol. 9, n.º1 (2013).
- Freud, Sigmund. "La interpretación de los sueños". En *Obras Completas vol. 5*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1900).
- Freud, Sigmund. "Más allá del principio de placer". En *Obras Completas vol. XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1920.
- Gianni Vattimo et al. *En torno a la posmodernidad*. Barcelona: Anthropos, 1990.
- Laplanche, Jean & Jean-Bertrand Pontalis. *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- Lersch, Philipp. *La Estructura de la Personalidad*. Barcelona: Scientia, 1966.
- Neruda, Pablo. *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Santiago: Editorial Nascimento, 1924.

Roudinesco, Elisabeth y Michel Plon. *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1998.

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA EN LA HISTORIA DE CHILE Y AMÉRICA LATINA: ENTREVISTA A STEVE J. STERN*

ELY ORREGO TORRES**

CENTRO DE ANÁLISIS E INVESTIGACIÓN POLÍTICA / UNIVERSIDAD DIEGO
PORTALES

GONZALO ZÚÑIGA***

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

R E S U M E N

En la presente entrevista se discute la noción de memoria en relación con la historia reciente de América Latina, con énfasis principal en el caso chileno. En la primera parte, se hace un recorrido por la trayectoria académica del profesor Steve J. Stern y su vínculo con la historia latinoamericana. En la segunda, se trabaja el concepto de memoria y se analizan sus implicancias para el estudio de la política chilena y, en la tercera, se proponen desafíos para el contexto actual y se analiza el modo en que la memoria cumple un rol necesario para comprender nuestro pasado reciente.

PALABRAS CLAVE: memoria, América Latina, historia política, derechos humanos, Chile.

* Agradecemos profundamente la disposición del profesor a realizar esta entrevista, así como al Museo de la Memoria y Derechos Humanos que nos contactó con él en septiembre de 2011. Steve J. Stern es profesor en la University of Wisconsin-Madison, Estados Unidos y miembro del Comité Asesor Internacional de *Revista Pléyade*. Reconocido por sus trabajos sobre memoria en América Latina, ha trabajado el caso de la dictadura en Chile cercanamente, siendo reconocido como uno de sus exponentes principales a nivel mundial. Entre sus últimas publicaciones, se destacan *Recordando el Chile de Pinochet en vísperas de Londres* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2009); *Reckoning with Pinochet: The Memory Question in Democratic Chile, 1989-2006* (Duke: Duke University Press, 2010); *Battling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988* (Duke: Duke University Press, 2006), y *Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London 1998* (Duke University Press, 2004). E-Mail: sjstern@wisc.edu

** Politóloga de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Investigadora titular del Centro de Análisis e Investigación Política (CAIP). Estudiante del Magíster en Pensamiento Contemporáneo de la Universidad Diego Portales (Chile) e investigadora adjunta del Instituto de Humanidades de la misma institución. Entre sus temas de estudio se encuentran la teología política, biopolítica, derechos humanos y el estudio de la violencia a través de la historia política y social. E-Mail: orrego@caip.cl

*** Politólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Coordinador del proyecto Ciudadano Integral: Derechos Humanos para las Nuevas Generaciones. Entre sus temas de interés están los derechos humanos, memoria, migraciones internacionales y desplazamientos de población. E-Mail: gonzalo.zunigaf@gmail.com

THE CHALLENGE OF MEMORY IN THE HISTORY OF CHILE AND LATIN AMERICA: AN INTERVIEW WITH STEVE J. STERN

In this interview it discusses the notion of memory related with the recent history of Latin America, with focus on the Chilean case. In the first part, it is a journey through the academic career of Professor Steve J. Stern and his relationship with Latin American history. In the second, it discusses the concept of memory and their implications for the study of Chilean politics, and in the third part, it proposes challenges to the current social context and it analyses how memory plays a necessary role to understanding our recent past.

KEY WORDS: Memory, Latin America, political history, human rights, Chile.

Esta entrevista se llevó a cabo el día 13 de enero de 2012, durante una visita del profesor Steve J. Stern a Chile en el contexto de un seminario organizado por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. En la ocasión, el académico nos recibió en el lugar donde se hospedaba y en una hora de conversación, dejó de manifiesto por qué es considerado uno de los autores más destacados en el ámbito académico dedicado al estudio de la memoria y los derechos humanos. La conversación fue amena y distendida, y el profesor demostró su empatía y conocimiento sobre el caso chileno, así como su cercanía con la historia reciente del país. Debido a que la entrevista fue realizada a principios del año 2012, algunas de las temáticas tratadas aluden al contexto histórico que Chile atravesaba en ese momento, aunque mantienen continuidad con lo que hoy se vuelve a discutir en materia de memoria y derechos humanos. Pero como dice el profesor Stern, la historia está colmada de cambios y continuidades.

I. HISTORIA Y AMÉRICA LATINA

Gonzalo Zúñiga (G.Z): Uno de sus principales temas de investigación es América Latina. ¿Cómo nace su interés por la historia social y política de esta parte del continente?

Steve Stern (S.S): Creo que la historia personal influye en estas cosas. Cuando yo tenía quince o dieciséis años, tenía mucho interés en temas sociales, pero mi pasión era la matemática teórica. Iba camino a ser un matemático y había avanzado bastante. Fui enviado a un taller de verano donde cuarenta personas de todo Estados Unidos fuimos seleccionadas para trabajar en matemática teórica. Así que ese era mi camino. Pero esto fue en el 68 –el año en que las movilizaciones en contra de la guerra de

Vietnam eran importantes, también el año en que fueron asesinados dos de mis héroes, Martin Luther King Jr., y Robert Kennedy-, cuando el tema social era muy fuerte. Entonces, al entrar a la universidad decidí que optaría más bien por el análisis social. La historia me atraía. El clima social y la sensibilidad frente a ese clima me desvió de la matemática hacia el análisis histórico social.

En segundo lugar, yo pertenezco a la primera generación de mi familia que nació en Estados Unidos, es decir, mis padres eran refugiados del holocausto; sobrevivientes. Por lo tanto, nací en una comunidad muy chica, minoría de una minoría, se podría decir. Así que crecí de cierta manera agradecido de Estados Unidos por liberar a mi familia, a mi mamá de Buchenwald, pero también sintiéndome parte de un mundo mayor, porque había algunos pocos familiares que no habían muerto. Los sobrevivientes estaban en distintas partes, incluyendo Hungría. Entonces yo siempre sentía que mi lugar no era solo Estados Unidos, sino que yo era de una comunidad distinta, muy minoritaria en Estados Unidos. Creo que esto me abrió a la posibilidad de ver otras experiencias y no sencillamente quedarme en temáticas de Estados Unidos. Entonces, cuando fui a la universidad y después a los estudios de postgrado, pensaba todavía que iba más bien a estudiar historia de Estados Unidos y a concentrarme en América Latina como campo secundario, pero la historia latinoamericana me conquistó. Despertó un interés en mí porque los temas del día en América Latina tenían que ver con la justicia social, con la necesidad de grandes cambios, de gente humilde buscando una dignidad y un tipo de visión distinta de cómo pueden ser las cosas. Eso ejercía una gran atracción en mí, así que me dediqué a eso.

Ely Orrego (E.O): La historia reciente de América Latina ha tenido características comunes que la han llevado a tomar procesos políticos y sociales que han ido en una historia en paralelo, como por ejemplo fueron las dictaduras y su posterior proceso de transición a la democracia. ¿Cómo interpreta este proceso? ¿Como una consecuencia propia de la identidad de América Latina o como una consecuencia inevitable de acontecimientos sociales y políticos, ya sean endógenos o exógenos?

S.S: Pienso que ese es un tema fascinante y muy importante, porque sí hay ciertos paralelismos. Creo que los hechos que conforman la historia hacen que la historia sea de probabilidades, no de inevitabilidades. Por lo tanto, estamos hablando de grandes probabilidades en vez de cosas que son inevitables. Cómo analizar lo que pasó, por ejemplo, en países que enfrentaron dictaduras muy violentas y sus llamadas guerras sucias, a veces mitos de guerra, a veces guerras civiles reales, como en Perú o en

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA

Centroamérica, pero mitos más bien en casos como Chile y Argentina, creo que son procesos que se pueden abordar en tres dimensiones.

La primera es la dimensión de los factores nacionales internos específicos. Y eso se ve, por ejemplo, cuando se piensa en cronologías bastante distintas, aunque sean parte del mismo cuarto de siglo. En Argentina surge una dictadura militar que hace barbaridades, pero cae más rápidamente. Aparece después de la chilena, pero cae más pronto, a través de la guerra que profundiza su crisis, la Guerra de las Malvinas. Por lo tanto, la deslegitimación de la dictadura militar se produce rápidamente, así como su transición, principalmente, por el trauma que generó esa guerra. Mientras que en Chile se empieza a desmoronar la legitimidad de la Junta Militar y su proceso a mediados de los 80, cuando Argentina ya estaba en transición. De todas maneras, el proceso fue más lento, más dividido, con más zigzaguo para llegar al plebiscito y tener que enfrentar una transición bajo circunstancias muy adversas, porque una transición es definida también por la capacidad de imponer una constitución, con algunas revisiones, y con un Pinochet como comandante del Ejército que un presidente civil no podía hacer renunciar. Así que son cosas muy específicas. Si pensamos en Perú, ahí se da una guerra civil de verdad y no un mito de guerra. Y esa guerra civil, curiosamente, pasa durante una democracia, por lo menos en términos formales, porque había una transición de un gobierno militar a una democracia y esa guerra no empieza a llegar a su fin hasta los 90. En ese caso sí hay dictadura, porque Fujimori había cerrado el Congreso. Aunque fue elegido en 1990, llega a ser un dictador.

Así que, mirado desde esas perspectivas comparadas y pensando en otros lugares como Brasil o Centroamérica, en que las transiciones no llegan hasta los 90, se podría decir que es evidente que hay dinámicas internas, nacionales y regionales que hay que entender para comprender las transiciones democráticas. Es decir, la transición no viene de forma externa. Hay un proceso interior, una lucha interior.

La segunda dimensión, diría que es el nivel sur a sur. Me refiero a que las experiencias de los países no están aisladas ni de lazos sociales ni de las experiencias de otros países de la región. Entonces, es posible pensar que, por ejemplo, al comparar Argentina y Chile nuevamente, vemos que en la transición de Chile estaban muy impresionados por lo audaz de la transición inicial en Argentina con el juicio a los militares, que no funcionó hacia finales de los 80, porque había respuesta militar. Hubo una gran crisis del gobierno de transición, que finalmente terminó fracasando, en parte por motivos económicos, y se dieron pasos dramáticos atrás, llegando a la época de punto final e impunidad en Argentina. Lo que sucede es que además de las relaciones y los lazos sociales directos, en Chile se estaba mirando lo que pasaba en Argentina, desde todos los sectores. Por un lado, quienes participaban en la transición desde la centro-izquierda decían: "Ojo, es

mejor un proceso más cauteloso, más acumulativo, porque no tenemos la ventaja de que derrotaron a los militares en una guerra como en las Malvinas y hemos visto que si se hace un paso demasiado audaz, tratando de someterlos a juicio, eso va a crear una reacción que puede tumbar todo”.

Por lo tanto, existe ese proceso de un lado mirando a otro y tratando de sacar una reflexión. Pensando desde la sociedad civil, llevando más años en la transición, también se puede ver ese proceso sur a sur en las reflexiones. Por ejemplo, llaman la atención las funas en Chile y los escraches en Argentina, donde existía un intercambio, lo cual no quiere decir que las funas fueran un complot o una importación de Argentina, porque fue en parte una reflexión sobre la experiencia interna en Chile y, por otra parte, una conciencia de que se puede pensar en otros tipos de acciones desde otra postura generacional. Por lo tanto, creo que una segunda vertiente es ese diálogo y reflexión sur a sur y esto, en parte, es lo que empieza a explicar procesos paralelos, pero sin perder la dinámica interna, como en el caso de las funas y los escraches.

Por supuesto, también hay un proceso norte a sur, que es la tercera dimensión del análisis. Por ejemplo, el mundo pasa por un cambio y el auge de políticas distintas desde países poderosos del norte, desde las Naciones Unidas, desde el gran surgimiento de ONG en el mundo, organizadas en torno a la cuestión de los derechos humanos, donde se empieza poco a poco a crear una cultura internacional distinta frente al tema de derechos humanos, la cual hace un poco menos tolerable la idea de que está bien que en el sur existan dictaduras violentas, porque esa gente no sabe hacer otra cosa.

Pero yo matizaría la dinámica norte a sur de la siguiente manera, porque eso es demasiado simplista: el sur está presente en el norte. Y eso es muy importante. Es decir, hay dinámicas transnacionales en las que sujetos del sur están presentes en el norte, creando distintos tipos de movimientos. Están en las ONG, en la toma de conciencia, etc. Entonces, por ejemplo, Chile fue un símbolo icónico en el norte. Muchas de las personas que en el norte tomaron conciencia de los derechos humanos en los 70 tenían en mente la experiencia chilena. Era gente fascinada con el experimento de alcanzar el socialismo en la democracia. El socialismo revolucionario en democracia de Allende produjo mucho impacto, así como el papel de Estados Unidos con Nixon y Kissinger, que eran ya muy controvertidos por lo de Vietnam, y también las imágenes tan impactantes de Chile, especialmente del bombardeo a La Moneda. Ciertamente, eso se combinó para convertir a Chile en un gran símbolo. Además, había muchos exiliados chilenos que se metieron en el momento para no olvidar lo que estaba pasando en su país, para denunciar.

Y poco a poco eso creó lo que se podría llamar el descubrimiento de los derechos humanos en un nuevo contexto. No en el contexto de la

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA

declaración universal de las Naciones Unidas al inicio de la Guerra Fría –que terminó asfixiando esta declaración, tardíamente en los 40–, sino que en el contexto donde el tema de lo que está pasando en los países del sur empieza a tener peso. Por lo que si una persona mira la campaña de Carter en Estados Unidos el 76, el tema de los derechos humanos ya está presente antes de que asumiera la presidencia. Eso en parte porque Edward Kennedy, como líder influyente del Partido Demócrata, ya estaba sensibilizado frente al tema chileno y, en algún modo, porque el país, con el escándalo sobre Nixon, estaba pensando que quizás la pretensión imperial no era un asunto tan bueno. Y el ícono, el símbolo de ello es la intervención en Chile. El sur, a través de las personas, se hace presente en el norte porque había gente exiliada, de la Unidad Popular y la izquierda, y de las redes de derechos humanos, como Pepe Zalaquett que se unió a Amnistía Internacional en el norte. Muchos chilenos crearon lazos sociales y aportaron a eventos testimoniales en el norte generando mucho simbolismo.

También se puede ver eso en los 80, pensando comparativamente en América Latina, desde Centroamérica, porque desde El Salvador venían personas para hacer *lobby* en el Congreso en Estados Unidos, especialmente con los congresistas del Partido Demócrata, para denunciar la política de Reagan y para sensibilizar sobre el tema de los derechos humanos. Y llegó a ser, otra vez, muy controvertido. Y de cierta manera, la administración Reagan llegaría a sentir la presión de mostrar que efectivamente estaba a favor de los derechos humanos no solo en los países comunistas, sino también en otros países. Entonces, la administración Reagan misma empieza a sentir, hacia fines de los 80, una presión de mostrar que tenía una cierta consistencia en el tema de derechos humanos. Así que el sur está presente en el norte y creo que esa vertiente hay que interpretarla así, que es cómo yo lo veo.

Realmente son tres vertientes, y una vertiente en que la separación norte-sur es una separación bastante porosa, porque la gente del sur entra en las ONG, entra en el *lobby* político, forma lazos sociales y provee símbolos que impactan muy fuertemente. Entonces, podríamos decir que hay un cierto paralelismo durante un cuarto de siglo y, llegando al final del siglo, es imposible seguir con las dictaduras, y no solamente en América Latina, sino que en otras partes del mundo, como en Sudáfrica. Sin embargo, los procesos tienen bastantes particularidades en su *timing* específico –su cronología específica– y en las circunstancias adversas de las transiciones.

II. MEMORIA Y POLÍTICA

G.Z: En términos político-sociales, ¿cuál es el rol que cumple la memoria en la reconstrucción de una sociedad?

S.S.: Yo creo que una manera de plantearlo es preguntándose por qué el tema de la memoria empieza, a comienzos de los 90, a tener tanto impacto. ¿Por qué llama la atención, cuando no fue así en la transición de España, después de la muerte de Franco en los 70? Más bien, lo convencional en esa época era establecer un pacto de silencio y punto. Y eso fue algo en lo que participó la izquierda además de la derecha, después de la muerte de Franco. Llegando a los 90, hay que tener comisiones de verdad. No solamente para establecer lo que pasó en Argentina antes en los 80, sino que también en Chile, El Salvador, Guatemala, Sudáfrica y llegando a este siglo, Perú. Obviamente, algo cambió. Y yo creo que en el caso de la memoria política, los regímenes de terror de Estado, usaban como parte de su método de legitimación una gran negación, y se empezó a formar una lucha contra esa negación. Entonces, llegó el momento en que surgió la pugna para definir cuáles fueron los hechos que pasaron en el país y cómo interpretar el sentido de esos hechos.

En Chile eso es muy evidente. Ya en los 70 tienes una memoria salvadora que plantea el gobierno para justificar una indiferencia frente a las violaciones de derechos humanos. Una negación para decir que no importa tanto, que pasa de vez en cuando algún exceso, pero que se trata de un pequeño problema, nada sistemático y el resto son mentiras que otros inventan en el exterior. Pero frente a eso, hay memorias disidentes, alternativas, que empiezan a surgir, insistiendo en que, al contrario, hay violación masiva para destruir física y psicológicamente a las personas. No solamente las desapariciones, ya que era una época en que no se sabía si se trataba de desapariciones permanentes o no. Se sabía que eran detenciones, tipos de secuestros que quedaban en el misterio, finalmente. Una persona desaparece, pero por varios años los demás piensan que puede estar viva y persisten en su búsqueda. Además, hay ejecuciones y un proceso masivo de meter presas a las personas. En algunos países, este era el método privilegiado, como en Uruguay, pero también había una masividad en Chile. Entonces, hay memorias que surgen para decir “al contrario, hay heridas abiertas de cosas negadas”.

Pero todavía no lo llaman “memoria”. Sencillamente es una disputa sobre cuáles son los hechos y cuál es el sentido de esos hechos. Cuando empieza a surgir en Chile la idea de memoria como un valor sagrado, como una consigna, como algo que es importante, recién llega a tener peso cultural a principios de los 80. Y es porque existe un nuevo contexto para

el planteamiento alternativo sobre los derechos humanos, una especie de respuesta o replanteamiento oficial a las demandas planteadas durante años desde el Comité Pro Paz, la Vicaría de la Solidaridad, la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y los otros grupos que van creando conciencia y solidarizando con el tema de los derechos humanos. Asimismo, ese replanteamiento oficial es una respuesta frente a la crisis interior del gobierno en el 78, que además es un año muy complicado con Argentina y con Leigh. También se producen acontecimientos relacionados a los derechos humanos como el caso Letelier y después Lonquén en el 79, donde no solo está la insistencia de una memoria salvadora desde la junta militar, sino una que dice que vamos a definir lo que pasó como algo que perteneció al pasado y que ya está resuelto. Entonces, estamos hablando de la época del decreto de ley de amnistía, acompañado por un discurso de institucionalización y de una guerra de dos bandos que pertenecía al pasado; un pasado que estaba más o menos resuelto y cuyo examen no ayudaba al país.

Así, la lucha sobre qué es lo que pasó empieza a ser una lucha para parar un olvido. Empiezan a surgir las palabras “olvido” y “memoria” con más peso, para decir que no van a desaparecer de nuestra conciencia y que hay un proyecto de no olvidar.

Por lo tanto, en los 80 la palabra “memoria” empieza a ser una palabra fuerte a nivel cultural y a nivel político, que se instala en el proceso político-social, lo cual quiere decir que llegando ya a una transición, el tema memoria tiene peso y ya es una demanda social. En ese contexto, de una transición democrática, el rol que cumple la memoria en la reconstrucción es que permite crear un contraste entre democracia y dictadura, porque ahora hay una lucha y una herencia de hechos negados que se definen como un problema de derechos humanos y también de memoria. Y para demostrar que estamos en otro camino, que vamos a refundarnos sobre otro tipo de bases y principios, un nuevo gobierno tiene que enfrentar de alguna manera el tema de la memoria.

Ahora bien, no era tan obvio qué se podía hacer en el momento, como lo es hoy en día. En ese sentido, es importante pensar en las probabilidades y no en las inevitabilidades. Para explicarlo mejor: el círculo de consejeros de Aylwin estuvo dividido sobre el tema de establecer una comisión de verdad porque estaban conscientes de que Pinochet todavía tenía mucho poder y se veía una fragilidad en la transición. Pero a la vez, había una demanda social que había que responder de alguna manera. En ese sentido, no hay que personalizar demasiado tampoco, sea Aylwin, sea otro, tendría que haber buscado una manera de refundar la sociedad y establecer un contraste moral con el pasado y decir “esto es una democracia” y no una dictadura. Sin embargo, la posibilidad de hacer una comisión de verdad no era tan obvia. Aylwin tenía la percepción, y creo que en eso tenía razón, de que si el

poder judicial aún era pinochetista y no se podía avanzar mucho ahí, había que dar un paso para refundar la sociedad y crear un nuevo sentido común, más democrático, que estableciera algunos hechos innegables. Y ahí podía entrar una comisión de verdad.

Por lo tanto, yo creo que la memoria es una demanda social muy fuerte llegando al final de la dictadura y al comienzo de la transición. Es interesante notar que en los sondeos, hacia el final de la dictadura y en los inicios de la transición, uno de cada seis chilenos se autodefinió como víctima de derechos humanos. Eso era antes de empezar a reducirlo a las cifras de ejecutados políticos y detenidos desaparecidos. Pero al final de la dictadura la sensibilidad sobre derechos humanos era una sensibilidad que compartían muchas familias que consideraban que habían sufrido algún tipo de violación brutal. Era una demanda que había que responder de alguna manera, porque de no ser así iba a deslegitimar a la democracia también: el tema de la memoria llegó a ser un tema estratégico para legitimar y deslegitimar. Por ejemplo, deslegitimó mucho a la dictadura, mientras que, por el otro lado de la moneda, si la democracia quería tener algún tipo de éxito y posibilidades de perdurar, de alguna manera tenía que enfrentar esa memoria y decidir qué haría con esa herencia. Creo que es un rol, un papel fundamental que tiene la memoria. Sin eso no hay legitimidad que dure mucho tiempo en una transición democrática.

E.O: En ese mismo sentido, una pregunta que hasta el día de hoy muchos se hacen también es si la construcción de la memoria tiene que ser amplia, considerando todos los sectores de la sociedad, tanto de víctimas y victimarios. ¿Debe ser esta construcción de memoria un resultado de una política nacional?

S.S: Yo creo que sí. Ahora, hay dos polos: víctima y victimarios. Pero, como acabo de mencionar, a finales de la dictadura uno de cada seis chilenos pensaba que en su familia había habido una violación brutal. Entonces, el polo víctima era un polo bastante grande al principio. Después se achica y el tamaño del universo de ese polo sufre altibajos, porque después, con la Comisión Valech, se expande otra vez y quienes viven en una población y no se sienten incluidos en la Comisión Valech tienen memoria popular de allanamientos y brutalidades. Ellos también sienten que hay una deuda y una experiencia violenta ahí. Pero, entre esos polos, también existe una masa de personas que de alguna manera sabía lo que estaba pasando; de alguna manera tenía que decidir si iba a votar en el plebiscito y cómo iba a votar. Así, en cierto sentido, ellos también asumían el tema de la memoria, y creo que una función muy importante de la Comisión Rettig fue establecer algunos hechos clave indiscutibles como hechos, aunque pudiera generar

un debate sobre el sentido de esos hechos. Establecer hechos indiscutibles que podrían encontrar un eco en toda la sociedad, a pesar de la resistencia de los más pinochetistas. Entonces, por ejemplo, la justificación pinochetista tiene que evolucionar hacia dejar de negar que había dos mil o tres mil personas desaparecidas y asesinadas; llega un momento en que desde el lado pinochetista la gente ya no puede negar que había tres mil personas muertas y que eso era demasiado como para decir que fue un exceso de un soldado por aquí o de un carabinero por allá. Por lo tanto, lo que hacen en su batalla por la memoria es empezar a decir “bueno, eso fue un costo social moderado”, pero teniendo que admitir más o menos el hecho. Ya no pueden decir que es mentira y que se trata de “presuntos detenidos desaparecidos”; ahora se ven obligados a admitir que son detenidos desaparecidos.

Y esa fue la función de la Comisión: decir que los dos polos tienen que enfrentarse y que los que están entre medio tendrán que enfrentar hechos indiscutibles. Y ese será el nuevo sentido común de la sociedad.

Ahora, la otra respuesta de Pinochet sería que no solo era un costo social moderado, sino que de alguna manera era justificable dado el contexto anterior de crisis. Lo que tomó mucho más tiempo fue llegar a una doctrina distinta en la sociedad civil en general, y también en las Fuerzas Armadas. Se trata de la doctrina pública formal que señala que la violación de los derechos humanos no es justificable bajo ningún contexto. Llegar a esta sensibilidad tomó más tiempo y encontró más resistencia. Pero en ese sentido, la batalla por la memoria se dirige a todos, y todos tienen que involucrarse, porque decidir que el tema de la memoria no es un tema relevante también es una manera de involucrarse desde la indiferencia consciente. La batalla está ahí, no se puede evitar; entra por sus altibajos, pero sorprende a las personas que piensan que se acabó el tema, porque de repente, en un año más, surge otro escándalo, otra movilización, otra pugna en torno a la memoria que, de cierta manera pertenece a todos.

Lo anterior quiere decir que se deben forjar nuevos sentidos comunes y reconocer que no se puede tener solo una memoria colectiva, porque es un proceso de bastante conflictividad. Eso puede ser sano también, porque significa que cuando reconocemos que habrá memorias plurales, a pesar de encontrar ciertos hechos que no se pueden discutir y ciertos valores que se sacan de esos hechos que se definen como fundamentales para la democracia, eso también abre espacio en el campo de la memoria de cultura de derechos humanos de tener memorias plurales. Estas memorias pueden diferir, por ejemplo, en algunas regiones respecto a lo que fue la dictadura en el sur, porque había violencia antes del 11 de septiembre de 1973, como allanamientos, casi como si la Fuerza Aérea hubiese estado “ensayando”. O desde un punto de vista de las comunidades mapuches, en que la violencia por parte del Estado era algo anterior, no tan democrático. Entonces, el golpe es una ruptura, pero es una ruptura como un nuevo capítulo en una

historia que para ellos no había sido necesariamente tan democrática, en que el periodo de Allende había sido la excepción a la regla. Para sintetizar, se abre la posibilidad de memorias plurales dentro de una conversación que también es nacional. Así que sí, creo que es relevante para todos, aunque no todos van a admitirlo en cada momento.

III. EL ROL DE LA MEMORIA EN EL CONTEXTO SOCIOPOLÍTICO CHILENO ACTUAL

G.Z: Ligando este tema con el contexto sociopolítico chileno actual, la construcción de memoria es un proceso dinámico y que experimenta distintas fases ¿Cómo afecta a este proceso y a quienes son parte de él hechos que atentan contra la verdad que se intenta recordar y mantener viva? Por ejemplo, el cambio de concepto en las bases curriculares hasta sexto básico de “dictadura” a “régimen militar” o el homenaje a Miguel Krassnoff, entre otros.

S.S: Es interesante pensar que hay una tensión entre reconocer el valor fundamental de los derechos humanos y reconocer que vivimos en el tiempo, con la marcha de la historia. Pasamos por cambios, lo que significa que el reto democrático estratégico va cambiando en el tiempo para esos valores. Y esos hechos que tú mencionas, de tratar de reemplazar la palabra “dictadura”, que es una palabra cuyas asociaciones tienen que ver con gran concentración de poder, violencia, miedo, es una manera de sintetizar toda una experiencia social, con palabras más “benignas” como “régimen militar”, “gobierno militar”, “gobierno cívico-militar”. Son palabras de “dicta-blanda”, que dicen que “a veces civiles gobiernan, a veces militares”, lo cual es muy “suave”. Y homenajes abiertos a Krassnoff para convertirlo en un héroe son parte de esa tensión al provocar desde un nuevo contexto la necesidad de insistir, una vez más, en los derechos humanos como valor que queremos proyectar en todas las etapas históricas, en todos los contextos, diciendo que no hay justificación, independiente del contexto, para violar los derechos humanos, sino que son universales en el tiempo y en el espacio; pertenecen a todas las personas, sean personas buenas o malas, estén equivocadas o en lo correcto.

Por otro lado, vivimos en la historia y los desafíos son distintos. Pienso que hay que empezar a visualizar, desde un punto de vista democrático, cuáles son los desafíos estratégicos en el trabajo de la memoria en los distintos momentos, entendiendo que ninguna etapa cierra completamente. Un tema en este sentido es reconocer la verdad con hechos claves indiscutibles que abren paso a seguir un proceso, incluyéndolo hacia la justicia. Ese era el reto fundamental entre 1989 y 1993. Y en una segunda larga etapa,

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA

desde 1992 a 2006, considerando que las tareas estratégicas de las etapas anteriores no cierran y en este sentido hay traslapeo entre distintos periodos, el punto fundamental es insistir en los hechos y sus consecuencias frente a la tentación de cerrar. Insistir en la justicia, y en asumir las verdaderas dimensiones de la violencia, incluyendo la tortura, comenzó a ser el reto estratégico, porque la tentación de cerrar y de definir el tema de manera reducida era fuerte. A partir del 2004 y aproximadamente hasta el 2011, mi análisis era que materializar y renovar el tema en el paisaje institucional y cultural, pensando lo cultural desde la dinámica generacional, iba a ser el gran reto estratégico. Entonces, el proceso de memorialización se comenzó a dar y tenía que darse de una manera más masiva en el país, pero pienso que falta mucho por hacer en la renovación generacional, aunque se nota en el movimiento en las calles una cierta renovación y resignificación de la memoria que, de todas maneras, sigue.

Ahora bien, pensando en esas tres etapas de retos democráticos estratégicos, la pregunta con la que contesto la pregunta es: ¿esos hechos significan que estamos frente a los inicios de otra etapa? Esta es una etapa de renovar la memoria desde el campo democrático de los derechos humanos, de manera que no permita una resignificación heroica de lo que era la memoria de antes, de lo que significaba la dictadura militar. Lo que produce mucha indignación, y con razón, es un tipo de homenaje a alguien sangriento como Krassnoff, como si no hubiese pasado nada. El tema es si eso es como un “saludo a la bandera” desde la derecha, ya que la verdad es que se ganó de una manera duradera la batalla por establecer en la cultura política, social y pública que no se puede justificar una violación a los derechos humanos. En ese sentido, lo de Krassnoff puede ser algo de un puñado de locos, en términos políticos, sociales y culturales o, por otra parte, podemos realmente estar frente a un nuevo reto, en que con mucha más agresividad, persistencia y capacidad de organización se está volviendo a plantear de nuevo una forma de heroísmo, en que ya no importa el tema de los derechos humanos. Personalmente, creo que es dudoso que puedan continuar con homenajes a tipos como Krassnoff. Hay un desafío de resignificación intergeneracional, que es el reto fundamental, porque creo que los jóvenes no van a estar con los Krassnoff.

Más bien, la nueva toma de conciencia tendrá que ver con cómo los derechos humanos ahora empiezan a significar temas que no están relacionados exactamente con lo que pasó en una dictadura militar, sino que tienen que ver con los derechos de los presos en la cárcel, aun cuando no sean presos políticos; con el tema mapuche; con si se puede, en el siglo XXI, definir la educación de calidad sin que genere una deuda de por vida, con si eso es un derecho fundamental. Así que creo que lo de Krassnoff, a largo plazo, quedará como un “saludo a la bandera” más que como el inicio de algo que tenga éxito, en parte, porque esos homenajes producen

tanto rechazo que generan un problema político para quienes los apoyan y quieren ser elegidos en algún cargo de elección popular. Pero estamos hablando de probabilidades, por lo que habrá que ver.

E.O: Dentro de las cosas que usted mencionaba está la de que las nuevas generaciones están creando nuevas formas de manifestarse y salir a la calle con nuevas demandas. En este sentido, ¿cómo se relaciona el proceso de construcción de memoria con el actual movimiento social y la crisis de representación en Chile?

S.S: Es interesante la pregunta. Creo que es normal y se ve en otros países, en Sudamérica también, que cuando existe un cambio generacional, asumir el tema de la memoria resignifica y expande los derechos en juego. Entonces, algo que una persona podría interpretar sobre las movilizaciones estudiantiles es que la transición que enfrentó una dimensión de legado de la dictadura, pero no otra. La idea es que sí, los derechos humanos, en el sentido clásico, tienen que ver con la destrucción violenta, física y psicológica, de las personas, donde el Estado selecciona una porción de su ciudadanía para meterla en la cárcel, torturarla, matarla, desaparecerla, y crear un misterio acerca de lo que pasó, acompañándolo con una negación o desinformación, cuestión que crea una cultura de impunidad dictatorial, donde el que tiene la fuerza puede hacer lo que le dé la gana, y eso es el miedo, realidad y sentido común de lo que se vive. Si bien la transición enfrentó eso de alguna manera –con todos los problemas de la transición y la situación de Pinochet como comandante en jefe hasta el 98, etc.–, fue mucho menos exitosa en otras dimensiones. Mucho menos exitosa, por ejemplo, en renovar una constitución de manera que lograra una democracia con más sintonía representativa a largo plazo y más multigeneracional, en vez del sentimiento de que las elecciones tienen un papel limitado en la representatividad y necesidad social.

Por otro lado, hay ciertas herencias, como el sistema educacional, que todavía no están resueltas. El tema es de la herencia plena, de las múltiples herencias, de lo que fue la dictadura, cuyo proyecto era reorganizar y reordenar toda la sociedad, porque era un proyecto de “policidio”, en el sentido de que se buscaba matar una manera de entender qué es la política y cómo definir una política pública y social en el país. Por eso el miedo era tan fundamental en la dictadura, porque era un camino para entrenar a la ciudadanía y hacerla sentir que los de arriba mandaban y no que tenían que “bailar” de alguna manera, aunque a veces conflictiva, con los de abajo. Es decir, los de arriba *eran* el gobierno. La reforma de sistema educacional era parte de ese proyecto de destruir una manera anterior de entender qué es la política, cómo organizarse para la política y tratar de reeducar a la

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA

ciudadanía, creando un nuevo sistema de educación. De cierta manera, los jóvenes están diciendo que no están contentos con eso y eso también es memoria, porque es herencia de la dictadura. Por ejemplo, algo de eso se ve en algunas de las consignas que les acompañan en las marchas, como “tenemos que avanzar cuarenta años atrás”. No están diciendo que el mundo de hoy es el mundo de Frei o Allende de los 60 y 70, sino que hay ciertos problemas no resueltos que se enfrentaron o trataron de enfrentar, pero después se pasó por una reordenación que ha creado una larga postergación. Entonces, en su conflictividad, la educación hoy en día tiene algunas características similares a las que se habían reclamado en los 60 y principios de los 70. De todas maneras, la revolución en la educación que se hizo a fines de los 70 y principios de los 80 significó una larga postergación y creó un sistema de educación –si lo pensamos desde la perspectiva de la educación como un vehículo de cumplir con el bien público, para toda la ciudadanía– que de cierta manera no está funcionando.

Algo de eso se ve no solamente en la movilización de los jóvenes, sino que también en el arte en un sentido amplio. Pensemos, por ejemplo, en una película como “Machuca”, que ha tenido tanto éxito. Esa escena del debate en el centro de padres, cuando la mamá de Machuca se levanta y dice que “el problema para nosotros es que siempre somos los culpables”, es una forma de decir que la pobreza y la búsqueda de una dignidad socioeconómica era un tema fuerte en la época. Ella habla muy elocuentemente acerca de eso. Y de cierta manera, la película plantea la idea de que sigue como un tema no resuelto. Como un tema que todavía hay que asumir en la sociedad. Se ve la persistencia de ciertos temas –aunque el mundo ha cambiado drásticamente ya que lo que hoy pueden significar no es lo que significaban hace cuarenta años atrás–, se ve en muchas partes: en la respuesta popular de una película así o en el 2011 en las calles y movilizaciones.

G.Z: ¿Cuál podría ser el rol que juegan ciertas figuras de la historia de Chile, como la de Pinochet o Allende, en la situación de movilización y demandas sociales actuales? De acuerdo a sus investigaciones, ¿sigue existiendo esta brecha entre izquierda y derecha en la construcción de la historia para las nuevas generaciones?

S.S: Yo creo que Pinochet y Allende –y quizás este comentario será controversial, pero no importa– son mitos y símbolos, más que personas reales. No quiero decir que no existan afectos muy fuertes hacia ellos como personas desde distintos sectores, especialmente hacia Allende. Porque la consecuencia de Allende, cómo terminó, leal a sus principios, es impactante y sigue convocando mucho afecto, lo cual tiene que ver con la persona real de Allende, más que con el mito de su persona. En contraste, en el caso de

Pinochet es más complicado para la derecha, porque quedó expuesto como un ladrón y un mafioso. El mito de Pinochet antes era el mito del “salvador” de la patria, que era austero y que no quería ser un dictador, alguien que se autosacrificaba para salvar al país, pero cuando empiezan a surgir los escándalos del Banco Riggs queda expuesto más como un mafioso que como un héroe. Cuando esto sucede, ocurren dos cosas: por una parte, el mundo pinochetista se va achicando, principalmente el pinochetismo leal duro y afectivo. Al inicio de la transición democrática, en el plebiscito del 88, él cuenta con el apoyo de más de dos de cada cinco personas, es decir, el 43% de los chilenos había votado por el Sí. Entonces, además de los más ricos y poderosos que votaron por él, hay otras personas que le apoyan. Pero llegando al periodo post Riggs –en realidad otro momento en una experiencia acumulativa, el caso de Londres en el 98 y los varios procesos del juez Guzmán, además de los escándalos de dinero y corrupción– su imagen se transforma en la de un “mafioso” y los sondeos muestran que solo un 16% de la población sigue siendo leal a él. Hay una pérdida enorme. Un efecto es que el pinochetismo duro se reduce a una minoría.

Otro efecto es que se crea una separación en la derecha entre lo que es la persona de Pinochet y la obra del gobierno militar. Esto ressignifica la frase “gobierno militar”, que desde entonces quiere decir que “hemos hecho cosas buenas para Chile, pero es verdad que tenemos este problema que se llama Augusto Pinochet y hay una relación complicada con él”. Entonces, puede ser, porque la historia está llena de cambios, que llega un momento en que algunos tratan de reunificar de manera fuerte y agresiva a la persona de Pinochet con su gobierno. Sin embargo, muchos en la derecha van a seguir queriendo mantener a los derechos humanos y Pinochet por un lado y a las obras de su gobierno, por el otro. Es muy complicado para ellos unificarlo, porque hay un rechazo a la persona de Pinochet muy fuerte y una sensibilización con el tema de los derechos humanos. Existe una relación muy complicada con el mito simbólico que es Pinochet.

E.O: ¿Es posible decir que la actual situación que se vive en Chile en torno a demandas estudiantiles y sociales más amplias es parte de un continuo en la historia social de Chile?

S.S: La historia siempre es una mezcla de continuidades y cambios. Quizás una manera de entrar es definiendo dónde está la continuidad y dónde el cambio. Por un lado, se puede decir que las movilizaciones de los estudiantes en el año 2011 seguirán en el 2012, porque no es muy probable que se dé una solución rápida a sus demandas, básicamente por la crisis de representatividad, como tú dices. Significa que la crisis es un “baile” conflictivo y necesario para avanzar, tanto por parte del Estado como por

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA

parte de los actores de la sociedad civil. Sin embargo, los actores no están preparados para hacerlo. En ese sentido, es un gobierno bien torpe. Los estudiantes eran muy fundamentales en la época de los 60 y principios de los 70, no por nada el nuevo gobierno militar quería reorganizar lo que estaba pasando en las universidades, instalando rectores militares y cambiando el sentido del sistema educacional. En la medida en que los estudiantes eran personas que reclamaban que la educación tenía que servir, por un lado, como una posibilidad de camino en sus propia vidas y, por otro, como una forma de crear una justicia social mayor para los demás, porque los estudiantes siempre pensaban en ello. De cierta manera, la dictadura intentó sofocar esa cultura estudiantil, pero esta nunca desapareció completamente y ahora está saliendo con mucha fuerza. Ser estudiante universitario y tener una visión de sociedad es parte de una larga historia, por lo que hay una continuidad.

Por otra parte, el Chile de hoy es muy distinto, lo cual también se refleja en las movilizaciones estudiantiles. Por ejemplo, si pensamos en la época de Frei Montalva y Allende, el gran ícono era el obrero, la clase obrera. En esas movilizaciones, incluyendo las de los estudiantes, se estaba pensando en el diálogo con ese ícono y su simbolismo. Hoy en día, en cambio, en una sociedad con más riqueza, pero con una distribución de ingresos distinta, siempre está la promesa de entrar a la clase media. Sin embargo, parece una promesa fraudulenta o falsa para muchos. Sería difícil imaginar hoy que el ícono fundamental de las movilizaciones fuera la clase obrera, en el sentido del siglo XX. Más bien es la promesa de que todos, o no, podamos vivir una vida que se defina como de clase media, pero no precaria, sino que digna. Entonces, si pensamos desde la clase social, yo creo que la promesa de la otra época era que podríamos tener una clase obrera que podría llegar a gobernar para tener una vida digna, mientras que hoy en día el tema es si vamos a crear o no una sociedad donde todos tengamos el derecho de que si trabajamos fuerte y nos educamos, podremos ajustarnos a la clase media. Pero estamos hablando de una sociedad donde parece que los privilegios están tan concentrados, que lo que nos queda es una gran deuda y un cierto bloqueo para poder entrar a la clase media. Es una sociedad distinta en ese sentido, aunque se ve también una continuidad, donde los estudiantes a veces están en la vanguardia de una lucha social para definir una sociedad mejor. Y creo que siempre es así, una mezcla de continuidad y cambio, lo cual se ve en las mismas movilizaciones. Chile sigue siendo Chile, pero es un país con historia y pasa por cambios.

RESEÑA

EDEN MEDINA. *REVOLUCIONARIOS CIBERNÉTICOS. TECNOLOGÍA Y POLÍTICA EN EL CHILE DE SALVADOR ALLENDE.*

TRADUCCIÓN DE JOSÉ MIGUEL NEIRA.
SANTIAGO: LOM EDICIONES, 2013. 358 pp.
ISBN: 978-956-00-0435-2

MATÍAS WOLFF CECCHI*
École DES HAUTES ÉTUDES EN SCIENCES SOCIALES

Qué duda cabe, el proyecto Synco es uno de los acontecimientos más extravagantes que han sucedido en la historia de nuestro país. Su existencia permaneció por años escondida en los archivos de las instituciones que participaron en él, en la memoria de sus arrojados perpetradores y en los pocos medios que cubrieron el suceso con estupefacción. Eso, hasta que Edén Medina, tenaz investigadora norteamericana, encontró indicios de su existencia en un viejo libro sobre la Unidad Popular y quiso hacer de esta aventura el objeto de su investigación doctoral. El resultado de ese afortunado accidente es *Revolucionarios Cibernéticos*, la extraordinaria crónica de una aventura tecnológica y política sin precedentes ocurrida en medio del proyecto socialista de Salvador Allende.

Los aspectos básicos de la historia, que han ido popularizándose en los últimos años gracias al trabajo de Medina, dicen más o menos así: abrumado por la complejidad creciente en la gestión de las empresas públicas, como consecuencia de la fuerte política de nacionalización emprendida por el Gobierno, el subdirector de la CORFO, un joven Fernando Flores, solicitó en 1971 la asistencia de Stafford Beer, un barbado experto en *management*, cuyas innovadoras ideas cibernéticas ofrecían un novedoso método de manejo empresarial. Habiendo trabajado en una de sus empresas durante los años 60, Flores le escribió directamente a Beer y le hizo una propuesta difícil de rechazar: la posibilidad de aplicar sus teorías ya no a una empresa

* Antropólogo. Doctorante en Antropología, École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, Francia. E-Mail: jose.matias.wolff@gmail.com

o un *holding* productivo, sino a la mismísima economía de un país. Y no de uno cualquiera. Se trataba nada menos que del inédito proyecto chileno de conciliación entre socialismo y democracia impulsado por la Unidad Popular. Beer no dudó en aceptar y se embarcó por más de dos años en el diseño y la implementación de un sistema de gestión fundado sobre un modelo de organización empresarial que emulaba el funcionamiento del sistema nervioso humano.

Con una prosa entretenida, a medio camino entre la crónica periodística y el texto especializado, el trabajo de Medina no solo explora a fondo la excepcionalidad historiográfica de este suceso –que ya valdría la pena de por sí–, sino que formula una interesante reflexión acerca de las relaciones que existen entre tecnología y política y sobre la importancia de tomar los sucesos técnicos como eventos históricos fundamentales para entender los procesos sociales y culturales. Para la autora, las particulares circunstancias del proyecto socialista chileno permitieron la utilización de la cibernética –disciplina que el sentido común tiende a asociar con la alta tecnología de los países desarrollados– de una manera que probablemente no podría haber sido replicada por ninguna superpotencia. Esa imbricación entre historia y técnica conduce a Medina a sostener que la tecnología *es* política. No se trata del mero subproducto material de un contexto o la manifestación menor, dado su carácter prosaico, de un discurso o una idea. Ella *es* ese discurso y esa idea. Por este motivo, la autora señala que su intención no ha sido “sacar a la luz los movimientos políticos que se ocultan tras un proyecto tecnológico a través del desmenuzamiento de una dicotomía entre lo social y lo técnico”, sino relevar “precisamente la ausencia de esa dicotomía” (p. 28).

Que se trate de un estudio sobre la aplicación de una variante de la cibernética apoya este rechazo, en la medida en que, según Medina, con su propio desarrollo, la cibernética fue difuminando algunas fronteras fundantes de la ciencia tradicional como las que dividen lo técnico de lo teórico, lo natural de lo cultural o el fenómeno de su concepto. Y aunque esa condición la haya expuesto a fuertes críticas que increparon su falta de rigor y su propensión a la especulación o directamente a la charlatanería futurista (de las que el propio Beer fue objeto), su desarrollo a partir de mediados de los años 40 desde las ya míticas Conferencias Macy ha permitido la emergencia de importantes hipótesis acerca del funcionamiento de las organizaciones y los sistemas de la más diversa índole. El auge de la computación, Internet o la actual ciencia cognitiva no se puede comprender sin ese antecedente directo.

Tomando entonces una perspectiva análoga al gesto emprendido por su propio objeto de estudio, la investigadora norteamericana interpreta los aspectos centrales del proyecto de Allende –conciliar socialismo con respeto por la democracia– como coextensivos a la pretensión de Beer de establecer

mecanismos de control dentro del sistema de empresas públicas que no descuidasen la libertad ni la independencia de los sujetos y las agrupaciones de menor jerarquía. En la tesis de Medina, tanto la Unidad Popular como el proyecto Synco serían respuestas “a las preguntas relacionadas con cómo conservar la estabilidad de un sistema y al mismo tiempo facilitar sus cambios [...] garantizar la cohesión del todo sin sacrificar la autonomía de sus partes, y [...] encontrar el equilibrio entre las formas de comunicación verticales y horizontales” (pp. 80-81).

Antes de hallar efectivamente esas concordancias entre socialismo y cibernética, el primer lugar donde Beer aplicó esa lógica –nos cuenta Medina– fue al interior del mismo proyecto. Las ideas del inglés, tributarias de la interdisciplinarietà informal de los pioneros de la cibernética, crearon una cultura de trabajo que “ponía énfasis en la amistad, en tomar riesgos, en el aprendizaje independiente y en la creatividad” (p. 163-164). Esto significó la creación de una red de colaboradores de la más diversa índole –desde el diseñador alemán Gui Bonsiepe, responsable del ya mítico Ops Room, a la participación de esos “cibernetistas chilenos”, Humberto Maturana y Francisco Varela, como asesores externos– que fueron apuntalando la iniciativa desde su propia experiencia técnica y teórica. La urgencia del proyecto, así como el perfil de sus participantes, permitió por otra parte que este adoptara una mirada mucho más pragmática que conceptual a la hora de concebir las soluciones que debía entregar. Siguiendo un criterio que hoy llamaríamos performativo, profundamente crítico del tradicional interés representacionista de la ciencia tradicional, Beer creía que era mucho “más importante comprender lo que las cosas hacen que cómo funcionan” (p. 61). Tanto el *hardware* –la red de télex que conectaría las distintas empresas; el ordenador central que computaría los datos– como el *software* –el programa de modelamiento económico con que operaría el sistema– y la jerarquización de los dispositivos regulatorios concebidos para gestionar los distintos niveles obedecerían desde el primer momento a este principio.

Aunque Medina no ahonda en ello, resulta patente que el privilegio de ese aspecto práctico sitúa al proyecto Synco del lado más constructivista y emergentista en la verdadera guerra de trincheras en se ha visto involucrada la ciencia cognitiva en los últimos veinte años. Maturana, Varela y el propio Flores también se situarían en ese flanco. El mismo Beer, entusiasta de la idea de autopoiesis desde sus inicios, escribiría algunos años después de su aventura chilena el prefacio de la versión en inglés de *De máquinas y seres vivos*, obra que más allá de las polémicas resulta clave para entender la recepción chilena de esta tendencia cognitivista.

Ahora bien, la corta vida de Synco, producto del golpe de Estado que lo cortó de raíz (las autoridades militares no se interesaron por él), dejó pendiente la conclusión acerca del real grado de la concordancia entre socialismo y libertad cibernética que Beer pretendía. Su utilidad más célebre

–la coordinación de las reparticiones públicas que permitió hacer frente al Paro de Octubre–, tuvo mucho más que ver con el *hardware* comunicacional instalado que con los principios de autonomía tan preciados por su conceptor. En la práctica, la autorregulación respetuosa de la libertad propuesta en el sistema nunca llegó a ser del todo comprendida por el proyecto socialista chileno. Aunque resulte paradójico, la historia ha ido demostrando que ideas de autogobierno como las propuestas por Beer fueron reinterpretadas mejor en el sentido de las transformaciones que comenzó a vivir el capitalismo a partir de esa fecha. La gubernamentalidad neoliberal, cuyo principio básico sería, según la concepción de Foucault, el desplazamiento de los dispositivos del poder hacia los propios gobernados, vio en las fantasías cibernéticas un terreno fértil para elaborar sus mecanismos de gestión de recursos técnicos y humanos. Fernando Flores, como observa Medina, jugó un papel importante en este traslado, mientras Beer se retiraba a meditar y escribir en una cabaña de los bosques de Gales.

De este modo, la lectura de *Revolucionarios Cibernéticos* nos demuestra no solamente que experiencias desconocidas y marginalizadas como la de Synco resultan ser manifestaciones directas de procesos que la historia más tradicional creía haber clausurado o al menos domesticado en su porosidad. También nos convence de que los derroteros de esas iniciativas pueden no estar siempre en la línea que pretendieron, lo que hace su pesquisa aún más interesante desde el punto de vista historiográfico y político. El libro no se queda por lo tanto en el blando calor del homenaje, sino que invita a extender la reflexión hacia terrenos más ásperos, abiertos solo por la perspicacia de Medina y su notable investigación

RESEÑA

TZVETAN TODOROV. *LOS ENEMIGOS ÍNTIMOS DE LA DEMOCRACIA.*

TRADUCCIÓN DE NOEMÍ SOBREGUÉS.

BARCELONA: GALAXIA GUTENBERG, 2012. 208 pp.

ISBN: 978-84-8109-995-9

NICOLÁS LÓPEZ PÉREZ*
UNIVERSIDAD DE CHILE

“Es muy de temer que la última expresión de la democracia puede ser un estado social con un pueblo degenerado que no tiene otro objetivo que disfrutar de los apetitos innobles del vulgo”.

Ernest Renan

El multifacético director del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) en París, en este, su último libro, viene a seguir una línea de trabajo que arrastra desde 2003 con *Le nouveau désordre mondial*. En esta obra, el búlgaro analiza el trasfondo ideológico-cultural del gobierno de G. W. Bush, denominándolo neofundamentalismo, pues, a su juicio, aspira a promover una especie de revolución mundial que conduzca a todos los “pueblos” del mundo hacia algo que se asemeje al paraíso terrenal, una quimera escatológica. Y si esto no es posible, el objetivo es el mejor régimen posible, en sus palabras (y parafraseando a Churchill, creo), la democracia liberal. Lo novedoso de esta combinación es el hecho de que el contenido del ideal sea la democracia liberal, mientras que el medio para imponerla es el de los fundamentalistas, quienes jamás dudan de la verdad y la rectitud de sus ideales y sus propuestas, y que están dispuestos a imponerlos por la fuerza (en la manera que sea, claro). La introducción de los conceptos de humanitarismo (militar), debilidad de la democracia y defensa en términos

* Estudiante de Derecho, Universidad de Chile. Coordinador del Grupo de Estudios *Derecho y Humanidades*. Sus intereses son la filosofía del derecho, la filosofía moral y los estudios culturales. E-Mail: nicolopez@ug.uchile.cl

prácticos, comienza con esta investigación.

Los enemigos íntimos de la democracia no solamente viene a engrosar un catálogo de obras consagradas al fin de la historia (o el hombre), la crisis económica, el malestar en la cultura, las dificultades de la democracia liberal y las guerras “armadas”¹, sino que también intenta proveer de un marco teórico distinto desde la perspectiva de la historia de las ideas y mediante la introducción de conceptos como el mesianismo, el ultraliberalismo y la xenofobia (p. 13). Todo esto para elaborar un peculiar análisis conceptual de la democracia y los problemas a está sujeto este régimen que se posiciona como “el mejor posible”, partiendo por la pregunta: ¿por qué sucede esto? Según Todorov, hoy “ningún modelo de sociedad no democrática se presenta como rival de la democracia” (p. 9). Sin embargo, este régimen tiene problemas (o bien, es uno en sí mismo) y no goza de contendientes materiales, algo en lo que concuerdo con el autor.

En la revisión de posibles rivales (si es que hubieran), aparecen los totalitarismos que, no obstante, están obsoletos y son muy susceptibles a las críticas que van desde el plano del derecho internacional al de los derechos humanos. Lo que puede parecer engañoso es que el concepto de democracia que Todorov utiliza suele ser muy elástico y, sin embargo, se entiende que se trata de la democracia liberal. Esto, en virtud de la creencia en que la libertad se constituye como uno de los valores fundamentales de la democracia, aunque, el autor reconoce que determinados usos de la libertad pueden suponer un peligro para ella, cuestión que produce las siguientes inquietudes: “¿Será un indicio el hecho de que las amenazas que pesan hoy en día sobre la democracia proceden no de fuera, de los que se presentan abiertamente como sus enemigos, sino de dentro, de ideologías, movimientos y actuaciones que dicen defender sus valores? ¿O incluso un indicio de que los valores en cuestión no siempre son buenos?” (p. 7).

Desde las primeras páginas uno tiene la impresión de que el autor entiende como enemigos de la democracia a procesos o fuerzas internas que la amenazan con un ímpetu mayor. Es más, él mismo afirma que dichas fuerzas pueden ser superiores a los mecanismos exógenos, ¿por qué razón? A su juicio, “luchar contra ellas y neutralizarlas resulta mucho más difícil, puesto que también ellas reivindican el espíritu democrático, y por lo tanto parecen legítimas” (p. 10). Esta dicotomía es la que enfrenta el diseño de una sociedad que, en términos sociopolíticos, se basa en tres elementos constitutivos: el pueblo, la libertad y el progreso. Y con ello, se nota la raigambre ilustrada de su pensamiento.

El ideal entre estos componentes es la medida y el respeto de uno con el otro, que forma una ecuación perfecta. Sin perjuicio de ello, Todorov arguye que la democracia está enferma de su desmesura, pues en la libertad hay

1 De ello hacen gala autores como Charles Taylor, Michael Walzer, Francis Fukuyama, Jürgen Habermas, Axel Honneth, Martha Nussbaum, Michael Sandel, Ronald Dworkin, entre otros.

tiranía, el pueblo es masa manipulada y el deseo de promover el progreso se convierte en un espíritu ciego de cruzada. El exceso de los elementos constitutivos escapa a todo intento de limitación y se erige en principio como una única visión, de corte absolutista, por lo que la degeneración resulta en una ruptura con los otros y, luego, en una patología estructural que obstaculiza el acceso a la verdad. Esto se debe a que a la sociedad les es imposible realizar el proceso de percibir, vivenciar, recordar, experimentar y reflexionar para llegar al saber.

El análisis germina sobre la idea de desmesura y Todorov intenta atisbar su concepto prístino a partir de la *hybris*, la noción griega que representaba el peor defecto de la acción humana, la voluntad ebria de sí misma, el orgullo de estar convencido de que todo es posible; cuando la virtud política por excelencia, en términos aristotélicos, era exactamente su contrario: la moderación, la templanza. De este modo, “el primer enemigo de la democracia es la simplificación que reduce lo plural a único y abre así el camino a la desmesura” (p. 14); la imposición de una visión del mundo de manera infranqueable.

Con el afán de aclarar cómo se puede “preservar” el término para el estudio, el autor realiza un par de retrospectivas, donde resalta la disputa teológica entre el monje britano, ascético y heresiarca, Pelagius y el primero en conjugar el platonismo en clave monoteísta, Agustín de Hipona. La discusión surge poco después de la declaración del cristianismo como religión oficial del Imperio Romano.

Pelagius, en una vertiente del cristianismo considerada como herética, plantea dos cuestiones: (i) la negación del dogma del pecado original y (ii) el hecho de que si la voluntad divina no conoce límites, la voluntad humana puede superar todos los obstáculos (el ser humano dispone de capacidades comparables a las de Dios y será el creador de su ser; solo depende de él y todo es culpa suya). Por otro lado, el hombre de Tagaste (Argelia) reflexiona acerca de que el ser que se es puede elegir lo que quiere, menos su propio ser, por tanto, no se es una creación de la propia voluntad. Asimismo, el intento de dominar todas nuestras pulsiones inconscientes, de superar definitivamente la impotencia humana, lleva inexorablemente al pecado original. Según narra la historia, Agustín prevalece ante Pelagius; obviamente la versión “oficial” vence a la herética. La idea de la heteronomía (sumisión a la ley externa) se superpone a la autonomía, esta idea de autorregulación, de ley que nos damos a nosotros mismos. Sin perjuicio de que la discusión resulte favorable a la clave cristiana, ella se seguirá dando con pensadores como Lutero, Pascal, Erasmo, Descartes y los ilustrados Diderot, Voltaire, Rousseau y Montesquieu (e incluso más allá, pero es algo que Todorov no consigna). Haciendo gala del pensamiento humanista y de las investigaciones de la mayoría de los eruditos franceses de los siglos XVII al XIX, Todorov desea darle una orientación ilustrada

a la concepción de la voluntad. Parafraseando a Montesquieu, el autor señala: “Desde siempre hemos visto que todo hombre con poder tiende a abusar de él”. Luego vincula la idea del pecado original (en una similitud argumental), expresando que se trata del peligro de confiar *ilimitadamente* en las propias capacidades. Sobre lo anterior resulta que “la labor de la política es reconciliar los intereses divergentes de los diferentes elementos sociales proponiendo a unos y a otros compromisos razonables” (p. 32). Una cuestión que parece ir de la mano con la democracia, sin embargo, es ¿por qué ella tiene problemas?

Todorov lleva esa inquietud hasta antes del debate entre Pelagius y Agustín, a la idea de *hybris* (moderación/mesura) que *per se* no es un término de la ilustración francesa. Los pensadores de esa corriente le adjudicarían el nombre de equilibrio de poderes (Montesquieu, Rousseau e incluso el británico Locke), desechando denominaciones idealistas como reino de la virtud. Este concepto no se refiere a la negación del impulso de decidir libremente sobre la conducta, sino que a indicar que existen limitaciones y que ellas deben respetarse. Lo anterior es parte de las conclusiones que el búlgaro saca en *Le jardin imparfait*, a propósito del pensamiento humanista, el que comparte la naturaleza de la medida y del voluntarismo (pp. 32-33). La discusión de las postrimerías del siglo IV no hace más que funcionar como marco teórico para la reflexión de las (tres) oleadas de mesianismo político, algo que no se aparta de la fórmula de la mayoría de sus textos, a saber, un preámbulo ameno con funciones pedagógicas que cautivan al lector.

En efecto, será la falta de moderación pelagiana la que producirá que la democracia se vea atenazada por alguno de sus enemigos: xenofobia, ultraliberalismo y mesianismo. Respecto de este último, el autor expresa que en él, el mal puede ser hecho en el nombre del bien, tal como le dice Mefistófeles a Fausto². ¿Por qué sucede esto? A causa de su justificación por una finalidad descrita como sublime: la promesa escatológica.

El mesianismo puede ser definido como un mecanismo ideológico presente en los movimientos políticos o culturales que mantienen la creencia de que pueden prometer el paraíso en la tierra u ofrecer la salvación a todos los seres humanos sobre la base de la posesión de la verdad, *stricto sensu*, una quimera epistémica en el camino a la verdad. Estos movimientos que imponen una visión determinada del mundo, desvalorizan o desautorizan las visiones alternativas y, por tanto, se convencen de estar autorizados para usar la fuerza e imponer la verdad. Para Todorov, la primera oleada se produce en las guerras revolucionarias y coloniales que se extienden por casi todo el siglo XIX, viéndose disminuidas solamente en cierta medida, por el surgimiento del comunismo de la mano de Engels y Marx. Luego,

2 “Yo soy esa parte del bien que hace el mal pero siempre quiere el bien”. Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto*, trad. Jose María Valverde (Barcelona: Editorial Planeta, 2003)

la proyección a la praxis de esta forma de organización político-ideología constituiría hasta su segunda debacle en los 70, la siguiente oleada de mesianismo político. La última se gesta al calor del armamentismo humanitarista –como lo llama el autor– esto es, la imposición de la democracia por las bombas y el terror (eso también puede ser aplicado a los *coup d'état*, como en el caso de Chile). Sobre ella, Todorov intenta resumir los casos de Kosovo, Irak, Afganistán e, incluso, Libia con la reciente dimisión de Gaddafi, todo en una exposición lúcida de la política frente a la moral y la justicia. Acerca de esta serie de maniobras, Todorov expone dos falencias estructurales: por un lado, mediante la violencia se cancela la nobleza de los propósitos ciudadanos y, por otra, los individuos son incapaces de autorregularse y autogobernarse.

El mesianismo político, a diferencia del concepto teológico, tiene la particularidad de que no tiene un mesías (p. 38).

Posteriormente, el trabajo del búlgaro aborda el neoliberalismo y el ultraliberalismo, y retrata de otra manera el panorama de los modelos de Estado, situando en la óptica de un “torcido ser” de estos, la función de facilitar el poder económico. Entonces, al final de la II Guerra Mundial y luego, post 1990, el triunfo del cientificismo liberal es un hecho³ inicuo para la sociedad internacional⁴. Todorov intentará mostrar que el sistema está en decadencia a partir de la relación de hitos y procesos, entre otros, el accidente nuclear de Fukushima en marzo de 2011, la legislación bajo el alero del *Law & Economics* (aunque no con este término), las técnicas de management, el toyotismo, la gobernanza y los *mass media*.

Posteriormente, Todorov hace un estudio pormenorizado del populismo y la xenofobia en los contextos sociopolíticos de Alemania, Francia y Reino Unido, y cierra la obra con “El futuro de la democracia”, capítulo en el cual enuncia los desafíos a los que se somete esta forma política, concluyendo con la siguiente reflexión, similar a Berlin y a Schopenhauer: “Aunque todo individuo sea impotente ante la enormidad de los desafíos, no deja de ser cierto que la historia no obedece a leyes inmutables, que la Providencia no decide nuestro destino y que el futuro depende de las voluntades humanas” (p. 194). Esto puede ser entendido como una invitación a la resistencia y a la regeneración.

Y aunque el título pueda resultar curioso y dar lugar a malos entendidos como los desastres propios de un mundo donde el animal político es el hombre que es un lobo para el hombre, este libro no debe faltar en un bagaje crítico respecto a la democracia.

3 Recomiendo en este punto la lectura de Tzvetan Todorov, *El Jardín Imperfecto*, trad. Enrique Folch (Barcelona: Paidós, 1998) y de Nicolás López, “Cientificismo y mesianismo: la otra cara de la ciencia moderna”, *Crítica.cl*, 23 de febrero de 2013, <http://critica.cl/filosofia/cientificismo-y-mesianismo-la-otra-cara-de-la-ciencia-moderna> (Fecha de consulta: 28 de febrero de 2013)

4 Sugiero ver la conceptualización de este término en: Hedley Bull, *The Anarchical Society* (Nueva York: Columbia University Press, 1979).

INSTITUCIÓN Y ACCIÓN POLÍTICA: UNA APROXIMACIÓN DESDE JACQUES RANCIÈRE*

Laura Quintana**
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

R E S U M E N

Este ensayo se propone repensar la relación entre acción política e institución a partir de las reflexiones no siempre explícitas o elaboradas de Jacques Rancière. El desafío consiste en ofrecer argumentos para la exigencia de elaborar una noción alternativa de *institución* que pueda dar cuenta de la manera en que la acción política excede todo orden institucional, confrontando sus dinámicas policiales, pero a la vez sirviéndose de las disposiciones institucionales para formular sus demandas de igualdad. Con esto también está en juego la pregunta por las condiciones y los efectos sobre el-ser-unos-con-otros de la acción política, asumiendo su carácter de interrupción con respecto a estructuras de gobierno y mecanismos sociales dados.

PALABRAS CLAVE: Acción política, institución, derechos, Rancière.

INSTITUTION AND POLITICAL ACTION: AN APPROACH FROM JACQUES RANCIÈRE

This paper has as its purpose to rethink the relationship between political action and institution, taking into account the reflections on this subject, not always explicit or fully elaborated, by Jacques Rancière. It will argue the necessity to elaborate an alternative notion of *institution* that could show how political action exceeds any institutional order by confronting its police dynamics, but also makes use of institutional arrangements to articulate its demands for equality. Connected to these considerations, it is also at stake the question about the conditions of

* Artículo recibido el 11 de enero de 2013 y aceptado incondicionalmente el 1 de abril de 2013.

** Doctora en Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Profesora asociada del Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes, Colombia. Sus líneas de investigación son filosofía política contemporánea y estética moderna y contemporánea. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran: Hannah Arendt: Política, violencia, memoria. [En colaboración con J.C. Vargas] (Bogotá: Universidad de los Andes, 2012), y "Singularización política (Arendt) o subjetivación ética (Foucault): dos formas de interrupción frente a la administración de la vida". Revista de Estudios sociales 43 (2011). Para más información ver: <http://filosofia.uniandes.edu.co/cv.php/37/index.php/> E-Mail: lquintan@uniandes.edu.co

INSTITUCIÓN Y ACCIÓN POLÍTICA

political action and its effects on the being-together-with-others, if we bear in mind the way it interrupts government structures and given social mechanisms.

KEY WORDS: Political Action, Institution, Rights, Rancière.

Al proponerme repensar la relación entre institución y acción política quisiera confrontar unas preguntas reiteradas, pero tal vez no por ello menos cruciales, que emergen toda vez que lo político se piensa como un acontecimiento irreductible a las formas de gobierno y a los modos de ordenación de lo social, bien sea que se insista en la síntesis imposible entre poder constituyente y poder constituido; en el evento incalculable y siempre irruptivo que es la acción política, o en la inconmensurabilidad que hay entre la lógica de la dominación (policial) y la lógica emancipatoria de la política.

Por una parte, podríamos decir que está en juego la pregunta por *los efectos de la acción política en el mundo*: si su tiempo es el de la interrupción, es decir, el tiempo de lo que excede lo previsible o “posible” de acuerdo con un cierto espacio de sentido, ¿cómo se prolonga una brecha?, ¿puede prolongarse lo que interrumpe la continuidad del tiempo homogéneo sin dejarlo atrapado en esta? Además, si la radicalidad crítica del acontecimiento solo puede pensarse en su desvinculación con respecto a la institución –en su dimensión de lo instituido y de lo instituyente– ¿cómo puede “conservarse” o “mantenerse viva” la estructura confrontacional y emancipatoria de la política? ¿Cuál es la efectividad del acontecimiento, cómo afecta el ser-en-común si él es traicionado por todo reparto institucional que intenta inscribirlo? ¿Acaso el destino de la acción política es el de ser “traicionada” todo el tiempo, al ser apropiada por formas institucionales que la incorporan?, o por el contrario ¿su destino consiste en apagarse fácilmente como una luz efímera que no logra afectar los repartos dados del ser-en-común?

Por otra parte, y en conexión con este trazado de cuestiones, está también la pregunta por la emergencia misma de la acción política, por *las condiciones de posibilidad de lo que precisamente, como acontecimiento, excede toda condición de posibilidad* previsible y asignable: ¿en qué tipo de experiencias y espacios se conforman esas fuerzas emancipatorias que se manifiestan en la acción política? ¿Son tales experiencias completamente ajenas a lo instituido, y no instituyen ellas precisamente otros modos de ser y formas de relación en tensión-desvinculación con respecto a lo instituido?

Quisiera enfrentar aquí estas preguntas, o por lo menos proponer elementos para elaborar su problematicidad, argumentando que es insuficiente pensar la relación entre institución y acción política en

términos de una no-relación o de una mera oposición. Quisiera más bien sugerir, sirviéndome para ello de las reflexiones poco explícitas sobre el tema de Jacques Rancière¹, la exigencia de pensar una noción alternativa de institución, asumiendo que esta noción está atravesada por una equívocidad. En efecto, la institución podría ser a la vez lo que fija y bloquea el conflicto, y un trazado de la misma acción que se expone al devenir de lo que podría dejar surgir como “no-ordenable”. En este sentido, la institución no tiene que identificarse con unas formas apropiadoras que fijan la libertad y la igualdad en dispositivos legales y organizaciones que no hacen más que traicionar el acontecimiento político. Tal vez habría que pensar en la posibilidad de un comienzo que se prolongue en la institución, entendida más como “matriz que como marco”; es decir, no tanto como unas fronteras para ordenar el devenir político o como “límites de la acción”, sino como “una dimensión imaginaria de anticipación, que posee en sí misma la fuerza de iniciar”, es decir de crear “actitudes que se dirijan hacia la emancipación que ella misma anuncia” y que puedan prolongar sus “brechas”. En este sentido, la institución podría entenderse, en palabras de Deleuze, como “sistema de anticipación”, como un “modelo positivo de acción”² que se opone a la ley, en la medida en que lleva en sí una exigencia –la exigencia de una libertad a otras libertades– que la distingue radicalmente de la obligación propia de la ley, con sus sanciones por incumplimiento³.

1 En la literatura sobre la obra de Rancière, por lo menos en aquella centrada en sus reflexiones explícitamente políticas, y no tanto en cuestiones relacionadas con teoría del arte o educación, no se le ha prestado suficiente atención a este asunto (por ejemplo, Alfonso Barquín Cendejas, “Poder, ¿presencia necesaria en el discurso de Jacques Rancière?”, *Insterticios* 12 (2007): 99-108; Davide Panagia, “The Improper Event: On Jacques Rancière’s Mannerism”, *Citizen Studies* 13 (2009): 297-308; Gabriel Rockhill and Philip Watts, *Jacques Rancière: History, Politics, Aesthetics* (Durham: Duke University Press, 2009); Christian Ruby, *L’interruption: Jacques Rancière et la politique* (Paris: La Fabrique éditions, 2009); Charles Bingham, *Education, Truth, Emancipation* (New York: Continuum, 2010); Mykolas Gudelis, “Political Relationship as Politics and Democracy in Rancière’s *Ten Theses on Politics*”, *International Journal of Business, Humanities & Technology* 1 (2009) :144-151; Allison Ross, *Jacques Rancière and the Contemporary Scene: The Philosophy of Radical Equality* (New York: Continuum, 2012)); una excepción se encuentra en los trabajos sobre el tema de Todd May, *Contemporary Political Movements and the Thought of Jacques Rancière: Equality in Action* (Edinburgh: Edinburgh University Press, 2010), quien ha sugerido el problema de la relación entre acción política e institución, pero desde la pretensión de establecer un marco normativo, que a mi modo de ver tiende a perder de vista hasta cierto punto la historicidad, y con ello la contingencia, de lo político.

2 Gilles Deleuze, “Instinto e instituciones”, en *Islas desiertas y otros textos* (Madrid: Pre-textos, 2005), 27.

3 Cf. Miguel Abensour, “Démocratie insurgente et institution”, en *La démocratie au-delà de libéralisme. Perspectives critiques*, (Outremont: Athéna éditions, 2009), 46. Sobre esto ver también el recientemente publicado libro de Etienne Tassin, *Le maléfic de la vie à plusieurs - La politique est-elle vouée à l'échec?* (Montrouge: Bayard, 2012), 157-188.

I. ¿PROLONGAR LA SUBJETIVACIÓN POLÍTICA?: CÓMO PENSAR LA CONTINUIDAD DE LO DISCONTINUO

En una entrevista del 2006, al ser confrontado con cuestionamientos que se dirigían en la dirección recién esbozada, Rancière respondió:

Me parece que hay que ir más allá de la oposición entre irrupción de los acontecimientos, de un lado, y organización, del otro, como si esto fuera solo algo sólido e instalado. Un acontecimiento es una transformación del tejido común, mientras que *la cuestión de la organización es la de saber cómo prolongar esta transformación de lo que es visible, sensible, de lo que se revela como posible por aquellos que habían sido considerados como incapaces*⁴.

Pensar la prolongación del acontecimiento requiere asumir su carácter de interrupción más en términos de su capacidad para alterar el espacio de lo común, y no tanto en términos de su absoluta alteridad con respecto a todo reparto de lo sensible. Por esto, el acontecimiento no tiene que pensarse en oposición a las formas organizativas en las que podría prolongarse, ni toda organización tiene que identificarse con un aparato de gestión o de dominación de lo social. Y sin embargo, si la política se pone en juego cada vez que unos que no eran contados como sujetos políticos modifican el tejido de lo común, al demostrar la capacidad que se les negaba, entonces ella no puede identificarse con ninguna forma organizativa ni hay una organización que pueda considerarse política ella misma, pues tales órdenes no dejan de producir las sujeciones y relaciones de desigualdad que las acciones políticas confrontan.

Pero en las organizaciones y en las instituciones podrían darse “nudos políticos”, en los que podría prolongarse la interrupción de la acción política. Y este ‘prolongar’ parece indicar que tales instituciones podrían posibilitar la emergencia de una igual capacidad de cualquiera con cualquiera, aunque ellas mismas no dejen de producir sujeciones y relaciones de desigualdad. De hecho, la figura del ‘nudo’ podría indicar que en esas instituciones se producen encuentros-desencuentros, anudaciones de la igualdad y la desigualdad, que abren la posibilidad de que puedan producirse nuevas demostraciones de la igualdad. *¿Pero cómo es que la igualdad puede inscribirse en organizaciones e instituciones sin poder institucionalizarse o realizarse en alguna de ellas?* Tal vez pensar esto nos resulte tan difícil porque exige comprender de otro modo no solo la institución y el instituir, sino la temporalidad misma de lo político. Y en particular, requiere ir más allá

4 Rancière, Jacques, “Et tant pis pour les gens fatigués”, en *Entretiens* (Paris: Amsterdam, 2009), 495. Énfasis mío, traducción propia

de dos tipos de temporalidad tradicional: por un lado, la temporalidad del tiempo homogéneo, que asume que todo combate debe traducirse en arreglos institucionales con lo cual no hace sino reproducir el tiempo de la dominación (esto es, la típica posición “reformista”); o, por el otro, “la temporalidad de la estrategia revolucionaria”, que asume que la igualdad es un objetivo a ser realizado progresivamente en la historia, subordinando el presente a un futuro por hacer, comprendido en clave estratégica o funcionalista. En cambio, si en contraste con esto, se supone que la igualdad es un presupuesto, entonces, en palabras de Rancière, “lo importante es lo que a cada momento permita la presentación, la declaración, la encarnación [...] del poder de la capacidad de cualquiera (*n’importe qui*)”. Y esto supone también “pensar una *temporalidad del crecimiento de potencialidades del presente*”. En este sentido, concluye el autor, “si es posible concebir una organización política tendría que tratarse de una que permitiera [...] algo así como un crecimiento de capacidades en donde quiera que esto se pueda afirmar”⁵. De modo que lo está en juego con la idea de “universalizar la igual capacidad de cualquiera con cualquiera” es multiplicar y acrecentar las demostraciones de la igualdad en diferentes espacios, organizaciones y repartos de lo común, en los que pueden propiciarse prácticas, modos de ser y experiencias capaces de interrumpir sujeciones y relaciones de desigualdad; potenciar, en otras palabras, una capacidad que podríamos denominar de “igual-libertad”⁶, pues la verificación de la igual capacidad parece que es también la conformación de una movilidad, de un poder transformativo, de un impulso de-sujetante.

Podría decirse, además, que *la cuestión de la efectividad está estrechamente conectada con la pregunta por las condiciones de la acción política*, pues parecería que la efectividad de la acción tiene que ver con prologar en el mundo las ocasiones en que ella puede emerger: la efectividad tiene que ver, así, con abrir nuevos caminos, y con ello condiciones, para que puedan desplegarse nuevos procesos de subjetivación⁷. Pero prolongar es también instituir nuevos caminos *sirviéndose de algunos nudos* que pueden tejerse en espacios, experiencias, formas instituidas, para cuestionar aquello que, en esto mismo instituido, potencia a la vez relaciones de desigualdad.

5 Jacques Rancière, “Et tant pis pour les gens fatigués”, en *Entretiens* (Paris: Amsterdam, 2009), 495-6.

6 Uso esta expresión de Balibar, para caracterizar el proceso de emancipación política, yendo un poco más allá de los planteamientos de este autor.

7 En el siguiente apartado se hará explícita la manera en que estoy entendiendo la relación entre acción política y subjetivación, y cómo, de la mano con Rancière, estoy comprendiendo esta última.

II. PROLONGAR LA EMANCIPACIÓN INDIVIDUAL EN LA SUBJETIVACIÓN POLÍTICA

Ahora bien, la figura de la “prolongación” nos reenvía también a la relación que hay entre acción política y subjetivación y, con ello, a la *singular duplicidad* de la misma subjetivación, tal y como la entiende Rancière. De esta duplicidad de la subjetivación, aunque sin definirla de este modo, se trata ya en *Las noches de los proletarios*, en términos del posible anudamiento entre la emancipación intelectual y la emancipación política; es decir, entre los trazados individuales en los que unos cuerpos verifican su igualdad, desujetándose de identidades, tiempos, funciones, lugares asignados, y las verificaciones colectivas de igualdad que ponen de manifiesto y confrontan unas relaciones de dominación que se dan en el orden dado de los cuerpos. En un caso, la subjetivación atañe al cuerpo singular y a su movilidad singular y a cómo ella afecta, ya en su trazado particular, el paisaje de lo común; en el otro, en el caso de la emancipación o subjetivación política, atañe a la manera en que una corporalidad social puede ser confrontada e interrumpida en sus relaciones de desigualdad, a través de la manifestación colectiva de lo que podríamos llamar, por lo pronto, una “injusticia”. En un caso, se trata de pensar la manera en que unas experiencias *otras* transgreden lo instituido, movilizándolo algunas de sus formas, para instituir otros modos de relación desde la fracturación de las identidades individuales; en el otro, se trata de pensar cómo puede fracturarse el mismo cuerpo social para mostrar que ese espacio unitario que se pretende común y equitativo está atravesado por unos que no cuentan, y cómo puede instituirse esta fractura, cuál es su relación con el orden instituido, y en qué medida permite confrontarlo.

Pero ambas formas de emancipación se encuentran anudadas porque la subjetivación política “*presupone* una multiplicidad de fracturas que separan a los cuerpos [...] de su *ethos* y de la voz a la que se atribuye expresar su alma”⁸; es decir, presupone esas fracturas que acontecen en las experiencias de emancipación intelectual. Esto es precisamente lo que Rancière muestra en *La noche de los proletarios* cuando sugiere que la emancipación política proletaria que emergió en París en el siglo XIX empieza por la posibilidad de que los obreros produzcan una desincorporación con respecto a su identidad asignada. De modo que es esa otra experiencia de sí lo que les habría permitido poner en cuestión las jerarquías que estaban a la base de las relaciones de sujeción y desigualdad en que se producía su dominación.

Entonces, si los trazados de subjetivación singular son de algún modo condición de la subjetivación política, prolongar esta última es prolongar las ocasiones en que los cuerpos pueden desincorporarse de sus identidades

8 Jacques Rancière, en *El Desacuerdo: política y filosofía* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1996), 53.

para desplegar formas de libertad que pueden afectar el paisaje de lo común, y que eventualmente pueden converger en formas de subjetivación política. Y prolongar esas ocasiones es potenciar ciertas capacidades, justamente aquellas que permiten una movilidad, una apertura, una toma de distancia de los cuerpos con respecto a sus funciones e identidades; es propiciar una capacidad que Rancière vincula con “el desorden de la democracia”, pues esta última, como bien lo habría captado Platón, implica la ley de la mezcla, la ley de cualquiera haciendo cualquier cosa: la *polypragmosyne*. Y la implica en un doble registro: primero, porque la democracia es en principio “la ley del sorteo”, es decir, afirma la igual capacidad de cualquiera para gobernar, para decidir o antes que nada para participar de la definición de lo que ha de considerarse como común; pero también en el sentido en que lo que prepara a los individuos para la democracia es que pueden romper con su *ethos*, con respecto a la unidad que su identidad asignada establece entre su ser, hacer y decir, para hacer y decir lo que no se espera de un cierto ser, mostrándose capaces de hacer cualquier cosa; por ejemplo, capaces de reivindicar la igualdad de unos que no han sido contados como iguales.

*¿Pero cómo pueden promoverse esas capacidades? ¿Hay formas de relación, espacios, prácticas, organizaciones, que puedan exponerse a, y promover, la ley de la mezcla? Y más en concreto, ¿hay instituciones que se puedan exponer a las demostraciones de igualdad de la democracia y que puedan propiciarla? Y por otro lado, ¿cuál es el efecto de las demostraciones de igualdad sobre las instituciones dadas? ¿Acaso su efecto es conformar esos nudos políticos que determinan si una organización puede considerarse como más o menos política? ¿Y no son también esos nudos los que pueden propiciar a la vez el despliegue de la *polypragmosyne*?*

Para enfrentar estas preguntas en torno a la doble cuestión de las condiciones y los efectos de la subjetivación política en su tensa relación con la institución, en lo que sigue quisiera detenerme en algunos planteamientos de Rancière sobre la democracia.

III. LA DEMOCRACIA COMO “INSTITUCIÓN SIMBÓLICA DE LA POLÍTICA”

En un gesto polémico contra las apropiaciones del liberalismo y del neoliberalismo, Rancière retoma la noción de democracia para recuperar toda la fuerza conflictiva que resonaría en la idea de “un poder del pueblo”; un poder que no es más que el reconocimiento de la ausencia de títulos para gobernar y con ello la puesta al descubierto de que cualquiera es apto para hacerlo.

Ahora bien, si nos detenemos en la historia de la democracia, resulta significativo que, para Rancière, ella pudiera emerger precisamente gracias a una ruptura simbólica, como la que operó la reforma de Clístenes, a la

que el autor francés se refiere en diversos lugares textuales, como una suerte de “escena histórica fundadora”⁹. En efecto, al romper las divisiones territoriales existentes para crear unidades territoriales heterogéneas, separadas geográficamente, y al definir la ciudadanía por la pertenencia a estas unidades diversas, la reforma de Clístenes habría impedido el predominio de los clanes aristocráticos dados, y deslindado la calidad de ciudadano de la procedencia familiar-tribal. De esta forma, la democracia puede emerger como ruptura en el orden de la filiación, y como fractura en la distribución dada del pueblo, que permite su duplicación; como una “invención de una topografía de lo otro y lo mismo que quiebra (*brise*) las relaciones identitarias”¹⁰. Así, esta reforma institucional permite “poner un mundo dentro de otro”, inscribir, en medio de un espacio social desigual, una igualdad instituyente de nuevas relaciones; una *inscripción* en la que el *kratos* del *demos* puede aparecer. Para expresarlo en una formulación que ponga de manifiesto la paradoja que aquí se teje: una reforma institucional permite la institución de formas de aparecer en las que se manifiesta una excedencia del *demos*; es decir, su carácter irrepresentable, el que no pueda ser contado plenamente por ningún orden de lo político-social, ni en general por ninguna configuración institucional.

Y es que lo que está en juego con este aparecer del *demos* es a la vez la manifestación de un daño (*tort*); es decir, el que pueda hacerse visible que la distribución dada de los cuerpos *instituye* siempre fronteras de sentido que reducen a unos al sin-sentido, identificándolos, haciéndolos visibles como “marginados”, “excluidos”, como invisibilidad; a unos que se cuentan y no se cuentan a la vez como parte de la comunidad política. Pero que esta cuenta errónea pueda aparecer como tal y que con esto pueda *instituirse* una parte-de-los-sin parte depende de que la comunidad pueda aparecer como dividida, esto es, como una comunidad atravesada precisamente por unos que no se dejan contar. Por esto mismo, “la política existe cuando el orden natural de la dominación es interrumpido por la *institución* de una parte de los que no tienen parte [...] Al margen de esta *institución*, no hay política”¹¹.

Podríamos decir entonces, moviéndonos en el nivel de las condiciones, que la *institución* de una parte-de-los-sin-parte, de ese suplemento en el

9 Ver: Jacques Rancière, *El odio a la democracia* (Madrid: Amorrortu 2006), 68; *Política, policía y democracia*, (Santiago: LOM Ediciones, 2006), 66; *Et tant pis pour les gens fatigués*, 242. Y en una dirección similar, también Abensour : “Si l’on part de la réforme de Clisthène, le peuple est un sujet politique qui se constitue par arrachement aux appartenances familiales, tribales et qui se pose par transfert dans un espace et dans un temps devenus politiques. Le peuple est l’instituant d’une cité égalitaire, conçue en privilégiant un centre commun, l’égalité, la symétrie et la réversibilité. La démocratie est d’abord *isonomie*. De cet arrachement à la naturalité pour constituer le peuple, il s’ensuit que ce dernier en tant qu’être politique n’a rien à voir avec une race, pas davantage avec une ethnie, ni avec un groupe communautaire” (En : <http://www.vacarme.org/article1772.html>).

10 Jacques Rancière, *El odio a la democracia*, 68.

11 Jacques Rancière, *El Desacuerdo*, 25-26.

que se despliega la subjetivación política, requiere, para darse, que en el orden dado de la dominación se opere alguna reconfiguración simbólica que ponga de manifiesto la infundabilidad de aquel: no tiene que tratarse necesariamente de una reforma institucional al estilo de Clístenes, pero sí de una interrupción del orden existente mediante la institución de otra división de lo sensible, que haga visibles las relaciones de desigualdad que este produce. Esto es precisamente lo que hacen, en ese ejemplo reiterado por Rancière, los plebeyos en el monte Aventino¹²: transgredir el orden de la ciudad para movilizar unas palabras que rompen con el *logos* establecido; desarraigar los cuerpos de sus ocupaciones dadas y entregarlos a actos y experiencias *otras*, a un lugar inexistente para el derecho de la ciudad y, más exactamente, a una *asamblea imitada*, a una institución ficcionalizada, excedente con respecto a la relaciones de dominación establecidas y que, en todo caso, se sirve de ellas para escenificarse. En efecto, en ese espacio *otro*, en el que los plebeyos instalan su propia asamblea, su propia institución de participación, hablan y prometen *como si* fueran patricios, pero para decir lo que no podía ser dicho en la gramática de la dominación existente.

Este encuentro-desencuentro entre dos instancias heterogéneas parece ser importante: la ciudad con su derecho y sus fronteras; la institución *otra* del monte Aventino; el orden instituido –como ficción naturalizada– y la institución de otro orden en la forma del simulacro –que desnaturaliza y pone de manifiesto la contingencia de lo dado. Y un cierto anudamiento entre ellos que permite que pueda darse la demostración de un daño a la igualdad.

IV. DEMOCRACIA, ESCRITURA Y DESACUERDO

Ahora bien, la construcción de esa escena, de esa ficción instituida en la que el daño puede aparecer, al dividir a la comunidad consigo misma, tiene mucho que ver con el disturbio que provocan las palabras en los cuerpos; como si cierta manera de darse las palabras permitiera romper la relación entre cuerpos y palabras que incorpora una identidad, asumiendo que esta última es precisamente una “relación determinada entre el cuerpo y las palabras”¹³. Por ejemplo, cuando en el París del siglo XIX los obreros toman la palabra para manifestarse y actuar políticamente, ese “tomar la palabra” supone que haya destinos de “trabajadores” que, de una manera

12 “¿Qué hacen los plebeyos reunidos en el Aventino? No se atrincheran a la manera de los esclavos de los escitas. Hacen lo que era impensable para estos: instituyen otro orden, otra división de lo sensible al constituirse no como guerreros iguales a otros guerreros sino como seres parlantes que comparten las mismas propiedades que aquellos que se las niegan” (ibíd., 39).

13 Jacques Rancière, “Et tant pis pour les gens fatigués”, 75.

u otra, sean desviados por una experiencia del poder de los *logoi*, en tanto “experiencia de escritura”: pues la apertura y la dispersión del sentido que esta produce tiene como efecto expropiar, desencajar, dispersar a los cuerpos, exponiéndolos a otras formas de ser y sentir. Esta es una alteración y *polypragmosyne* que tiene que ver también con que la escritura posibilita una heterología, una mezcla y circulación de distintas lógicas, modos de decir y de ser, en los que se pueden confrontar los repartos dados de sentido.

Se trata de palabras polémicas que tienen que confrontar en primer lugar el *logos* ordenador de la lógica policial¹⁴, que separa tajantemente a los sujetos políticos de las meras vidas, a los animales humanos de los verdaderamente humanos, a lo político de lo económico, a las decisiones técnico-científicas de la mera opinión popular. Pues en todas estas fronteras confrontadas se asume que hay *logos*, verdad, sentido, evidencia frente a la voz, a lo irracional, al sin sentido. Por eso el verdadero desacuerdo es el que cuestiona las fronteras nítidas que se establecen entre la verdad y la ficción, el sentido y el sin sentido, el *logos* y la voz, mostrando que hay *logos* en la voz, verdad en la ficción, sentido en el sin sentido. Pero en estos cruces precisamente nada puede valer más como valía, nada se puede seguir contando como contaba, ni la voz ni el *logos* ni el sentido ni la ficción. Y por eso también lo que se crea en la subjetivación son los cruces, los intervalos entre estas fronteras y experiencias que marcan identidades. En otras palabras, el verdadero desacuerdo sobre problemas que atañen por ejemplo a la ‘libertad’, a la ‘justicia’, a la ‘igualdad’, a lo común tiene que empezar con una reinterpretación de los problemas y con la exposición de argumentos inexistentes que produzcan esa reinterpretación. Pero eso no quiere decir que esos argumentos se construyan solo con palabras: son más bien palabras- actos-gestos que abren intervalos en los cuerpos, crean baches (*écart*), que son también distancias con efectos sobre los cuerpos y sus afectos.

En todo caso son argumentos creados que reclaman un *derecho*, como reivindicación de una capacidad que es antes que nada “una manifestación de lo justo que puede ser comprendida por la otra parte”¹⁵. Es decir, demostraciones –no necesariamente verbales– que hacen visible una contradicción o dos mundos alojados en uno solo¹⁶; argumentos en los cuales las palabras exceden su función de rígida designación”¹⁷

14 En el sentido general que le atribuye Rancière a la noción de ‘policía’, a saber: “un orden de los cuerpos que define las divisiones entre los modos del hacer, los modos del ser, y los modos del decir, que hace que tales cuerpos sean asignados por su nombre a tal lugar y a tal tarea; es un orden de lo visible y lo decible que hace que tal actividad sea visible y que tal otra no lo sea, que tal palabra sea entendida como perteneciente al discurso y tal otra al ruido” (Jacques Rancière, *El Desacuerdo*, 44-45).

15 Jacques Rancière, *El Desacuerdo*, 71.

16 *Ibid.*, 42.

17 Jacques Rancière, “Dissenting Words: A Conversation with Jacques Rancière”, *Diacritics* 30, The Johns Hopkins University Press (2000): 113-126. Disponible en: <http://www.jstor.org/>

para convertirse en “performativos” contradictorios que operan en identificaciones imposibles, como cuando los jóvenes franceses, en 1968, protestaban proclamando “todos somos judíos-alemanes”; o en identidades inexistentes que aluden a una característica impropiedad, como “nosotros los condenados de la tierra”, o, por qué no, en el caso colombiano, un aún no movilizado, “nosotros los desplazados”. “Argumentos políticos” –que son también argumentos poéticos, argumentos-gestos y siempre argumentos-en-acto, frases que permiten mostrar la “particularización de lo universal” o bien la universalidad de una situación particular, la universalidad de lo que parecería tribal y se revela más bien como un universal-idiomático, y el carácter idiomático-tribal de algunos pretendidos universales. En suma, argumentos que se sirven del bache entre sistemas de frases y los hechos que traen consigo para mostrar algo que le atañe a cualquiera, desde una situación histórica-contingente. De modo que lo universal aquí no es una ley a la que se recurriría para decidir casos particulares, sino que es un “operador de demostraciones” que “debe verificarse y demostrarse en cada caso”, desde la singularidad de una situación histórica particular¹⁸.

V. ¿UNA INSTITUCIONALIDAD DEMOCRÁTICA?

En cierto sentido entonces las formas de subjetivación política se dan en relación con “una ley o un orden comunitario que reconocen de manera crítica”¹⁹. Pero a la vez se sirven de conceptos, derechos, prácticas que las instituciones existentes abren para formular sus reivindicaciones de igualdad. De esta forma, estas manifestaciones producen también *nudos políticos* que permiten reconfigurar el paisaje de lo común. De ahí que según Rancière,

Esas formas de manifestación tienen efectos sobre los dispositivos institucionales de lo político y se sirven de tal o cual de esos dispositivos. Producen inscripciones de la igualdad y ponen en cuestión las inscripciones existentes [...] Encuentran en ellos las *condiciones* de su ejercicio y a su vez los modifican. Pero no se identifican con ellos²⁰.

De esta afirmación se siguen varias consecuencias que nos permiten recoger algunos puntos significativos para pensar, en su ambigüedad, la relación entre institución y acción política: (i) por un lado, es claro que los órdenes político-sociales (o policiales) no son equivalentes, pues hay unos que

[stable/1566474](#)

18 Cf. Jacques Rancière, *Política, policía y democracia*, 20.

19 Étienne Balibar, “Violence and Civility: On the Limits of Political Anthropology”, *Differences* 20 (2009): 25.

20 Jacques Rancière, *El Desacuerdo*, 128.

inscriben en mayor medida la igualdad y permiten un mayor reconocimiento de capacidades y actividades potenciadoras de la igual-libertad democrática²¹. Pero, (ii) por otro lado, estas formas de institucionalización de la igualdad tienden en todo caso a fijar fronteras de inteligibilidad y competencia, a ordenar los cuerpos, sus modos de ser, de hacer y de decir, y por ende, tienden a crear divisiones de lo sensible que producen sus propias invisibilidades y que se tienden a “naturalizar”. Por eso, tales órdenes tienen que ser una y otra vez confrontados por manifestaciones singulares en las que puede verificarse la igualdad, y con ello también la contingencia de los órdenes dados. (iii) Son, de hecho, estas inscripciones de igualdad y estas fracturas al orden de lo “dado” las que han permitido y permiten la reconfiguración de las instituciones y el hecho de que en ellas se haya establecido una serie de derechos que han garantizado libertades fundamentales para la organización de una “vida política independiente de la esfera estatal”. De modo que si puede hablarse de órdenes político-sociales mejores que otros no depende tanto de qué tan cerca o lejos estén ellos de principios racionales o morales descubiertos por “la ciencia de la legislación”, sino de las fracturas que las manifestaciones políticas han introducido en la lógica “natural” de los órdenes policiales²². Por todo esto, (iv) tales acciones no son meros acontecimientos sin consecuencias, sino que ellas han tenido y siguen teniendo efectos en el ser-en-común, aunque excedan, y no puedan ser medidas o recogidas completamente por los ordenamientos jurídico-políticos.

Todo esto también llama la atención sobre la necesidad de repensar la función política del derecho, más allá de una comprensión puramente legal (o legalista) de él, como la que se impone desde las representaciones usuales del Estado democrático, reconociendo a la vez con esto que el “derecho” es el homónimo de cosas muy diferentes: “disposiciones jurídicas de los códigos y maneras de ponerlas en práctica, ideas filosóficas de la comunidad y de lo que la funda, estructuras políticas del daño, modos de gestión policial de las relaciones entre el Estado y los grupos e intereses sociales”²³. Lo problemático es negar esta polivalencia y reducir el derecho a la ley fundadora de la comunidad, o a ley de la economía, o identificarlo con una ley ya siempre violenta que no puede justificar la obediencia que exige, o asumirlo, en fin, como mera apariencia que vela la realidad de la explotación.

En particular, los llamados “derechos humanos” pueden asumirse como “inscripciones de la igualdad” y, más concretamente, como “argumentos” que permiten construir escenas de litigio y razones polémicas, precisamente porque desde un punto de vista político, el modo de ser del derecho no es

21 Jacques Rancière, *El odio a la democracia*, 106.

22 Cf. Jacques Rancière, *El Desacuerdo*, 46.

23 *Ibid.*, 136.

otro que el de la “exterioridad de la escritura”²⁴; a saber, el de ser textos que pueden verificarse ya siempre de nuevo en situaciones inéditas diversas, sin que puedan ser plenamente realizados por ningún ordenamiento social; textos que no se pueden encarnar en formas de ser comunitarias específicas ni en valores morales determinados; que no pueden ser reducidos a un único sentido, porque en su exterioridad permiten múltiples apropiaciones ya siempre impropias: unas apropiaciones heterológicas en las que se da la manifestación de un daño, en las que se pone de manifiesto el bache entre el hecho y el derecho, la *physis* y el *nomos*, la universalidad y la particularidad, la humanidad y la ciudadanía; baches en los que pueden aparecer existencias que son a la vez “existencias y no existencias”, humanos que *tienen* los derechos que *no tienen* y al mismo tiempo *no tienen* los derechos que *tienen*.

VI. ¿CÓMO PROLONGAR ENTONCES UNA BRECHA?

Prolongar la subjetivación política tiene que ver entonces con todo lo contrario a “realizar”, “encarnar”, “concretar” la igual-libertad en ciertos arreglos institucionales; tiene que ver más bien con posibilitar *la multiplicación de la división, de los baches, de los intervalos* entre igualdad y desigualdad, entre sujeción y libertad, pero también entre cuerpos y palabras, entre gestos y miradas. Así, paradójicamente, las ocasiones en que la igual-libertad puede realizarse, verificarse, encarnarse son aquellas en las que se dan posibilidades de desincorporación y des-realización: movilizándolo a los cuerpos de sus posiciones, desvinculándolos de sus palabras y lugares asignados; desencarnando al derecho de sus realizaciones concretas; separando a las instituciones y a las organizaciones de la manera en que son apropiadas por ciertas instancias de poder. La subjetivación política se instituye en esas distancias, en esos baches y también en las inscripciones que pueden dar lugar a esas distancias; unos baches-distancias (*écart*) que son también posibles por las inscripciones de la igualdad que han producido las formas de subjetivación política. Tal vez por eso Rancière puede decir que la “democracia solo se funda en la constancia de sus propios actos”²⁵: esa constancia es la historia fragmentaria de esos acontecimientos, es la huella que ellos han dejado en las inscripciones de igualdad; es la literalidad, la potencia de la escritura que desarraiga a los cuerpos, es el trazado de formas y experiencias que persiguen y recrean algunas de esas huellas; es la reiteración de la acción política que no puede dejar de emerger si el daño es tratable pero infinito.

24 *Ibíd.*, 90.

25 Jacques Rancière, *El odio a la democracia*, 138.

INSTITUCIÓN Y ACCIÓN POLÍTICA

Esa constancia puede ser tal vez pensada desde la manera en que Merleau Ponty entiende la institución “como una línea de posibles” que abre caminos contingentes de libertad en los que se reinventa el presente²⁶; como si la acción política fuera impulsada por las inscripciones que ella misma ha posibilitado, por las líneas de posibles que ella misma ha dejado abiertas. La institución verdaderamente política es entonces la ficción que reconoce su carácter de ficción, dejando ver el carácter ficticio de lo que se ha naturalizado; un trazado contingente que es huella de las luchas por la igualdad. Por esto mismo, lo instituido, entendido en sentido político, está atravesado por una historia fragmentaria de interrupciones que reclaman su reanudación al ser reabsorbidas y derrotadas siempre de nuevo; inscripciones apropiables de manera impropia en esas nuevas luchas que reconfiguran a los cuerpos y a sus afectos, o en organizaciones que potencian las experiencias de alteración para imaginar otros modos de ser posibles. Pero este tejido fragmentario de historias puede dar también vida a una cultura política capaz de reconocer que todo trazado de lo común produce formas de exclusión, y que asume con ello la irreductibilidad del conflicto político, desde el cultivo de prácticas colectivas locales que no aspiran a constituir una totalidad social indivisa. Y entonces tal vez la institución podría pensarse como continuidad de lo discontinuo, como simulacro que vuelve repitiéndose *otro*, reiterándose en su singularidad²⁷, como monumento fragmentario que *vive* en su muerte, como la ruina de un sepulcro en devenir, como un fantasma de la acción que desde el pasado nos interpela siempre de nuevo a un futuro por venir. Y es que, como advierte Deleuze,

Un monumento no conmemora; no celebra un evento pasado, más bien expone para los oídos del futuro las sensaciones perdurables que le dieron cuerpo: los sufrimientos continuamente revividos de los hombres, su protesta renovada, su incesante lucha reanudada. ¿Sería todo en vano porque el sufrimiento es eterno y las revoluciones no sobreviven a su victoria? Pero el éxito de una revolución solo radica en ella misma, precisamente en las vibraciones, los abrazos y aperturas que le dieron a los seres humanos en el momento en que aconteció y que constituye un monumento que evoluciona constantemente, como aquellos sepulcros a los que cada nuevo visitante le añade una piedra²⁸.

26 Cf. Miguel Abensour, “Démocratie insurgeante et institution”, 46.

27 Al proponerme repensar la relación entre institución y acción política coincido entonces con Miguel Vatter en que nos queda por pensar “la formulación de una teoría política de la repetición originaria en tanto matriz de innovación radical”, “la coincidencia entre diferencia y repetición, entre singularidad e iterabilidad”, ver: Miguel Vatter, *Constitución y resistencia: ensayos de teoría y democracia radical* (Santiago: Universidad Diego Portales 2012), 91.

28 Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Qu'est-ce que la philosophie?* (Paris: Les Éditions de Minuit, 1991), 166-7. Traducción propia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abensour, Miguel. "Démocratie insurgeante et institution". En *La démocratie au-delà de libéralisme. Perspectives critiques*, ed. S. I. Dupuis-Déri. Outremont: Athéna éditions, 2009.
- Balibar, Étienne. "Violence and Civility: On the Limits of Political Anthropology". *Differences* 20 (2009): 9-35.
- Barquín Cendejas, Alfonso. "Poder, ¿presencia necesaria en el discurso de Jacques Rancière?". *Instersticios* (2007): 99-108.
- Bingham, Charles. *Education, Truth, Emancipation*. New York : Continuum, 2010.
- Deleuze, Gilles. "Instinto e instituciones". *Islas desiertas y otros textos*. Madrid: Pre-textos, 2005.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Qu'est-ce que la philosophie?* Paris: Les Éditions de Minuit, 1991.
- Gudelis, Mykolas. "Political Relationship as Politics and Democracy in Rancière's *Ten Theses on Politics*". *International Journal of Business, Humanities & Technology* 1 (2009): 144-151.
- May, Todd. *The Political Thought of Jacques Rancière: Creating Equality*. State College: Penn State Press, 2008.
- May, Todd. *Contemporary Political Movements and the Thought of Jacques Rancière: Equality in Action*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2010.
- Panagia, Davide. "The Improper Event: On Jacques Rancière's Mannerism". *Citizen Studies* 13 (2009): 297-308.
- Rancière, Jacques. *El Desacuerdo: política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996.
- Rancière, Jacques. "Dissenting Words: A Conversation with Jacques Rancière". *Diacritics* vol. 30 n°. 2. The Johns Hopkins University Press (2000): 113-126. Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/1566474>
- Rancière, Jacques. *El odio a la democracia*. Madrid: Amorrortu, 2006.
- Rancière, Jacques. *Política, policía y democracia*. Santiago: LOM Ediciones, 2006.
- Rancière, Jacques. "Et tant pis pour les gens fatigués". En *Entretiens*. Paris: Amsterdam, 2009.
- Rockhill, Gabriel y Phillip Watts. *Jacques Rancière: History, Politics, Aesthetics*. Duke: Duke University Press, 2009.

INSTITUCIÓN Y ACCIÓN POLÍTICA

- Ross, Allison. *Jacques Rancière and the Contemporary Scene: The Philosophy of Radical Equality*, editado por Jean-Philippe Deranty. New York : Continuum, 2012.
- Ruby, Charles. *L'interruption: Jacques Rancière et la politique*. Paris: La Fabrique éditions, 2009.
- Tassin, Étienne. *Le maléfice de la vie à plusieurs - La politique est-elle vouée à l'échec?* Montrouge: Bayard, 2012.
- Vatter, Miguel. *Constitución y resistencia: ensayos de teoría y democracia radical*. Santiago: Universidad Diego Portales, 2012.

VIOLENCIA, VERDAD Y JUSTICIA: ENTREVISTA CON GIANNI VATTIMO*

VALERIA CAMPOS SALVATERRA**
UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

R E S U M E N

En un diálogo que intenta repasar sus distintas épocas textuales, abordando y polemizando los tonos y temas centrales en su obra, Gianni Vattimo nos lleva hacia las zonas más problemáticas de la filosofía: la verdad, su relación íntima con la violencia, y la posibilidad de la justicia. Principalmente guiados por más recientes ideas sobre el cristianismo y el comunismo hermenéutico, la conversación con Vattimo expone su relación con lo otro, con los otros de la filosofía y con la filosofía de lo otro.

PALABRAS CLAVE: Gianni Vattimo, hermenéutica, verdad, violencia, justicia, cristianismo, comunismo hermenéutico, metafísica.

VIOLENCE, TRUTH AND JUSTICE: INTERVIEW WITH GIANNI VATTIMO

In this dialogue with Gianni Vattimo that tries to revise his different textual eras, as well as addressing and arguing the tones and central themes in his work, he takes us to the most problematic areas of philosophy: truth in its intimate relationship with violence, and the possibility of justice. Guided by his most recent ideas about Christianity and hermeneutical communism, Vattimo exposes his relationship

* Gianni Vattimo es discípulo de Hans-George Gadamer, Luigi Pareyson y K. Löwith. Ha dedicado sus estudios a una hermenéutica fuertemente influenciada por Heidegger y Nietzsche, orientada hacia un análisis de la modernidad filosófica y a un diagnóstico extensivo de la herencia con que ha marcado el pensamiento actual. Incluyendo en sus investigaciones tesis sobre el cristianismo, la comunidad y el comunismo, ha publicado más de 20 libros traducidos en múltiples idiomas. Entre las ya clásicas lecturas de Nietzsche y Heidegger, se destacan títulos como *Il pensiero debole* (1983), *La fine della modernità* (1985), *Credere di credere* (1996), *Dopo la cristianità. Per un cristianesimo non religioso* (2002), *Ecce comu. Come si ri-diventa ciò che si era* (2007), *Hermeneutic Communism: From Heidegger to Marx* (2011), por nombrar los más citados. Nacido en Turín, Italia, Vattimo ha sido profesor visitante de la Universidad de Yale, Los Angeles, New York University, State University of New York y John Hopkins University, entre otras. Es además Doctor Honoris Causa por la UNED (España), la Universidad de Palermo y la Universidad de la Plata (Argentina), la Universidad Inca Garcilaso de la Vega y la Universidad de San Marcos (Perú), etc. Actualmente está de vuelta en su ciudad de origen como profesor Emeritus de la Universidad de Turín. Además, ha plasmado su pensamiento político en la militancia del partido de izquierda *Di Pietro* y en el trabajo como diputado europeo desde 1999.

** Periodista y Doctora (c) en Filosofía por la Universidad Católica de Chile y la Universidad Complutense de Madrid. Docente de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Chile. E-Mail: vr campos@uc.cl

with the other, with the other of philosophy and the philosophy of the other.

KEY WORDS: Gianni Vattimo, hermeneutics, truth, violence, justice, Christianity, hermeneutical communism, metaphysics.

“Si puedo designar los momentos de mi pensamiento autobiográficamente, el primero es cuando empecé estudiar a Aristóteles”, comenzó diciendo Gianni Vattimo, en una conversación que nos convocó el 4 de diciembre de 2012, con motivo de su última visita a Santiago de Chile. En una escena de diálogo marcado por la necesidad de explicarse con el otro –con los otros de la filosofía y con la filosofía de lo otro– fuimos abordando y polemizando diversos tonos y temas que rondan constantemente su producción textual. La intención inicial fue poder hacer un recorrido sinóptico de los hitos más importantes de su obra hasta la actualidad, intención que Vattimo acogió como suya, no pudiendo sino asumir la inevitabilidad de todo discurso hermenéutico: el análisis y exégesis del pensamiento según su inscripción epocal. “Pero nunca fui aristotélico –continuó en ese registro–, fue un intento de buscar una posición filosófica que pueda reclamarse de los clásicos, y como yo era un católico militante en estos momentos, empecé a estudiar a Aristóteles. Pero no en un sentido escolástico neo-tomista, sino como un autor que podía ayudarnos a salir de la estética moderna impresionista, con más interés a la construcción factual de la obra”, afirmó como primer paso.

A sus 77 años, con casi 50 de carrera dedicada a la filosofía, la mirada retrospectiva sobre su obra se ha vuelto crucial para seguir produciendo su ya característico discurso crítico, el mismo que lo ha posicionado como uno de los más icónicos pensadores de aquello que él –entre otros– se ha empeñado en llamar “postmodernidad”. Como pensador de la historia al “final de la metafísica”, no cesa de buscar desde flancos tan múltiples como siempre nuevos –sobre todo, últimamente, desde la política– la reinención de las categorías del pensamiento occidental, tanto en la academia como fuera de ella.

Valeria Campos (V.C.): ¿Hacia dónde estaba orientado ese inaugural estudio estético sobre Aristóteles?

Gianni Vattimo (G.V.): Hacia la *poiesis* en Aristóteles y su vínculo con la técnica, y aunque ya había todo un discurso de este tipo en la filosofía estética de entonces, yo no estaba tan consciente de aquello en ese momento. Principalmente, porque era discípulo de un filósofo que estaba preocupado de encontrar otra dirección más respetuosa del hacer artístico como tal.

Su nombre era Luigi Pareyson, quien me enseñó muchísimo. Cuando terminé esta tesis sobre Aristóteles, mi interés fue estudiar filósofos que polemizaban en contra del sentido ilustrado de la modernidad, pero sin ser conservadores. Uno de los que pensaba estudiar era Adorno, pero Pareyson no lo conocía mucho; le parecía demasiado contemporáneo, y decía que había que buscar primero la raíz de esta actitud que era Nietzsche, sin duda. El estudio de Nietzsche me llevó al texto de Heidegger sobre Nietzsche, que se publicó el 60-61.

A partir de ahí, Vattimo reconoce los albores de un segundo período en su textualidad, el del “Nietzsche-Heideggerismo”, como lo llama. Marcado por la preparación de un libro sobre Nietzsche que se publica en 1974, a la vez comienza a profundizar en el estudio del segundo Heidegger. “Desde este momento veo juntos a Heidegger y a Nietzsche, hasta que un poco más tarde escribo para un volumen dedicado a Heidegger un texto llamado *Nietzsche intérprete de Heidegger*, lo que era obviamente absurdo, pero a mí me parecía importante por todo lo que dice Heidegger: la idea del ser que no se muestra presentemente, pero que hay que recordarlo como siempre caído, ya pasado es, en mi opinión, lo mismo que dice Nietzsche cuando habla del pensamiento occidental como un pensamiento dirigido hacia el imaginismo. Ahí es donde comienza a perderse más y más el sentido del ser identificado con lo dado, con lo presente. Ahora, Heidegger no reconoce nunca ser un discípulo de Nietzsche, porque cree ser un pensador no nihilista. Pero yo lo leo de otra forma, siguiendo su intención, pero no respetando la letra de su actitud frente a Nietzsche. Y esto porque a mí me parece que el de Heidegger es un pensamiento débil, es decir, el pensamiento de un ser que no se da sino en la medida en que se sustrae. Esto significa que si hay un sentido de la historia del ser, este se da como sustrayéndose, y la historia del ser pensada en sí es una historia del ser como debilitación progresiva de los absolutos, de la objetividad, del realismo, de los idealismos, etc.”, afirma. Esto caracteriza para Vattimo todo un período de su filosofía que culmina con la publicación del texto *El pensamiento débil* en 1983. Estudiando a Nietzsche y a Heidegger en conjunto descubre entonces lo que él llama el *ethos* posmoderno. “Es la idea de que no hay más metarrelatos, de que no hay una explicación global”, explica.

V.C.: En “El pensamiento débil” hay claros diálogos con Rorty y Lyotard, ¿Cómo se desarrollaron esas relaciones en pos de sus ideas?

G.V.: La idea del pensamiento débil nació al finales de los 70's, y un hito importante fue cuando conocí a Rorty y me dio su libro *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, una contaminación de Heidegger con Wittgenstein

para sobrepasar la filosofía neopositivista, la filosofía analítica. Cuando se publicó *El pensamiento débil* hicimos una presentación en Londres donde Rorty habló de sí mismo como un pensador débil. Es alrededor de los años 80 que me encuentro con Lyotard, y empiezo a imaginar que el pensamiento débil es la verdadera filosofía de la posmodernidad, porque piensa la disolución de los metarrelatos y absolutos como el sentido del desarrollo, del curso, del proceso del ser. Y objeto también a Lyotard que él no puede decir que el ser no es metarrelato mientras afirma su fragmentación, porque esta todavía es una afirmación metarrelática. Objeto a Lyotard que su teoría necesita presentarse como la teoría de la historia de la disolución de los metarrelatos, porque o si no deviene una afirmación metafísica sobre que el ser no es uno, sino múltiple, fragmentado, etc. Por eso desarrollo después de la publicación de *El pensamiento débil*, la idea de que el pensamiento débil es una fuerte filosofía de la historia como debilitación, una teoría que interpreta la historia como un proceso de disolución de los absolutos. En esto me acerco a las ideas del cristianismo y propongo que la idea de secularización sería como decir que la filosofía occidental es una filosofía nihilista, porque es una filosofía cristiana que se desarrolla como abandono de lo sagrado absoluto.

V.C.: Ese paso, tengo entendido, está marcado también por un diálogo con René Girard...

G.V.: Está marcado por el descubrimiento en ese momento de las ideas de René Girard, quien critica la idea de lo sagrado como fuerza, como sacrificio. A partir de eso yo propongo que el cristianismo interpretado por Girard tendría que ser un cristianismo nihilista, pero Girard rechaza esta vía porque él piensa que Jesús se encarnó para mostrar a los hombres la verdad de lo humano. Girard se cree un científico y cree que el cristianismo como la revelación de que lo humano no necesita lo sagrado como sacrificio, pero sin secularizarlo hasta el extremo, sino que lo urbaniza un poco. Y esto porque no piensa en términos de filosofía de la historia, sino en términos de la descripción de una verdad antropológica. Se siente como un rival de Lévi-Strauss en ese momento. Y esto genera además una rivalidad entre nosotros porque yo me planteo como un pensador hermenéutico que propone una interpretación del ser desde este momento de la historia, al final de la metafísica. Estoy en el curso de esta historia.

V.C.: ¿Cómo específicamente la hermenéutica que usted sustenta se opone a la actitud metafísica o un cierto ejercicio textual metafísico?

G.V.: Se opone sobre todo al ejercicio metafísico que ha sido la metafísica tradicional. Hoy en efecto no hay muchos metafísicos en circulación. El problema de la metafísica es que se realiza como fe incondicionada en la ciencia, que yo ligo también a la política, por ejemplo, al pensamiento tecnocrático. Porque, básicamente, ¡a mi no me molesta para nada que haya una verdad absoluta! Pero he observado que en el pasado la verdad absoluta siempre ha sido el arma de los autoritarismos. Sin embargo, hoy es aún peor, es el arma de un autoritarismo más peligroso: el de las ciencias exactas, de las ciencias empíricas, de la tecnología. Esto me preocupa porque todo esto tiene que ver con la libertad y con la política.

V.C.: Su preocupación es entonces una cierta violencia, que usted identifica directamente con el ejercicio metafísico...

G.V.: Sí. Porque la violencia del absolutismo metafísico toma muchas formas. De un lado es la violencia de las religiones que quieren convertir a los otros. San Agustín decía "oblígalos a entrar (compele entrare) en la iglesia", y ese fue el motivo de los conquistadores: llegan, convierten, civilizan, colonizan, y es lo que pasa con el pensamiento occidental hasta finales del siglo XIX. Hoy se ha perdido bastante de esto. La ciencia positiva experimental que en el siglo XVII es todavía un saber revolucionario porque se oponía al saber oficial de la iglesia, hoy ha devenido el orden de la opresión, y los que pretenden reivindicar en contra de la hermenéutica las verdades científicas, yo sospecho que son agentes del capitalismo

V.C.: ¿Siempre ha habido una motivación política para sus tesis hermenéuticas?

G.V.: Sí bastante, desde el comienzo. En el comienzo yo era un católico de izquierda, sigo siendo de izquierda, sigo siendo católico, ¡pero no sé si el Papa me considera católico! Creo que no... pero yo me siento cristiano, aunque no papista.

V.C.: La hermenéutica le dice no a estas verdades metafísicas, pero le dice sí a otras verdades no metafísicas. ¿Cómo es esa verdad no-metafísica?

G.V.: La verdad no-metafísica es mucho más circunstancial, histórica, cultural. Decimos que Heidegger cuando habla de la verdad, critica la noción metafísica de la verdad como correspondencia de la proposición al hecho, a la cosa. Esto debido a que para él toda correspondencia debe ser regida por criterios, criterios que implican, de un lado, la forma de medir

la correspondencia, el cómo se imponen los paradigmas. A Heidegger, además, le parece que esta noción de verdad sustenta la filosofía del positivismo que inspiraba la organización total de la sociedad tecnológica. Él tiene razones interiores para criticar la correspondencia, pero además construye una crítica política, pues no le gustaba ver la sociedad regida por la ciencia positivista. La hermenéutica propone una visión de la verdad que no implica que no haya verdad, sino que no hay verdad absoluta. Hay verdades interiores a un paradigma. Por ejemplo, Wittgenstein es muy cercano a Heidegger, aunque no se diera cuenta de esto. Pero él toma los juegos del lenguaje como algo simultáneo, no hay en Wittgenstein la idea de una historia del lenguaje ni, por ende, de la historia del ser. El ser es lo que se manifiesta al interior de un juego del lenguaje, pero el problema es: estos juegos ¿de dónde vienen? Nunca se pregunta de dónde llegan, ni si hay una historicidad, o una contingencia de los juegos del lenguaje. Heidegger lo hace, pensando en la historia del ser que se da cada vez en aberturas que son epocales. Entonces, el problema es que si bien siempre podemos diferenciar una proposición verdadera de otra falsa, esto ocurre sólo al interior de una abertura sobre la que no decidimos completamente nosotros, sobre la cual estamos arrojados, cuyos criterios de verdad no son establecidos de antemano.

V.C.: Pero en la hermenéutica hay que decidir, hay que imponer, se cierra una comprensión... ¿no es violenta en algún sentido?

G.V.: Si tu no reconoces una verdad como interpretación y nada más que eso, eso es violencia. La metafísica es la investigación de los principios primeros, y frente a esto no hay nada más que preguntar. La ciencia no es absolutamente esencialista, es más pragmática, pero cuando los científicos quieren construir sobre sus premisas, sobre su método todo tipo de verdades, hay violencia, porque rechazan que están haciendo interpretaciones. Para escapar de la violencia tu tienes que tener una visión del ser que no se identifique con el hecho de ser presente, porque si el ser es lo que está presente, el ser es lo que se ve, lo que se escucha, lo que se percibe, lo que se calcula, y todo lo restante, no es. Hay filósofos analíticos para los que todo lo que no es calculable en términos fácticos no tiene sentido, son sólo emociones, sentimientos, esto no se puede percibir, analizar. Este es un discurso que reduce mucho el sentido de la vida humana. O sea, tendríamos que destruir las iglesias, toda la pintura occidental, porque todo esto es simplemente un producto de algo que no tiene sentido. Wittgenstein, con la idea de juegos de lenguaje imaginaba múltiples posibilidades de decir qué es verdadero o falso, según el discurso en el que nos movamos, y que es algo que ya decía Aristóteles. Todo esto es más respetuoso de una multiplicidad de culturas humanas frente

a una actitud más reduccionista que es violenta. ¿Esto significa aceptar todas las supersticiones? Por ejemplo, nosotros llamamos superstición a la religión hindú, pero no llamamos superstición a la misa cristiana, porque pertenecemos a esta cultura. Estamos culturalmente definidos, delimitados, aunque no determinados. Y esto es importante saberlo porque nos libera de la necesidad de convertir a los demás, de pensar que las otras culturas necesitan ser salvadas. Yo no creo que el cristianismo tenga que ser convertidor de los otros, pero el cristianismo lo ha sido, ha sido aliado de monarcas conservadores. Hoy, un cristiano tiene que estar consciente de esta historia, los creyentes de hoy deben saberlo y evitar el mismo error, y no postular un universalismo puro. Siempre pongo este ejemplo: cuando el Papa se encuentra con el Dalai Lama y se saludan con mucho respeto, ¿no crees que cuando el Papa se retira a su capilla no reza para que este pobre Dalai Lama se convierta?

V.C.: Pero usted ha escogido al cristianismo como lo que se ajusta “de mejor manera” a la hermenéutica, como la religión más “verdaderamente” hermenéutica...

G.V.: No, nunca se pueden comparar las religiones. Me parece que la idea de posmodernidad, de pensamiento débil, etc., se corresponde muy bien con la idea de cristianismo, ¡pero no puedo decir que se corresponde mejor que con el islamismo o el judaísmo! Son comparaciones que no tienen sentido, porque no se pueden mirar las religiones desde el exterior. Uno cuando elige ser religioso no lo hace viendo la oferta que hay, uno es religioso porque está al interior de una cultura.

V.C.: ¿Cualquier religión puede tener el mismo valor hermenéutico del cristianismo, entonces?

G.V.: Yo soy un occidental de la década del 2000 y propongo una visión de la historia que incluye además la presencia de otras religiones, porque mi cristianismo excluye la posibilidad de una verdad absoluta exclusiva. Mi cristianismo se niega como religión absoluta, este es el único valor del cristianismo.

V.C.: ¿Ve en el judaísmo, específicamente en la idea de mesianismo –que ha sido abrazada por ciertos discursos “posmodernos”– conexiones con su idea de hermenéutica?

G.V.: Sí y no, porque ahora...Es que yo no logro posicionarme frente al judaísmo sin la conciencia de lo que hace del estado de Israel, como no puedo hacerlo en mi cristianismo sin considerar lo que ha hecho la Iglesia Católica de los conquistadores, entonces tengo que resolver este problema. Ahora me pregunto si acaso el hecho mismo de la historia del pueblo elegido no sea una cosa que tengo que rechazar en nombre de la caridad cristiana, porque los otros que no han sido elegidos, ¿qué hacen? En efecto, los judíos no convierten a los otros, porque ellos son el pueblo sacerdotal. Si pienso en lo que hace Israel contra los palestinos hoy, empiezo a desconfiar del Dios del Antiguo Testamento.

V.C.: Pero la idea de un mesianismo más débil, como por ejemplo el de W. Benjamin, E. Levinas o J. Derrida, que no está asociado a una idea política fuerte, ¿no se acercaría a su idea de caridad?

G.V.: Se puede considerar a Levinas un pensador débil, pero hasta cierto punto. Porque efectivamente se puede llegar a la idea de una filosofía desde diferentes puntos de partida religiosos. Pero con Derrida, por ejemplo, que era un pensador judío profundamente ligado a la tradición, con él no podía compartir todo, porque su judaísmo no tiene una idea de la historia: siempre el judío está directamente frente a Dios, pero Dios nunca se encarnó, entonces no participa directamente en la historia humana. Siempre es como un juez de Kafka, más allá de todo. Entonces, filosóficamente, no podemos estar de acuerdo, simplemente no tenemos la misma actitud filosófica. Cuando Derrida en los últimos escritos deviene más profundamente anticapitalista o marxista, ahí yo estoy más de acuerdo con él, saliendo de posiciones religiosas.

V.C.: Pero las ideas que usted tiene de promesa, de esperanza, de emancipación, tienen este toque mesiánico...

G.V.: Pero es que justamente yo soy un mesiánico cristiano, sé que Dios se encarnó. Por ejemplo, la idea de la alteridad de Dios es muy problemática, y yo le decía a Derrida: tú dices que el/lo que tiene que llegar debe ser absolutamente otro, totalmente diferente...y Hitler era totalmente diferente, ¿cómo no lo confundo con el otro? Yo no lo confundo porque tengo el modelo de Jesús.

V.C.: Pero es que el otro nunca llega, nunca efectivamente se hace presente, por eso es otro...

G.V.: Esto pierde todo sentido, porque como el otro nunca llega entonces no consideras más al otro como otro, el respeto frente al otro implica que el otro está, que me toca la puerta, y esto era muy importante para Levinas... por eso creo que el mesianismo judío hoy es la mejor justificación de una actividad intelectual que no se encarna en política. El carácter de un cierto derridianismo difundido (no el de Derrida, que era una persona bastante prudente), es que el otro está siempre más allá, entonces nunca podemos elegir históricamente nada, nunca nos podemos comprometer mucho con el otro. El derridianismo norteamericano es una filosofía puramente intelectual, de academia, y esto lo encuentro muy cómodo para el capitalismo, porque así nunca se ve amenazado por los intelectuales de izquierda.

V.C.: Pasando a la política, ¿cómo articula su propuesta ética, que está ligada a la noción de caridad, con la idea más política de justicia? ¿Cómo se pasa de la caridad a la justicia?

G.V.: La justicia tiende a presentarse como la verificación de la verdad de los hechos. Derrida se preocupa muchísimo del testimonio, pero el testimonio no es el hecho, es ya una interpretación, porque en la historiografía tengo una tesis cuando he comparado, investigado y puesto en relación todos los documentos históricos. En la justicia pasa lo mismo, se hace justicia cuando ya nadie tiene nada más que objetar. ¿Y qué es esto? Un supremo ejercicio de caridad, donde tengo en cuenta a todos, porque para terminar un proceso se necesita que todos los involucrados acepten una limitación mediante el principio de la negociación. Pero creo que la justicia nunca puede ser perfecta, siempre es una justicia de negocio, de ajustamiento entre las partes. La caridad es necesaria para hacer justicia, porque la ley no se puede aplicar literalmente, sin interpretación, sin ajustarse a la situación determinada. La justicia debe ser arreglada por la caridad, por el respeto del otro en los límites humanos.

V.C.: ¿A qué se refiere su idea del comunismo hermenéutico?

G.V.: Es una propuesta política basada en la idea de una sociedad sin clases, sin opresión, pero en un contexto de desarrollo tecnológico. Llamarlo "comunismo" es definirlo como un ideal que puede inspirar entusiasmo en las masas. No se puede pensar un mártir que pueda morir por el capitalismo... uno podría morir por una sociedad sin clases y democrática, popular, etc. y entonces hay un poco de gusto de provocación en esto. Lo que a mí me gustaría es que la sociedad liberal terminara con la opresión económica y la explotación, y que se promoviera un desarrollo tecnológico que no sea hecho por científicos, sino mediante procesos más democráticos...

VIOLENCIA, VERDAD Y JUSTICIA

¡Pero este es el comunismo como lo pensaba Lenin! Obviamente no puedo llamarme estalinista, digo siempre que como ha muerto el comunismo real, ¡arriba el comunismo liberal! ahora es cuando se puede ser realmente comunistas, y esto implica un poco de revisión de la historiografía del comunismo: ¿por qué Stalin es considerado –por el reporte Kruschev– un pésimo gobernante y estratega, si hasta venció a los alemanes? Stalin hasta después de la segunda guerra era considerado un gran líder por su pueblo, un dios. Pero ¿por qué Stalin estableció un comunismo tan terrible?, porque era un comunismo de guerra, porque estaba en guerra permanente con el mundo capitalista que intentaba destruirlo. En efecto, si no hubiese hecho lo que hizo por la industrialización nosotros estaríamos hoy en un estado nazi, porque no se habría destruido a los nazis sin la intervención de Stalin. Lo que me impresiona mucho hoy es lo poco que los comunistas occidentales han defendido a Stalin. Es verdad que él ocupó Polonia, Checoslovaquia, pero es un problema del comunismo de guerra, que era un comunismo de desarrollo acelerado de la sociedad rusa, que incluso devino capaz de competir con los EE.UU. por la ida al espacio... Sería una obra de caridad incluso frente a Stalin, porque el proceso de Nuremberg es el proceso de los vencedores contra los vencidos, y no es que ellos hayan sido menos criminales o menos violentos.

V.C.: Nuevamente hay aquí un problema de violencia. ¿Cómo justificarla?

G.V.: La decisión hermenéutica no es violenta, porque cuando la tomo explico razones, armo argumentos, propongo tesis. Cuando tomo una decisión militar tengo que tomar en cuenta muchos elementos, incluso el factor humano, pero muchas veces no se tiene en cuenta, como cuando los norteamericanos tiraron la bomba en Hiroshima sin tomar el peso profundo de esa decisión. Y es que además la justicia viene después, cuando los franceses cortaron la cabeza de sus reyes en la revolución, no se pusieron a calcular o a reflexionar sobre la justicia o injusticia de su acto, a ellos les parecía adecuado, correcto. Antes hay una violencia básica en nuestra vida que tal vez no se puede evitar, y luego se configuran principios de justicias adecuados. Porque no tengo un absoluto de justicia, de si hay que hacer revolución sangrienta o no, hay que ver en cada momento, porque hoy no puedo hacer revolución violenta porque ellos tienen más poder, más armas.

INSTRUCCIONES A LOS AUTORES

Revista Pléyade (ISSN: 0718-655X) es una revista de carácter internacional, publicada por el Centro de Análisis e Investigación Política (www.caip.cl). Su periodicidad es bianual en formato papel y digital. Desde su fundación el año 2008, la revista promueve la discusión sobre lo político desde las ciencias sociales y humanidades.

Llamado a presentar artículos:

El equipo editorial de *Revista Pléyade* invita a académicos y estudiantes a enviar artículos para ser evaluados y posiblemente publicados.

Revista Pléyade acepta propuestas durante todo el año. Sin embargo, con el fin de ser incluidos en el n.º 12 del año 2013, las propuestas deben ser enviadas antes del 29 de julio de 2013.

Revista Pléyade tiene como objetivo publicar trabajos de alta calidad realizados por académicos y estudiantes pertenecientes a las ciencias sociales, para darles visibilidad y reconocimiento en el mundo académico.

El equipo editorial considerará solo trabajos originales para ser publicados en nuestra revista. Cualquier texto que contenga material que haya sido publicado previamente no será aceptado.

Las propuestas de artículos serán revisados por el equipo editorial y por dos árbitros bajo referato ciego. Con el propósito de hacer la revisión bajo referato ciego, se solicita a los autores no incluir su nombre y afiliación en el manuscrito, sino que en un archivo separado. Cada propuesta debiera consistir de dos diferentes archivos:

- Una *primera plana* que contenga el título del artículo, el nombre y afiliación del autor (a), así como cualquier tipo de agradecimiento (no más de 100 palabras).
- El *manuscrito* del artículo (que contenga solo el artículo, el abstract o resumen del trabajo y el cuerpo del artículo). Entre 5000-8000 palabras.
- Una carta donde el/los autor/es declaren que el artículo es original y no se encuentra siendo sometido a evaluación en otra revista.

Los artículos presentados debieran contener los siguientes parámetros:

- Estar escritos en español o inglés.

- Presentarse en un archivo en formato Microsoft Word (.doc) o RTF.
- Con referencias completas en formato Chicago Style, usando el sistema de notas al pie y bibliografía (ver http://www.chicagomanualofstyle.org/tools_citationguide.html o al final del presente documento)
- Un abstract o resumen del texto en inglés y español, entre 150-200 palabras.
- 3 a 6 palabras clave en español e inglés que identifiquen el tema del artículo.
- Presentar temáticas relativas a lo político, desde las ciencias sociales y humanidades.

Llamado a presentar reseñas de libros

El equipo editorial de *Revista Pléyade* está constantemente aceptando reseñas de libros realizadas por académicos, estudiantes de posgrado y pregrado.

Pléyade acepta propuestas para su sección de reseñas de libros durante todo el año. Sin embargo, con el fin de ser incluidos en el n.º 12 del año 2013, las propuestas deben ser enviadas antes del 29 de julio de 2013.

Los libros reseñados debieran:

- Presentar un interés general para los académicos y estudiantes en relación con lo político, desde las ciencias sociales y humanidades.
- Referirse a títulos recientes.
- Estar escritos en español o inglés. Algunas excepciones a la regla podrían ser reseñas de libros que no hayan sido escritos en español o inglés, pero que representen una contribución académica.

Todos los libros reseñados debieran:

- Estar escritos en español o inglés.
- Tener entre 1000-2000 palabras.
- Presentarse en un archivo en formato Microsoft Word (.doc) o RTF.
- Con referencias completas en formato Chicago Style, usando el sistema de notas al pie y bibliografía (ver http://www.chicagomanualofstyle.org/tools_citationguide.html o al final del presente documento)
- Incluir los detalles completos del libro (autor(es), ciudad de publicación, editorial, fecha de publicación)
- Incluir una breve presentación del reseñador (no más de 100 palabras).

Las propuestas deben ser enviadas directamente a: revistapleyade@caip.cl

NORMAS EDITORIALES

La Revista Pléyade acepta contribuciones (artículos de carácter científico, ensayos y reseñas) en español e inglés, cumpliendo la condición de que sean trabajos inéditos hasta la fecha y que no estén postulando simultáneamente en otras revistas u organismos editoriales. Una vez recibidos los documentos, se envía una copia anónima del artículo a dos árbitros, quienes evalúan y deciden –en base a los criterios establecidos por el comité editor de la *Revista Pléyade*– si los artículos están o no en condiciones de ser publicados.

El comité editor considera los siguientes criterios como fundamentales al momento de evaluar un artículo: 1. Interés del tema; 2. Calidad teórica del artículo; 3. Calidad argumentativa; 4. Calidad de las conclusiones; 5. Calidad de las referencias bibliográficas. La respuesta del arbitraje es enviada a los autores según un plazo que varía entre 4 a 8 semanas, después del término de la convocatoria correspondiente. Los artículos de temáticas libres, son evaluados a partir de la fecha en que se cierra la siguiente convocatoria. La resolución final de este proceso puede contemplar las siguientes alternativas:

En el caso de ser rechazado el artículo, se comunicará al autor especificando las razones.

En el caso que sea aprobado pero con acotaciones, él o los autores deberán corregir su artículo a la luz de los comentarios elaborados por el proceso de arbitraje.

En el caso de ser aprobado, el artículo será publicado en alguno de los tres números siguientes.

Los autores, al enviar sus artículos, dan cuenta de la aceptación de entrega de los derechos para la publicación de los trabajos. Además, se considera que las opiniones vertidas en los trabajos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no necesariamente representarán el pensamiento del Centro de Análisis e Investigación Política.

ELABORACIÓN DE CITAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

El comité editor solicita a los autores que la norma para citar fuentes esté basada en el formato **Chicago Style**. Tanto las citas a pie de página como la bibliografía deben seguir estrictamente este formato, además las citas largas (aquellas que exceden las 5 o 6 líneas) se deben poner en bloque, en el texto. Al momento de elaborar las citas se recomienda a los autores que consideren las siguientes recomendaciones:

Cuando por primera vez se cita un libro en el artículo, se debe poner primero el nombre y apellido del autor (en minúsculas), seguidos por la referencia completa: *Título en cursiva* (ciudad de edición: editorial, año), páginas:

¹ Hannah Arendt, *La condición humana* (Barcelona: Paidós, 1996), 211.

Las siguientes veces en que se cite el mismo texto se debe poner solo el apellido del autor, seguido del título de la obra, o del título abreviado si este es demasiado largo, luego una coma y el número de página correspondiente.

¹ Arendt, *La condición humana*, 55.

Si volvemos a citar una misma obra en la nota inmediatamente posterior, solo se coloca la abreviatura *ibíd* (en recta, con acento y punto), seguida por el número de página que corresponde a la nueva cita.

¹ Hannah Arendt, *La condición humana* (Barcelona: Paidós, 1996), 211.

² *Ibíd.*, 235.

Pero si se vuelve a citar la misma obra y la misma página en la nota inmediatamente posterior, solo se coloca la palabra *ibíd*.

¹ Hannah Arendt, *La condición humana* (Barcelona: Paidós, 1996), 211.

² *Ibíd.*

Todas las citas deben ir del siguiente modo cuando se hace referencia a más de una página: 180-220; 35 y ss.

¹ Hannah Arendt, *Sobre la revolución*, 106-10.

² Jürgen Habermas. *Teoría de la acción*, 135 y ss.

Para citar artículos de revistas: nombre y apellido (del autor), "Título del artículo" (entre comillas), *Título de la revista* (en cursiva), número o volumen de la revista (año de publicación): página específica que se está citando. El rango completo de páginas que ocupa el artículo solo se pone en la bibliografía.

¹ Rodrigo Karmy, "Carl Schmitt y la política del Anti-Cristo. Representación, forma política y nihilismo", *Revista Pléyade* 3 (2009): 20.

Para citar capítulos o artículos de libros: nombre y apellido (del autor), "Título del artículo" (entre comillas), *Título del libro u obra general en la que*

se encuentra (en cursiva), nombre y apellido del compilador (si tiene) y/o entidad editora (ciudad de edición: editorial, año de la publicación) página específica que se está citando. El rango completo de páginas que ocupa el artículo solo se pone en la bibliografía.

Giorgio Agamben, “¿Qué es un dispositivo?”, en *Conferencias en Argentina* (Buenos Aires: Editorial Milena Caserola, 2006), 35.

Louis Althusser, “Ideología y Aparatos Ideológicos del estado”, en *Ideología: un mapa de la cuestión*, comp. Slavoj Zizek (Buenos Aires: Editorial Paidós, 2005), 15.

Las siguientes veces en que se cite el mismo texto se procede de la misma forma.

² Karmy, “Carl Schmitt y la política”, 25.

³ *Ibíd.*, 27.

⁴ *Ibíd.*

Para citar artículos de internet: nombre y apellido (del autor) o entidad responsable, “Título del artículo”. Referencia o lugar y la fecha de elaboración del documento (si tiene); páginas (si tienen numeración); [Consultado en línea: fecha en que se accedió]. Disponible en: dirección URL completa, (sin subrayar);

¹ Claudio Rolle, “La ficción, la conjetura y los andamiajes de la historia”, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, Documento de Trabajo n.º12, julio de 2001, 16. [Consultado en línea: 27 de agosto de 2008]. Disponible en:

<<http://www.uc.cl/historia/Publiciec/documentos/rolle1.pdf>>

Por su parte, la bibliografía completa debe ir al final del artículo ordenada alfabéticamente en función del apellido de los autores. La estructura es diferente a la de las citas a pie de página: se debe poner primero el apellido y luego el nombre del autor, seguidos por lo siguiente: *título* (en cursiva y mayúscula). Ciudad de edición: Editorial, año.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Si se cita un artículo o capítulo de libro específico, debe explicitarse el rango de páginas en el cual este se inserta.

Agamben, Giorgio. "¿Qué es un dispositivo?". En *Conferencias en Argentina*, 5-15. Buenos Aires: Editorial Milena Caserola, 2006.

Althusser, Louis. "Ideología y Aparatos Ideológicos del estado". En *Ideología: un mapa de la cuestión*, 25-57. Compilado por Slavoj Žizek. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2005.

Debord, Guy. *La sociedad del espectáculo*. Buenos Aires: Editorial La Marca, 1995.

Deleuze, Giles. "¿Qué es un dispositivo?". En *Michel Foucault filósofo*. Barcelona: Editorial Gedisa. 1990.

Guattari, Felix. *Cartografías del deseo*. Santiago: Editorial Fco. Zegers, 1989.

Karmy, Rodrigo. "Carl Schmitt y la política del Anti-Cristo. Representación, forma política y nihilismo". *Revista Pléyade* 3 (2009): 20-41.

Sloterdijk, Peter. *El desprecio de las masas*. Valencia: Editorial Pre-textos, 2002.

Vatter, Miguel (editor). *Crediting God: Sovereignty and Religion in the Age of Global Capitalism*. New York: Fordham University Press, 2011.

**CONVOCATORIA REVISTA PLÉYADE Nº 12
SEGUNDO SEMESTRE 2013**

**LA “VIDA” Y LA “POLÍTICA”:
UNA GENEALOGÍA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO ITALIANO
CONTEMPORÁNEO**

A partir de las formulaciones foucaulteanas de la categoría de «biopolítica» realizadas en los años setenta, las cuestiones de la «vida» y la «política» han tomado en especial importancia en el pensamiento político contemporáneo. En efecto, en la actualidad la categoría de «biopolítica» ha sido recepcionada y resignificada por numerosos pensadores italianos.

Puede situarse el interés del pensamiento italiano por las cuestiones de la «vida» y la «política», como sostiene Roberto Esposito en *Pensiero vivente* (2010), en «su patrimonio genético». Desde esta perspectiva, la investigación política italiana contemporánea hace referencia desde sus raíces más profundas a las categorías de referencia porque se construye alrededor de ellas.

«Vida» y «política» son, entonces, dos cuestiones centrales en las reflexiones políticas italianas desde Niccolò Machiavelli hasta nuestros días. Se puede pensar en la producción filosófico-política de los últimos años de Roberto Esposito, Giorgio Agamben, Antonio Negri, entre muchos otros, para sostener que el pensamiento italiano contemporáneo echa su raíz profunda en las cuestiones de la «vida» y la «política». Desde esta lectura, la genealógica propuesta toma la forma de una «ontología del presente» y permite comprender la fuerte resonancia de la categoría foucaultea de «biopolítica» en el interior del pensamiento italiano contemporáneo.

En este dossier se invita a poner en cuestión el concepto de «biopolítica» formulado por Foucault y re-significado por la filosofía italiana contemporánea a la luz de las categorías de «vida» y «política», a subrayar la cercanía o las diferencias entre las formulaciones foucaulteanas y las recepciones italianas, así como vislumbrar las diversas posibilidades de apertura o clausura de una «biopolítica» en nuestra actualidad.

COORDINACIÓN DEL DOSSIER: **Constanza Serratore**
(constanza.serratore@gmail.com)

ENTREGA DE ARTÍCULOS: 31 de agosto de 2013

IDIOMAS: Se aceptarán propuestas en español, inglés e italiano

PUBLICACIÓN: Diciembre 2013

ENVÍO DE ARTÍCULOS A: revistapleyade@caip.cl

**CONVOCATORIA REVISTA PLÉYADE Nº 13
PRIMER SEMESTRE 2014**

**“VIDA, GUERRA, ONTOLOGÍA. ¿ES POSIBLE LA POLITICA MÁS
ALLÁ DE LA SOBERANÍA?”**

Una de las ideas centrales del pensamiento político moderno, sobre la que se monta la teoría del Estado y la economía política, es la de la vida como proceso de auto-conservación. De manera que, concebida en tanto que conatus o esfuerzo por perseverar en el ser, la vida es pensada por una de las líneas fundamentales de la tradición filosófica moderna en relación esencial y constitutiva con la lucha y la guerra, como medios violentos naturales a través de los cuales esa vida se conserva y expande. La vida se constituye así en el espacio vital de la guerra y del ejercicio de la fuerza como mecanismos inherentes a la existencia de los “individuos vivientes” que supuestamente somos los hombres.

En este sentido se puede sostener que el pensamiento político se funda en una ontología de la que a su vez deriva una determinada antropología. En ésta, y en las ideas de “propiedad” y de “dominio” que la acompañan, se articula en gran medida la teoría política moderna.

Sin embargo, no solo cabría preguntar si la vida se reduce a un proceso de auto-conservación, sino que debemos preguntar si el estar en común no cuestiona la primacía conferida a la vida para la determinación de una ontología política. Además, que la vida implique una necesaria lucha, no significa necesariamente que la vida y, por extensión, la existencia humana este radicada en la guerra. ¿No hay acaso una diferencia entre la lucha y la guerra?

Tomando en cuenta la ontología del estar en común que encontramos en el pensamiento de Jean-Luc Nancy, así como el tentativo llevado a cabo por Levinas de pensar “más allá de la esencia” y entonces más allá de la guerra que sería inherente a la perseverancia en el ser, este dossier se propone reflexionar sobre el lugar de la guerra en el espacio vital, la existencia humana y la política. ¿Es la guerra lo a que está destinada toda existencia? ¿Es la guerra la primera y la última palabra del estar en común? ¿Es posible pensar un “más allá de la guerra” sin renunciar a toda existencia política?

**COORDINACIÓN DEL DOSSIER: Aïcha Messina y Carlos Casanova
(aicha.messina@udp.cl / carloscasanovap@yahoo.com.ar)**

ENTREGA DE ARTÍCULOS: 2 de marzo de 2014

IDIOMAS: Se recibirán propuestas en español, inglés y francés

PUBLICACIÓN: Junio 2014

ENVÍO DE ARTÍCULOS A: revistapleyade@caip.cl

ESTUDIOS PÚBLICOS

REVISTA DE POLÍTICAS PÚBLICAS

Nº 130, Otoño 2013

- | | |
|---|---|
| Peter L. P. Simpson | Aristóteles y la justicia natural |
| K. Püschel, A. Téllez,
J. Montero, A. Brunner,
B. Peñaloza, M. P. Rojas,
E. Poblete y T. Pantoja | Hacia un nuevo modelo de atención primaria en salud: Evaluación del proyecto de salud familiar Ancora UC |
| Jorge Abner Campos
y William Foster | Medición de la pobreza: Consecuencias de compatibilizar ingresos de encuestas de hogares con cuentas nacionales |
| <hr/> | |
| Lucas Sierra | La regla de reciprocidad para la radiodifusión sonora en Chile:
Un análisis crítico |
| Enrique Barros | El derecho como forma de la política y de la sociedad |
| Ignacio Echevarría | Bolaño internacional: Algunas reflexiones en torno al éxito internacional de Roberto Bolaño |
| José Pablo Arellano
y Vittorio Corbo | Criterios a considerar para una reforma del sistema tributario chileno |

SUSCRIPCIONES

Anual \$ 9.000 • BIANUAL \$ 13.500 • ESTUDIANTES \$ 5.000

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

www.cepchile.cl

Monseñor Sótero Sanz 162. Santiago, Chile. Fono (56-2) 2328-2400. Fax (56-2) 2328-2440.



REVISTA PENSAMIENTO POLÍTICO

INSTITUTO DE HUMANIDADES - UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

NÚMERO 3 | OCTUBRE 2012 | ISSN 0719-0670

www.pensamientopolitico.udp.cl



DOSSIER "DELEUZE Y LO POLÍTICO"

Deleuze y lo político (introducción al dossier)
Claudio Celis

Querrela sobre la percepción de la política
entre Badiou y Deleuze
Adrián Cangi

El efecto sacudida y las formas de micro
resistencias contemporáneas
Cristina Pósleman

La herencia de Marx en la «producción
deseante». Notas acerca del método de
abstracción materialista en El Anti-Edipo
Cristóbal Grebe

Texto adentro. La cuestión del materialismo de
Anti-Edipo
Ernesto Feuerhake

El Marx de El Anti-Edipo
Aidan Tynan

Marx, Deleuze, and the Axiomatics of Capital
Aidan Tynan

Perspectivas sobre la biopolítica en Deleuze
Marcelo Antonelli

Cartografías de la represión: materiales para
una analítica de la subjetividad en el Chile
neoliberal
Nadine Canto Novoa

Using transcendental empiricism: Deleuze in the
Middle-East

Marcelo Svirsky

RESEÑAS

Garrido, Juan Manuel. *El imperativo de la
humanidad. La fundamentación estética de los
derechos humanos en Kant*. Santiago: Orjikh
Editores, 2012

La pregunta por el hombre
Por Javiera Herrera

Respeto y figura humana
Por Eduardo Molina

Entrevista a Juan Manuel Garrido
Por Andrés Florit

Vatter, Miguel (ed.) *Crediting God. Sovereignty
and religion in the age of global capitalism*. New
York: Fordham, 2011

Acreditando a Dios o el Dios que necesita ser
acreditado
Por Ely Orrego

ENTREVISTA

Sobre marxismo, filosofía y los movimientos de la
multitud. Conversación con Toni Negri
Por Vicente Montenegro y Francisco Ojeda

La presente edición fue impresa en las dependencias del
Centro de Análisis e Investigación Política, ubicado en
Concha y Toro 17, Santiago de Chile.
Código postal: 8340615
Mail de contacto: contacto@caip.cl

www.caip.cl
revistapleyade@caip.cl

Si quiere suscribirse a *Revista Pléyade*, le solicitamos enviar un mail a
revistapleyade@caip.cl , pidiendo el formulario de suscripción.

Indexación:

Dialnet (Universidad de La Rioja, España)
Latindex (Universidad Autónoma de México)
e-Revistas (España)

Las peticiones de canjes de revistas de carácter politológico o de
ciencias sociales se aceptan con agrado.

Las opiniones expresadas en esta publicación no representan
necesariamente el pensamiento del Centro de Análisis e Investigación
Política y son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Todos los artículos de Revista Pléyade están ingresados al registro de
Creative Commons, lo cual permite copiar, distribuir, comunicar y ejecutar
públicamente los trabajos presentados bajo la condición de reconocer y
citar la obra de cada autor.

Para citar esta revista:
Galindo, Alfonso. "Política sin teología política".
Revista Pléyade 8 (2011): 171-183 .

La presente edición recibe aportes del Consejo Nacional de la Cultura
y las Artes, específicamente del Fondo Nacional de Fomento del Libro,
impulsado por el Gobierno de Chile

